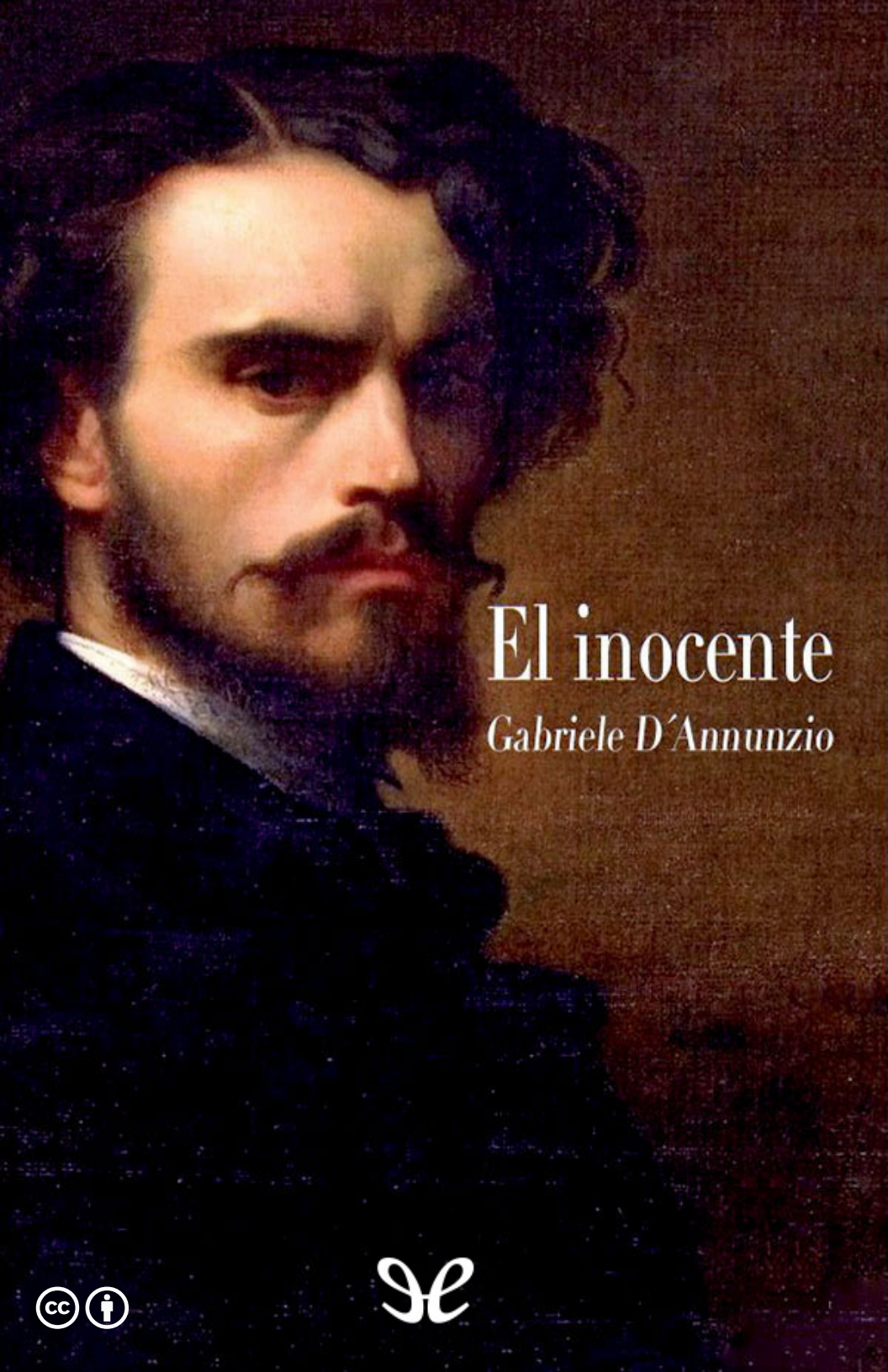

# El inocente

*Gabriele D´Annunzio*

*El inocente* narra la historia de un adulterio protagonizado por Tullio Hermil, un joven aristócrata italiano, refinado y libertino, que, abrumado por una carga sensual incontrolable, profesa continuas humillaciones y sufrimientos a su bella esposa Giuliana, traicionándola con hermosas mujeres, entre ellas, algunas de sus mejores amigas. Tras un tardío intento de acercamiento a su esposa, Tullio comienza a sospechar que la sumisa Giuliana, tras soportar durante años tan dolorosas y repetidas infidelidades, se ha visto tal vez empujada a los brazos de otro hombre. Atormentado por los celos, Tullio enferma de un odio irrefrenable que le lleva a enloquecer con terribles e irreparables consecuencias.

*El inocente* nos muestra la sociedad aristocrática italiana de finales del siglo XIX, honorable y virtuosa en apariencia, que oculta una realidad de hipocresía y engaño, celos y venganzas. Pero por encima de todo, *El inocente* es la historia de una confesión: «Preciso es que me acuse, que me confiese. Debo revelar mi secreto a alguien. ¿A QUIÉN?».

Gabriele D'Annunzio

# EL INOCENTE

**Tesoros de época - 04**

**ePub r1.0**
**Titivillus** 25.06.2017

Título original: *L'Innocente*
Gabriele D'Annunzio, 1892
Traducción: Eva María González Pardo
Introducción y Posfacio: Susanna González
Escaneado y colaboración: Grupo LDS
Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

# INTRODUCCIÓN

Gabriele D'Annunzio, poeta, novelista, ensayista, político y dramaturgo italiano, cuyo nombre real era Gaetano Rapagnetta, nació en Pescara, en la región de los Abruzzos, el 12 de marzo de 1863, aunque habría de pasar a la historia de las letras universales con el sobrenombre literario de Gabriele D'Annunzio.

Figura prominente del decadentismo literario europeo de finales del siglo XIX y comienzos del XX, nació y creció en una familia acomodada —perteneciente a la aristocracia— gracias al rico legado de su tío Antonio D'Annunzio. Brillante estudiante, Gabriele cursó estudios de bachillerato en el prestigioso colegio Cicognini de Prato (en la región de la Toscana, a quince kilómetros de Florencia), donde adquirió una sólida formación en humanidades (literatura, filosofía, arte e historia) dominando a la perfección el latín, griego, italiano, francés, alemán e inglés, al tiempo que incrementaba su vasto conocimiento en literatura clásica. Ya en el colegio se distinguió tanto por su mal comportamiento y su difícil carácter como por su tenacidad en el estudio y su fuerte deseo de superación. Publicó su primer libro, una colección de poemas, *Primo vere* (1879), a la edad de dieciséis años, que le dio a conocer como poeta, alcanzando años más tarde un estilo más personal en *Canto novo* (1882), que le confirmó como una de las grandes promesas literarias del momento.

En 1881 se trasladó a Roma y se matriculó en la Facultad de Letras, donde, sin terminar sus estudios universitarios, y ya decidido a dedicarse de lleno a la creación literaria, abrazó el estandarte del cosmopolitismo esteticista y decadente que triunfaba en los salones romanos, al tiempo que ampliaba poco a poco su fama colaborando con numerosos artículos y ensayos en diversos periódicos y revistas de la capital italiana, entre ellos el prestigioso *Tribuna*. En esa época, en la que consiguió una gran celebridad «mediática», llevó una vida colmada de lujos y escándalos amorosos, que rodeó su figura y su obra de un halo misterioso y fas-

cinante, convirtiéndole en una personalidad destacada de la vida cultural y social de Roma.

Poco a poco, superándose a sí mismo, este dandi, este insaciable seductor fue cincelando en su obra lírica un singular y destacado universo poético en el que destacan, por encima de todo, el refinamiento, la perfección formal y la sensibilidad, convirtiéndose en una de las cabezas visibles del decadentismo, tendencia radicalmente opuesta al estilo artístico imperante en Europa, el naturalismo.

El artista, siendo ya célebre, se casó en el año 1883 con la duquesa de Gallese, Maria Hardouin, pero su gusto por la sensualidad, la exaltación del placer y los goces de la vida que le habían acompañado desde muy joven le supusieron una agitada e intensa vida sentimental, que condujo a la separación de su esposa en 1891.

Para ese entonces D'Annunzio ya había trasladado su refinamiento y exquisita sensibilidad a la prosa en su primera novela, la autobiográfica *El placer* (1889), en la que introdujo su pasión por el «superhombre» nietzscheano que también deja entreverse en su segunda novela, *El inocente* (1892), que ahora nos ocupa. Esta estremecedora historia, que desgrana uno de los más amargos retratos psicológicos de la vida en pareja —concebida por el autor en la austera serenidad del Convento de Francavilla—, es también, durante una buena parte del libro, el relato de una enfermedad mental, un amor neurótico. Sin entrar en detalles que desvelen la trama, la novela comienza con el relato en *flashback* de un adulterio protagonizado por Tullio Hermil, un joven aristócrata italiano, refinado, elegante y libertino que, abrumado por una carga sensual incontrolable, y sumido en un gran vacío emocional, profesa continuas humillaciones e infidelidades a su bella y sumisa esposa Giuliana. Hermil, por su parte, pese a su fachada de «superhombre», es un enfermo de la voluntad, un hombre profundamente «débil» y egoísta: se considera un «elegi-

do», un espíritu raro, pero al mismo tiempo posee una identidad disociativa, incoherente, una personalidad cambiante hasta resultar desprovista de «centro de gravedad». Tras una mente implacable, Tullio esconde un trasfondo de brutalidad que sólo consigue satisfacer con la violencia del apetito sexual, unos celos demenciales y las «insurrecciones espontáneas de un instinto cruel» contra sí mismo y contra los demás; en definitiva, Tullio Hermil se convierte poco a poco en un individuo siniestro poseído por una «locura lúcida», devorado por un tormento interior que le consume hasta hacerle dudar de su propio raciocinio y enfermar de un odio irrefrenable que le lleva a enloquecer con terribles e irreparables consecuencias.

Esta tortura psicológica y los temas centrales de la novela, el delito, la culpa y la «expiación» le encumbran junto a los grandes novelistas rusos del siglo XIX, Tolstói y Dostoievski (a los que D'Annunzio admiraba profundamente), que entremezclados con influencias de la escuela simbólica francesa, y el esteticismo británico, contienen episodios de gran sensualidad, violencia y descripciones de estados mentales anormales, intercalados con maravillosas escenas imaginarias que dan como resultado una prosa muy hermosa y las páginas más conmovedoras, cautivadoras y desgarradoras de su trayectoria.

Con las características que presenta *El inocente* no es difícil descubrir, exagerados por las necesidades retóricas de la ficción, algunos trazos de la biografía y estructura psicológica del propio D'Annunzio; no obstante, a las características de su propia personalidad debemos añadir un bagaje de ambientes y situaciones en los que el autor italiano se inspira claramente (siguiendo el modelo de algunas de las novelas rusas del siglo XIX en las que las motivaciones de los actos delictivos son consecuencia de las miserias del alma humana), y el gran proceso de documentación científica y filosófica que lleva a cabo para escribir la novela. Por citar algunos de dichos estudios, cabe señalar las célebres obras

de Théodule Ribot *Las enfermedades de la voluntad* (1883) y *Las enfermedades de la personalidad* (1885); y la asociación entre genio, delito y locura tan ilustrada en los estudios de Cesare Lombroso *Genio y locura* (1864) y *El hombre delincuente* (1876), entre otras.

Volviendo a la publicación de *El inocente*, es de destacar que pese a ser tachada por algunos críticos de inmoral, la novela obtuvo un éxito inmediato y fue la primera de las obras de D'Annunzio traducida a otro idioma, en este caso el francés. Esa inmediata traducción provoca en él un punto de inflexión al extenderse por toda Europa una sincera y asombrosa admiración hacia su figura y obra; de este modo, la novela que ahora recuperamos del olvido literario entusiasmó a escritores de la talla de Marcel Proust y James Joyce, y más tarde a cineastas como Luchino Visconti, que la llevó a la gran pantalla con gran éxito en 1976.

> *Los más grandes escritores del siglo XIX son Tolstói y D'Annunzio.*
>
> *James Joyce*

Tras *El inocente* (1892), D'Annunzio publicó *El triunfo de la muerte*, en 1894. A partir del año 1898 se centró en su etapa como dramaturgo a raíz de su aventura amorosa con la célebre actriz italiana Eleonora Duse, que se prolongó desde 1897 hasta 1902; escribió varias obras especialmente para ella, entre las cuales se encuentran *Gioconda* (1898) y *Francesca di Rimini* (1902). Asimismo, tras romper su apasionada historia de amor con Eleonora, escribió la novela erótica *El fuego* (1900), un relato detallado de las intimidades de su apasionada relación. Unos años más tarde, en 1904, publica su drama más importante, *La hija de Jorio*, considerada su obra teatral más vital, para la que D'Annunzio se inspiró en los miedos y supersticiones de los campesinos de su región natal, los Abruzzos.

Anteriormente, en 1897, en su faceta como dirigente político, el novelista fue elegido diputado del Parlamento italiano por un mandato de tres años, alineándose en un principio con la extrema derecha, aunque luego fue desplazando su postura política hacia la izquierda. En 1899, se instaló en La Capponcina, una villa toscana de lujo, y aunque no fue reelegido en el siguiente mandato, el excéntrico artista no modificó sus aficiones y continuó viviendo por encima de sus posibilidades.

En 1910, y tras acumular deudas derivadas de su extravagante estilo de vida y tras varias pérdidas financieras derivadas de sus producciones teatrales, D'Annunzio se arruinó y hubo de huir a Francia para escapar de sus acreedores. Durante su estancia en aquel país escribió varias obras en francés, la más famosa de ellas *El martirio de San Sebastián* (1911), pieza teatral en verso que contó con la música de Claude Debussy.

Cuando estalló la Primera Guerra Mundial, D'Annunzio regresó a su patria, y a su ya legendaria figura literaria se le añadiría la de héroe nacional de guerra, pues sirvió con gran heroicidad en el ejército italiano, participando en el conflicto bélico como aviador, y perdiendo un ojo en combate.

Gabriele D'Annunzio fue aclamado en su día como un gran poeta (considerado por muchos el más grande poeta italiano desde Dante), ensayista y narrador, y siempre será recordado por sus poemarios, su bella prosa, su estilo florido, su extraordinaria habilidad para traducir las emociones a palabras, su fuerza y el decadentismo que desprende y que refleja el romanticismo y la extravagancia que durante toda su vida caracterizaron tanto su obra como su singular personalidad. Se le atribuyen cerca de dos mil neologismos (entre ellos la palabra aeronáutica) y escribió más de cincuenta obras, entre las que figuran novelas, cuentos, obras de teatro, poemas, ensayos políticos… Fue un esteta obsesionado por vivir su vida como una obra de arte y permaneció siempre fiel a sus ideales y creencias.

En 1937 fue nombrado miembro de la Real Academia Italiana, un año antes de morir en Gardone Riviera, su villa en el lago de Garda, el 1 de marzo de 1938, tras haber influido intensamente en la vida cultural, social y política de su tiempo. Poseía el título de Príncipe de Montenevoso como agradecimiento a los servicios prestados durante la guerra.

La Enciclopedia Británica, en 1911, le dedicó hermosas palabras, entre las que podemos destacar aquellas que señalan que «su magistral estilo y la riqueza de su lenguaje no ha podido ser igualada por ninguno de sus contemporáneos, que asisten asombrados a su genialidad».

## BIBLIOGRAFÍA

A. BALDAZZI, *Bibliografia della critica dannunziana nei períodici italiani dal 1880 al 1938*, Roma, Cooperativa Scrittori, 1977.

A. PAGLIAINI, *Bibliografia delle opere di Gabriele D'Annunzio*. Milán, Assoc. Librai Italiani, 1932.

C. PISANI, *Bibliografia della critica dannunziana* (1995-2000), Quaderni del Vittoriale, 1, Milán, Electa, 2002.

E. LEDDA, *Saggio di bibliografía critica dannunziana* (1882-1938), Associazione L'Oleandro, 1996.

ENCICLOPEDIA BRITÁNICA, «Annunzio, Gabriele D.», Cambridge University Press, 1911.

F. MASCI, *La vita e le opere di Gabriele D'Annunzio in un indice cronologico analitico*, Roma, Alere Flammam, 1950.

GIACON M. R., *L'Innocente*, Mondadori, Milán, 1996.

J. R. WOODHOUSE, *Gabriele D'Annunzio: Defiant Archangel*, 2001.

L. HUGHES-HALLETT, *Gabriele D'Annunzio: Poet, Seducer, and Preacher of War*, 2013.

N. U. GALLO, *Guida al D'Annunzio: bibliografia essenziale, D'Annunzio uomo e artista, D'Annunzio lirico, narratore e dramma-*

*turgo, Barletta-Bolonia*, Gallo, 1900.

Presentarme ante juez y confesar:

«He cometido un delito. Aquella pobre criatura no estaría muerta si yo no la hubiera asesinado. Yo, Tullio Hermil, yo mismo la he matado. Premedité el asesinato en mi casa. Lo ejecuté con una perfecta lucidez de conciencia, de un modo preciso, con absoluta seguridad. Tras ello continué viviendo en mi casa con mi secreto, durante un año entero, hasta hoy. Hoy se cumple el aniversario. Heme aquí en sus manos. Escúcheme. Júzgueme».

¿Puedo acudir al juez?, ¿puedo hablarle así?

Ni puedo ni quiero. La justicia de los hombres no me alcanza. No hay tribunal en la tierra que pueda juzgarme.

Y sin embargo, preciso es que me acuse, que me confiese. Debo revelar mi secreto a alguien.

¿A QUIÉN?

Mis primeros recuerdos son estos.

«Era abril. Hacía algunos días que estábamos en provincias, Giuliana, nuestras dos hijas Maria y Natalia, y yo mismo, para pasar las fiestas de Pascua en casa de mi madre, en un antiguo y gran caserón de campo llamado La Badiola. Corría el séptimo año de nuestro matrimonio.

Habían transcurrido ya tres años desde aquella otra Pascua que verdaderamente fue para mí una fiesta de perdón, paz y amor, en aquella villa blanca y solitaria como un monasterio, perfumada de alhelíes; cuando Natalia, la segunda de mis hijitas, daba sus primeros pasos, apenas despojada de los pañales como una flor de su vaina, y Giuliana se me mostraba llena de indulgencia, si bien con una sonrisa un poco melancólica. Había regresado a ella, arrepentido y sumiso, tras mi primera grave infidelidad. Mi madre, que ignoraba mi falta, con sus dulces manos había colocado un ramillete de olivo en el cabecero de nuestra cama y llenado de agua bendita la pequeña pila de plata que pendía de la pared.

Pero ahora, tres años después… ¡Cuánto habían cambiado las cosas! Entre Giuliana y yo había un distanciamiento definitivo, irreparable. Mis agravios hacia ella se habían ido acumulando. La había ofendido del modo más cruel, sin miramientos, sin pudor, arrastrado por mi avidez de placer, por la ligereza de mis pasiones, por la curiosidad de mi espíritu corrupto. Fui el amante de dos de sus más íntimas amigas. Había pasado algunas semanas en Florencia con Teresa Raffo, imprudentemente, y me había batido con el falso conde Raffo en un duelo, en el que, por alguna extraña circunstancia, mi desgraciado adversario se cubrió de ridículo. Y Giuliana no ignoraba ninguna de estas cosas. Las había sufrido, pero con orgullo, casi en silencio.

Tuvimos pocas conversaciones y muy breves al respecto, en las que nunca le mentí, creyendo que con mi sinceridad amorti-

guaría mi culpa ante los ojos de aquella dulce y noble mujer que yo consideraba muy inteligente.

Sabía, incluso, que ella reconocía la superioridad de mi intelecto y que excusaba en parte los desórdenes de mi vida con teorías engañosas, expuestas por mí en más de una ocasión en su presencia, en detrimento de las doctrinas morales que aparentemente profesaban la mayoría de los hombres. La certeza de que no sería juzgado por ella como un hombre vulgar, aliviaba en mi conciencia el peso de mis errores».

«Hasta ella —pensaba yo— comprende que, siendo distinto a los demás y teniendo tan diferente concepto de la vida, es natural que pueda sustraerme a los deberes que los demás quieran imponerme, que pueda despreciar las opiniones ajenas y vivir en absoluta sinceridad con mi natural elección».

Estaba convencido de ser, no exactamente un espíritu elegido, sino un espíritu *raro*; y creía que la *rareza* de mis sensaciones y sentimientos ennoblecía, *distinguía* cada uno de mis actos. *Engreído* y curioso de esta rareza mía, no podía concebir un sacrificio, una abnegación por mi parte, al igual que no podía renunciar a la expresión, a la manifestación de mis deseos. Pero en el fondo de todas mis sutilezas no había más que un terrible egoísmo, puesto que, desdeñando mis obligaciones, aceptaba los beneficios de mi situación.

Poco a poco, en efecto, de abuso en abuso, llegué a reconquistar mi primitiva libertad con el consentimiento de Giuliana, sin hipocresías, sin subterfugios, sin degradantes engaños. Puse todo mi empeño en ser leal, a cualquier coste, como otros lo hacen en fingir. Trataba de confirmar en todas las ocasiones, entre Giuliana y yo, el nuevo pacto de fraternidad, de amistad pura. Debía ser mi hermana, mi mejor amiga.

Mi única hermana, Costanza, había muerto a los nueve años dejándome en el corazón un desconsuelo sin fin. A menudo pen-

saba, con profunda melancolía, en aquella pequeña alma que no pudo ofrecerme el tesoro de su ternura, un tesoro soñado por mí como inagotable. Entre todos los afectos humanos, entre todos los amores de la tierra, el *amor de hermana* siempre me había parecido el más alto, el más consolador. Con frecuencia pensaba en el consuelo perdido, con un dolor que la irrevocabilidad de la muerte volvía casi místico. ¿Dónde hallar, sobre la tierra, otra hermana? Espontáneamente esta aspiración sentimental se volvió hacia Giuliana.

Desdeñosa de misceláneas había renunciado ya a toda caricia, a todo abandono. Por mi parte, desde hacía tiempo, no sentía siquiera la sombra de una turbación sensual estando a su lado; notando su aliento, aspirando su perfume, contemplando aquella pequeña mancha oscura en su cuello, permanecía en la más absoluta frigidez. No me parecía posible que aquella fuese la misma mujer que había visto palidecer y desvanecer bajo la violencia de mi ardor.

Así pues, le ofrecí mi fraternidad; y ella la aceptó, sencillamente. Si la veía triste, yo me sentía más triste aún, pensando que habíamos sepultado nuestro amor para siempre, sin esperanza de resurrección; pensando que nuestros labios no se unirían quizá, nunca más, nunca. Y en la ceguera de mi egoísmo creía que su corazón debía estar agradecido de mi tristeza, que ya sentía irremediable, y me parecía que debía consolarse al considerarla como un reflejo de un lejano amor.

Hubo un tiempo en que ambos soñamos, no exactamente con el amor, sino con la pasión hasta la muerte, *usque ad mortem*. Los dos creímos en nuestro sueño y proferimos en más de una ocasión, embriagados, las dos grandes palabras ilusorias: *¡Siempre! ¡Nunca!* Creímos incluso en la afinidad de nuestra carne, en aquella rarísima y misteriosa afinidad que une a dos criaturas humanas con el tremendo lazo del deseo insaciable; creímos en ello porque la fogosidad de nuestras sensaciones no disminuyó ni si-

quiera después de que, habiendo procreado un nuevo ser, el oscuro Genio de la especie alcanzó a través de nosotros su único propósito.

La ilusión había desaparecido, cada llama, extinguida. Mi alma (lo juro) había llorado sinceramente sobre las ruinas.

Pero ¿cómo oponerse a un fenómeno necesario? ¿Cómo evitar lo inevitable?

Así pues, fue una gran fortuna que, muerto el amor por las fatales necesidades de los acontecimientos y por tanto sin culpable alguno, pudiéramos vivir aún en la misma casa, unidos por un sentimiento nuevo, quizá no menos profundo que el antiguo, ciertamente más elevado y más singular. Fue una gran ventura que una nueva ilusión pudiera suceder a la antigua y establecer entre nuestras almas un intercambio de afectos puros, de emociones delicadas, de exquisitas tristezas.

Pero, en realidad, esta especie de retórica platónica ¿a dónde conducía? A conseguir que una víctima se dejara sacrificar con una sonrisa.

En realidad, la nueva vida, no conyugal sino fraternal, se basaba en un solo supuesto: en la absoluta abnegación de la *hermana*. Reconquistada mi libertad, podía ir en busca de intensas sensaciones que mis nervios reclamaban, podía apasionarme con otra mujer, vivir fuera de mi casa y encontrar a mi *hermana* esperándome, encontrar en mis aposentos el rastro visible de sus cuidados, encontrar sobre mi mesa un jarrón con un ramo de rosas arreglado por sus propias manos, encontrar por doquier absoluto orden, elegancia y pulcritud como en un lugar habitado por una Gracia.

¿Acaso no me encontraba en una situación envidiable? ¿Y no era extraordinariamente preciosa la mujer que consentía en sacrificarme su juventud, satisfecha simplemente con un beso de gratitud y casi de devoción sobre su frente altiva y dulce?

De vez en cuando, mi gratitud se volvía tan cálida que se propagaba en infinidad de delicadezas, de primorosas atenciones. Sabía actuar como el mejor de los hermanos. Cuando me encontraba ausente escribía a Giuliana largas cartas melancólicas y tiernas que habitualmente expedía al tiempo que aquellas dirigidas a mi amante; y mi amante no debía sentir celos por ello al igual que no debía sentir celos de mi adoración a la memoria de Costanza.

Pero, si bien me encontraba absorto en la intensidad de mi vida particular, no escapaba a los interrogantes que de tanto en tanto afloraban en mi interior. Para que Giuliana persistiera en aquella maravillosa fuerza de sacrificio, preciso era que sintiera por mí un amor soberano; y amándome así y no pudiendo ser más que mi *hermana*, debía encerrar en sí misma una mortal desesperación. ¿No era pues un loco el hombre que inmolaba, sin remordimientos, ante otros turbios y vanos amores, a aquella criatura tan dolorosamente sonriente, tan sencilla, tan valiente?

Recuerdo (y mi perversión de aquel tiempo me sorprende) que entre las razones que a mí mismo me daba para aquietar mi conciencia, ésta era la más fuerte: la grandeza moral es fruto de la violencia de los sufrimientos superados; para que ella tuviera la oportunidad de aparecer como una heroína, era preciso que sufriese lo que yo le hacía sufrir.

Pero llegó el día en que percibí que también se resentía su salud; observé que su palidez se volvía más aguda y a veces adquiría lívidas sombras. En más de una ocasión sorprendí en su rostro las contracciones de un espasmo reprimido; más de una vez fue invadida, en mi presencia, por un irrefrenable estremecimiento que la abrasaba y le hacía entrechocar los dientes como durante el acceso de una fiebre súbita. Una tarde, desde una habitación distante escuché el eco de un grito lacerante; corrí, la encontré de pie, apoyada en un armario, convulsa, retorciéndose

como si hubiera ingerido un veneno. Me aferró una mano y me la apretó como si de una prensa se tratara.

—¡Tullio, Tullio, qué cosa tan horrible! ¡Oh, qué cosa tan horrible!

Me miraba muy de cerca; tenía fijos en mis ojos los suyos dilatados, que en la penumbra me parecieron extraordinariamente grandes. Y veía pasar en ellos, como por oleadas, un desconocido sufrimiento; y aquella mirada inmutable, intolerable, suscitó de repente en mí un terror demencial. Estaba anocheciendo, llegaba el crepúsculo; la ventana estaba abierta de par en par y las cortinas se abombaban impulsadas por el viento, golpeándola; una vela ardía sobre la mesa junto a un espejo; y no sé por qué, el golpeteo de las cortinas y la agitación desesperada de aquella llama reflejada en el espejo tomaron en mi conciencia un significado siniestro, aumentando mi terror. La idea del veneno me sobrecogió; en ese instante no pudo reprimir otro grito y, fuera de sí por el sufrimiento, se derrumbó en mi pecho desesperadamente.

—¡Oh, Tullio, Tullio, ayúdame! ¡Ayúdame!

Paralizado por el terror permanecí un minuto sin proferir palabra, sin poder mover los brazos.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho, Giuliana? Habla, habla… ¿Qué has hecho?

Sorprendida ante la profunda agitación de mi voz, se apartó un poco y me miró. Debía de tener el rostro más blanco y desencajado aún que el suyo propio porque, rápidamente y muy aturdida, me respondió:

—Nada, nada. Tullio, no te asustes. No es nada, ¿ves?… Son sólo mis dolores habituales… Tranquilo, es sólo una de mis crisis…, ya pasará. Cálmate.

Pero yo, invadido por una terrible sospecha, dudaba de sus palabras. Me parecía que todas las cosas a nuestro alrededor me re-

velaban el trágico desenlace y que una voz interna me acusaba: *Por ti, por ti ha querido morir. Tú, tú la has empujado a la muerte*. Le tomé las manos que estaban heladas y una gota de sudor se deslizó por su frente.

—No, no, tú me engañas —prorrumpí—. Tú me engañas. ¡Por piedad, Giuliana, vida mía, habla, habla! Dime, ¿qué te pasa?… Dime, por piedad, ¿qué has… *bebido*?

Y mis ojos aterrados buscaron en torno a la habitación, sobre los muebles, sobre la alfombra, por doquier, un indicio.

Entonces ella comprendió. Se dejó caer de nuevo sobre mi pecho y, estremeciéndose y haciéndome estremecer, dijo con la boca apoyada en mi hombro (jamás, jamás olvidaré aquel tono indefinible), dijo:

—No, no, no, Tullio; no.

¡Ah! ¿Qué cosa en el universo puede igualarse a la aceleración vertiginosa de nuestra vida interior? Permanecimos allí inmóviles, en medio de aquella estancia, enmudecidos; y un mundo inconcebiblemente vasto de sentimientos y pensamientos se agitó dentro de mí, en un punto fijo, con espantosa lucidez. *¿Y si hubiera sido real?* —preguntaba la voz—. *¿Y si hubiera sido real?*

Un sobresalto incesante sacudía a Giuliana contra mi pecho; seguía ocultando su rostro y yo sabía que ella, incluso con el sufrimiento que aún padecía en sus propias carnes, no pensaba más que en la *posibilidad* del hecho por mí sospechado, nada más que en mi enloquecido terror.

Una pregunta acudió a mis labios:

«¿Has sentido alguna vez la *tentación*?».

Y después otra:

«¿Pudiera ser que cedieras a la *tentación*?».

No proferí ni la una ni la otra y, sin embargo, me pareció que me comprendía.

Ambos estábamos ya dominados por aquel concepto de muerte, por aquella imagen de muerte; habíamos entrado ambos en una especie de trágica exaltación, olvidando el equívoco que la había suscitado, perdiendo conciencia de toda realidad. De pronto se puso a sollozar, y su llanto atrajo mi llanto; y confundimos nuestras lágrimas, ¡ay de mí!, que eran tan ardientes y que nada podían hacer por variar nuestro destino.

Supe, después, que desde hacía varios meses la atormentaban complicadas enfermedades relacionadas con la matriz y los ovarios, esas terribles enfermedades ocultas que perturban cada una de las actividades de la vida de una mujer[1]. El doctor, con el cual quise tener una conversación, me hizo saber que durante un largo período debería renunciar a todo contacto con la enferma, incluso a la más suave caricia; y me declaró que un nuevo parto podría tener consecuencias fatales.

Esta circunstancia, aun afligiéndome, me alivió de dos inquietudes que me consumían: me persuadió de que me hallaba libre de culpa en la desmejora de Giuliana y me otorgó de un modo sencillo la posibilidad de justificar ante mi madre el hecho de que durmiéramos en camas separadas, así como el resto de cambios que se sucedían en nuestra vida doméstica. Mi madre estaba a punto de llegar a Roma desde la provincia, donde, tras la muerte de mi padre, pasaba la mayor parte del año con mi hermano Federico.

Mi madre quería mucho a su joven nuera. Giuliana era verdaderamente para ella la esposa ideal, la compañera *soñada* para su hijo. No reconocía en el mundo mujer más bella, más dulce, más noble que Giuliana. No concebía que yo pudiera desear a otras mujeres, abandonarme a otros brazos, dormir sobre otros corazones. Y habiendo sido amada durante veinte años por un hombre, siempre con la misma devoción, con la misma fe, *hasta la muerte*, ignoraba el cansancio, el disgusto, la traición, todas las miserias e ignominias que anidan en el tálamo. Ignoraba el escar-

nio que había hecho y continuaba haciendo de aquella adorable alma en absoluto merecedora de ello. Engañada por el generoso disimulo de Giuliana, creía aún en nuestra felicidad. ¡Ay, si ella supiera!

Yo seguía en aquella época bajo el dominio de Teresa Raffo, de la violenta envenenadora que hacía venir a mi mente la imagen de la amante de Menipo. ¿Recuerdan? ¿Recuerdan las palabras de Apolonio a Menipo en aquel embriagador poema?: «¡O beau jeune homme, tu caresses un serpent; un serpent te caresse!»[2].

El destino me favoreció. Por la muerte de una tía, Teresa se vio obligada a alejarse de Roma y ausentarse por algún tiempo. Pude, con una inusual asiduidad, llenar junto a mi mujer el gran vacío que la «Biondissima», con su partida, dejaba en mis jornadas. Y cuando aún no se había desvanecido en mí la turbación de aquella noche, algo nuevo, indefinible, flotaba entre Giuliana y yo desde entonces.

Debido a que los sufrimientos físicos de ella iban en aumento, mi madre y yo pudimos, no sin esfuerzo, lograr que accediera a someterse a la operación quirúrgica que su estado requería. La operación precisaba de treinta o cuarenta días de absoluto reposo y una prudente convalecencia. La infeliz enferma se mostraba ya extremadamente débil e irritada. Los largos y pesados preparativos la extenuaban y exasperaban hasta el punto de que en más de una ocasión trató de arrojarse fuera del lecho, de rebelarse, de sustraerse a aquel suplicio brutal que la violaba, que la humillaba, que la envilecía…

—Dime —dijo un día con amargas palabras—. Si lo piensas bien, ¿no sientes asco de mí? ¡Ah, qué horror!

E hizo un gesto que expresaba aversión hacia sí misma, frunció el ceño y enmudeció.

Otro día, mientras entraba en su dormitorio se percató de que había notado mal olor en la estancia. Gritó, fuera de sí, pálida como su camisón.

—¡Vete, vete, Tullio, te lo ruego! Márchate. Vuelve cuando me haya curado. ¡Si permaneces aquí acabarás odiándome! Estoy repulsiva así; estoy repulsiva… No me mires.

Y los sollozos la ahogaron. Más tarde, ese mismo día, después de algunas horas, mientras permanecía en silencio creyendo que estaba a punto de adormecerse, pronunció estas oscuras palabras, con el extraño acento de quien habla en sueños:

—¡Ah, si lo hubiera hecho! Era una buena sugerencia…

—¿Qué dices, Giuliana?

No respondió.

—¿En qué piensas, Giuliana?

No respondió más que con un leve movimiento de la boca, que pretendía ser una sonrisa sin llegar a conseguirlo.

Creí entender. Y una tumultuosa ola de remordimiento, ternura y piedad me inundó. Y habría dado cualquier cosa porque ella pudiera leer mi corazón en aquel momento, porque pudiera tomar conciencia de mi secreta, inexpresable y por tanto vana conmoción.

«Perdóname, perdóname. Dime qué debo hacer para que me perdones, para que olvides todas las afrentas… Volveré a ti, no seré de nadie más que tuyo, para siempre. Sólo te he amado a ti en la vida; sólo te amo a ti. Mi alma siempre se dirige a ti, y te busca y te añora. Te lo juro: lejos de ti no he sentido jamás una alegría sincera, jamás ha habido un instante de pleno olvido; nunca, nunca: te lo juro. Sólo tú atesoras la bondad y la dulzura. Tú eres la más buena y dulce criatura que jamás haya soñado; eres la Única. ¡Cómo he podido ofenderte, cómo he podido hacerte sufrir, cómo he podido hacerte pensar en la muerte como un fin deseable! Ah, tú me perdonarás pero yo no me lo perdo-

naré nunca; tú olvidarás, pero yo no olvidaré. Siempre me sentiré indigno; aun dedicándote mi vida entera jamás podré compensarte. De ahora en adelante, como en un tiempo, serás mi amante, mi amiga, mi hermana: como en un tiempo, serás mi guardiana, mi consejera. Todo te diré, todo te desvelaré. Serás mi alma. Y sanarás. Yo, yo te curaré. Verás de qué atenciones soy capaz a la hora de curarte… Ah, tú lo sabes bien. ¡Acuérdate! ¡Acuérdate! También entonces caíste enferma y sólo me querías a mí para asistirte; y yo no me moví de tu cabecera; ni de día ni de noche. Y tú decías:

"Giuliana siempre *se acordará de esto*, siempre".

Lo decías con lágrimas en los ojos, que yo bebía temblando.

"¡Santa! ¡Santa! Acuérdate. Y cuando te alces, cuando estés convaleciente, iremos allí, volveremos a Villalilla. Estarás aún débil, pero te sentirás bien. Y yo recobraré la alegría de tiempos pasados, y te haré sonreír, te haré reír. Recuperarás aquella hermosa risa que me renovaba el corazón; recuperarás tu apariencia de jovencita deliciosa, y volverás a lucir aquella trenza cayendo sobre tus hombros que tanto me gustaba. Aún somos jóvenes. Reconquistaremos la felicidad, si tú quieres. Viviremos… Viviremos"».

Así hablaba para mis adentros. Pero las palabras no salían de mis labios. Aun sintiéndome conmovido y notando mis ojos humedecidos, sabía que eran palabras pasajeras y que aquellas promesas no eran más que simples falacias. Y también sabía que Giuliana no se hubiera ilusionado y que se habría limitado a responder con su tenue sonrisa desconfiada, que ya en otras ocasiones había perfilado sus labios. Aquella sonrisa significaba:

«Sí, sé que eres bueno y que quisieras no hacerme sufrir: pero tú no eres dueño de tus actos, no puedes resistirte a la fatalidad que te arrastra. ¿Por qué quieres que me ilusione?».

Callé aquel día; y en los días sucesivos, aun recayendo en la misma confusa agitación de arrepentimiento y de propósitos de sueños vagos, no osé hablar.

«Para volver a ella tendrás que abandonar aquello que te complace, a la mujer que te corrompe. ¿Tendrás la fuerza necesaria?».

Me respondía a mí mismo:

«¡Quién sabe!».

Y día tras día esperaba esta fuerza que nunca llegaba; día tras día esperaba un acontecimiento (no sabía cuál) que provocara mi resolución, que la hiciera irremediable. E imaginaba, soñaba nuestra nueva vida, el lento renacer de nuestro legítimo amor, el extraño sabor de ciertas sensaciones renovadas.

Así pues, iríamos allí, a Villalilla, a la casa que conservaba nuestros recuerdos más hermosos; y estaríamos los dos solos, porque dejaríamos a Maria y a Natalia con mi madre en La Badiola. Y la temporada sería deliciosa; y la convaleciente se apoyaría siempre en mi brazo mientras recorríamos aquellos senderos conocidos, donde cada paso nuestro despertaría un nuevo recuerdo. Y yo vería por momentos dibujarse en su palidez una leve llama espontánea; y nos mostraríamos el uno con la otra con cierta timidez; pensativos de vez en cuando; evitaríamos mirarnos fijamente a los ojos en más de una ocasión. ¿Por qué? Y un día, sintiendo con más fuerza la sugestión de aquel lugar, osaría hablar de nuestra arrebatada embriaguez de los primeros tiempos.

«¿Recuerdas? ¿Recuerdas? ¿Recuerdas?».

Y poco a poco, ambos sentiríamos crecer la confusión, volverse insostenible; y ambos, al unísono, apasionadamente, nos abrazaríamos, nos besaríamos en la boca, creyendo desfallecer. Ella languidecería, y yo la sostendría entre mis brazos, llamándola con nombres sugeridos por una suprema ternura. Ella abriría de nuevo los ojos, retiraría el velo de su mirada, fijaría un instante

sobre mí su propia alma; aparecería ante mí transfigurada. Y así retomaríamos nuestro antiguo ardor, nos adentraríamos de nuevo en una gran ilusión. Nos invadiría un único pensamiento, inquebrantable; nos veríamos atrapados en una inconfesable ansiedad.

Y temblando le preguntaría:

—¿Estás curada?

Y ella, al escuchar mi voz comprendería la velada cuestión de aquella pregunta. Y respondería, sin poder ocultar su excitación.

—¡Aún no!

Y por la noche, al separarnos, entrando cada uno en su dormitorio, nos sentiríamos morir de angustia. Pero una mañana, con una mirada imprevisible, sus ojos me dirían:

—Hoy, hoy…

Y ella, temiendo aquel divino y terrible momento, huiría de mí con cualquier pretexto pueril prolongando nuestra tortura.

Diría ella:

—Salgamos, salgamos…

Y saldríamos: un velado atardecer, blanco, un poco enervante, un poco sofocante.

Caminaríamos hasta la extenuación. Comenzarían a caer sobre nuestras manos, sobre nuestros rostros, gotas de lluvia tibias como lágrimas.

Yo diría con voz alterada:

—Regresemos.

Y junto al umbral, de pronto, la tomaría entre mis brazos y sintiéndola abandonarse exánime, la subiría por las escaleras sin advertir peso alguno.

¡Después de tanto tiempo! ¡Después de tanto tiempo!

La violencia del deseo se vería atenuada en mí ante el temor de provocarle algún daño, de arrancarle un grito de dolor.

¡Después de tanto tiempo!

Y nuestros cuerpos, ante el sobresalto de una sensación divina y terrible, jamás sentida, se consumirían.

Después ella aparecería como moribunda, su cara bañada en llanto, pálida como su almohada.

Ah, así me pareció, moribunda me pareció, aquella mañana cuando los doctores la adormecían con el cloroformo y ella, sintiéndose precipitar a la insensibilidad de la muerte, intentó dos o tres veces alzar los brazos hacia mí, intentó llamarme. Yo salí convulso de la estancia y pude entrever los instrumentos quirúrgicos, una especie de cuchara cortante, y la gasa y el algodón y el hielo y el resto de utensilios preparados en una mesa. Dos largas horas, interminables horas, esperé, exacerbando mi sufrimiento con el exceso de imaginación. Y una desesperada piedad encogió mis vísceras de hombre, por aquella criatura que los instrumentos del cirujano violaban no sólo en la miserable carne sino en lo más íntimo del alma, en el más delicado sentimiento que una mujer pueda custodiar: una piedad por aquella o por los otros, agitada por aspiraciones indefinidas hacia la idealidad del amor, ilusa con el sueño capcioso que el deseo varonil envuelve, deseosa de alzarse, y tan débil, tan malsana, tan imperfecta, igualable a esas mujeres perturbadas por las leyes indelebles de la Natura que les impone su derecho de la especie, fuerza sus matrices, tortura con enfermedades terribles, dejándolas expuestas a todo tipo de degeneración. Y en aquella y en las otras, estremeciéndome por cada poro, vi entonces, con espantosa lucidez, vi la plaga original, la impúdica herida siempre abierta «que sangra y apesta»…

Cuando volví a entrar en el dormitorio de Giuliana estaba aún bajo los efectos de la anestesia, sin conocimiento, sin habla: semejante aún a una moribunda. Encontré a mi madre palidísima y convulsa. Pero todo indicaba que la operación había salido bien; los doctores parecían satisfechos. El olor del yodoformo impreg-

naba el ambiente. En una esquina, la monja inglesa llenaba de hielo un recipiente; su asistente enrollaba una venda. Las cosas volvían poco a poco a su sitio, con calma.

La enferma permaneció largo rato sumida en aquel sopor; la fiebre era casi imperceptible. Pero durante la noche fue presa de espasmos en el estómago y de un vómito irrefrenable. El láudano no la calmaba. Y yo, fuera de mí, ante el espectáculo de aquel suplicio humano, creyendo que estaba al borde de la muerte, no recuerdo lo que dije ni lo que hice. Agonizaba con ella.

Al día siguiente, el estado de la enferma mejoró; y día a día su recuperación progresó. Lentamente recuperaba las fuerzas.

Permanecí inmóvil junto al cabecero de su cama. Ponía cierta ostentación en recordarle, con mis actos, al enfermero de otro tiempo; pero el sentimiento era distinto, siempre *fraternal*. A menudo me invadía una sensación de preocupación por ciertas frases de alguna carta de la amante lejana, mientras le leía a ella alguna página de su libro preferido. La Ausente era inolvidable. Pero a veces, cuando al responder a alguna de sus cartas me sentía un poco apático y casi hastiado, en esas extrañas pausas que en la distancia sufre incluso una fuerte pasión, creía ver un indicio de desamor; y me repetía a mí mismo: «¡Quién sabe!».

Un día, mi madre le dijo a Giuliana en mi presencia:

—Cuando te levantes, cuando te puedas mover iremos todos juntos a La Badiola. ¿Verdad, Tullio?

Giuliana me miró.

—Sí, mamá —respondí sin vacilar, sin reflexionar—. Es más, Giuliana y yo iremos a Villalilla.

Y ella me miró de nuevo; y sonrió, con una sonrisa espontánea, indescriptible, que tenía una expresión de credulidad casi infantil, que asemejaba un poco a la de un niño enfermo a quien se le ha hecho una grande e inesperada promesa. Y bajó los párpados, y continuó sonriendo, con los ojos entornados que mira-

ban hacia algo lejano, muy lejano. Y la sonrisa se atenuaba, se atenuaba sin llegar a extinguirse.

¡Cuánto me gustaba! ¡Cómo la adoraba en aquel momento! ¡Sentía que nada en el mundo podía compararse con la simple conmoción de la bondad!

Una bondad infinita emanaba de aquella criatura y penetraba hasta el fondo de mi ser, colmaba mi corazón. Yacía en la cama en posición supina, recostada sobre dos o tres almohadones, y su rostro, debido a la exuberancia de su cabello castaño un poco despeinado, adquiría una finura extrema, una especie de inmaterialidad aparente. Vestía una camisola cerrada en torno al cuello, ceñida a las muñecas, y sus manos estaban apoyadas sobre la sábana, postradas, tan pálidas que únicamente las venas azules destacaban sobre el lienzo de lino.

Tomé una de sus manos (mi madre había salido del dormitorio) y le dije susurrando:

—Volveremos, pues… a Villalilla.

La convaleciente respondió:

—Sí.

Y callamos, para prolongar nuestra emoción, para conservar nuestra ilusión. Ambos éramos conscientes del profundo significado que encerraban aquellas pocas palabras intercambiadas *sottovoce*. Un punzante instinto nos advertía de no insistir, de no concretar, de no ir más allá. Si hubiéramos continuado hablando, nos habríamos encontrado ante realidades inconciliables con la ilusión en la que respiraban nuestras almas que poco a poco se entorpecían deliciosamente.

Aquella torpeza favorecía los sueños, favorecía el olvido. Pasamos todo un atardecer, casi todo el tiempo solos, leyendo a ratos, inclinándonos juntos sobre la misma página, siguiendo con la mirada la misma línea.

Teníamos allí algunos libros de poesía; y le dábamos a los versos una intensidad de significado que no tenían. Mudos, hablábamos por boca de aquel afable poeta. Yo señalaba con la uña los párrafos que parecían responder a mi sentimiento no revelado.

*Je veux, guidé par vous, beaux yeux aux flammes douces,*
*Par toi conduit o main où tremblera ma main,*
*Marcher droit, que ce soit par des sentiers de mousses*
*Ou que rocs et cailloux encombrent le chemin;*
*Oui, je veux marcher droit et calme dans la Vie…*

Y ella, después de leerlo, se recostó un momento sobre la almohada, cerrando los ojos, con una sonrisa casi imperceptible.

*Toi la bonté, toi le sourire,*
*N'es tu pas le conseil aussi,*
*Le bon conseil loyal et brave*[3]

Pero yo veía cómo sobre su pecho el camisón secundaba el ritmo de la respiración con una laxitud que comenzaba a turbarme como el débil perfume de lirio exhalado por las sábanas y los almohadones. Ansiaba y esperaba que ella, sorprendida por una espontánea languidez, me ciñese el cuello con su brazo y fundiera su mejilla con la mía de modo que sintiera el roce de su boca. Puso su afilado índice sobre la página y señaló con la uña el margen, guiando mi emocionada lectura.

*La voix vous fut connue (et chère)?*
*Mais à présent elle est voilée*
*Comme une veuve désolée…*
*Elle dit, la voix reconnue,*
*Que la bonté c'est notre vie…*
*Elle parle aussi de la gloire*
*D'être simple sans plus attendre,*
*Et de noces d'or et du tendre*

*Bonheur d'une paix sans victoire.*
*Accueillez la voix qui persiste*
*Dans son naïf épithalame.*
*Allez, rien n'est meilleur à l'âme*
*Que de faire une âme moins triste!*[4]

Tomé su muñeca y, agachando la cabeza lentamente, hasta posar mis labios en la palma de su mano, susurré:

—Tú… ¿podrás olvidar?

Ella selló mi boca, y pronunció su gran palabra:

—Silencio.

En aquel momento entró mi madre anunciando la visita de la señora Tálice. Pude leer en el rostro de Giuliana una mueca de fastidio, y al igual que ella me sentí invadido por una sorda irritación ante aquella inoportuna interrupción. Giuliana suspiró:

—¡Oh, Dios mío!

—Dile que Giuliana está reposando —le sugerí a mi madre con un tono casi suplicante.

Pero ella me indicó que la visita esperaba en la estancia contigua. Era preciso recibirla.

Esta señora Tálice poseía una maliciosa y repulsiva locuacidad. Me miraba, de cuando en cuando, con expresión de curiosidad. Como mi madre, por casualidad, comentó que yo acompañaba a la convaleciente de la mañana a la noche casi de forma continuada, la señora Tálice exclamó con tono de manifiesta ironía y sin dejar de mirarme:

—¡Qué marido tan perfecto!

Mi irritación creció hasta tal punto que decidí marcharme con un pretexto.

Salí de la casa. Encontré en la escalera a Maria y a Natalia, que regresaban acompañadas por la institutriz. Me abordaron como de costumbre con infinidad de zalamerías; Maria, la mayor, me

dio algunas cartas que le había entregado el portero. Entre éstas, reconocí de inmediato la letra de la Ausente. Y entonces me zafé de sus carantoñas, casi con impaciencia, y una vez en la calle, me detuve para leerla.

Era una carta breve pero apasionada, con dos o tres frases de una excesiva sutileza, que Teresa empleaba de modo consciente para conmoverme. Me hacía saber que viajaría a Florencia entre el veinte y el veinticinco del mes y que le gustaría que nos encontráramos allí, «como la otra vez». Me prometía noticias más detalladas en nuestra cita.

Todos los fantasmas de las ilusiones y las emociones recientes abandonaron de pronto mi alma, como las flores de un árbol sacudido por una fuerte ráfaga de viento. Y como las flores caídas son irrecuperables para el árbol, igualmente lo fueron para mí aquellas cosas del alma: se tornaron extrañas. Hice un esfuerzo, intenté resistirme; no lo conseguí. Deambulé por las calles, sin rumbo; entré en una pastelería, en una librería. Compré dulces y libros de forma mecánica. Arreciaba el crepúsculo; los faroles se encendían; las aceras estaban abarrotadas; dos o tres señores desde sus carruajes respondían a mi saludo; me crucé con un amigo que paseaba junto a su amante, que llevaba en sus manos un ramo de rosas, caminando deprisa, hablando y riendo. Me invadió el aliento maléfico de la vida de ciudad; resucitó mis curiosidades, mis deseos, mis envidias. Enriquecida en aquellas semanas de continencia, mi sangre experimentó una súbita ascensión. Ciertas imágenes relampaguearon lúcidamente dentro de mí. La Ausente me aferró de nuevo con las palabras de su carta. Y todo mi deseo se encauzó hacia ella, sin freno.

Pero cuando el primer tumulto se aplacó, mientras subía la escalinata de mi casa, comprendí la gravedad de todo lo sucedido, de lo que había hecho; comprendí que verdaderamente, pocas horas antes, había reafirmado un vínculo, había forzado mi fe, había hecho una promesa, una promesa tácita pero solemne a

una criatura aún débil y enferma; comprendí que no podría retirarme sin caer en la infamia. ¡Y entonces me arrepentí de no haber desconfiado de aquella emoción engañosa, me arrepentí de haberme aletargado demasiado en aquella languidez sentimental! Examiné minuciosamente mis actos y palabras de aquel día, con la fría sutileza de un mezquino mercader que busca un pretexto para sustraerse a la disposición de un contrato ya concertado. ¡Ah! Mis últimas palabras habían sido demasiado graves. Aquel «Tú… ¿podrás olvidar?» pronunciado con aquella entonación, tras la lectura de aquellos versos, tenía todo el valor de una confirmación definitiva. Y aquel «Silencio» de Giuliana había sido como un sello.

«Pero —pensaba yo— ¿ha creído verdaderamente en mi arrepentimiento? ¿No se había mostrado siempre escéptica en lo referente a mis buenas intenciones?». Y pude ver aquella tenue sonrisa suspicaz, que ya en otras ocasiones se había dibujado en sus labios. «Si ella en su fuero interno no me hubiera creído, si también su ilusión se hubiese desvanecido súbitamente, quizá entonces mi retirada no sería tan embarazosa, no la heriría ni la humillaría en exceso; y este episodio se cerraría sin consecuencias y yo quedaría libre como antes. Villalilla permanecería en sus sueños». Y entonces vi de nuevo su otra sonrisa, una sonrisa nueva, espontánea, crédula, que apareció en sus labios al nombrar Villalilla. «¿Qué hacer? ¿Qué decidir? ¿Cómo contenerme?». La carta de Teresa Raffo me *abrasaba*.

Cuando volví a entrar en el dormitorio de Giuliana, advertí a primera vista que ella *me esperaba*. Me pareció alegre, con los ojos lúcidos, con un semblante más animado, más fresco.

—Tullio, ¿dónde has estado? —preguntó riendo.

Respondí:

—Me hizo huir la señora Tálice.

Rió de nuevo, con una sonrisa limpia y juvenil que la transfiguraba. Le entregué los libros y la caja de dulces.

—¿Para mí? —exclamó muy contenta, como una niña golosa; se apresuró a abrir la caja, con pequeños y divertidos gestos que reavivaron en mi alma retazos de recuerdos lejanos.

—¿Para mí?

Tomó un *bombón*, hizo el ademán de llevárselo a la boca, vaciló, lo dejó caer, alejó la caja; y dijo:

—Más tarde, más tarde…

—¿Sabes, Tullio? —me advirtió mi madre—. Aún no ha probado bocado. Ha querido esperarte.

—Ah, todavía no te he dicho —interrumpió Giuliana—… No te he dicho que ha venido el doctor mientras estabas fuera. Me ha encontrado mucho mejor. Podré levantarme el jueves. ¿Has oído, Tullio? Podré levantarme el jueves…

Continuó:

—En diez, quince días, a lo sumo, podré incluso viajar en tren.

Y añadió, tras una reflexiva pausa, con un tono más débil:

—¡Villalilla!

No había, pues, pensado en otra cosa, ése era su único sueño. «Había creído; creía». Apenas podía disimular mi angustia. Me ocupé, tal vez con excesiva premura, de los preparativos para su pequeña cena. Yo mismo le coloqué la bandeja sobre las rodillas.

Ella seguía todos mis movimientos con una tierna mirada que me hacía daño. «¡Ah, si pudiera adivinar!».

De pronto mi madre exclamó cándidamente:

—¡Qué hermosa estás esta noche, Giuliana!

En efecto, una animación extraordinaria realzaba las líneas de su rostro, encendía sus ojos, rejuvenecía su aspecto. Ante la ex-

clamación de mi madre se sonrojó. Y una sombra de aquel rubor permaneció toda la noche en sus mejillas.

—El jueves me levantaré —repetía—. El jueves, ¡tres días! No sé si sabré caminar…

Insistía en su discurso sobre su recuperación, sobre nuestra próxima partida. Interrogó a mi madre sobre alguna nueva relativa al estado actual de la villa, del jardín.

—Planté una rama de sauce junto al estanque la última vez que fuimos. ¿Te acuerdas, Tullio? ¡Quién sabe si seguirá allí…!

—Sí, sí —interrumpió mi madre radiante—, sigue allí; ha crecido mucho; ya es un árbol. Pregúntale a Federico.

—¿De veras? ¿De veras? Dime, pues, mamá…

Parecía que aquella pequeña particularidad tuviera para ella en aquel momento una importancia incalculable. Se mostraba locuaz. Me sorprendía que estuviera tan inmersa en su ilusión, me maravillaba su transformación ante aquel sueño. «¿Por qué, por qué esta vez *ha creído*? ¿Por qué se ha dejado llevar? ¿De quién proviene esta insólita fe?». Y la idea de mi próxima infamia, quizá inevitable, me horrorizaba. «¿Por qué inevitable? ¿No lograré, pues, liberarme jamás? *Debo, debo* mantener mi palabra. Mi madre es testigo de mi promesa. La mantendré a toda costa». Y con un gran esfuerzo interior, salí del tumulto de mis incertidumbres; y me volví hacia Giuliana por un casi violento impulso del alma.

Aún me gustaba, excitada como estaba, vivaz, joven. Me recordaba a la Giuliana de otro tiempo, aquella a la que tantas veces, en mitad de la tranquila vida familiar, había tomado de pronto entre mis brazos, como preso de una locura repentina, y llevado a toda prisa hasta la alcoba.

—No, no, mamá; no me hagas beber más —rogó, deteniendo a mi madre, que escanciaba el vino—. Ya he bebido demasiado sin darme cuenta. ¡Ah, este Chablis! ¿Te acuerdas, Tullio?

Y se echó a reír, mirándome a las pupilas, evocando el recuerdo del amor sobre el cual ondeaba el aroma de aquel delicado *amaretto*[5] que era su predilecto.

—Lo recuerdo —respondí.

Ella entornó los párpados, con un ligero temblor en sus pestañas. Luego dijo:

—¿Hace calor aquí, verdad? Me arden las orejas.

Y sujetó la cabeza entre sus manos, para sentir el calor. La vela que ardía junto al lecho iluminaba intensamente la larga línea de su rostro; hacía relucir entre su cabellera castaña algunos hilos de oro claro, donde sus pequeñas y finas orejas, iluminadas desde lo alto, se transparentaban.

De pronto, mientras ayudaba a recoger la mesa (mi madre y la doncella habían salido un momento y estaban en la cámara contigua), me llamó en voz baja:

—¡Tullio!

Y con un gesto furtivo, atrayéndome hacia sí, me besó en la mejilla.

¿No debía ella ahora, con aquel beso, volver a tenerme enteramente para ella, en cuerpo y alma para siempre? ¿Aquel acto, siendo ella tan altiva y orgullosa, no significaba acaso que estaba dispuesta a olvidar, es más, que ya había olvidado para comenzar una nueva vida conmigo? ¿Podría abandonarse nuevamente a mi amor con mayor ímpetu y confianza? La hermana reconvertida en amante, de pronto. La hermana perfecta había conservado en la sangre, en lo más recóndito de sus venas, el recuerdo de mis caricias, aquel recuerdo orgánico de las sensaciones, tan vivo y tenaz en la mujer. Pensando en ello cuando me encontré solo, tuve visiones intermitentes de días pasados, de noches lejanas. «Un crepúsculo de junio, caluroso, rosáceo, surcado por misteriosos perfumes terribles, solitarios, para aquellos que añoran o desean. Entro en la estancia. Ella está sentada junto a la ventana

con un libro sobre las rodillas, toda lánguida, palidísima, con la actitud de quien está a punto de desmayarse. "¡Giuliana!". Ella se agita y se alza. "¿Qué haces?". Responde: "Nada". Y una transformación indefinible, parecida al ímpetu de quien pretende ocultar alguna cosa, pasó por sus ojos demasiado negros». ¿Cuántas veces, desde aquel día de la triste renuncia, había padecido en sus pobres carnes aquella tortura? Mis pensamientos se demoraron en torno a las imágenes suscitadas por aquel pequeño y reciente suceso. La singular excitación mostrada por Giuliana me recordó algunos ejemplos de su sensibilidad física extraordinariamente aguda. Quizá la enfermedad había acrecentado, exasperado, aquella sensibilidad. Y pensé, curioso y perverso, que habría visto la débil vida de la convaleciente arder y consumirse bajo el efecto de mis caricias; y pensé también que la lujuria habría tenido un cierto sabor a incesto. «¿Y si ella muriese?», pensé. Ciertas palabras del cirujano volvieron a mi mente, siniestras. Y por aquella crueldad que reside en el fondo de cualquier hombre lascivo, el peligro no me espantó, sino que me atrajo. Me detuve a examinar mis sentimientos con aquella especie de amarga complacencia, mezclada con cierto disgusto, que suelo emplear en el análisis de todas las manifestaciones interiores que parecen constituir una prueba de la maldad esencialmente humana. «¿Por qué el hombre tiene en su naturaleza esa horrible facultad de disfrutar con mayor placer cuando es consciente del daño que causa a la criatura de la cual nace su gozo? ¿Por qué el germen de tan execrable perversión sádica reside en todo hombre que ama y desea?».

Estas reflexiones, más que el primitivo y espontáneo sentimiento de bondad y piedad, estos pensamientos cruzados, me condujeron aquella noche a reafirmarme en mi propósito en favor de la ilusa. La Ausente me envenenaba incluso en la distancia, y para vencer la resistencia de mi egoísmo tuve la necesidad de confrontar la imagen de la deliciosa depravación de aquella

mujer con la imagen de una nueva y rarísima depravación que me prometí cultivar con lentitud en la decorosa seguridad de mi casa. Entonces, con aquel arte casi diría alquimista, que tan bien dominaba a fuerza de combinar los distintos *productos* de mi carácter, analicé la serie de «estados de ánimo» especiales en mí, determinados por Giuliana en las diferentes épocas de nuestra vida en común, y extraje algunos elementos que me sirvieron para construir un nuevo estado, ficticio, particularmente adaptado para acrecentar la intensidad de aquellas sensaciones que yo quería experimentar. Y así, por ejemplo, con el fin de hacer más agrio aquel «sabor a incesto» que me atraía excitando mi fantasía perversa, traté de imaginarme los momentos en que había sido más profundo en mí aquel «sentimiento fraternal» y que más pura me había parecido la actitud de hermana en Giuliana.

¡Y quien se recreaba en estas miserables sutilezas de maníaco era el mismo hombre que pocas horas antes había sentido palpitar su corazón ante la sencilla emoción de la bondad, a la luz de una sonrisa imprevista! De tales crisis contradictorias se componía su vida: ilógica, fragmentaria, incoherente. Convivían en él tendencias de todo tipo, todas las contradicciones posibles, y entre estas contradicciones todas las graduaciones intermedias, y entre aquellas tendencias todas las combinaciones imaginables. Según el tiempo y el lugar, según el curso de las circunstancias, de un pequeño detalle, de una palabra, según las influencias internas harto oscuras, el fondo inalterable de su ser se revestía de múltiples aspectos volubles, fugaces, extraños. Un particular estado de ánimo suyo reforzaba una tendencia particular; y esta tendencia se convertía en el centro de atracción hacia el cual convergían los estados y las tendencias directamente asociadas; y poco a poco se propagaban las asociaciones. Y su centro de gravedad se encontraba entonces desconcertado y su personalidad cambiaba. Silenciosas oleadas de sangre e ideas hacían florecer

sobre el fondo inalterable de su ser, gradualmente o de pronto, almas nuevas. Era, pues, *multánime*[6].

Insisto en este episodio porque verdaderamente supone un punto decisivo.

A la mañana siguiente, al despertar, no conservaba más que una confusa noción de cuanto había acaecido. La cobardía y la angustia se apoderaron de mí apenas posé mis ojos sobre una carta de Teresa Raffo, en la que me confirmaba nuestra cita en Florencia para el día veintiuno, dándome instrucciones precisas. El día veintiuno era sábado, y el jueves dieciocho Giuliana se levantaba por vez primera. Discutí largamente todas las opciones posibles conmigo mismo. Discutiendo, comencé a transigir. «Sí, no hay duda: es necesaria una ruptura, es inevitable. ¿Pero de qué modo lo haré? ¿Con qué pretexto? ¿Puedo anunciarle mi propósito a Teresa con una simple carta? Mi última carta estaba aún llena de ardiente pasión, ansiosa de deseo. ¿Cómo justificar este repentino cambio?

¿Merece mi pobre amiga un golpe tan cruel e inesperado? Me ha amado tanto, me ama; se ha enfrentado por mí, en su momento, a ciertos peligros. Yo la he amado…, la amo. Nuestra enorme y extraña pasión es conocida; incluso envidiada; insidiosa también… ¿Cuántos hombres ambicionan sucederme? Innumerables». Enumeré rápidamente los rivales más temibles, los sucesores más probables, analizando a cada uno de ellos. «¿Acaso se puede encontrar en Roma una mujer más rubia, más fascinante, más deseable que ella?». La misma excitación repentina que desfiló por mi sangre la noche anterior recorrió cada una de mis venas. Y la idea de una renuncia voluntaria me pareció absurda, inadmisible. «No, no, no reuniré nunca la fuerza necesaria; no querré, no podré jamás».

Apaciguada la turbulencia proseguí el vano debate, aun teniendo en mi interior la más absoluta certeza de que, llegada la

hora, no habría podido dejar de ir. Sin embargo, tuve el coraje, saliendo del dormitorio de la convaleciente, y vibrando aún de emoción, tuve el supremo valor de escribir a aquella que me reclamaba. «No iré». Inventé un pretexto; y, lo recuerdo bien, casi por instinto, elegí argumentos que no parecieran demasiado graves. ¿Esperas así que ella menosprecie tus pretextos y te obligue a presentarte?, preguntó alguien dentro de mí. No escapé a aquel sarcasmo; y una irritación y una ansiedad atroces se apoderaron de mí, sin darme tregua. Hacía esfuerzos inauditos para disimular en presencia de Giuliana y de mi madre. Evitaba premeditadamente quedarme a solas con la pobre ilusa. De vez en cuando me parecía leer en sus dulces ojos el principio de una duda, me parecía ver pasar una sombra sobre su frente pura.

El miércoles recibí un imperioso y amenazante telegrama (¿acaso no lo esperaba?): «O vienes o no me verás nunca más. Contesta». Y contesté: «Iré».

Inmediatamente después de aquel acto, cometido con aquella especie de sobreexcitación inconsciente que acompaña a todos los hechos decisivos de la vida, experimenté un peculiar alivio, sospechando el devenir de los acontecimientos. El sentido de mi irresponsabilidad, el sentido de la necesidad de aquello que estaba sucediendo y de lo que estaba por acontecer calaron muy hondo en mí. «Si, aun conociendo el daño que estoy provocando y aún condenándome yo mismo, no puedo luchar contra ello, denota que obedezco a una fuerza superior desconocida. Soy víctima de un Destino cruel, irónico e invencible».

Sin embargo, apenas puse los pies en el umbral del cuarto de Giuliana, sentí un peso enorme desplomarse en mi corazón; y me detuve, vacilante, escondido entre las puertas. «Bastará una simple mirada para adivinarlo todo», pensé aturdido. Y estuve a punto de volverme atrás. Pero ella dijo, con una voz que no me había parecido nunca tan dulce:

—Tullio, ¿eres tú?

Entonces di un paso. Ella gritó al verme:

—Tullio, ¿qué te pasas? ¿Te sientes mal?

—Un vértigo… Ya me ha pasado —respondí y me tranquilicé pensando: «No ha adivinado».

Ella, en efecto, permanecía en la ignorancia; me parecía extraño que así fuera. ¿Debía prepararla para aquel golpe tan brutal? ¿Debía hablarle con sinceridad o urdir cualquier mentira piadosa? ¿O bien partir repentinamente, sin avisarla, dejándole en una carta mi confesión? ¿Cuál era el mejor modo para atenuar en mí el esfuerzo y que fuera menos cruda para ella la sorpresa?

¡Ay de mí!, en aquel difícil debatir, por un perverso instinto, estaba más preocupado por aliviar mi culpa que por ella. Y ciertamente hubiera elegido partir precipitadamente dejándole una carta, si no hubiera pensado en mi madre. Era preciso ahorrarle a mi madre cualquier disgusto, siempre, bajo cualquier circunstancia. Tampoco en esta ocasión pude librarme del sarcasmo interior. «Ah, ¿bajo *cualquier* circunstancia? ¡Qué corazón tan generoso! Pero, vamos, vete, es tan cómodo para ti el antiguo pacto, a la par que seguro… También esta vez, si tú quieres, la víctima se esforzará por sonreír aun sintiéndose morir. Confía pues en ella, y no te preocupes por nada, corazón generoso».

De vez en cuando, el hombre encuentra en el sincero y supremo desprecio por sí mismo, ciertamente, una singular satisfacción.

—¿En qué piensas, Tullio? —preguntó Giuliana, con gesto ingenuo, apuntándome con su dedo índice entre una y otra ceja como para despertarme de mis ensoñaciones.

Tomé aquella mano sin responder. Y el propio silencio, que se antojaba grave, bastó para modificar nuevamente la disposición de mi ánimo; la dulzura en la voz y en el gesto de la ignorante me enterneció, suscitó en mí aquel sentimiento enervante en el

cual tienen su origen las lágrimas y que se llama *piedad de uno mismo*. Sentí una punzante necesidad de ser compadecido. Al mismo tiempo alguien me sugería en mi interior: «Aprovecha esta disposición de ánimo, sin hacer por el momento ninguna revelación. Exagerándola, fácilmente puedes llegar al llanto. Bien sabes el extraordinario efecto que tiene sobre una mujer el llanto del hombre amado. Giuliana se conmoverá; y tú parecerás atormentado por un terrible dolor. Mañana, cuando le digas la verdad, el recuerdo de las lágrimas te ensalzará en su corazón. Ella podrá pensar: "Ah, por esto lloraba ayer arrebatadamente. ¡Pobre amigo!". Y así no serás juzgado como un odioso egoísta, es más, parecerá que has combatido en vano, con todas tus fuerzas, contra quién sabe qué funesto poder; parecerá que has caído bajo el influjo de quién sabe qué incurable enfermedad y que albergas en tu pecho un corazón lacerado. Aprovecha, pues, aprovecha».

—¿Tienes algo en *tu corazón*? —preguntó Giuliana, con voz sumisa, cariñosa, llena de confianza.

Yo tenía la cabeza agachada y estaba verdaderamente turbado. Mas la preparación de aquel llanto *útil* me distrajo, restó espontaneidad, retrasando así el fenómeno fisiológico de las lágrimas. «¿Si no pudiese llorar? ¿Si no *me salen* las lágrimas?», pensé con ridículo y pueril espanto, como si todo dependiera de aquel acto material que mi voluntad no era capaz de engendrar. Y mientras tanto alguien, siempre el mismo, me *apuntaba*: «¡Qué lástima! ¡Qué lástima! El momento no podría ser más favorable. Apenas se ve ya en la estancia. ¡Qué gran golpe de efecto, un sollozo en la penumbra!».

—Tullio, ¿no me contestas? —continuó Giuliana tras una pausa, pasando su mano por mi frente y mis cabellos para que alzara el rostro—. A mí puedes decírmelo todo. Lo sabes.

¡Ah!, de veras, desde entonces no he escuchado jamás una voz humana con semejante dulzura. Ni tan siquiera mi madre ha sa-

bido hablarme nunca así.

Se me humedecieron los ojos, y sentí entre las pestañas la tibieza del llanto. «Ahora, ahora es el momento de prorrumpir en llanto». Pero no apareció más que una lágrima y yo (cosa humillante pero cierta es que ante semejantes mezquindades mímicas se empequeñece la mayor parte de las emocionas humanas al manifestarse) levanté la cara para que Giuliana la advirtiera y por un instante sentí una agitada ansiedad, temiendo que en la sombra ella no la vislumbrara. Para ayudarla, suspiré con vehemencia, como quien quiere contener un sollozo. Y ella, aproximando su rostro al mío para observarme más de cerca, porque yo permanecía en silencio, repitió:

—¿No respondes?

Y entrevió; y para cerciorarse me aferró la cabeza girándola con un gesto casi brusco.

—¿Lloras?

Su voz había cambiado.

Yo me liberé de pronto, me retiré para huir, como aquel que no puede contener por más tiempo el aliento.

—Adiós, adiós. Déjame ir, Giuliana. Adiós.

Y salí del cuarto precipitadamente.

Cuando estuve solo, me sentí asqueado de mí mismo.

Era la vigilia de un ceremonial para la convaleciente. Horas más tarde, cuando me presenté para asistir al pequeño almuerzo habitual, la encontré en compañía de mi madre. Apenas me vio, ésta exclamó:

—Entonces, Tullio, mañana día de fiesta.

Y Giuliana y yo nos miramos, ansiosos ambos. Luego hablamos del mañana, de la hora en que ella podría levantarse, de infinidad de menudencias, con cierto esfuerzo, un poco distraídos. Y deseaba, en mi interior, que mi madre no se ausentase.

Tuve fortuna porque mi madre salió sólo una vez y volvió a entrar en seguida. Entre tanto, Giuliana rápidamente me preguntó:

—¿Qué te ocurría antes? ¿No quieres decírmelo?

—Nada, nada.

—¿Ves? Así me aguas la fiesta.

—No, no. Te lo diré…, te lo diré… después. No pienses en ello ahora, te lo ruego.

—¡Sé bueno!

Mi madre entró con Maria y Natalia. Pero el tono con el que Giuliana había proferido aquellas pocas palabras bastó para convencerme de que no sospechaba la verdad. ¿Pensaba acaso que mi tristeza se debía a la sombra de un imborrable e inexpiable pasado? ¿Pensaba que estaba atormentado por el remordimiento ante el mal que le había causado y el temor de no merecer su absoluto perdón?

Aún experimenté una viva emoción la mañana siguiente (cumpliendo con sus deseos yo esperaba en la habitación contigua), cuando escuché que me llamaba con su dulce tono de voz.

—Tullio, ven.

Y entré, y la vi en pie, parecía más alta, más esbelta, casi frágil. Vestida con una especie de amplia y vaporosa túnica con rectos y largos pliegues, sonreía, dudando, teniéndose apenas en pie, con los brazos separados de las caderas como para mantener el equilibrio, girándose ahora hacia mí, ahora hacia mi madre.

Mi madre la miraba con una indescriptible expresión de ternura, pronta a socorrerla. Yo mismo le tendía mis manos, pronto también a socorrerla.

—No, no —rogó—. Dejadme, dejadme. No me caigo. Quiero caminar sola hasta el sillón.

Adelantó un pie, dio un paso, lentamente. Tenía en su rostro el candor de la euforia infantil.

—¡Con cuidado, Giuliana!

Dio aún dos o tres pasos más cuando, asaltada por un repentino desconcierto por el pánico a caer, vaciló un instante entre mi madre y yo, y se lanzó a mis brazos, a mi pecho, abandonándose con todo su peso, temblando como si sollozase. Por el contrario, ella reía. Un poco sofocada por la ansiedad; y como no llevaba corsé, mis manos la sintieron débil y endeble a través de la tela. Mi pecho la notó vibrante y mórbida, mi nariz aspiró el perfume de sus cabellos y mis ojos se posaron de nuevo sobre su cuello y su pequeño lunar.

—He sentido miedo —decía ella entrecortadamente, riendo y jadeando—. He tenido miedo de caer.

Y como volvía la cabeza hacia mi madre para mirarla, sin despegarse de mí, pude apreciar su encía laxa, el blanco de sus ojos y algo convulso en su rostro. Y supe que tenía entre mis brazos a una pobre criatura enferma, profundamente alterada por la enfermedad, débil, con las venas empobrecidas, quizá incurable. Pero volví a pensar en su transformación de aquella noche del beso inesperado; y la obra de caridad, de amor y de enmienda, a la cual renunciaba, me pareció bellísima de nuevo.

—Llévame hasta el sillón, Tullio —dijo.

Con mi brazo en su cintura, la conduje lentamente; la ayudé a acomodarse; coloqué en el respaldo los almohadones de plumas, y recuerdo que elegí el más exquisito para que apoyara la cabeza. Incluso me arrodillé para ponerle uno bajo los pies y pude observar sus medias de color lila y su exiguo calzado que escondía poco más que su pulgar. Al igual que *aquella noche* ella seguía todos mis movimientos con mirada tierna. Yo me demoraba. Acerqué una pequeña mesita de té, sobre la cual posé un jarrón con flores

frescas, algún libro y una talla de marfil. Sin quererlo, ponía en aquel primor cierto grado de ostentación.

La ironía comenzó de nuevo. «¡Muy hábil! ¡Muy hábil! Muy útil lo que estás haciendo a ojos de tu madre. ¿Cómo podía sospechar, después de asistir a tus atenciones? Ni siquiera esa ostentación tuya lo echará a perder. No tiene la vista muy aguda. Sigue así, sigue. Todo va de maravilla. ¡Ánimo!».

—¡Oh, qué bien se está aquí! —exclamó Giuliana con un suspiro de alivio, entrecerrando los ojos—. Gracias, Tullio.

Minutos después, cuando mi madre salió dejándonos a solas, ella repitió, con un sentimiento más profundo:

—Gracias.

Y alzó una mano hacia mí, para que la tomase entre las mías. Y siendo amplia como era la manga, con el gesto del abrazo, se descubrió de tal modo que pude entrever hasta casi el codo. Y aquella mano pálida y fiel, que portaba el amor y la indulgencia, la paz, el sueño, el olvido, todo lo bello y todo lo bueno, tembló un instante en el aire mientras se elevaba hacia mí en señal de ofrenda suprema.

Creo que en la hora de mi muerte, en el preciso instante en que deje de sufrir, sólo recordaré aquel gesto; entre todas las innumerables imágenes de la vida pasada, reviviré únicamente aquel momento.

Cuando pienso en ello, no logro reconstruir con exactitud las circunstancias en que me encontraba. Puedo afirmar que también entonces comprendía la extrema gravedad del momento y el extraordinario valor de los actos que se estaban consumando y de aquellos que estaban por venir. Mi perspicacia era, a mi parecer, perfecta. Dos juicios de conciencia se desencadenaban en mi interior, sin confundirse, bien diferenciados, paralelos. En uno predominaba, junto a la piedad hacia la criatura que estaba a punto de agraviar, un aguzado sentimiento de remordimiento

ante la oferta que pretendía rechazar. En el otro imperaba, junto con la macabra codicia de la amante lejana, un sentimiento egoísta ejercitado en el frío examen de las circunstancias que podían favorecer mi impunidad. Este paralelismo conducía mi vida interior a una intensidad y una celeridad increíbles.

El momento decisivo había llegado. Debiendo partir al día siguiente, no podía dilatarme por más tiempo. Para que la jugada no pareciera sospechosa o demasiado repentina, era necesario que aquella misma mañana, durante el desayuno, anunciara mi marcha a mi madre aduciendo un pretexto plausible. Era necesario incluso, antes que a mi madre, hacer el anuncio a Giuliana para evitar contratiempos peligrosos. «¿Y si Giuliana estallara, finalmente? ¿Y si, en el ímpetu del dolor y del desprecio, revelara a mi madre toda la verdad? ¿Cómo obtener de ella una promesa de silencio, un nuevo acto de abnegación?». Hasta el último momento se desató un debate en mi interior. «¿Comprenderá de inmediato, a la primera palabra? ¿Y si no lo hiciera? ¿Si ingenuamente me preguntara el motivo de mi viaje? ¿Qué debería responder? Pero ella lo entenderá. Es imposible que no sepa ya por alguna de sus amigas, por la señora Tálice por ejemplo, que Teresa Raffo no se encuentra en Roma».

Mis fuerzas comenzaban a ceder. No habría podido sostener por más tiempo el *orgasmo* que crecía por minutos en mí. Me decidí, con todos mis músculos en tensión; y ya que ella hablaba, deseé que me ofreciera la posibilidad de disparar la flecha.

Hablaba de muchas cosas, especialmente del futuro, con una insólita volubilidad. Aquel no sé qué de convulso que había en ella, que ya había notado, se me antojaba aún más patente. Hasta aquel momento había evitado su mirada moviéndome con verdadero arte por el dormitorio; siempre detrás del sofá, ahora cerrando el cortinaje de la ventana, ahora reordenando los libros en la pequeña estantería, ahora recogiendo del tapiz las hojas caídas de un ramo de rosas deshecho. Estando en pie miraba la raya

de su cabello, sus pestañas largas y arqueadas, la leve palpitación de su pecho, y sus manos, sus hermosas manos posadas en los brazos del sillón, laxas como aquel día, pálidas como aquel día, cuando «únicamente las venas azules destacaban sobre el lienzo de lino».[7]

¡Aquel día! No había transcurrido siquiera una semana.

¿Por qué parecía, pues, tan remoto?

Estando de pie detrás de ella, bajo aquella extrema tensión, como acechando, pensé que quizá por instinto sintiera una amenaza sobrevolar sobre su cabeza y creí adivinar en ella una especie de vago malestar. Y una vez más se me encogió el corazón de un modo insoportable.

Finalmente dijo:

—*Mañana*, si estoy mejor, me podrías llevar hasta la terraza, a respirar el aire…

La interrumpí:

—*Mañana* no estaré aquí.

Ella se sobresaltó ante el extraño sonido de mi voz. Añadí sin esperar:

—Partiré.

Y continué con gran esfuerzo para desanudar la lengua, horrorizado como quien ha de repetir el golpe para rematar a su víctima.

—Me voy a Florencia.

—¡Ah!

Comprendió *ipso facto*. Se giró con un brusco movimiento, se retorció sobre los almohadones para mirarme, y vi de nuevo por aquella violenta torsión el blanco de sus ojos, su encía laxa.

—¡Giuliana! —balbuceé, sin saber qué decir, inclinándome hacia ella por temor a que se desmayara.

Pero ella bajó los párpados, se recompuso, se retiró, se estremeció como presa de un gran frío. Permaneció así por algún tiempo, con los ojos cerrados, la boca sellada, inmóvil. Solamente las pulsaciones visibles de la carótida y alguna contracción convulsiva en las manos daban indicio de vida.

¿No fue acaso un delito? El primero de mis delitos; y no el menor, por cierto.

Partí en terribles condiciones. Mi ausencia se alargó más de una semana. Cuando regresé y en los días que siguieron a mi llegada, yo mismo me maravillaba de mi casi cínica impudencia. Estaba poseído por una especie de maleficio que abolía en mí cualquier sentido de la moral y me hacía capaz de cometer las peores injusticias, las mayores crueldades. Giuliana, también esta vez, demostraba una fuerza prodigiosa; también esta vez supo callar. Y parecía enclaustrada en su silencio como en una armadura adamantina, impenetrable.

Viajó con nuestras hijas y con su madre a La Badiola. Las acompañaba mi hermano. Yo continué en Roma.

En ese tiempo comenzó para mí un período tristísimo, oscurísimo, cuyo recuerdo aún me hace sentir náuseas y una gran humillación. Preso de aquel sentimiento, que más que ningún otro remueve el fango esencial en el hombre, padecí todo el tormento que una mujer puede insuflar en un alma sumisa, apasionada y siempre alerta. Encendidos por una sospecha, unos terribles celos sensuales se encendieron dentro de mí secando todas mis buenas fuentes interiores, alimentándose de toda la inmundicia que reposaba en lo más ínfimo de mi naturaleza animal.

Teresa Raffo no me había parecido nunca tan deseable como entonces, cuando no podía dejar de asociarla a una imagen fálica, a la depravación. Y ella se valía de mi propio desprecio para exacerbar mi frenesí. Atroces agonías, abyectas alegrías, deshonrosas sumisiones, viles pactos propuestos y aceptados sin rubor, lágri-

mas más amargas que cualquier veneno, frenesíes imprevistos que me empujaban hasta los confines de la locura, caídas al abismo de la lujuria tan violentas que me dejaban aletargado durante días, todas las miserias e ignominias de la pasión carnal exasperada por los celos, todo ello yo lo conocí. Mi casa se volvió extraña; la presencia de Giuliana me perturbaba. Semanas enteras pasaban sin que me dignara a dirigirle la palabra. Absorto en mi suplicio interior, no la veía, no la oía. En ciertos momentos, alzando la mirada hacia ella me maravillaba de su palidez, de su expresión, de ciertos detalles de su rostro, de cosas nuevas, inesperadas, extrañas; y no conseguía reconquistar completamente la noción de la realidad. Todos los actos de su existencia me resultaban desconocidos. No sentía deseo alguno de interrogarla, de saber; no sentía por ella inquietud, solicitud o temor alguno. Una acritud inexplicable envolvía mi alma contra ella. Incluso en alguna ocasión, sentía hacia ella una especie de vago rencor, incomprensible.

Un día la escuché reír; y su risa me irritó, casi hasta la ira.

Otro día me agité con fuerza, oyéndola cantar desde una estancia lejana. Cantaba el aria de Orfeo:

*¿Qué voy a hacer sin Eurídice…?*[8]

Era la primera vez, después de mucho tiempo, que cantaba así, moviéndose de un lado a otro de la casa; era la primera vez que la volvía a escuchar, después de tantísimo tiempo.

¿Por qué cantaba? ¿Estaba acaso contenta? ¿A qué efecto de su ánimo respondía aquella insólita efusividad? Me invadió un inexplicable desconcierto. Me dirigí hacia ella sin pensarlo, llamándola por su nombre.

Al verme entrar en su dormitorio se sorprendió; se quedó atónita algunos minutos, ostensiblemente paralizada.

—¿Cantas? —pregunté, por decir algo, cohibido, extrañado yo mismo de mi sorprendente actitud.

Ella sonrió, con una sonrisa incierta, sin saber qué responder, sin saber qué conducta asumir en mi presencia. Y me pareció leer en sus ojos una curiosidad penosa, que en tantas otras ocasiones había ya advertido fugazmente; aquella compasiva curiosidad con la que se mira a una persona sospechosa de locura, a un obseso. En efecto, en el espejo que tenía frente a mí descubrí mi imagen; contemplé mi rostro enjuto, mis profundas ojeras, mi boca tumefacta, en definitiva, aquel aspecto febril que tenía ya desde hacía meses.

—¿Te vistes para salir? —le pregunté, aún turbado, casi de modo salvaje, sin saber qué más podía preguntar, intentando evitar el silencio.

—Sí.

Era por la mañana; corría el mes de noviembre. Ella estaba de pie junto a una mesa adornada con encajes sobre la cual relucían dispersas las innumerables bagatelas modernas destinadas al realce de la belleza femenina. Ataviada con un vestido de vicuña oscuro, tenía aún en la mano un peine de carey con el dorso de plata. El vestido, de formas muy simples, secundaba su esbelta elegancia. Un gran ramo de crisantemos blancos sobresalía de la mesa a la altura de sus hombros. El sol estival de San Martín se filtraba por la ventana; y en el aire flotaba un perfume de cipria[9] o de alguna esencia que no supe reconocer.

—¿Qué perfume usas ahora? —pregunté.

Ella respondió:

—*Crab-apple*[10].

Añadí:

—Me gusta.

Tomó de la mesa un frasco y me lo entregó. Y yo aspiré su olor durante un tiempo, por hacer algo, para tener tiempo de preparar alguna otra frase. No conseguía disipar mi confusión, reconquistar mi franqueza. Sentí que toda intimidad entre noso-

tros se había derrumbado. Me parecía *otra mujer*. Y mientras tanto, el aria de *Otelo* aún ondeaba en mi alma, aún me inquietaba.

*¿Qué voy a hacer sin Eurídice…?*

Bajo aquella luz dorada y tenue, bajo aquel perfume envolvente, en medio de todos aquellos objetos impregnados de gracia femenina, el fantasma de la vieja melodía parecía despertar el latido de una vida secreta, expandir la sombra de un no sé qué misterioso.

—¡Qué hermosa aria cantabas antes! —dije, obedeciendo al impulso que provenía de mi extraña inquietud.

—¡Muy hermosa! —exclamó ella.

Y una pregunta afluyó a mis labios: «Pero ¿por qué cantabas?». La reprimí y busqué en mi interior los motivos de aquella curiosidad que me punzaba.

Siguió un intervalo de silencio. Ella recorría con la uña del pulgar los dientes del peine, produciendo un ligero sonido estridente. (Aquella estridencia tiene un lugar especial en mi recuerdo).

—Te estabas vistiendo para salir. Continúa, pues —dije.

—No he de ponerme más que la chaqueta y el sombrero. ¿Qué hora es?

—Faltan quince minutos para las once.

—Ah, ¿tan tarde es?

Tomó el sombrero y el velo, y se sentó ante el espejo. Yo la contemplaba. Otra pregunta acudió a mis labios: «¿Adónde vas?». Me contuve también esta vez, aunque pudiera resultar natural. Y continué mirándola atentamente.

Reapareció ante mí tal cual era en realidad: una joven señora elegantísima, de dulce y noble figura llena de finura e iluminada por una intensa expresión espiritual; una señora adorable, en definitiva, que podría haber sido una amante deliciosa para el cuer-

po y para el espíritu. «¿Y si fuera ciertamente la amante de alguien?», pensé. «Es verdaderamente imposible que no haya sido asediada en muchas ocasiones y por muchos hombres. Es muy notorio el abandono en el que la tengo; muy notorios mis agravios. ¿Y si hubiera cedido a alguien? ¿O si estuviera a punto de hacerlo? ¿Y si finalmente juzgara inútil e injusto el sacrificio de su juventud? ¿Si estuviera al fin cansada de tanta abnegación? ¿Si conociera a un hombre superior a mí, un seductor delicado y apasionado que le inspirara la curiosidad de lo nuevo y le hiciera olvidar al infiel? ¿Si hubiera perdido ya enteramente su corazón, demasiadas veces pisoteado sin piedad ni remordimiento?». Un súbito espanto me invadió; y la opresión de la angustia fue tan fuerte que llegué a pensar: «¡Vamos! Le confesaré mis dudas. Le diré mirándole al fondo de sus pupilas: "¿Eres *pura* todavía?". Y sabré toda la verdad. Es incapaz de mentir». «¿Incapaz de mentir? ¡Ja, ja, ja! ¡Una mujer…! ¿Qué sabrás tú? Una mujer es capaz de todo. Recuerda esto. Más de una vez un gran manto de heroísmo ha servido para ocultar media docena de amantes. ¡Sacrificio! ¡Abnegación! Apariencias, palabras. ¿Quién conoce la verdad absoluta? Jura, si puedes, sobre la fidelidad de tu mujer: pero no digo sobre la de hoy, sino sobre aquella anterior al episodio de la enfermedad. Jura con fe absoluta, si puedes». Y la voz maligna (¡ah, Teresa Raffo, cómo obraba tu veneno!), la voz pérfida me petrificó.

—Ten paciencia, Tullio —me dijo casi tímidamente Giuliana—. Colócame este alfiler aquí, en el velo.

Tenía los brazos alzados y arqueados sobre su cabeza para sujetar el velo; y sus blancos dedos trataban en vano de enfilarlo. Tenía una pose muy graciosa. Sus blancos dedos me hicieron reflexionar: «¡Cuánto tiempo hace que no nos cogemos de la mano! ¡Oh, aquellos enérgicos y ardientes apretones de mano que ella me daba tanto tiempo atrás, como para asegurarme que no me guardaba rencor por ninguna de mis ofensas! ¿Acaso ahora su

mano era impura?». Y mientras le colocaba el velo, sentí una espontánea repulsión ante la idea de una posible impudicia.

Se alzó y también la ayudé a ponerse el abrigo. Dos o tres veces nuestras miradas se encontraron fugazmente; y una vez más pude leer en sus ojos una especie de inquieta curiosidad.

Quizá se preguntaba a sí misma: «¿Por qué ha entrado aquí? ¿Por qué está cohibido? ¿Qué significa esa expresión de desconcierto? ¿Qué quiere de mí? ¿Qué le sucede?».

—Permíteme… un momento —dijo y salió del dormitorio.

Oí que llamaba a la señorita Edith, el ama de llaves. Al hallarme solo, mis ojos se dirigieron involuntariamente hacia la pequeña escribanía repleta de cartas, de notas, de libros. Me acerqué y mis ojos vagaron un instante entre aquellos papeles, intentando descubrir… «¿el qué?, ¿quizá *la prueba*?». Pero me sacudí aquella vil y necia tentación. Me entretuve con un libro que tenía una cubierta de tela antigua y entre sus páginas una plegadera. Era el libro que estaba leyendo entonces, deshojado hasta la mitad. Se trataba de la novela más reciente de Filippo Arborio, *Il Segreto*. Pude leer sobre el frontispicio una dedicatoria de puño y letra del autor:

> *Para usted, Giuliana Hermil, TVRRIS EBVRNEA*[11]*, se lo ofrezco indignamente,*
>
> *F. Arborio. Día de todos los santos '85*

¿Conocía, pues, Giuliana al novelista? ¿Qué actitud mostraba el espíritu de Giuliana hacia él? Y evoqué la fina y seductora figura del escritor, tal cual la había visto alguna que otra vez en algún lugar público. En verdad podía gustarle a Giuliana. Según algunas voces era un hombre que gustaba a las mujeres. Sus novelas, llenas de complicada psicología, a veces ingeniosa, con frecuencia falsa, turbaban los ánimos sentimentales, encendían las fantasías inquietas, mostraban con suprema elegancia el desprecio por la vida ordinaria. *Un'agonia, La cattolicissima, Angelica Do-*

*ni, Giorgio Aliora, Il Segreto* daban de la vida una visión intensa, como una gran combustión de figuras por innumerables brasas. Cada uno de sus personajes combatía por su Quimera en un duelo desesperado con la realidad.

«¿Acaso este extraordinario artista —cuyos libros le presentaban casi diría magnificado, como un ser espiritualmente puro—, no había ejercido su fascinación también sobre mí? ¿No había yo calificado su *Giorgio Aliora* como un libro "fraternal"? ¿No había encontrado en alguna de sus criaturas literarias ciertas extrañas semejanzas con mi "yo" íntimo? ¿Y si precisamente esta extraña afinidad nuestra le facilitara la obra de seducción quizá ya emprendida? ¿Si Giuliana se abandonara a él, habiendo reconocido alguno de aquellos mismos atractivos por los cuales tiempo atrás me adoraba?», pensé con un nuevo sobresalto[12].

Regresó a la estancia. Viendo aquel libro entre mis manos, dijo con una confusa sonrisa, un poco ruborizada.

—¿Qué miras?

—¿Conoces a Filippo Arborio? —le pregunté inmediatamente sin alteración alguna en mi voz, con el tono más calmado e ingenuo que pude.

—Sí —respondió francamente—. Nos presentaron en casa de los Monterisi. Ha venido aquí en alguna ocasión, pero no habéis coincidido.

Una pregunta asomó a mis labios. «¿Y por qué no me lo habías dicho?». Pero me contuve. ¿Cómo podría haberme hablado de ello si desde hacía mucho tiempo y con mi conducta había interrumpido entre nosotros cualquier intercambio de noticias o confidencias amistosas?

—Es bastante más simple que sus libros —añadió desenvuelta, colocándose los guantes lentamente—. ¿Has leído *II Segreto*?

—Sí, lo he leído.

—¿Te ha gustado?

Sin pensar, por una instintiva necesidad de manifestar ante Giuliana mi superioridad, respondí:

—No. Es mediocre.

Ella dijo finalmente:

—Me marcho.

Y se puso en movimiento para salir. La seguí hasta la antecámara, caminando tras la sutilísima huella de perfume que dejaba tras de sí, apenas perceptible. Delante del criado únicamente añadió:

—Adiós.

Y con paso ligero cruzó el umbral.

Regresé a mi estancia. Abrí la ventana, y me asomé para verla caminar por la calle.

Lo hacía con paso ligero, sobre la acera bañada por el sol: erguida, sin volver nunca la cabeza. El veranillo de San Martín irradiaba una tenue luz dorada sobre el cristal del cielo; y una quieta calidez endulzaba el aire, evocando el perfume ausente de las violetas. Una enorme tristeza se desplomó sobre mí, dejándome abatido contra el alféizar; y poco a poco se volvió insoportable. Raras veces en mi vida había sufrido como lo hacía ante aquella duda que hacía derrumbarse de golpe mi fe en Giuliana, una fe que había durado tantos años; raras veces mi alma había clamado tan fuerte tras una fugitiva ilusión. Pero ¿se había desvanecido ciertamente y sin remedio? No podía, no quería convencerme de ello. Toda mi vida de errores había estado acompañada por aquella gran ilusión, que respondía no tan sólo a las exigencias de mi egoísmo, sino a un sueño estético de grandeza moral. «La grandeza moral resultado de la violencia de los sufrimientos superados; para que ella tuviera oportunidad de aparecer como una heroína era necesario que sufriera lo que yo le hacía sufrir». Este axioma con el cual, en multitud de ocasiones, había logrado aplacar mis remordimientos, estaba profundamen-

te arraigado en mi espíritu, engendrando un fantasma ideal de la parte buena de los hechos y que asumí como una especie de culto platónico. Yo, disoluto, perverso e indolente, me complacía de reconocer en el estrecho círculo de mi existencia un alma severa, recta y fuerte, un alma incorruptible; y me complacía de ser el objeto amado, por siempre amado. Todos mis vicios, todas mis miserias y todas mis debilidades se apoyaban en esta ilusión. Creía que conmigo se había hecho realidad el sueño de cualquier hombre intelectual: ser continuamente infiel a una mujer continuamente fiel.

«¿Qué buscas? ¿Todas las embriagueces de la vida? Sal de ahí, venga, embriágate. En tu casa, como una imagen velada en un santuario, la criatura taciturna y agradecida, te espera. El candil sobre el cual no viertes ni una gota de aceite permanece siempre encendido». ¿No es acaso el sueño de cualquier hombre intelectual?

Además: «A cualquier hora, en cualquier circunstancia, al volver la encontrarás. Siempre segura de tu regreso sin detallarte su espera. Posarás tu cabeza sobre sus rodillas, y ella recorrerá tus sienes con sus dedos, para absorber tu dolor».

Pues bien, así me imaginaba yo mi regreso: el regreso final resultado de una de aquellas catástrofes internas que transforman a un hombre. Y toda mi desesperación se atemperaba por una íntima confianza en aquel indefectible refugio; y hasta el fondo de todas mis vilezas llegaba la luz de la mujer que por amor a mí y por *obra mía* había alcanzado el súmmum de la excelencia ajustándose perfectamente a mis ideales.

¿Bastaba una simple duda para destruir todo aquello en un solo instante?

Repasé la escena vivida con Giuliana desde el momento de mi entrada en su dormitorio hasta su marcha.

Aun atribuyendo gran parte de mis reflexiones a un especial estado de nerviosismo transitorio, no pude disipar la extraña impresión exactamente expresada por las palabras: «Me parecía *otra mujer*». Indudablemente, algún cambio advertí en ella. Pero ¿cuál? ¿La dedicatoria de Filippo Arborio no tenía más bien un significado reafirmante? ¿No ratificaba la impenetrabilidad de la *TVRRIS EBVRNEA*? Alguien le sugirió aquel glorioso apelativo o simplemente se derivaba de la fama de pureza que envolvía al nombre de Giuliana Hermil, o incluso de un intento de asalto fallido y quizá la renuncia del asedio ya emprendido. Así pues, la torre de marfil debía estar aún intacta.

Razonando así para curar la mordedura de la sospecha, sentía en el fondo de mi ser una vaga ansiedad, como si temiese la insurrección repentina de alguna irónica objeción. «Tú sabes: la piel de Giuliana es extraordinariamente nívea. Tan pálida como su camisón. El sacro apelativo pudiera también esconder un significado profano… Pero ¿y aquel *indignamente*? ¡Ah, ah, cuántas cavilaciones!».

Un ímpetu iracundo de irritación interrumpió aquel vano y humillante debate. Me retiré de la ventana, sacudí los hombros, di dos o tres vueltas por la cámara, abrí un libro maquinalmente, lo dejé. Pero la angustia no disminuía. «En fin —pensé parándome como para enfrentarme a un adversario invisible—, ¿todo esto a qué conduce? O ya ha caído y la pérdida es irreparable, o está en peligro y yo no puedo, en mi situación presente, intervenir para salvarla; o se mantiene pura con la intención de permanecer pura y entonces nada ha cambiado. En cualquier caso, no tengo ninguna *acción* que cumplir.

Lo que es, necesario es. Lo que sea, necesario será. Esta crisis de sufrimiento pasará. Precisa esperar. Aquellos crisantemos blancos sobre la mesa de Giuliana ¡qué hermosos eran! Saldré para comprar más y en gran cantidad. Mi cita con Teresa es hoy a las dos. Faltan casi tres horas… ¿No me decía ella la última vez

que le gustaría encontrar la chimenea encendida? Será el *primer fuego* del invierno, en esta cálida jornada. Me parece que se muestra bondadosa esta semana. ¡Ojalá dure! Pero yo, a la primera ocasión, desafiaré a Eugenio Egano». Mis pensamientos siguieron por este nuevo camino, con alguna pausa repentina, con desvíos imprevistos. Entre la sensual imagen de la próxima pasión, se coló otra imagen impura, tan temida, aquella de la cual quería huir. Algunas osadas y ardientes páginas de la novela *Cattolicissima* volvieron a mi memoria. Y de un espasmo surgía otro. Y yo confundía, si bien con dispar sufrimiento, en la misma corrupción a las dos mujeres y con el mismo odio a Filippo Arborio y Eugenio Egano.

La crisis pasó, dejándome en el ánimo una especie de vaga displicencia mezclada con cierto rencor hacia *la hermana*. Me alejé cada vez más, me volví más duro, más indiferente, más reservado. Mi triste pasión por Teresa Raffo se tornó más exclusiva, ocupó todas mis facultades, no me dio siquiera una hora de tregua. Era verdaderamente un obseso, un hombre poseído por una diabólica locura, consumido por una enfermedad desconocida y espantosa. Los recuerdos de aquel invierno están confusos en mi espíritu, incoherentes, interrumpidos por una extraña oscuridad, raros.

Aquel invierno no coincidí nunca en mi casa con Filippo Arborio; pocas veces lo vi en lugares públicos. Pero una noche lo encontré en una sala de armas; y allí nos conocimos, fuimos presentados por el maestro, intercambiamos algunas palabras. La luz del gas, el retumbo de aquel entarimado, el tintineo y el brillo del acero, las distintas posturas toscas o elegantes de los tiradores de esgrima, la agilidad de todas aquellas piernas arqueadas, la cálida y acre exhalación de aquellos cuerpos, los gritos guturales, las interjecciones vehementes, los estallidos de risa recomponen con singular evidencia en mi recuerdo la escena que se desarrollaba en torno a nosotros mientras estábamos el uno frente al

otro y el maestro pronunciaba nuestros nombres. Me viene a la mente una y otra vez el gesto con el que Filippo Arborio alzó su máscara mostrando su rostro encendido bañado en sudor. Sosteniendo en una mano la máscara y en la otra el florete, se inclinó a modo de saludo. Jadeaba demasiado, fatigado y algo convulso, como quien no tiene el hábito de practicar ejercicio muscular. Instintivamente pensé que aquel no era un hombre temible sobre el terreno. Afecté incluso cierta arrogancia, deliberadamente no le dirigí ni una sola palabra referida a su celebridad, a mi admiración; me contuve como lo hubiera hecho con cualquier desconocido.

—¿Entonces —me preguntó el maestro sonriendo—, para mañana?

—Sí, a las diez.

—¿Se batirá? —se interesó Arborio con manifiesta curiosidad.

—Sí.

Vaciló un momento; luego añadió:

—¿Con quién…? Si no es indiscreción.

—Con Eugenio Egano.

Advertí que ansiaba preguntar algo más, pero que le cohibía mi frialdad y mi aparente comportamiento descortés.

—Maestro, un asalto de cinco minutos —dije, y me volví para dirigirme al vestuario. Cuando llegué al umbral, me detuve y miré hacia atrás, y vi que Arborio había retomado su partida de esgrima. Un simple vistazo me sirvió para descubrir que era muy mediocre en aquel juego.

Cuando comencé el asalto con el maestro, bajo la atenta mirada de todos los presentes, se apoderó de mí una singular excitación nerviosa que duplicó mi energía. Y sentía sobre mi persona la mirada fija de Filippo Arborio.

Después, en el vestuario, nos reencontramos. La estancia era demasiado baja, estaba llena de humo y de un olor humano penetrante y nauseabundo. Todos allí dentro, desnudos, enfundados en sus largas capas blancas, frotándose el pecho, los brazos, los hombros, con lentitud, fumaban y chismorreaban en voz alta, dando rienda suelta con sus groserías a su bestialidad. El bullicio de las duchas se alternaba con grandes risotadas. Dos o tres veces, con un indescriptible sentimiento de repulsión, con un sobresalto similar al que me hubiera producido una violenta colisión, pude entrever el magro cuerpo de Arborio, al cual mis ojos se dirigían involuntariamente. Y de nuevo aquella odiosa imagen se dibujó en mi mente.

No tuve, después de aquello, ocasión de estar cerca de él, ni siquiera de encontrarle. Tampoco me preocupé. Ni en lo sucesivo tuve sospecha alguna sobre la conducta de Giuliana. Desde aquel entonces, en el círculo cada vez más estrecho en el que me movía, nada me resultaba claramente sensible, ni comprensible. Todas las impresiones extrañas pasaban por mi espíritu como gotitas de agua sobre una placa incandescente, o rebotando, o disolviéndose.

Los acontecimientos se precipitaron. A finales de febrero, tras una última y vergonzosa disputa, sobrevino la ruptura definitiva con Teresa Raffo. Partí para Venecia solo.

Permanecí allí alrededor de un mes, en un estado de malestar incomprensible; en una especie de estupor que la bruma y los silencios de la laguna volvían aún más denso. No conservaba para mis adentros más que el sentimiento de mi existencia aislada entre los fantasmas inertes de todas las cosas. Durante largas horas no sentía más que la fijeza, grave y aplastante, de la vida y el casi imperceptible latido de una arteria en mi cabeza. Durante largas horas sentí aquella misma fascinación extraña que sobre los sentidos opera el paso continuo y monótono de un algo indefinible. Lloviznaba. La niebla sobre el agua tomaba de vez en cuando

formas lúgubres que caminaban como espectros, con paso lento y solemne. A menudo en la góndola, como en una lápida, encontraba una especie de muerte imaginaria. Cuando el gondolero me preguntaba por mi destino, casi siempre le respondía con un gesto vago, asumiendo la desesperada sinceridad de mis palabras: «¡Dondequiera, fuera de este mundo!».

Regresé a Roma cuando transcurrían los últimos días de marzo. Tenía una nueva perspectiva de la realidad, como tras un largo eclipse de la conciencia. Una timidez, un desaliento, un miedo sin razón, me invadían de vez en cuando y repentinamente; y me sentía frágil como un chiquillo.

Miraba continuamente a mi alrededor con una insólita atención, para recuperar el verdadero significado de las cosas, para comprender su justa expresión, para darme cuenta de aquello que había cambiado, de aquello que había desaparecido. Y, como poco a poco regresaba a una existencia común, se restablecía el equilibrio en mi espíritu, se despertaba en mí alguna esperanza, resucitaba el interés por el futuro.

Encontré a Giuliana muy abatida, sin fuerzas, con la salud alterada y triste como nunca. Hablábamos poco y sin mirarnos a las pupilas, sin abrir nuestros corazones. Ambos buscábamos la compañía de las dos niñas; y Maria y Natalia, en su feliz ignorancia, llenaban los silencios con sus frescas voces. Un día Maria preguntó:

—Mamá, ¿iremos este año por Pascua a La Badiola?

Sin dudar respondí por su madre:

—Sí, iremos.

Entonces Maria se puso a dar brincos por la estancia en señal de alegría, arrastrando a su hermana. Miré a Giuliana:

—¿Quieres que vayamos? —le pregunté tímidamente, casi con humildad.

Ella consintió moviendo la cabeza.

—Veo que no estás bien —añadí—. Tampoco yo lo estoy… Quizás el campo…, la primavera…

Estaba recostada en un sillón, con sus blancas manos posadas sobre los reposabrazos; y su actitud me recordó otra: aquella de la convaleciente en la mañana que se levantaba por vez primera, pero después de anunciarle mi marcha.

Se decidió la partida. Nos preparamos. Una esperanza resplandecía en lo más profundo de mi alma, sin atreverme siquiera a mirarla.

# I

Mi primer recuerdo es éste.

Pensaba, cuando he comenzado mi relato: éste es el primer recuerdo referido al terrible suceso.

Así pues, era abril. Nos encontrábamos en La Badiola desde hacía algunos días.[13]

—¡Ah, hijos míos —había dicho mi madre con su gran ingenuidad—, qué decaídos os veo! ¡Ah, Roma, aquella Roma! Es preciso que os quedéis aquí conmigo, en el campo, mucho tiempo, para que os recuperéis…, mucho tiempo…

—Sí —respondió Giuliana sonriendo—, sí, mamá, nos quedaremos cuanto quieras.

Aquella sonrisa se dibujaba frecuentemente en los labios de Giuliana, en presencia de mi madre; y si bien la melancolía de sus ojos permanecía inalterable, era tan dulce aquella sonrisa, tan profundamente bondadosa, que yo mismo me dejé ilusionar. Y entonces me atrevía a mirar a mi esperanza.

Durante los primeros días mi madre no se separaba ni un momento de su querida invitada; talmente parecía que quisiera saciarla de ternura. Dos o tres veces la vi palpitar de emoción de un modo indescriptible, la vi acariciar con sus benditas manos los cabellos de Giuliana. En una ocasión escuché que decía:

—¿Te quiere como siempre?

—¡Pobre Tullio! Sí —respondió la otra voz.

—Así que no es cierto…

—¿El qué?

—Lo que me han contado.

—¿Y qué te han contado?

—Nada, nada… Creía que Tullio te había dado algún disgusto.

Hablaban en el arco de una ventana, tras las cortinas ondeantes, mientras en el exterior se escuchaba el susurrar de los olmos. Me adelanté antes de que se percataran de mi presencia; alcé una cortina y me asomé.

—¡Ah, Tullio! —exclamó mi madre.

E intercambiaron sus miradas, un poco confusas.

—Hablábamos de ti —continuó mi madre.

—¡De mí! ¿Mal? —pregunté con tono alegre.

—No, bien —respondió Giuliana inmediatamente; y comprendí perfectamente la intención en su voz, que ciertamente era la de *confirmármelo*.

El sol de abril batía sobre el alféizar, relucía en los cabellos grises de mi madre y despertaba algún tenue fulgor sobre las sienes de Giuliana. Las pulcrísimas cortinas ondeaban, reflejándose sobre los cristales luminosos. Los grandes olmos del parterre, cubiertos de pequeñas hojas nuevas, producían un murmullo, ahora ligero, ahora más fuerte, a cuyo compás se agitaban las sombras. De las propias paredes de la casa, cubiertas de innumerables alhelíes, ascendía un perfume pascual, casi un vapor invisible de mirra.

—¡Cuán fuerte es este olor! —murmuró Giuliana, pasando los dedos sobre las cejas y entrecerrando los ojos—. Aturde.

Me encontraba entre ella y mi madre, un poco más atrás. Sentí el deseo de inclinarme sobre el alféizar y estrechar a una y otra entre mis brazos. Me hubiera gustado expresar con aquella simple familiaridad toda la ternura que henchía mi corazón, y hacer

entender a Giuliana una infinidad de cosas inconfesables y reconquistarla por entero con aquel único acto. Pero me lo impedía un sentimiento de temor casi pueril.

—Mira, Giuliana —dijo mi madre indicando un punto de la colina—. Tu querida Villalilla. ¿La ves?

—Sí, sí.

Y protegiéndose del sol con la mano abierta, aguzaba la vista. Y yo que la observaba, noté un ligero temblor en su labio inferior.

—¿Distingues el ciprés? —le pregunté con la intención de acrecentar su turbación con aquella pregunta sugestiva.

Y volvió a mi cabeza aquel venerable viejo ciprés que tenía a sus pies un rosal y un nido de gorriones en su cima.

—Sí, sí, lo distingo… a duras penas.

Villalilla blanqueaba a media altura, en lontananza, en una meseta del promontorio. La cadena de colinas se presentaba ante nosotros con un alineamiento noble y suave, donde los olivares se alzaban con una apariencia de extraordinaria ligereza, asemejándose a un vapor verde-grisáceo acumulado de forma perenne. Los árboles en flor, blancos y rosados, interrumpían la armonía. El cielo aparecía incesantemente pálido como si en su fluidez un líquido blanco se difundiera y dispersase continuamente.

—Iremos a Villalilla después de Pascua. La encontraremos toda florecida —dije intentando despertar de nuevo en aquel alma el sueño que había disipado brutalmente.

Y me atreví a acercarme, a ceñir con mis brazos a Giuliana y a mi madre, a inclinarme sobre el alféizar y posar mi cabeza entre sus cabezas, de modo que los cabellos de una y otra me acariciaban. La primavera, aquella bondad en el aire, aquella nobleza del lugar, aquella plácida transfiguración de todas las criaturas por una virtud materna, y aquel cielo divino por su palidez, más divino cuanto más pálido se volvía, me daban un sentido de la vida

tan nuevo que pensé tembloroso: «Pero ¿es posible? ¿Es posible? ¡Pero cómo, después de todo lo sucedido, después de todo lo que he sufrido, después de tantos reveses, después de tantas vergüenzas, puedo esperar de la vida este sabor! ¡Puedo aún *tener esperanza*, puedo aún tener el presentimiento de una felicidad! ¿Quién, pues, me ha bendecido?». Parecía que todo mi ser se aligeraba, expandiéndose, dilatándose más allá de sus confines con una sutil, rápida e incesante vibración. Nadie se puede hacer una idea del efecto que producía en mí el simple roce de su cabello contra mi mejilla.

Permanecimos algunos minutos en aquella actitud, sin hablar. Los olmos susurraban. El temblor constante de las flores amarillas y violáceas que abarrotaban la pared bajo la ventana encantaba mis pupilas. Un denso y cálido perfume remontaba hacia el sol, con el ritmo de un hálito.

De repente Giuliana se irguió y se retiró, lívida, con algo extraño en sus ojos y con la boca contraída como por una náusea, diciendo:

—¡Este olor es terrible! Me estoy mareando. Mamá, ¿a ti no te molesta?

Y se volvió para marcharse; dio algún paso incierto, vacilante; acto seguido se decidió, y salió de la estancia seguida por mi madre.

Las vi alejarse a través de las puertas, aún preso de aquella primitiva sensación, absorto.

## II

Mi esperanza en el porvenir aumentaba de día en día. Casi no recordaba nada. Mi alma, demasiado fatigada, se olvidó de sufrir. En ciertas horas de completo abandono todo se disipaba, se distendía, se fundía, se sumergía en la fluidez original, se volvía irreconocible. Luego, tras estas extrañas disoluciones interiores, me parecía que el inicio de una nueva vida entraba en mí, que otra fuerza me poseía.

Una infinidad de sensaciones involuntarias, espontáneas, inconscientes e instintivas conformaba mi existencia real. Entre lo externo y lo interno se establecía un juego de nimias acciones y nimias reacciones instantáneas que se estremecían en infinitas repercusiones; y cada una de estas incalculables repercusiones se convertía en un fenómeno psíquico maravilloso. Todo mi ser se alteraba por cuanto ocurría en el aire, por un soplo, por una sombra, por un resplandor.

Las grandes enfermedades del alma, al igual que las del cuerpo, renuevan al hombre; y las convalecencias espirituales no son menos suaves ni milagrosas que las físicas. ¡Ante un arbusto florido, ante un ramo cubierto de minúsculos capullos, ante un vástago nacido de un viejo tronco casi extinto, ante la más humilde de las gracias de la tierra o la más modesta de entre las transfiguraciones de la primavera, yo me admiraba y me detenía, sencillo, cándido, atónito!

Por la mañana salía frecuentemente con mi hermano. A aquella hora todo lucía fresco, fácil, libre. La compañía de Federico

me purificaba y fortificaba como la buena brisa silvestre. Por aquel entonces Federico tenía veintisiete años; había vivido casi siempre en la campiña, una vida sobria y laboriosa; parecía albergar en su interior toda la bondadosa sinceridad de la tierra. Practicaba *El Decálogo*. Lev Tolstói, besándolo en su hermosa frente serena, le habría llamado su hijo.[14]

Caminábamos por los campos sin rumbo, rara vez meditando. Él elogiaba la fertilidad de nuestros dominios, me explicaba las innovaciones introducidas en los cultivos, me mostraba las mejoras. Las casas de nuestros campesinos eran amplias, oreadas y limpias. Nuestros establos rebosaban de ganadería sana y bien nutrida. Nuestras granjas estaban perfectamente organizadas. A menudo, en el camino, se detenía para observar alguna planta. Sus viriles manos se volvían de una delicadeza extrema cuando tocaban las minúsculas hojas verdes que asomaban en la cima de los brotes nuevos. A veces atravesábamos un huerto. Los melocotoneros, los ciruelos, los albaricoqueros cargaban sobre sus ramas millones de flores; debajo, por la transparencia de los pétalos rosáceos y argentados, casi diría que la luz mutaba en un vapor divino, en algo indescriptiblemente vago y benigno. Y entre los diminutos huecos de las gráciles guirnaldas, el cielo se mostraba con la viva dulzura de una mirada.

Él decía, imaginando el colgante tesoro futuro, mientras yo alababa las flores:

—Verás, verás sus frutos.

«Los veré», repetía para mis adentros. «Veré caer las flores, nacer las hojas, crecer los frutos, colorearse, madurar, desprenderse». Tal afirmación, dicha por boca de mi hermano, tenía para mí una seria importancia, como si se refiriera a no sé qué felicidad prometida y esperada, la cual debiera presentarse en aquel período del parto arbóreo, en el tiempo que transcurre entre la flor y el fruto. «Antes de que le haya manifestado mi propósito, a mi

hermano le parece natural que permanezca aquí, en la campiña, con él, con nuestra madre; pues me ha dicho que veré los frutos de sus árboles. ¡Está *seguro* de que los veré! Entonces es cierto que ha comenzado una nueva vida para mí y que este sentimiento que ha nacido en mi interior no me engaña. En efecto, se está cumpliendo todo con una extraña e insólita facilidad, con gran abundancia de amor. ¡Cuánto amo a Federico! ¡Nunca le quise tanto!». Tales eran mis soliloquios interiores, un poco caóticos, incoherentes, algunas veces pueriles por una especial disposición de mi ánimo que me llevaba a ver en cualquier acto insignificante una señal favorable, un pronóstico benigno.

Mi alegría más intensa era saberme lejano de las cosas pasadas, lejano de ciertos lugares, de ciertas personas, inaccesible. De vez en cuando saboreaba la paz de la campiña primaveral, imaginándome el espacio que me separaba del mundo oscuro donde tanto dolor había sufrido. Un miedo indefinible me acobardaba aún a veces, y me hacía buscar con ansia a mi alrededor las pruebas de mi seguridad presente, me impulsaba a poner el brazo bajo el de mi hermano, a leer en sus ojos su amor incuestionable y protector.

Confiaba en Federico ciegamente. Hubiese querido ser no solamente amado sino dominado por él; me hubiera gustado cederle la primogenitura al considerarlo más digno, y estar sometido a su consejo, tenerle como guía, obedecerle. A su lado no correría el peligro de extraviarme ya que él conocía la senda justa y caminaba por ella con paso infalible; además, tenía un brazo poderoso y podría defenderme. Era un hombre ejemplar: bueno, fuerte, sagaz. Nada igualaba en nobleza al espectáculo de aquella juventud devota a la religión del «obrar bien conscientemente», dedicada al amor de la Tierra. Sus ojos parecían haber asumido un límpido color vegetal por la asidua contemplación de las cosas verdes.

—Jesús de la Gleba[15] —le llamé un día, sonriendo.

Era una mañana llena de inocencia, una de aquellas mañanas que dan imagen de los albores decisivos de la infancia de la Tierra. En el linde de un campo, mi hermano conversaba con un grupo de agricultores. Hablaba de pie, su figura destacaba entre todos los presentes. Y su gesto tranquilo mostraba la sencillez de sus palabras. Hombres viejos encanecidos en sabiduría, hombres maduros ya próximos a la vejez, escuchaban atentamente a aquel joven. Todos llevaban sobre sus cuerpos nudosos la huella de la gran obra común. Como no había ningún árbol en las inmediaciones, y el trigo brotaba humildemente en los surcos, sus actitudes aparecían intactas bajo la santidad de la luz.

Al ver que me dirigía hacia él, mi hermano se despidió de sus hombres para venir a mi encuentro. Entonces un saludo espontáneo salió de mis labios:

—¡Hosanna, Jesús de la Gleba!

Mostraba con todos los seres vegetales una infinita diligencia. Nada escapaba a sus agudas pupilas, que todo lo ven. En nuestras caminatas matutinas, se detenía a cada paso para liberar de un caracol, de un gusano, de una hormiga a cualquier pequeña hojita. Un día, sin darme cuenta, caminaba golpeando la hierba con la punta del bastón y los tiernos tallos verdes cercenados a cada golpe se desmembraban. Aquello le hacía sufrir, porque me arrebató de la mano el bastón, aunque con gesto afectuoso, y se sonrojó, pensando quizá que aquella misericordia suya me pudiera parecer un exagerado sentimentalismo. ¡Oh, aquel rubor sobre un rostro tan masculino!

Otro día, mientras arrancaba de un manzano alguna rama florida, sorprendí en los ojos de Federico una sombra de remordimiento. Me paré en seco y retiré la mano diciendo:

—Si te disgusta…

Entonces se rió.

—No, no. Puedes despojar el árbol entero.

Entretanto la rama ya rota, prendida únicamente por algunas de sus fibras vivas, pendía a lo largo del tronco; aquella fractura de savia húmeda tenía un aspecto doliente, con aquellas flores delicadas, de un color carnoso y blanco, similares a un trenzado de sencillas rosas que, portando una simiente por desgracia condenada, se balanceaban en el aire con un temblor incesante.

Entonces dije, intentando atenuar la crueldad de aquella profanación:

—Son para Giuliana.

Y quebrando las últimas fibras vivas, arranqué la rama ya rota.

## III

No sólo le llevé aquel ramo a Giuliana, sino muchos otros. Regresaba siempre a La Badiola cargado de obsequios florales. Una mañana, portando en mis brazos un ramo de espino blanco, encontré a mi madre en el vestíbulo. Estaba yo un poco sofocado, acalorado, agitado por una ligera embriaguez. Le pregunté:

—¿Dónde está Giuliana?

—Arriba, en sus aposentos —respondió riendo.

Subí corriendo la escalera, atravesé el corredor, entré resuelto en la habitación, llamándola:

—¡Giuliana, Giuliana! ¿Dónde estás?

Maria y Natalia salieron a mi encuentro con gran júbilo, deleitándose con las flores, inquietas, alocadas.

—Ven, ven —me gritaban—. Mamá está aquí, en el dormitorio. Ven.

Crucé aquel umbral palpitando con más fuerza; me encontré a Giuliana sonriente y confusa: deposité el espino blanco a sus pies.

—¡Mira!

—¡Oh, qué cosa más bonita! —exclamó inclinándose sobre el fresco tesoro aromático.

Vestía una de sus amplias túnicas que tanto le gustaban, de un verde igual al verde de una hoja de aloe. Aún sin peinar, sus cabellos se escabullían de entre los pasadores, le cubrían la nuca, le

ocultaban las orejas, cayendo en grandes mechones despeinados. El efluvio del espino, un aroma mezcla de tomillo y almendra amarga, la impregnaba, se expandía por la estancia.

—Cuida de no pincharte —le dije—. Mira mis manos.

Y le mostré los rasguños aún sangrantes, intentando dar mayor mérito a mi ofrenda. «¡Oh, si ahora tomara mis manos!», pensé. Y me pasó vagamente por la mente el recuerdo de un lejanísimo día en el cual ella me había besado las manos arañadas por otras espinas y había querido beber las gotas de sangre que emanaban de la herida, una tras otra. «¡Si tomara ahora mis manos y en ese acto me concediera su total perdón y entrega!».

Esperaba ansiosamente desde hacía días un momento semejante. No sabría decir de dónde procedía dicha esperanza, pero estaba seguro de que Giuliana volvería a mí, así, antes o después, con un simple acto tácito en el que me concedería «su total perdón y entrega».

Sonrió. Una sombra de sufrimiento apareció en su rostro demasiado pálido, en sus ojos demasiado hundidos.

—¿No te encuentras mejor desde que estamos aquí? —le pregunté acercándome a ella.

—Sí, sí, mejor —respondió.

Tras una pausa:

—¿Y tú?

—Oh, yo ya estoy curado. ¿No ves?

—Sí, es cierto.

Cuando me hablaba, aquellos días, lo hacía con una singular indecisión que se me antojaba llena de gracia, pero que ahora soy incapaz de definir. Casi parecía que estaba constantemente preocupada por reprimir las palabras que acudían a sus labios y pronunciar otras distintas. Además, su voz, por así decirlo, se había vuelto más *femenina*; había perdido su primitiva firmeza y una

parte de su sonoridad; se había velado como la de un instrumento con la sordina. Siendo, pues, tan afectuosa conmigo en todos los aspectos, ¿qué me impedía entonces abrazarla? ¿Qué mantenía entre los dos aquella distancia?

En aquel período, que permanecerá por siempre en la historia de mi alma, siempre misterioso, mi natural perspicacia parecía totalmente abolida. Todas mis formidables facultades analíticas, las mismas que me habían ocasionado tanto sufrimiento, parecían haberse extinguido. La fortaleza de aquellas inquietas facultades parecía destruida. Infinidad de sensaciones, infinidad de sentimientos de aquellos tiempos me resultaban ahora incomprensibles, inexplicables, porque no tenía filia alguna para rastrear su origen, para determinar su naturaleza. Hay una discontinuidad, una fusión imperfecta entre aquel período de mi vida psíquica y el resto.

Hubo una ocasión en la que escuché, durante la exposición de una fábula, que un joven príncipe, tras un largo peregrinaje lleno de aventuras, consiguió finalmente presentarse ante la mujer que con tanto ardor había buscado. El joven temblaba de esperanza, mientras la joven le sonreía. Pero un velo volvía intangible a la mujer sonriente. Era un velo de materia desconocida, tan sutil que se confundía con el aire; y sin embargo, el joven no podía abrazar a su amada a través de aquel velo.

Esta imagen me ayuda un poco a comprender el singular estado en el que me encontraba por aquel entonces con respecto a Giuliana. Yo sentía que había algo desconocido que prolongaba el distanciamiento entre nosotros. Pero al mismo tiempo confiaba en aquel «simple acto silencioso» que antes o después derribaría cualquier obstáculo llenándome de felicidad.

¡Cuánto me gustaba, en tanto, el dormitorio de Giuliana! Estaba tapizado con una tela clara, un poco envejecida, con moti-

vos florales muy difuminados. La alcoba era bastante amplia. ¡Cómo la perfumaba aquel espino blanco!

Ella dijo, muy pálida:

—¡Qué olor tan fuerte! Se sube a la cabeza. ¿No lo notas?

Se dirigió hacia la ventana y la abrió. Después continuó:

—Maria, llama a la señorita Edith.

El ama de llaves apareció.

—Edith, por favor, llévate estas flores a la cámara del piano. Ponlas en un jarrón. Ten cuidado de no pincharte.

Maria y Natalia quisieron llevar una parte del manojo. Nos quedamos solos. Volvió a acercarse a la ventana, se apoyó en el alféizar, de espaldas a la luz.

Dije:

—¿Tienes algo que hacer? ¿Quieres que me vaya?

—No, no. Quédate. Siéntate. Cuéntame tu paseo de esta mañana. ¿Hasta dónde has ido? Pronunció estas frases con un poco de precipitación. Como la balaustrada le llegaba a la altura de su cintura, tenía los codos apoyados sobre el alféizar. Y su busto se inclinaba hacia atrás, entrando en el rectángulo del ventanal. Su rostro, vuelto hacia mí, se veía al trasluz, especialmente sus ojos; pero sus cabellos, recibiendo el torrente de luz, formaban una tenue aureola; también sus hombros se veían iluminados. Un pie, sobre el cual descansaba todo el peso de su cuerpo, se mostraba bajo el ribete del vestido, revelando apenas la media cinérea y la babucha brillante. Toda su figura, en aquella actitud y bajo aquella luz, irradiaba un extraordinario poder de seducción. Un fragmento de paisaje azulado y voluptuoso, entre una y otra jamba, aparecía coronando su cabeza.

Entonces sucedió, de pronto, como una fulminante revelación. Volví a verla como una mujer deseable y en mi sangre se encendió de nuevo el recuerdo y el deseo de las caricias.

Le hablaba mirándola fijamente. Cuanto más la observaba, más turbado me sentía; y ella debió entender mi mirada porque la inquietud en ella se hizo evidente. Yo pensaba con aguda ansiedad interior: «¿Y si me atreviera? ¿Y si avanzara hasta ella y la tomase entre mis brazos?». Incluso la franqueza aparente que intentaba dar a mis livianos discursos me abandonó. Me sentía confuso. Aquella situación se hizo insostenible.

Me levanté, me acerqué a la ventana, me coloqué al flanco de Giuliana y me incliné hacia ella para proferir al fin las palabras tantas veces repetidas en mis coloquios imaginarios. Pero el temor de una probable interrupción me frenó. Pensé que quizá aquel momento era inoportuno, que no tendría tiempo para decirle todo lo que deseaba, de abrirle mi corazón, de narrarle mi vida interior de las últimas semanas, la misteriosa convalecencia de mi alma, el despertar de mis fibras más tiernas, el renacimiento de mis sueños más dulces, la profundidad de mi nuevo sentimiento, la tenacidad de mi esperanza. Pensé que no tendría tiempo de describirle los detalles de los episodios recientes, aquellas pequeñas confesiones ingenuas, deliciosas a los oídos de la mujer que amaba, frescas de verdad, más persuasivas que cualquier elocuencia. En efecto, tenía que lograr persuadirla de una grandiosa y tal vez para ella increíble certeza, después de tantas y tantas desilusiones: conseguir persuadirla de que mi regreso no era engañoso, sino sincero, definitivo, provocado por una necesidad vital de todo mi ser. Ella, lógico, aún desconfiaba; ciertamente, en su desconfianza indicaba su reserva. Entre nosotros todavía se interponía la sombra de un atroz recuerdo. Yo tendría que desterrar aquella sombra, fusionar mi alma con la suya tan estrechamente que nada pudiera interponerse. Y esto debía suceder en una hora favorable, en un lugar secreto, silencioso, habitado solamente por los recuerdos: Villalilla.

Entre tanto callábamos, ambos apoyados en el vano de la ventana, uno al lado de la otra. Desde la estancia contigua llegaban

las voces de Maria, Natalia y Edith, casi imperceptibles. El perfume del espino blanco se había desvanecido. Los cortinajes que pendían del arco de la alcoba dejaban entrever la cama al fondo, adonde mis ojos se dirigían frecuentemente, curiosos de la penumbra, casi codiciosos.

Giuliana había inclinado la cabeza porque quizá también ella sentía el peso dulce y angustioso del silencio. El ligero viento agitaba sobre su sien un mechón rebelde. La irreverencia de aquel rizo oscuro, un poco leonado, con algún hilo de oro bajo aquella luz, ondeando sobre aquella sien pálida como una oblea, me hacía languidecer. Y, contemplándola, volví a ver en su cuello aquella pequeña mancha oscura que tantas veces, en otros tiempos, encendía la llama de la tentación.

Entonces, no pudiendo reprimirme, con una mezcla de temor y osadía, levanté la mano para recomponer el mechón; y mis temblorosos dedos rozaron, por encima de sus cabellos, su oreja, su cuello, pero muy delicadamente, con la más sutil de las caricias.

—¿Qué haces? —preguntó Giuliana con un gran sobresalto, dirigiéndome una mirada azorada, temblando incluso más que yo. Y se apartó de la ventana; advirtiendo que yo la seguía dio algunos pasos como si intentara huir desesperadamente.

—¡Ah! ¿Por qué, por qué actúas así, Giuliana? —exclamé deteniéndome.

Pero inmediatamente después añadí:

—Es cierto: no soy digno aún. ¡Perdóname!

En aquel momento las dos campanas de la iglesia comenzaron a sonar. Y Maria y Natalia se precipitaron al dormitorio, hacia su madre, gritando de alegría. Una después de la otra, se aferraron a su cuello, cubriéndole el rostro de besos; y de la madre vinieron a mí, y las alcé en mis brazos una tras otra.

Las dos campanas sonaban impetuosamente; toda La Badiola parecía invadida por el temblor del bronce. Era Sábado Santo, la hora de la Resurrección.

# IV

En la tarde de aquel mismo sábado, tuve una crisis de singular tristeza. Había llegado el correo a La Badiola; mi hermano y yo estábamos en la sala de billar ojeando los periódicos. Por casualidad apareció ante mis ojos el nombre de Filippo Arborio citado en una crónica. Una súbita turbación se apoderó de mí, del mismo modo que un ligero golpe remueve el poso de una copa de cristal.

Lo recuerdo: era una tarde nebulosa, iluminada como por una débil reverberación blanquecina. En el exterior de la casa, por delante del ventanal que daba a la pradera, pasaron Giuliana y mi madre cogidas del brazo, conversando. Giuliana llevaba un libro y caminaba con aire cansado.

Con la incoherencia de las imágenes que se representan en los sueños, se despertaron en mi espíritu algunos fragmentos de la vida pasada: Giuliana ante el espejo, aquel día de noviembre. El ramo de crisantemos blancos; mi ansiedad al escuchar el aria de Orfeo; las palabras escritas en el frontispicio de *Il Segreto*; el color del vestido de Giuliana; mi discurso en la ventana; el rostro de Filippo Arborio bañado en sudor; la escena de los vestuarios en la sala de armas. Pensé con un escalofrío de terror, como aquel que se encuentra repentinamente en el vórtice de una vorágine: «¿Será posible que no logre salvarme?».

Constreñido por la angustia, y necesitando encontrarme solo para reflexionar, para enfrentarme a mis miedos, saludé a mi hermano, abandoné la cámara y me dirigí a mis aposentos.

Mi turbación se confundía con un poco de rabiosa impaciencia. Me sentía como alguien que, en el goce de una ilusoria curación, de la seguridad recobrada en la vida, vuelve a padecer la mordedura de un mal antiguo, se percata de llevar aún en sus carnes un mal inexorable y se ve obligado a observarse, a examinarse, para convencerse de la horrible realidad. «¿Acaso no conseguiré salvarme? Y ¿por qué?».

En el extraño olvido en que se habían sumergido todos los acontecimientos pasados; en aquella especie de oscurantismo que parecía haber invadido toda mi conciencia, incluso mis dudas sobre Giuliana, aquella odiosa sospecha, se había desvanecido, se había evaporado. Mi alma tenía una grandísima necesidad de mecerse en la ilusión, de creer, de esperar. La santa mano de mi madre acariciando los cabellos de Giuliana me parecía que irradiaba de nuevo una aureola sobre su cabeza. Por uno de aquellos frecuentes equívocos sentimentales en períodos de debilidad, contemplando a aquellas dos mujeres respirar aquel mismo aire con tal dulce concordia, las confundí en una misma irradiación de pureza.

Ahora, un pequeño hecho casual, un simple nombre que por azar leí en un diario, el despertar de un turbio recuerdo, bastaron para desconcertarme, para conmoverme, para precipitarme a un abismo al cual ni siquiera osaba lanzar una mirada resuelta y profunda, porque mi sueño de felicidad me lo impedía, me arrojaba hacia atrás, escoltándome tenazmente. Antes vivía bajo una tétrica angustia, indescriptible, sobre la que pasaban de cuando en cuando estremecedores resplandores. «Es posible que ella no sea pura. ¿Y entonces? Filippo Arborio o cualquier otro… ¡Quién sabe! Conociendo yo el pecado, ¿podré perdonar? ¿Qué pecado? ¿Qué perdón? No tienes derecho a juzgarla, no tienes derecho a alzar la voz. Demasiadas veces ha callado ella; esta vez te toca callar a ti. ¿Y la felicidad? ¿Sueñas con tu felicidad o con la de ambos? Con la de ambos, claro, porque un simple reflejo de

*su* tristeza ensombrecería cualquier alegría tuya. Supones que estando tú contento también lo estará ella: tú, con tu pasado de licencia continua; ella, con su pasado de continuo martirio. La felicidad que sueñas reposa sobre la total supresión del pasado. ¿Por qué, si ella realmente no fuera pura, no podrías correr un velo ante su culpa como haces con la tuya? ¿Por qué, pues, queriendo que ella olvide, no podrías olvidar tú? ¿Por qué, entonces, queriendo convertirte en un hombre nuevo, desligado completamente del pasado, no podrías considerarla a ella como una mujer nueva, en las mismas condiciones? Semejante disparidad sería quizá la mayor de tus injusticias. Pero ¿el Ideal?, ¿el Ideal? Mi felicidad sería posible si pudiera reconocer en Giuliana a una criatura superior, impecable, digna de toda adoración; y en el íntimo sentimiento de esta superioridad, en la conciencia de su propia grandeza moral encontraría también ella su máxima felicidad. Nunca podría abstraerme de mi pasado ni del suyo, porque esta particular felicidad que anhelo no podría existir sin la iniquidad de mi vida anterior y sin esa heroína invicta, casi sobrehumana, a la que mi alma siempre reverenciará. Pero ¿sabrás discernir cuánto hay de egoísmo y cuánto de idealismo en tu sueño? ¿Acaso mereces tú la felicidad, tan alto premio? ¿Por qué privilegio? Si así fuera, tus continuas faltas te habrían conducido no a la expiación, sino a la recompensa…».

Sacudí la cabeza para concluir el debate. «Al fin y al cabo, no se trata más que de una antigua sospecha, bastante vaga, renacida ahora casualmente. Esta irrazonable turbación se desvanecerá. Estoy dando consistencia a una sombra. En dos o tres días, después de Pascua, iremos a Villalilla; y lo sabré, *sentiré*, indudablemente, la verdad. Pero ¿esa profunda, inalterable melancolía que retratan sus ojos no es acaso *sospechosa*? Su aire ausente, esa negrura de un pensamiento continuo que se advierte en su entrecejo, ese inmenso cansancio que revelan ciertas actitudes suyas, aquella ansiedad que no acierta a disimular cuando te acercas,

¿no son acaso *sospechosos*?». Tales ambiguas apariencias podían también explicarse en sentido favorable. Pero, angustiado por una violenta ola de dolor, me levanté y me dirigí hacia la ventana con el instintivo deseo de sumergirme en el espectáculo exterior, buscando una sintonía con mi espíritu, una revelación o sosiego.

El cielo aparecía completamente blanco, similar a un grupo de velos superpuestos entre los cuales el aire circulaba produciendo amplios y móviles pliegues. Alguno de aquellos velos parecía desprenderse de cuando en cuando, aproximarse a la tierra, casi rasgar la cima de los árboles, lacerarse, reducirse a pedazos cadentes, vibrar a ras de suelo, desvanecerse. Las líneas de las alturas se presentaban confusas hacia el fondo, descomponiéndose, rehaciéndose en lontananzas ilusorias, como un paisaje en un sueño, carente de realidad. Una plomiza sombra invadía el valle, y el Assoro, con sus riberas invisibles, lo animaba con el centelleo de sus aguas. Aquel río tortuoso, resplandeciente en aquel golfo de sombra, bajo aquella incesante disolución del cielo, atraía todas las miradas, tenía para el espíritu la fascinación de las cosas simbólicas, pareciendo portar en sí mismo el oculto significado de aquel espectáculo indefinido.

Mi dolor perdió poco a poco su acritud, se volvió más retraído, más equilibrado. «¿Por qué aspirar con tanta codicia a la felicidad, siendo indigno de ella? ¿Por qué sustentar los pilares de la vida futura sobre una ilusión? ¿Por qué creer con fe ciega en un privilegio inexistente? Quizá todos los hombres, durante su vida, llegan a un momento decisivo en el que sólo los más sagaces alcanzan a comprender *cuál debe ser su vida*. A ti ya te llegó ese momento. Recuerda el instante en que aquella mano pálida y fiel, que portaba el amor y la indulgencia, la paz, el sueño, el olvido, todo lo bello y todo lo bueno, tembló un instante en el aire mientras se elevaba hacia ti en señal de ofrenda suprema…».

El remordimiento inundó de lágrimas mi corazón. Reposé los codos sobre el alféizar, apoyé la cabeza entre las manos mirando fijamente los meandros del río al fondo del valle plomizo, y en tanto que los velos del firmamento se disolvían sin tregua, permanecí algunos minutos bajo la amenaza de un castigo inminente, sintiendo que se cernía sobre mí una desgracia desconocida.

Llegando a mis oídos, inesperadamente, las notas del piano de la sala del piso inferior, la asfixiante opresión se desvaneció repentinamente, dando paso a una confusa ansiedad en la que todos los sueños, todos los deseos, todas las esperanzas, todos los arrepentimientos, todos los remordimientos, todos los terrores se mezclaron con una celeridad inconcebible, angustiosamente.

Reconocí la música. Era la *Romanza senza parole*[16] preferida por Giuliana y que la señorita Edith tocaba con frecuencia; era una de aquellas melodías veladas pero profundas en las que parece que el Alma se dirige a la Vida con diferentes tonos pero haciendo siempre la misma pregunta: «¿Por qué has frustrado mis esperanzas?».

Cediendo a un impulso casi instintivo, salí solícito, atravesé el corredor, bajé las escaleras, y me detuve ante la puerta de donde procedía la música. Estaba entrecerrada; me *insinué* sin hacer ruido; espié entre los cortinajes. ¿Estaba allí Giuliana? Mis ojos, deslumbrados aún por la luz, no vieron nada hasta que se adaptaron a la penumbra, pero me hirió el penetrante perfume del espino blanco, aquel aroma mezcla de tomillo y almendra amarga, fresco como la leche recién ordenada. Observé. La sala estaba apenas iluminada por la claridad verdosa que descendía entre las oquedades de la celosía. La señorita Edith estaba sola ante el piano y continuaba tocando sin percatarse de mi presencia. La caja del instrumento relucía en la penumbra, las ramas del espino blanqueaban. En aquella quieta meditación, bajo aquel perfume irradiado por las ramas, que me recordaban la matutina emoción

y la sonrisa de Giuliana, y mi estremecimiento, la *Romanza* me resultó más desconsoladora que nunca.

¿Dónde estaba Giuliana? ¿Había subido de nuevo a su habitación? ¿Aún estaba fuera?

Me retiré, bajé la escalera y atravesé el vestíbulo sin encontrar a nadie. Sentía una imperiosa necesidad de buscarla, de verla; pensaba que quizá su sola presencia me devolvería la calma, me haría recuperar la confianza. Cuando salí, divisé a Giuliana bajo los olmos en compañía de Federico.

Me sonrieron ambos. Cuando les alcancé, dijo mi hermano con una sonrisa:

—Hablábamos de ti. Giuliana cree que te cansarás muy pronto de La Badiola… ¿Y nuestros proyectos, entonces?

—No, Giuliana *se equivoca* —respondí, esforzándome por recobrar mi habitual desenvoltura—. Ya verás, al contrario, estoy tan cansado de Roma… ¡*Y de todo lo demás*!

Miraba a Giuliana. Y una asombrosa mutación se produjo en mi interior, porque todos los tristes acontecimientos que hasta ese momento me habían oprimido se precipitaron al fondo, se oscurecieron, se diluyeron, cediendo su lugar a un saludable sentimiento que simplemente con mirarla a ella y a mi hermano se despertaba en mi interior. Estaba sentada, como ensimismada, con un libro entre las rodillas que pude reconocer, pues era el libro que le había dado días antes: *Guerra y paz*. Todo en ella, ciertamente, la actitud y la mirada, era dulce y bueno. Y nació en mí un sentimiento parecido al que quizá hubiera sentido si hubiera visto en aquel mismo lugar, bajo los olmos centenarios que perdían sus flores muertas, a una Costanza adulta, mi pobre hermana muerta, al lado de Federico.

Los olmos llovían sus innumerables flores, a cada soplo. Era, bajo aquella luz blanca, una caída continua, lentísima, de diáfanas películas, casi impalpables, que se demoraban en el aire, titu-

beaban, temblaban como las alas de una libélula, entre verdosas y doradas, regalando a la vista, con aquella continuidad y aquella fragilidad, una sensación casi fantasmagórica. Giuliana las recibía sobre las rodillas, sobre los hombros; de cuando en cuando, con un delicado gesto apartaba alguna que quedaba presa entre los rizos de sus sienes.

—Ah, si Tullio se queda en La Badiola —dijo Federico volviéndose hacia ella—, haremos grandes cosas. Promulgaremos las nuevas leyes agrarias; construiremos las bases de la nueva constitución agraria. ¿Sonríes? También tú tomarás parte en nuestra obra. Te confiaremos el ejercicio de dos o tres preceptos de nuestro *Decálogo*. También tú trabajarás. A propósito Tullio, ¿cuándo comenzamos este noviciado? Tienes las manos demasiado blancas. Eh, las punzadas de ciertas espinas no bastan…

Hablaba alegremente, con aquella voz suya, clara y fuerte, que infundía inmediatamente en quien la escuchaba un sentimiento de seguridad y confianza. Hablaba de sus viejos y nuevos proyectos, de la interpretación de las leyes cristianas primitivas en referencia al cultivo de los campos, con una seriedad de pensamiento y sentimiento, atemperada por aquella alegría jovial, que era como un velo de modestia desplegado por él mismo contra la admiración y el elogio de quien le escuchaba. Todo en él parecía sencillo, fácil, espontáneo. Este joven, por la simple fuerza de su espíritu iluminado por su bondad innata, ya desde hacía años intuía la teoría social que a Lev Tolstói le inspiró el *mujik* Timoteo Bondareff[17]. En aquel tiempo ni siquiera conocía *Guerra y paz*, el gran libro que acababa de hacer su aparición en Occidente[18].

—He aquí un libro para ti —le dije, tomando el volumen de las rodillas de Giuliana.

—Si tú me lo recomiendas, lo leeré.

—¿Te gusta? —pregunté a Giuliana.

—Sí, mucho. Es triste y alentador al mismo tiempo. Me apasionan tanto Maria Bolkónskaia como Pierre Bezújov.

Me senté junto a ella. Parecía no pensar en nada, no tener pensamientos bien definidos, y sin embargo, mi alma vigilaba y meditaba. Existía un contraste evidente entre el sentimiento presente, con las circunstancias actuales, y el sentimiento representado por los discursos de Federico, de aquel libro, de los nombres de los personajes que Giuliana amaba. El tiempo fluía lánguido y apacible, casi perezosamente, bajo aquel confuso vapor blanquecino en el que los olmos se deshojaban poco a poco. Llegaba hasta nosotros el sonido del piano, apenas audible, intensificando la melancolía de la luz con sus sonoridades, como meciendo la somnolencia del aire.

Sin escuchar más, absorto, abrí aquel libro, lo hojeé aquí y allá, recorriendo de un vistazo el principio de alguna de sus páginas. Advertí que varias de ellas tenían una doblez en sus esquinas, sin duda para marcar algo, y en otras se apreciaba un rasguño en su margen siguiendo la costumbre de la lectora. Entonces quise leer, curioso, casi ansioso. En la escena entre Pierre Bezújov y el viejo desconocido en la posta de Torzhok, muchas frases estaban marcadas.

«… —Contemple con los ojos del alma su propio ser y pregúntese si está satisfecho de sí mismo. ¿Qué ha conseguido dejándose llevar sólo por la inteligencia? Señor mío, es joven, rico, inteligente, culto; pero ¿qué ha alcanzado con todos los dones que se le han dado? ¿Está contento de sí mismo y de su existencia?

—No. La aborrezco.

—La aborrece; entonces cámbiela, purifíquese, y a medida que se transforme conocerá la sabiduría. Examine su vida, señor mío. ¿Cómo ha pasado su existencia? En desordenadas orgías y disipaciones, recibiéndolo todo de la sociedad sin darle nada a

cambio. Recibió una fortuna, ¿cómo la ha empleado? ¿Qué ha hecho por su prójimo? ¿Ha pensado en los miles de seres que son siervos suyos? ¿Les ha ayudado moral y materialmente? No. Se ha aprovechado de su trabajo para llevar una vida disoluta: eso es lo que ha hecho. ¿Escogió una profesión en la que pudiera ser útil a los demás? No. Prefirió pasar la vida ociosamente. Después se casó. Aceptó la responsabilidad de servir de guía a una mujer joven, ¿y qué ha hecho? En lugar de ayudarla a encontrar el camino de la verdad, la ha precipitado al abismo de la mentira y el infortunio…».

Nuevamente, el insostenible peso se desplomó sobre mí, aplastándome. Y fue un dolor más atroz que el anteriormente padecido, pues la proximidad de Giuliana aumentaba el *orgasmo*. El pasaje transcrito estaba señalado en la página con una única marca. Ciertamente, Giuliana lo había hecho pensando en mí, en mis errores. Pero ¿también la última línea se refería a mí, a nosotros? ¿La había empujado yo, había caído ella «en el abismo de la mentira y el infortunio»?

Temía que ella y Federico oyeran los latidos de mi corazón.

Una nueva página aparecía doblada, tenía una huella muy visible: narraba la muerte de la princesa Lisa en Lisia-Gori:

«… los ojos de la muerta estaban cerrados, pero su delicado rostro no había cambiado. Parecía decir aún: "Oh, ¿qué me has hecho?". El príncipe Andréi no lloraba, pero sintió que algo se desgarraba en su corazón, pensando que era el culpable de un daño que jamás podría reparar ni olvidar. El anciano príncipe vino también, se acercó al féretro y besó una de aquellas frágiles y frías manos de cera, cruzadas una sobre la otra. También a él pareció decirle el rostro: "¿Qué habéis hecho de mí?"».[19]

La dulce y terrible pregunta me hirió como un aguijón. «¿Qué habéis hecho de mí?». Tenía los ojos clavados en la página, sin osar, dirigir la mirada hacia Giuliana, aun ansiando hacerlo.

Tenía miedo de que ella y Federico oyeran los latidos de mi corazón y se volvieran para mirarme, descubriendo mi turbación. Tal era mi azoramiento, que creía tener el rostro descompuesto y dudaba si tendría fuerzas para levantarme o proferir una sílaba. Sólo lancé una mirada fugaz y esquiva a Giuliana; su perfil me impresionó tanto que al continuar mirando la página creí verlo impreso en ella, junto al «desdichado y demacrado rostro» de la princesa muerta. Era un perfil pensativo, más serio por la atención prestada, sombreado por sus largas pestañas; y los labios fruncidos, un poco caídos en las comisuras, parecían confesar involuntariamente un cansancio y una tristeza extremos. Escuchaba a mi hermano. La voz de éste llegaba confusa a mis oídos, resonaba muy lejana si bien estaba muy cerca; y todas aquellas flores de los olmos que llovían y llovían sin tregua, todas aquellas flores muertas, casi irreales, casi inexistentes, me impresionaban de un modo indescriptible, como si aquella visión física se convirtiese en un extraño fenómeno interno y yo asistiera al pasaje continuo de aquellas infinitas sombras impalpables en un cielo íntimo, en lo más profundo de mi alma. «¿Qué me has hecho?», repetían la muerta y la viva, ambas sin mover los labios. «¿Qué habéis hecho de mí?».

—¿Pero qué haces leyendo ahora, Tullio? —dijo Giuliana volviéndose, quitándome el libro de las manos, cerrándolo, posándolo de nuevo sobre sus rodillas, con una especie de nerviosa impaciencia.

E inmediatamente después, sin pausa alguna, como para restar importancia a su acto:

—¿Por qué no vamos arriba, con la señorita Edith, a escuchar un poco de música? ¿La oís? Me parece que está tocando la *Marcha fúnebre por la muerte de un héroe*[20], la que tanto te gusta a ti, Federico…

Y agudizó el oído para escuchar con más nitidez. Los tres escuchamos. Algunos compases llegaban hasta nosotros, en medio del silencio. No estaba equivocada. Insistió, alzándose:

—Vamos, pues. ¿No venís?

Fui el último en levantarme para poder observarla. No se cuidó de sacudir de su vestido las flores del olmo que sobre el terreno habían compuesto un sutil tapiz, y continuaban cayendo, cayendo sin descanso. Permanecí de pie unos instantes, con la cabeza inclinada, mirando la capa de flores que ella escarbaba y amontonaba con la sutil punta de su zapato, mientras que otras tantas flores seguían cayendo y cayendo sin tregua sobre ella. No le veía la cara. ¿Estaba distraída con aquel juego ocioso, o absorta en una preocupación?

# V

La mañana siguiente, entre otros portadores de regata los de Pascua, visitó La Badiola Calisto, el viejo Calisto, el guardián de Villalilla, con un enorme ramo de lilas aún fresquísimas, fragantes. Y quiso, él mismo, con sus propias manos, entregárselo a Giuliana, recordándole los buenos tiempos de nuestra estancia allí y rogándole una visita, aunque fuera breve.

—¡La señora parecía tan alegre, tan contenta, allí! ¿Por qué no volvía? La casa permanecía intacta, no había cambiado nada. El jardín era ahora más denso. Los arbustos de lilas, ¡un bosque entero!, estaban floreciendo. ¿No llegaba hasta La Badiola el perfume al anochecer? La casa, el propio jardín, esperaban su visita. Los viejos nidos bajo los aleros estaban llenos de pequeñas golondrinas. Según los deseos de la señora, aquellos nidos habían sido respetados siempre como algo sagrado. Pero ahora eran demasiadas. Todas las semanas se deben limpiar los balcones, y los alféizares de las ventanas con una pala. ¡Y qué chirrido desde el alba hasta el crepúsculo! ¿Cuándo vendría, pues, la señora? ¿Pronto?

Le dije a Giuliana:

—¿Quieres que vayamos el martes?

Con una ligera indecisión, mientras a duras penas podía sujetar el enorme ramo que casi le ocultaba el rostro, respondió:

—Bueno, vayamos el martes, si quieres.

—Entonces iremos el martes, Calisto —le dije al viejo con un tono alegre tan vivaz que yo mismo me sorprendí. Así de espon-

táneo y súbito fue el ímpetu de mi alma—. Esperadnos el martes por la mañana. Llevaremos nosotros el almuerzo. No prepares nada, ¿entiendes? Deja la casa cerrada. Quiero abrir yo mismo la puerta; quiero abrir yo mismo las ventanas una a una. ¿Me oyes?

Una extraña alegría, totalmente irreflexiva, me agitaba; me sugería actos y palabras pueriles, casi demenciales, que a duras penas podía contener. Me hubiera gustado abrazar a Calisto, acariciarle su bella barba blanca, estrecharlo entre mis brazos y hablar con él de Villalilla, del pasado, de «nuestros tiempos», ampliamente, bajo aquel gran sol de Pascua. «¡He aquí, una vez más ante mí, un hombre sencillo, sincero, íntegro: un corazón fiel!», pensaba mirándole. Y una vez más recuperé la tranquilidad, como si el afecto de aquel anciano fuera para mí otro talismán contra la mala suerte.

Y de nuevo, tras el declive del día anterior, mi alma se reanimaba incitada por el gran regocijo que flotaba en el aire, que resplandecía en todas las miradas, que emanaba de todas las cosas. Aquella mañana La Badiola parecía un lugar de peregrinación. Nadie en el condado faltó a la cita, colmándonos de regalos y buenos augurios. Mi madre recibía en sus santas manos infinidad de besos, de hombres, mujeres y niños. A la misa celebrada en la capilla asistió una densa multitud que llegaba hasta el pórtico, desparramándose por la plaza, fervorosa bajo la bóveda celeste. Las campanas argentinas repiqueteaban con felices acordes, casi musicales, en el aire inmutable. Sobre la torre, la inscripción del cuadrante solar rezaba: *Hora est benefacendi*[21]. Y en aquella mañana de gloria, en la que parecía elevarse hacia la dulce casa materna toda la gratitud debido a los grandes sacrificios, aquellas tres palabras repiqueteaban.

¿Cómo podía, entonces, conservar dentro de mí la perfidia de la duda, de la sospecha, de las imágenes impuras, de los recuerdos turbios? ¿Qué podía temer, después de haber visto a mi madre estampar sus labios en la frente de una sonriente Giuliana?

¿Después de haber visto a mi hermano estrechar en su mano franca y leal la grácil mano pálida de la que era para él como la reencarnación de Costanza?

# VI

Los preparativos del viaje a Villalilla me mantuvieron ocupado durante aquel día y el siguiente. Jamás, creo, la espera de una primera cita con una amante me había causado una ansiedad tan feroz. «¡Malos sueños, malos sueños, vicisitudes usuales en un ser delirante!», así juzgaba la angustia de aquel sábado infame: con una extraordinaria ligereza de ánimo, con una volubilidad irreflexiva, enteramente poseído por la obstinada ilusión que desterrada, regresaba, y destruida, renacía para siempre.

La misma turbación del deseo sensual contribuía a oscurecer mi conciencia, volviéndola obtusa. No sólo pretendía reconquistar el alma de Giuliana, también su cuerpo; y parte de mi ansiedad también se debía a un *orgasmo* físico. El nombre de Villalilla suscitaba en mí recuerdos voluptuosos: recuerdos no de un plácido idilio sino de ardientes pasiones, no de suspiros, sino de gritos. Quizá, sin darme cuenta, había exacerbado y corrompido mi deseo con las inevitables imágenes generadas por la duda; y portaba latente en mí aquel germen venenoso. En efecto, hasta entonces me dominaba una conmoción espiritual, y a la espera de que llegara el gran día, me había complacido en inocentes y fantásticas conversaciones con la mujer de la cual quería obtener el perdón. Ahora, por el contrario, no *veía* tanto una escena patética entre nosotros como una escena lujuriosa, que debía ser la consecuencia inmediata. El perdón mutaba en entrega, el casto beso sobre la frente, en un hambriento beso en la boca —en mis sueños—. La carne triunfaba sobre el espíritu. Y poco a poco,

por una exclusión rápida e irrefrenable, una imagen anuló al resto y se adueñó de mí, fija, lucidísima, fiel hasta en sus más mínimos detalles. «Acabamos de desayunar. Una simple copa de Chablis es suficiente para aturdir a Giuliana, que es casi abstemia, El atardecer se hace a cada momento más caluroso; el perfume de las rosas, de los lirios, de las lilas se vuelve cada vez más vehemente; las golondrinas pasan y vuelven a pasar aleteando estrepitosamente. Y estamos solos, invadidos ambos por un estremecimiento interior insoportable. Y de repente le digo:

—¿Quieres que vayamos a ver nuestro dormitorio? —Es la antigua estancia nupcial que ingeniosamente he evitado abrir durante nuestro recorrido por la villa. Entramos. Dentro hay una especie de rumor sordo, el mismo sonido que se escucha al fondo de algunas caracolas; y no es otro que el rumor de mis venas. Y quizá ella escucha también aquel sonido, que no es otro que el rumor de sus venas. El resto es todo silencio: parece no escucharse ya el gorjeo de las golondrinas. Quiero hablar; y, ante la primera palabra ronca, ella se derrumba entre mis brazos, casi desfallecida…».

Esta imagen fantasiosa se enriquecía continuamente en mi mente, se volvía cada vez más compleja, simulando la realidad y alcanzando un realismo increíble. No acertaba a recobrar el dominio de mi espíritu, parecía resurgir en mí el antiguo libertino; así de profundo era el placer que experimentaba contemplando e imaginándome acariciando aquellas imágenes voluptuosas. La castidad prolongada durante algunas semanas en aquella ferviente primavera producía ahora sus efectos en mi restaurado organismo. Un simple fenómeno fisiológico mutaba por completo mi estado de consciencia, daba un giro totalmente distinto a mis pensamientos, me transformaba en otro hombre.

Maria y Natalia habían mostrado su deseo de acompañarnos en nuestra excursión. A Giuliana le habría gustado consentir. Yo

me opuse; empleé todas mis gracias y habilidades para conseguir mi objetivo.

Federico había propuesto:

—El martes tengo que ir a Casal-Caldore. Puedo acompañaros con el carruaje hasta Villalilla; vosotros os quedáis y yo prosigo mi viaje. Luego, por la noche, cuando regrese, os recojo de nuevo con el coche y volvemos juntos a La Badiola. Giuliana, en mi presencia, aceptó.

Pensaba que la compañía de Federico, al menos a la ida, no sería inoportuna; al contrario, nos evitaría una situación embarazosa. En efecto: ¿de qué hablaríamos Giuliana y yo durante aquellas dos o tres horas de viaje si estuviéramos a solas? ¿Qué actitud debía tomar respecto a ella? Incluso podría estropear mi plan, comprometer el éxito, o al menos restarle frescura a nuestra inquietud. ¿No había soñado acaso encontrarme de repente a solas con ella en Villalilla, como por arte de magia, y pronunciar allí mi primera palabra afectuosa y sumisa? La presencia de Federico evitaría preliminares inciertos, largos silencios tormentosos, frases proferidas en susurros para preservarlas de los oídos del cochero, en suma, tantas pequeñas irritaciones, tantas pequeñas torturas. Iríamos a Villalilla, y allí, solamente allí, nos encontraríamos uno frente a otro, a las puertas del paraíso perdido.

# VII

Así fue. Me resulta imposible expresar con palabras la sensación que sentí al escuchar el tintineo de los cascabeles, el estrépito del carruaje que se alejaba guiando a Federico hacia Casal-Caldore. Le dije a Calisto, tomando las llaves de sus manos, con manifiesta impaciencia:

—Ahora puedes irte. Te llamaré más tarde.

Y cerré yo mismo la cancela ante la mirada atónita y disgustada del anciano por mi brusca despedida.

—¡Llegamos, finalmente! —exclamé cuando Giuliana y yo nos quedamos a solas. La gran ola de felicidad que invadía mi ser se reflejó en mi voz.

Estaba feliz, muy feliz, indescriptiblemente feliz; estaba poseído por un gran delirio de felicidad inesperada y repentina que alteraba todo mi ser; suscitaba y multiplicaba cuanto de bueno y juvenil quedaba aún en mí, me aislaba del mundo, concentraba mi vida entera entre los muros que circundaban aquel jardín. Las palabras se agolpaban en mis labios, inconexas, impronunciables; la razón se me escapaba entre un fulmíneo bullir de pensamientos.

¿Cómo podía Giuliana no adivinar lo que me estaba sucediendo? ¿Cómo podía no comprenderme? ¿Cómo podía no sentirse sacudida en su corazón por el rayo violento de mi alegría?

Nos miramos. Aún puedo ver la expresión ansiosa de aquel rostro sobre el cual vagaba una sonrisa insegura. Con su voz velada, débil, siempre vacilante por aquella singular indecisión que

tantas otras veces ya había advertido y que la hacía parecer constantemente preocupada por reprimir las palabras que acudían a sus labios, para pronunciar otras distintas, dijo:

—Paseemos un poco por el jardín antes de abrir la casa. ¡Cuánto tiempo hacía que no lo veía tan florido! La última vez que vinimos fue hace tres años, ¿te acuerdas? También era abril, en los días de Pascua…

Quizá también ella anhelaba dominar su turbación, pero no podía; quizá quería refrenar la efusión de sus sentimientos, pero no sabía. Ella misma, con las primeras palabras pronunciadas en aquel lugar, había comenzado a evocar los recuerdos. Se detuvo después de dar algunos pasos; y nos miramos. Una alteración indefinible, como una violenta sofocación, cruzó por sus ojos negros.

—¡Giuliana! —prorrumpí arrebatadamente sintiendo borbotar desde lo más íntimo de mi corazón un flujo de palabras dulces y apasionadas, experimentando un deseo loco de arrodillarme ante ella sobre el empedrado y de abrazarme a sus rodillas y besarle los ropajes, las manos, las muñecas, furiosamente, sin fin.

Me indicó que me callara con un gesto suplicante. Y continuó internándose en la senda, con un paso más ligero.

Vestía un traje de paño gris claro adornado con encajes de un color más oscuro, un sombrero de fieltro gris y una sombrilla de seda gris decorada con minúsculos tréboles blancos. Aún puedo ver su elegante figura embellecida por aquel color elegante y sobrio avanzar entre la densa masa de arbustos de lilas que se inclinaban hacia ella cargados de infinitos racimos de flores aturquesadas y violetas.

Faltaba casi una hora para el mediodía. Era una mañana calurosa, de un calor precoz, con un cielo azul pero surcado por alguna nube esponjosa. Los deliciosos arbustos que daban nombre a la villa florecían por doquier, señoreaban todo el jardín, for-

mando un bosque apenas interrumpido aquí y allá por matorrales de rosas amarillas y matas de lirios. Aquí y allá las rosas trepaban por sus troncos, se insinuaban entre las ramas, caían en cascadas en forma de guirnaldas, festones y corimbos. En la parte baja de los tallos los lirios blancos elevaban entre las hojas —similares a largas espadas glaucas— las formas amplias y nobles de sus flores. Los tres perfumes se mezclaban en una perfecta armonía que yo *reconocía* porque desde tiempos lejanos habitaban en mi memoria, como un refinado acorde musical de tres notas. Y en medio de aquel silencio no se escuchaba más que el gorjeo de las golondrinas. La casa apenas se entreveía a través de los conos de los cipreses y las golondrinas acudían a ella como abejas a su colmena.

Al cabo de un rato Giuliana aminoró el paso. Yo caminaba a su flanco, tan cerca de ella que de vez en cuando nuestros codos se rozaban. Ella miraba a su alrededor con ojos inquietos y atentos, como temiendo que se le escapara algún detalle.

Dos o tres veces sorprendí en sus labios el deseo de hablar: el principio de una palabra se dibujaba en ellos, sin sonido. Le pregunté en voz baja, tímido, como un amante:

—¿Qué piensas?

—Pienso que no deberíamos haber abandonado jamás este lugar…

—Tienes razón, Giuliana.

De tanto en tanto las golondrinas casi nos rozaban, lanzando sus gritos, rápidas y relucientes como flechas emplumadas.

—¡Cuántas veces he soñado con este día, Giuliana! ¡Ah, no sabrás nunca cuánto lo he deseado! —exclamé entonces, preso de una emoción tan fuerte que mi voz resultaba casi irreconocible—. No he sentido jamás en mi vida, ¿entiendes?, jamás en toda mi vida, una ansiedad igual a esta que me devora desde el otro día, desde el día en que consentiste en venir aquí. ¿Recuerdas la

primera vez que nos vimos en secreto, en la terraza de Villa Oggèrri, cuando nos besamos? Estaba loco por ti: seguro que lo recuerdas. Pues bien, la espera de aquella noche me parece una fruslería en comparación… ¿No me crees? Tienes razones para no hacerlo, para desconfiar, pero quiero contártelo todo, cuánto he sufrido, cuánto he temido, cuánto he esperado. Oh, lo sé: mi sufrimiento es mínimo comparado con lo que tú has sufrido por mí. Lo sé, lo sé; todos mis pesares no alcanzarán nunca tu dolor, no compensan tus lágrimas. No he expiado mis errores, y no soy digno de tu perdón. ¡Pero dime, dime qué debo hacer para que me perdones! No me crees; pero yo quiero contártelo todo. Sólo te he amado a ti en la vida; sólo te amo a ti. Lo sé, lo sé: son éstas las palabras que todos los hombres dicen para obtener el perdón; y tienes razón en no creerme. Pero mira, si piensas en nuestro amor de antaño, si piensas en aquellos tres primeros años de cariño ininterrumpido, si recuerdas, si lograras recordarlo, es imposible que no me creas. Incluso en las peores caídas no podía olvidarte, y mi alma siempre volvía a ti, te buscaba, te añoraba, siempre, ¿oyes?, siempre. Tú misma ¿no lo advertías? Cuando eras para mí sólo una hermana, ¿no te dabas cuenta de mi tristeza? Te lo juro: lejos de ti no he sentido jamás una alegría sincera, no he tenido nunca una hora de pleno olvido; jamás, jamás: te lo juro. Eras mi adoración constante, profunda, secreta. La mejor parte de mi ser ha sido siempre tuya; y una esperanza permanecía siempre encendida; la esperanza de liberarme de mis males y reencontrar mi primer y único amor intacto… ¡Ah, dime que no he esperado inútilmente, Giuliana!

Ella caminaba con extrema lentitud, sin volverse a mirar a su alrededor, con la cabeza agachada, muy pálida. Una leve contracción dolorosa aparecía de cuando en cuando en la comisura de sus labios. Y al ver que ella callaba comenzó a surgir en mi interior una vaga inquietud. Una tímida opresión se apoderó de mí, procedente de aquel sol, de aquellas flores, de los gritos de

aquellas golondrinas, de toda aquella alegría, demasiado ostensible, de la primavera triunfante.

—¿No contestas? —insistí, tomando la mano que languidecía a su costado—. No me crees: has perdido toda fe en mí; temes aún que te decepcione; no te atreves a entregarte de nuevo porque tienes siempre presente *aquella vez*… Sí, es cierto: fue la más cruel de mis infamias. Me arrepiento como si de un delito se tratara[22]. E incluso si tú llegaras a perdonarme yo no podré perdonármelo nunca. Pero ¿acaso no veías que estaba enfermo, que era un demente? Una maldición me perseguía. Y desde aquel día no he vivido un minuto de paz, no he tenido un solo instante de lucidez. ¿No recuerdas? ¿No recuerdas? Ciertamente, debías saber que estaba fuera de mí, en un estado de demencia; porque me mirabas como se mira a un loco. En más de una ocasión sorprendí en tus ojos una penosa compasión, no sé si de curiosidad o de temor. ¿Acaso no recuerdas a qué me había visto reducido? Irreconocible… Pues bien, me he curado, me he salvado, por ti. He visto la luz. Finalmente se hizo la luz. Sólo te he amado a ti en la vida; sólo te amo a ti. ¿Lo entiendes?

Pronuncié las últimas palabras con una voz más pausada y lenta, para imprimirlas, una a una, en el alma de aquella mujer; y apreté fuertemente la mano que ya tenía entre las mías. Ella se detuvo, como quien está a punto de dejarse caer, anhelante. Más tarde, sólo más tarde, en las horas que siguieron, comprendí la mortal angustia exhalada en aquel anhelo. Pero entonces no interpreté más que esto: «El recuerdo de la horrible traición, evocado por mí, ha resucitado su sufrimiento. He tocado llagas que aún siguen abiertas. ¡Ah, si pudiera persuadirla de que me creyera! ¡Si pudiera vencer la desconfianza que he suscitado en ella! ¿Acaso no reconoce la sinceridad de mi voz?».

Nos encontrábamos en una encrucijada. Nos detuvimos junto a un banco. Ella murmuró:

—¿Nos sentamos un momento?

Asentí. No sé si ella reconoció inmediatamente el lugar. Yo no lo reconocí, desorientado como estaba, como quien ha llevado una venda en los ojos durante un tiempo. Escudriñamos ambos a nuestro alrededor, y luego nos miramos, con el mismo pensamiento reflejado en nuestros ojos. Muchos recuerdos afectuosos estaban ligados a aquel viejo banco de piedra. Mi corazón no se colmó de pena sino de una afanosa avidez, casi de un furor de vida, que me mostró en un vistazo una visión fantástica y deslumbrante del porvenir. «¡Ah, no sabe de qué nuevas muestras de ternura soy capaz! ¡Tengo el paraíso albergado en mi alma para ella!». Y los ideales del amor ardieron con tanta fuerza en mi interior que me exalté.

—Veo que sufres. Pero ¿qué otra criatura en el mundo ha sido amada como tú? ¿Qué mujer ha podido tener una prueba de amor que valga tanto como esta que te ofrezco ahora? No deberíamos haber abandonado nunca este lugar, decías hace tan sólo un momento. Y quizá hubiéramos sido felices. Tú no hubieras sufrido el martirio, no habrías vertido tantas lágrimas, no habrías perdido tanta vida; pero no hubieras conocido mi amor, todo mi amor…

Tenía la cabeza inclinada sobre su pecho y los ojos entreabiertos; y escuchaba, inmóvil. Las pestañas expandían en la cima de sus mejillas una sombra que me turbaba más que una mirada.

—Yo, yo mismo no habría conocido mi amor. Cuando me alejé de ti la primera vez, ¿no creía acaso que todo había terminado? Buscaba otra pasión, otra fiebre, otra embriaguez. Quería abarcar la vida con un solo abrazo. Tú no me bastabas. Y durante años me he consumido en una fatiga atroz, oh, tan atroz que vivo aterrorizado como a un galeote le horroriza la galera donde ha vivido *muriendo cada día un poco*. Y he tenido que superar oscuridad tras oscuridad, durante años, antes de que se hiciese la luz

en mi alma, antes de que esta gran verdad se me revelara. No he amado más que a una mujer: a ti. Sólo tú atesoras la bondad y la dulzura. Tú eres la más buena y dulce criatura que jamás haya soñado; eres la Única. Y tú estabas en mi casa mientras yo te buscaba lejos… ¿Me entiendes ahora? ¿Lo entiendes? Estabas en mi casa mientras yo te buscaba lejos. Ah, dime: ¿acaso no compensa esta revelación todas tus lágrimas? ¿No querrías haber derramado incluso más, muchas más, para luego obtener semejante prueba de amor?

—Sí, incluso más —respondió ella, tan suave que apenas podía oírla.

Fue como un soplo de aquellos labios exangües. Y las lágrimas brotaron de entre sus pestañas, rodaron por sus mejillas, bañaron su boca convulsa, cayeron sobre su pecho ansioso.

—¡Giuliana, amor mío, amor mío! —grité con un espasmo de felicidad suprema, poniéndome de rodillas ante ella.

Y la estreché entre mis brazos, apoyé la cabeza en su regazo, sintiendo en todo mi cuerpo aquella tensión agitada en la que se resuelve el esfuerzo vano de expresar con un acto, con un gesto, con una caricia, la indescriptible pasión interior. Sus lágrimas cayeron sobre mi mejilla. Si el efecto material de aquellas cálidas gotas vivientes hubiera correspondido a la sensación que yo sentí, portaría sobre mi rostro una huella indeleble.

—Oh, déjame beber —le rogué.

Y, alzándome, aproximé mis labios a sus pestañas, la bañé en su llanto, mientras mis dedos la tocaban apasionadamente. Una extraña sumisión se apoderó de mis miembros, una especie de fluidez ilusoria por la cual no advertía siquiera el obstáculo de las vestiduras. Me veía capaz de rodear, de envolver por completo a la persona amada.

—Soñabas —le decía, notando en la boca el sabor salado que se expandía hasta el corazón (más tarde, en las horas que siguie-

ron, me extrañó no haber advertido en aquellas lágrimas un insoportable amargor)—. ¿Soñabas ser tan amada? ¿Soñabas esta felicidad? Soy yo, mírame, soy yo quien te habla; mírame bien, soy yo… ¡Si supieras cuán extraño me resulta todo esto! ¡Si pudiera decirte…! Sé que te he conocido antes de ahora, sé que te he amado antes de ahora; sé que te he *reencontrado*. Y sin embargo me parece que te he encontrado sólo ahora, hace sólo un momento, cuando dijiste: «Sí, incluso más…». ¿Lo has dicho, verdad? Sólo tres palabras…, un soplo… Y yo revivo, y tú revives; y he aquí que somos felices, felices por siempre.

Le decía estas palabras con aquella voz que nos llega como lejana, entrecortada, indefinible; que parece que llega a la comisura de los labios modulada, no en la materialidad de nuestros órganos, sino en lo profundo de nuestra alma. Y ella, que hasta ese momento había vertido un llanto silencioso, rompió en sollozos.

Sollozaba fuerte, muy fuerte, no como quien se siente abrumado por una felicidad sin límite, sino como quien exhala una desesperación inconsolable. Sollozaba tan fuerte que permanecí un instante bajo aquel estupor que suscitan las manifestaciones excesivas, los grandes paroxismos de la emoción humana. Inconscientemente me aparté un poco, pero inmediatamente después advertí aquella distancia abierta entre ella y yo; de repente noté que no sólo el contacto físico había cesado, sino que también el sentimiento de comunión había desaparecido en un solo instante. Seguíamos siendo dos seres bien distintos, separados, extraños. La propia diversidad de nuestras actitudes aumentaba dicha separación. Encorvada, sujetando con ambas manos el pañuelo sobre la boca, sollozaba; y con cada sollozo se estremecía todo su cuerpo, revelando su fragilidad. Permanecía yo aún de rodillas ante ella, sin tocarla; y la miraba: aturdido, y sin embargo, extrañamente lúcido; atento, aguardaba todo aquello que estaba a punto de suceder en mi interior, pero con todos mis sentidos alerta para percibir todo lo que sucedía también a mi alrede-

dor. Escuchaba sus sollozos y el gorjeo de las golondrinas, y tenía una noción exacta del tiempo y el espacio. Y aquellas flores y aromas y aquella desmesurada luminosidad inanimada del aire y todo aquel esplendor primaveral me provocaron un desaliento que fue creciendo y creciendo hasta convertirse en una especie de pánico, un temor instintivo y ciego al cual la razón no puede resistirse. Y así como centellea un rayo de entre un cúmulo de nubes, un pensamiento se deslizó en medio de aquella vorágine pavorosa, me iluminó y me atravesó. «Es impura».

Ah, ¿por qué no caí entonces fulminado? ¿Por qué no se me quebraron las entrañas y no quedé allí, sobre la grava, a los pies de la mujer que en tan sólo unos instantes pasó de encumbrarme a la cima de la felicidad a precipitarme en el abismo de la miseria?

—Responde —le aferré las muñecas, le descubrí el rostro, le hablé muy de cerca; y mi voz brotó tan sorda que yo mismo apenas pude oírla en medio del estruendo de mi cerebro—. Responde: ¿por qué este llanto?

Ella cesó de sollozar y me miró; y sus ojos, aún abrasados por las lágrimas, se le dilataron reflejando una ansiedad extrema, como si me hubieran visto morir. Con certeza, debía haber perdido todo color de vida.

—*¿Es tarde, quizá? ¿Es demasiado tarde?* —añadí, revelando mi terrible sospecha con aquella oscura pregunta.

—No, no, no… Tullio…, no es… nada. ¡Has podido pensar…! No, no… soy tan débil, ¿ves?; no soy la misma de antes… No puedo razonar… Estoy enferma, lo sabes; muy enferma. No he podido resistir… ante aquello que me decías. ¿Entiendes…? Me ha sobrevenido esta crisis de pronto… Es un problema de nervios…, como una convulsión… Es un tormento; no entiendo si lloro de alegría o de dolor… ¡Ah, Dios mío…! ¿Ves? Ya me pasa… Levántate, Tullio; ven aquí junto a mí.

Me hablaba con una voz debilitada por el llanto, interrumpida aún por algún que otro suspiro; me miraba con una expresión que reconocí bien, una expresión que ya había visto en otras ocasiones cuando ella creía que yo sufría. En otro tiempo no podía soportar verme sufrir. Su sensibilidad ante mi dolor era tan desmesurada que podía obtener cuanto quisiera de ella sólo con mostrarme apenado. Era capaz de cualquier cosa por alejar de mí la más mínima pena. Con frecuencia y como un juego, fingía estar afligido para agitarla, para que me consolara como a un niño, para sentir ciertas caricias que tanto me gustaban, para suscitar en ella ciertas gracias que yo adoraba. Y ahora, ¿no aparecía en sus ojos aquella misma expresión tierna y temerosa?

—Acércate, siéntate a mi lado. ¿O prefieres seguir paseando por el jardín? Aún no hemos bebido nada…, caminemos hasta la fuente. Quiero refrescarme los ojos… ¿Por qué me miras así? ¿Qué piensas? ¿No somos felices? ¿Ves? Empiezo a sentirme bien, muy bien. Pero necesito mojar los ojos, el rostro… ¿Qué hora será? ¿Será ya mediodía? Federico volverá sobre las seis. Tenemos tiempo… ¿Quieres que vayamos?

Hablaba interrumpidamente, aún un poco convulsa, con evidente esfuerzo, intentando recobrar la compostura, el control sobre sus nervios, disipar cualquier sombra de duda en mí, aparentar confianza y felicidad. La inquietud de su sonrisa en aquellos ojos todavía húmedos y enrojecidos tenía una dolorosa dulzura que me enternecía. Su voz, su actitud, toda su persona derrochaba esa ternura que me conmovía y me hacía languidecer con una languidez un tanto sensual. Me resulta imposible definir la delicada seducción que emanaba de aquella criatura hacia mis sentidos y mi espíritu, en aquel estado de conciencia irresoluto y confuso. Ella parecía decirme tácitamente: «No podría ser más dulce. Tómame, pues, si es que me amas; tómame entre tus brazos, pero suavemente, sin hacerme daño, sin estrecharme demasiado fuerte. ¡Oh, cuánto anhelo sentir tus caricias! ¡Pero creo

que me podrías matar!». Esta elucubración me ayuda a explicar, en cierto modo, el efecto que producía en mí su sonrisa. Miraba su boca, cuando me dijo: «¿Por qué me miras así?, ¿no somos felices?», y sentí el ciego deseo de una emoción voluptuosa en la cual mitigar el malestar emanado anteriormente. Cuando se levantó, con un rapidísimo movimiento la tomé entre mis brazos y sellé su boca con la mía.

Fue un beso de amante el que le di, un beso largo y profundo que agitó toda la esencia de nuestras vidas. Ella se dejó caer en el banco, extenuada.

—¡Ah, no, no, Tullio, te lo ruego! ¡Basta, basta! Déjame recuperar las fuerzas —suplicó, extendiendo sus manos para detenerme—. De lo contrario no podré volver a levantarme de aquí… ¿Ves? Estoy muerta.

Aquella sensación provocó en mi espíritu un extraordinario fenómeno; fue como si la orilla del mar fuera barrida por una oleada furiosa anulando cualquier huella, dejando la arena rasa. Como una instantánea disipación; y súbitamente un nuevo estado se formó bajo la inmediata influencia de las circunstancias, bajo la urgencia de la sangre nuevamente encendida. Y no veía más: la mujer que deseaba estaba ahí, frente a mí, temblorosa, postrada por mi beso, completamente mía al fin; a nuestro alrededor florecía un jardín solitario, receloso, lleno de secretos; una recóndita casa nos esperaba, más allá de los arboles floridos, custodiada por las familiares golondrinas.

—¿Crees que no sería capaz de llevarte? —dije, tomándole las manos, entrelazando sus dedos con los míos—. Hubo un tiempo en que eras ligera como una pluma. Ahora debes ser incluso más grácil… ¿Probamos?

Algo tenebroso pasó por sus ojos. Por un instante parecía estar concentrada en un único pensamiento, como quien sopesa y resuelve rápidamente. Luego movió la cabeza; y echándose hacia

atrás y colgándose de mí con los brazos extendidos mientras reía (mostrando un poco su delicada encía), exclamó:

—¡Vamos, levántame!

Una vez alzada se dejó caer sobre mi pecho; y esta vez fue ella quien me besó, con furia convulsa, presa de un repentino frenesí, como si quisiera, de un solo sorbo, saciar una sed atrozmente padecida.

—¡Ah, estoy muerta! —repitió, cuando retiró sus labios de los míos.

Y aquella boca húmeda, un poco hinchada, entreabierta, rosácea, marcada de languidez, en aquel rostro tan pálido, tan tenue, me dio ciertamente la impresión indefinible de algo que se mantiene vivo bajo la apariencia de algo muerto.

Murmuró, alzando los ojos cerrados (sus largas pestañas temblaban como si una exigua sonrisa rezumara bajo los párpados), abstraída:

—¿Eres feliz?

La estreché fuertemente contra mi corazón.

—Vamos, pues. Llévame donde quieras. Sujétame, Tullio, porque se me doblan las rodillas…

—¿A nuestra casa, Giuliana?

—A donde quieras…

La abrazaba con fuerza por la cintura. Parecía sonámbula. Durante unos instantes permanecimos en silencio. De tanto en tanto, nos girábamos el uno hacia el otro, al mismo tiempo, para mirarnos. Verdaderamente me parecía una mujer *nueva*. Cualquier pequeño detalle centraba mi atención: una diminuta marca apenas visible en su piel, un pequeño surco en el labio inferior, la curvatura de las pestañas, una vena de las sienes, la sombra que circundaba sus ojos, el lóbulo de la oreja infinitamente delicado. El lunar sobre el cuello se hallaba apenas escondido por la orla

del encaje; pero con el más mínimo movimiento que Giuliana hacía con la cabeza, aparecía y desaparecía; y esta pequeña intermitencia incitaba mi impaciencia. Estaba embriagado y sin embargo extrañamente lúcido. Escuchaba el grajeo de las numerosas golondrinas y el rumor del agua que brotaba de una fuente cercana. Sentía la vida correr, el tiempo pasar. Y aquel sol y aquellas flores y aromas, y aquellos sonidos, y toda aquella alegría primaveral me provocaron por tercera vez una sensación de ansiedad inexplicable.

—¡Mi sauce! —exclamó Giuliana aproximándose a la fuente, dejando de apoyarse en mí, aligerando el paso—. ¡Mira, mira cómo ha crecido! ¿Te acuerdas? Era tan sólo una rama…

Y añadió, tras una penosa pausa, con un acento distinto, en voz baja:

—Yo ya lo había visto… Quizá no lo sabes: yo vine a Villalilla, *aquella vez*.

No reprimió un suspiro. Pero inmediatamente, para disipar la sombra que había establecido entre los dos con aquellas palabras, para quitarse de la boca aquella amargura, se inclinó sobre uno de los caños, bebió un sorbo y alzándose de nuevo hizo el ademán de pedirme un beso. Tenía el mentón bañado y los labios frescos. Ambos, mudos, presos de aquella emoción, decidimos acelerar el acto, ahora necesario, la unión suprema que todas nuestras fibras anhelaban. Cuando nos separamos, ambos reiteramos con los ojos la misma embriaguez. Fue extraordinario el sentimiento que expresó el rostro de Giuliana, aunque incomprensible entonces para mí. Sólo más tarde, en las horas sucesivas, pude comprenderlo; cuando supe que una imagen de muerte y una imagen de voluptuosidad aunadas habían trastornado a la pobre infeliz, que había hecho un voto fúnebre abandonándose a la languidez de su sangre. La recuerdo como si la tuviera ante mí; siempre recordaré aquel rostro misterioso bajo la sombra

provocada por la cabellera arbórea que casi cubría nuestras cabezas. El centelleo del sol sobre el agua, deslizándose entre las largas ramas de hojas diáfanas, otorgaba a la sombra una oscilación deslumbrante. Los ecos fundían en una densa y constante monotonía las voces de las fuentes sonoras. Todas aquellas imágenes exaltaban mi ser apartándome de la realidad.

Permanecimos callados mientras caminábamos hacia la casa. Tan intenso era mi deseo, la visión del acto próximo de tal modo se había apoderado de mi alma en un gran torbellino de alegría, tan fuerte era el latido de mis arterias, que pensé: «¿Es el delirio? Ni siquiera me sentí así la noche de bodas, cuando puse el pie en el umbral de la puerta…». Dos o tres veces me asaltó un ímpetu salvaje, como una crisis de locura súbita, que puede contener milagrosamente: tal era mi necesidad física de poseer de nuevo a aquella mujer. También en ella la excitación se debía haber vuelto insoportable porque se detuvo suspirando:

—¡Oh, Dios mío, Dios mío! Es demasiado.

Sofocada, oprimida, tomó mi mano y la llevó a su corazón.

—¡Siente!

Más que los latidos de su corazón yo seguía la delicadeza de su seno a través del vestido; y mis dedos cedieron instintivamente, acariciando la pequeña forma que ya conocían. Vi el iris de los ojos de Giuliana perderse en el blanco, bajo sus párpados caídos. Temiendo que se desvaneciera la sostuve, llevándola casi en volandas hacia unos cipreses cercanos, hasta un banco donde nos sentamos ambos, extenuados.

Ante nosotros apareció la casa, como en un sueño.

Ella dijo, apoyando la cabeza sobre mi hombro:

—¡Ah, Tullio, qué terrible! ¿No piensas también que podríamos morir?

Añadió, grave, con una voz emanada de quién sabe qué profundidad de su ser:

—¿Quieres que muramos?

El singular escalofrío que padecí me reveló que había un extraordinario sentimiento en aquellas palabras, quizá el mismo sentimiento que había transformado el rostro de Giuliana bajo el olmo, tras aquella congoja, después de la muda resolución. Pero tampoco esta vez intuí. Simplemente comprendí que ambos estábamos poseídos en ese momento por una especie de delirio y que respirábamos una atmósfera de ensueño.

Como en un sueño, me encontraba delante de nuestra casa. Sobre la rústica fachada, sobre las cornisas, en todos los salientes, a lo largo de la gárgola, sobre los arquitrabes, bajo los alféizares de las ventanas, bajo los paneles de los balcones, entre las ménsulas y el muro empedrado, dondequiera, las golondrinas habían anidado. Los nidos, innumerables, viejos y nuevos, aglomerados como las celdillas de una colmena, dejaban muy pocos espacios libres. En dichos espacios y sobre las láminas de las persianas y sobre los hierros de las barandillas, los excrementos blanqueaban como salpicaduras de cal. Aunque cerrada y deshabitada, la casa tenía vida; una vida agitada, alegre y tierna. Las fieles golondrinas la envolvían con sus vuelos, con sus gritos, con sus destellos, con toda su gracia y mimo, sin descanso. Mientras las bandadas se perseguían en el aire —a la caza, con la velocidad de las flechas, alternando sus clamores, alejándose y aproximándose en un instante, rozando los árboles, alzándose al sol, dejando a veces súbitas manchas blancas a su paso, incansables—, hervía dentro y alrededor de los nidos algo bien distinto. De las golondrinas que incubaban, algunas permanecían por breves instantes suspendidas en los orificios; otras se mantenían sobre sus alas brillantes; otras introducían la mitad de su cuerpo, dejando fuera su pequeña cola bífida que vibraba vivazmente, negra y blanca sobre el barro amarillento; algunas se asomaban desde dentro, mostrando un poco de su pecho lustroso y el gaznate leonado; varias de ellas, hasta ese momento invisibles, se alzaban repenti-

namente en vuelo con gritos agudos. Y toda aquella pronta y alegre movilidad en torno a la casa cerrada, toda aquella vivacidad de nidos en torno a nuestro antiguo nido producía un espectáculo tan dulce, un fino milagro de exquisitez, que ambos, durante algunos minutos, en una pausa de nuestra fiebre, nos vimos obligados a contemplarlo.

Fui yo quien rompió el encanto, levantándome; y dije:

—Aquí tengo la llave. ¿Qué estamos esperando?

—Sí, Tullio. ¡Esperemos un poco más! —suplicó temerosa.

—Voy a abrir.

Y me dirigí hacia la puerta; subí los tres escalones, similares a los de un altar. Mientras me disponía a girar la llave con el temblor propio de un devoto que abre el relicario, escuché a Giuliana, que me había seguido furtivamente, ligera como una sombra. Me sobresalté.

—¿Eres tú?

—Sí, soy yo —murmuró cariñosa, exhalando su aliento en mi oído.

Y, aún a mis espaldas, me rodeó el cuello con los brazos de modo que sus delicadas muñecas se entrelazaron bajo mi barbilla.

El acto furtivo, la sonrisa temblorosa que palpitaba en sus susurros y que traicionaba su alegría infantil por haberme sorprendido, aquella manera de aprisionarme, todas aquellas ágiles gracias, me recordaron a la Giuliana de un tiempo, la joven y dulce compañera de mis años felices, la criatura deliciosa de larga trenza, de sonrisa fresca, de aire aniñado. Un soplo de aquella felicidad se apoderó de mí en el umbral de aquella casa memorable.

—¿Abro? —pregunté, con la mano en la llave pronto a girarla.

—Abre —respondió, sin soltarme, exhalando de nuevo su aliento en mi cuello.

Al oír el chirrido que hizo la llave en la cerradura me abrazó aún con más fuerza, me aferró, transmitiéndome su estremecimiento. Las golondrinas gorjeaban sobre nuestras cabezas; y sin embargo, aquella leve estridencia parecía distinta, como emanada de un silencio profundo.

—Entra —susurró sin soltarme—. Entra, entra.

Aquella voz, proferida por unos labios tan próximos aunque invisibles, real y sin embargo misteriosa, cálida a mis oídos y sin embargo íntima como si me hablase en lo más profundo del alma, y femenina y dulce como ninguna otra voz, aún puedo oírla, la oiré siempre.

—Entra, entra.

Empujé la puerta. Cruzamos el umbral, casi fusionados en una sola persona, lentamente.

El vestíbulo estaba iluminado por una ventana redonda. Una golondrina revoloteó gritando sobre nuestras cabezas. Alzamos los ojos sorprendidos. Había un nido suspendido entre las grotescas imágenes del artesonado de la bóveda. A la ventana le faltaba una vidriera. La golondrina escapó por la abertura, gorjeando.

—¡Ahora soy tuya, tuya, tuya! —murmuró Giuliana sin despegarse de mi cuello pero girando dúctil hacia mi pecho para encontrarse con mi boca.

Nos besamos largo tiempo. Yo dije, eufórico:

—Ven. Vayamos arriba. ¿Quieres que te lleve?

Aunque embriagado, sentía que mis músculos tenían la fuerza necesaria para subirla por las escaleras ágilmente.

Ella respondió:

—No. Puedo subir sola.

Pero no parecía que así fuera, al escucharla, al verla.

La aferré, como antes en el sendero: y la impulsé de peldaño en peldaño, mientras la sujetaba. Ciertamente daba la impresión de que en la casa se escuchaba el eco profundo y remoto de ciertas caracolas marinas. Ciertamente parecía que no nos llegaba ningún otro rumor del exterior.

Cuando nos encontramos en el rellano no abrí la puerta sino que giré a mi derecha por el oscuro corredor, llevándola de la mano, sin hablar. Jadeaba tan fuerte que me angustiaba, me transmitía su dolor.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

Yo respondí:

—A *nuestro* dormitorio.

Casi no se veía. Yo me guiaba como por instinto. Encontré la manilla; abrí. Entramos.

La oscuridad se rompía por el albor que se filtraba a través de las rendijas, y se escuchaba un rumor sombrío. Quise correr hacia aquellos *indicios* para que se hiciera inmediatamente la luz, pero no podía dejar a Giuliana; parecía que no podía separarme de ella, que no podía interrumpir siquiera un instante el contacto de nuestras manos; casi parecía que, a través de la piel, las extremidades vivas de nuestros nervios se adherían magnéticamente. Avanzamos juntos, a ciegas. Un obstáculo nos detuvo, en la sombra. Era la cama, el gran lecho de nuestra noche de bodas y de nuestros amores…

¿Hasta dónde se escuchó el grito terrible?

# VIII

Eran las dos de la tarde. Cerca de tres horas habían pasado desde nuestra llegada a Villalilla.

Había dejado sola a Giuliana durante algunos minutos para llamar a Calisto. El anciano había traído el canasto de nuestro almuerzo; y, no ya con sorpresa, sino con cierta bondadosa malicia, recibió una segunda y extraña despedida.

Ahora Giuliana y yo estábamos solos, sentados a la mesa como dos amantes, el uno frente a la otra, sonriéndonos. Disponíamos de comida fría, conservas de frutas, pastas, naranjas y una botella de Chablis. La sala, con la bóveda decorada con imágenes barrocas, con sus blancas paredes, con sus pinturas pastorales, le daba una cierta vivacidad anticuada, propia del siglo pasado. Por el balcón abierto entraba una luz bastante apacible porque en el cielo se habían diseminado largas venas lechosas. En el rectángulo descolorido acampaba «el viejo ciprés venerable que tenía a sus pies un rosal y un coro de gorriones en su cima». Más abajo, a través de los hierros curvos de la barandilla, aparecía la delicada selva violácea, la gloria primaveral de Villalilla. El triple aroma, el alma primaveral de Villalilla, se exhalaba en la calma en oleadas lentas y uniformes.

Giuliana decía:

—¿Te acuerdas?

Repetía una y otra vez:

—¿Te acuerdas?

Los más lejanos recuerdos de nuestro amor llegaban uno a uno a nuestras bocas, apenas evocados con alguna discreta ilusión y ciertamente revividos con una extraordinaria intensidad en el lugar donde nacieron, entre tantas cosas propicias. Pero aquella frenética preocupación, aquel furor vital que me invadió en el jardín en la primera parada, ahora en cambio me hacía sufrir, me sugería visiones hiperbólicas del futuro, en contraposición con los fantasmas de un pasado aún demasiado presente.

—Es preciso que volvamos aquí mañana, en dos o tres días máximo, para quedarnos; pero solos. Lo ves: no falta nada; todo sigue igual. Si tú quieres podríamos incluso pasar aquí la noche… ¡Pero tú no quieres! ¿Verdad que no quieres?

Con la voz, con gestos, con la mirada, pretendía tentarla. Mis rodillas tocaban las suyas. Y ella me miraba fijamente, sin responder.

—¿Imaginas tu *primera noche* aquí, en Villalilla? ¡Salir, quedarnos afuera hasta después del *Ave María*, contemplar las ventanas iluminadas! ¡Ah, ya me entiendes…! ¡Las luces que se encienden en una casa por vez primera, la *primera noche*! ¿Te imaginas? Hasta ahora no has hecho otra cosa más que recordar. Y sin embargo, escucha: todos tus recuerdos no valen para mí un solo momento vivido hoy, no valdrán un solo momento de mañana. ¿Acaso dudas de la felicidad que nos espera? Nunca te he amado como te amo ahora, Giuliana; nunca, nunca. ¿Me escuchas? Jamás he sido tuyo como ahora, Giuliana… Te contaré, te contaré mis días para que conozcas tus milagros. Después de tantas crueldades, ¿quién podía esperar algo así? Te lo contaré… Me parecía, en ciertas horas, haber vuelto al tiempo de la adolescencia, al tiempo de la primera juventud. Me sentía *cándido* como entonces: bueno, tierno, sencillo. Ya no recordaba nada. Todos mis pensamientos eran tuyos; todas mis emociones las provocabas tú. En ciertas ocasiones una simple flor, una pequeña hoja bastaba para inundar mi alma, tan rebosante estaba. Y tú no sa-

bías nada; no sospechabas nada, quizá. Te contaré… ¡El otro día, el sábado, cuando entré en tu dormitorio con aquel espino! Estaba cohibido como un jovencito enamorado y me sentía morir, por dentro, por el deseo de estrecharte entre mis brazos… ¿No lo adivinaste? Te lo contaré todo; te haré reír. Aquel día las cortinas de la alcoba dejaban entrever tu cama. No podía quitar la vista de ella, y temblaba. ¡Cómo temblaba! Tú no sabes… Ya en dos o tres ocasiones había entrado en tu dormitorio, solo, a escondidas, con gran agitación; y había alzado el cortinaje para mirar tu cama, para tocar tus sábanas, para hundir mi rostro en tus almohadones, como un amante fanático. Y varias noches, mientras todos dormían en La Badiola, me aventuraba despacio, despacio, hasta el umbral de tu puerta; creía escuchar tu respiración… Dime, dime: esta noche, ¿podré ir a ti? ¿Me querrás? Dime: ¿me esperarás? ¿Podremos dormir separados, esta noche? ¡Imposible! Tu mejilla reencontrará su lugar sobre mi pecho, aquí…, ¿te acuerdas? ¡Cuán ligera dormías!

—¡Tullio, Tullio, calla! —me interrumpió suplicante, como si mis palabras le hicieran daño.

Añadió sonriendo:

—Deja de cautivarme así… Ya te lo dije, antes… Estoy tan débil; no soy más que una pobre enferma… Me estás provocando vértigos. No soy capaz de razonar. ¿Ves a qué me has reducido ya? Me has dejado desfallecida…

Sonreía, con una sonrisa tenue, débilmente. Tenía los párpados un poco enrojecidos; pero bajo aquel cansancio los ojos le brillaban con ardor febril y me miraban continuamente, con una fijeza casi insoportable, si bien amortiguada por la sombra de las pestañas. En su actitud había algo innatural que yo no alcanzaba a definir. ¿Cuándo, en toda su vida, su rostro había reflejado aquel carácter de misterio inquietante? Parecía que por momentos su expresión se ensombreciese, se oscureciese hasta aparecer

enigmática. Y yo pensaba: «Está atormentada por la vorágine desplegada en su interior. Aún no ve claramente lo que ha sucedido. Quizá siente una gran confusión en lo más íntimo. ¿Acaso no ha cambiado su existencia en tan sólo un instante?». Y aquella profunda expresión me atraía y apasionaba cada vez más. El ardor de su mirada penetraba en mis entrañas como un fuego voraz. Aunque la veía muy abatida, estaba ansioso por poseerla de nuevo, por beberme su alma.

—No comes —dije, haciendo un esfuerzo por disipar el vapor que subía velozmente a mi cerebro.

—Tampoco tú.

—Al menos bebe un sorbo. ¿No reconoces este licor?

—Oh, sí. Lo reconozco.

—¿Recuerdas?

Y nos miramos a la pupila, nerviosos, al evocar el recuerdo del amor sobre el cual ondeaba el aroma de aquel delicado *amaretto* que era su predilecto.

—¡Bebamos, pues, y brindemos por nuestra felicidad!

Chocamos nuestras copas y yo bebí con fogosidad; pero ella ni siquiera bañó sus labios, parecía presa de una repugnancia invencible.

—¿Y bien?

—No puedo, Tullio.

—¿Por qué?

—No puedo. No insistas. Creo que simplemente una gota me haría daño.

Su rostro se había cubierto de una palidez cadavérica.

—¿Te encuentras mal, Giuliana?

—Un poco. Levantémonos. Vayamos hasta el balcón.

Estrechándola, sentí la viva laxitud de su cintura, pues en mi ausencia se había liberado del corpiño. Le dije:

—¿Quieres tenderte en la cama? Reposarás y yo estaré junto a ti…

—No, Tullio. Ya estoy mejor, ¿ves?

Y nos detuvimos junto al umbral del balcón, frente al ciprés. Ella se apoyó contra el batiente posando una mano sobre mi hombro.

Desde el borde del dintel, bajo la cornisa, pendía un grupo de nidos. Las golondrinas iban y venían con una actividad incesante. Pero tan absoluta era la calma bajo nuestros pies, en el jardín, y tan quieta se exhibía la cima del ciprés ante nosotros, que aquellos aleteos, aquellos vuelos, aquellos gritos me irritaron y disgustaron. Ya que todo se atenuaba, se velaba bajo aquella quieta luz, deseé una pausa, un largo intervalo de silencio, un recogimiento, para saborear toda la dulzura de aquella hora y de aquella soledad.

—¿Seguirán aquí los ruiseñores? —pregunté, recordando las violentas melodías vespertinas.

—¡Quién sabe! Quizá.

—Cantaban al atardecer. ¿No te gustaría volver a oírlos?

—Pero ¿a qué hora vendrá a recogernos Federico?

—Tarde, esperemos.

—¡Oh, sí, tarde, tarde! —exclamó con una sincera esperanza, tan vehemente que me estremecí de alegría.

—¿Eres feliz? —le pregunté buscando en sus ojos la respuesta.

—Sí, soy feliz —respondió bajando las pestañas.

—¿Sabes que sólo te amo a ti, que soy y seré tuyo para siempre?

—Lo sé.

—Y tú, ahora… ¿cómo me amas?

—¡Como jamás podrás imaginar, pobre Tullio!

Y diciendo estas palabras, se retiró del batiente y apoyó todo su cuerpo sobre mí con uno de aquellos movimientos suyos tan indescriptibles de abandonada dulzura, que la más femenina de las criaturas puede emanar hacia un hombre.

—¡Bella! ¡Bella!

Verdaderamente estaba bella, frágil, dócil, tierna, casi diría fluida, tanto, que me hacía pensar en la posibilidad de absorberla poco a poco, de empaparme de ella. Sobre la palidez del rostro, su melena suelta parecía estar a punto de propagarse a borbotones. Las pestañas extendían hasta la cima de sus mejillas una sombra que me turbaba más que una mirada.

—Tampoco tú podrás adivinar jamás… ¡Si te contara los locos pensamientos que nacen dentro de mí! Es una felicidad tan grande que me provoca angustia y casi deseos de morir.

—¡Morir! —repitió sumisamente, con tenue sonrisa—. ¡Quién sabe, Tullio, si no moriré… pronto!

—¡Oh, Giuliana!

Ella se irguió para mirarme, y añadió:

—Dime, ¿qué harías si yo muriera de repente?

—¡Mi niña!

—¿Si por ejemplo mañana apareciera muerta?

—¡Calla!

Y la tomé por las muñecas y comencé a besarla en la boca, en las mejillas, en los ojos, en la frente, en los cabellos, con besos rápidos y ligeros. Ella se dejaba besar. De hecho, cuando me detuve, murmuró:

—¡Continúa!

—Volvamos a nuestro dormitorio —le rogué, tirando de ella.

Y ella se dejó arrastrar.

También en nuestra alcoba el balcón estaba abierto. Con la luz entraba el perfume almizcleño de las rosas amarillas que florecían

cerca de allí. Sobre el fondo claro de la tapicería las minúsculas flores azules estaban tan descoloridas que apenas se distinguían. Un extremo del jardín se reflejaba en el espejo de un armario precipitándose en una lontananza quimérica.

Los guantes, el sombrero, un brazalete de Giuliana, posados sobre la mesa, parecían haber despertado ya dentro de la amorosa vida de un tiempo atrás, haber difundido un nuevo aire de intimidad.

—Mañana, mañana es preciso que volvamos aquí; no más tarde —le decía, ardiendo de impaciencia, sintiendo que me llegaba de todas aquellas cosas no sé qué incitación o qué lisonja—. Es preciso que pernoctemos aquí mañana. ¿Tú quieres, verdad?

—¡Mañana!

—Retomar el amor, en esta casa, en este jardín, con esta primavera… Retomar el amor, como si nada hubiera ocurrido; redescubrir una a una nuestras caricias y encontrar en cada una de ellas un nuevo sabor, como si no las hubiéramos probado nunca; y tener ante nosotros muchos días, muchos días…

—No, no, Tullio; no hablemos del futuro… ¿No sabes que es un mal augurio? Hoy, hoy, piensa en hoy, en la hora presente…

Y ella se abrazó fuertemente a mí, perdidamente, con increíble ardor, sellando furiosamente mi boca con sus besos.

# IX

Me ha parecido escuchar los cascabeles de los caballos —dijo Giuliana irguiéndose—. Está llegando Federico.

Escuchamos. Debía haberse equivocado.

—¿No es la hora? —preguntó.

—Sí, son casi las seis.

—¡Oh, Dios mío!

Escuchamos de nuevo. No se oía ruido alguno que anunciase la llegada del carruaje.

—Es mejor que vayas a ver, Tullio.

Salí de la cámara; bajé las escaleras. Vacilaba un poco; tenía una especie de niebla sobre los ojos; parecía que un vapor se desprendiera de mi cerebro. Por la pequeña puerta lateral del muro divisorio llamé a Calisto, que tenía su alcoba muy próxima. Le pregunté. Aún no se divisaba el coche.

Al anciano le hubiera gustado conversar conmigo.

—¿Sabes, Calisto, que regresaremos probablemente mañana para quedarnos? —le dije.

Alzó los brazos al cielo, en señal de alegría.

—¿De veras?

—Sí. ¡Ya tendremos tiempo de charlar! Cuando veas el coche vienes a avisarme. Adiós, Calisto.

Y le dejé para entrar de nuevo. Caía la tarde y las golondrinas intensificaban su clamor. Corría una brisa cálida que las bandadas

vehementes hendían con fulgor.

—¿Y bien? —interrogó Giuliana, retirándose del espejo ante el cual intentaba acicalarse el sombrero.

—Nada.

—Mírame. ¿Estoy aún despeinada?

—No.

—Pero ¿y la cara? ¡Mírame!

Ciertamente, parecía que acabara de salir de la tumba, tan descompuesta estaba. Sus ojos se rodeaban de un gran cerco violáceo.

—Y sin embargo, me siento viva —añadió intentando sonreír.

—¿Sufres?

—No, Tullio. Pero ya no sé. Me da la sensación de estar vacía, de tener la cabeza vacía, las venas vacías, el corazón vacío… Bien puedes decir que te lo he dado todo. No he dejado nada para mí, nada más que una apariencia de vida…

Sonreía, pronunciando estas palabras de un modo extraño, sonreía con una sonrisa tenue y sibilina que me turbaba y despertaba en mí indefinibles inquietudes. Me sentía demasiado abrumado por la lujuria, demasiado ofuscado por la embriaguez; y los movimientos de mi espíritu eran por tanto vagos, mi conciencia obtusa. Aún no me acuciaba ninguna siniestra sospecha. En realidad, la miraba con atención, la examinaba angustiado, sin saber por qué.

Ella se volvió hacia el espejo, se puso el sombrero; luego se dirigió a la mesa para coger el brazalete y los guantes.

—Estoy lista —dijo.

Parecía buscar algo con la mirada.

Añadió:

—Llevaba una sombrilla, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Ah, vaya; debo haberla dejado allá abajo, junto al banco, en el cruce.

—¿Vamos a buscarla?

—Estoy demasiado fatigada.

—Voy yo solo, entonces.

—No. Envía a Calisto.

—Iré yo. Recogeré un ramillete de lilas o un ramo de rosas almizcleras. ¿Quieres?

—No. Déjate de flores…

—Ven aquí. Siéntate entretanto. Quizá tarde aún Federico.

Le acerqué un sillón al balcón. Y ella se dejó caer.

—Ya que bajas —me dijo—, mira si mi capa está en los aposentos de Calisto. ¿No la habré olvidado en el coche, verdad? Siento frío.

En efecto, temblaba.

—¿Quieres que cierre el balcón?

—No, no. Déjame que contemple el jardín. ¡Está hermoso a esta hora! ¿Ves? ¡Qué bello!

El jardín aparecía vagamente cubierto, aquí y allá, de reflejos dorados. Las cimas floridas de los lilos pendían teñidas de un color cárdeno vivo; y como el resto de ramos floridos ondeaban al aire en un magma pardo y azulado, parecían los reflejos de una seda versátil. En el estanque los sauces babilonia inclinaban sus suaves cabelleras. El agua rezumaba con el fulgor de la madreperla. Aquel fulgor inmóvil y el gran llanto arbóreo y aquella selva de flores tan delicada en aquel oro moribundo componían un panorama seductor, cautivador, irreal.

Permanecimos ambos taciturnos durante algunos minutos, poseídos por aquel prodigio. Una confusa melancolía invadía mi alma; la oscura desesperación latente en el fondo de todo amor

humano corría por todo mi cuerpo. Ante aquel espectáculo ideal, mi cansancio físico y el letargo de mis sentidos parecían agravarse. Me vencía el malestar, la desdicha, el indefinible remordimiento que sucede al cese de un placer harto intenso y prolongado. Yo sufría.

Giuliana dijo como en sueños:

—Oh, quisiera cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca más.

Añadió temblorosa:

—Tullio, siento frío. Vete.

Recostada en el sillón se acurrucó como para resistir los escalofríos que le asaltaban. Su rostro, especialmente en torno a su nariz, tenía la transparencia de ciertos alabastros lívidos. Ella sufría.

—¡Te encuentras mal, alma mía! —le dije pesaroso, un poco asombrado, mirándola fijamente.

—Tengo frío. Vete. Tráeme la capa, pronto… Te lo ruego.

Corrí escaleras abajo en busca de Calisto; le pedí la capa, volví a subir inmediatamente. Ella tenía prisa por ponérsela.

La ayudé. Se acomodó de nuevo en el sillón y, escondiendo las manos dentro de las mangas, dijo:

—Así estoy bien.

—Entonces, voy a buscar la sombrilla. ¿Dónde la dejaste?

—No. ¡Qué importa!

Yo sentía un extraño afán por regresar allí, a aquel viejo banco de piedra donde habíamos hecho nuestra primera parada, donde ella había llorado, donde había pronunciado aquellas tres divinas palabras: «Sí, incluso más…». ¿Se trataba de una querencia sentimental? ¿Era curiosidad ante una nueva sensación? ¿Era la fascinación que ejercía sobre mí la misteriosa apariencia del jardín en aquella última hora?

—Voy y vuelvo en un minuto —dije.

Salí. Cuando me encontré bajo el balcón, llamé:

—¡Giuliana!

Se asomó. Aún guardo en la retina de mi alma, muy clara, la muda aparición crepuscular: aquella figura alta, quizá más alta debido a la amplitud de la capa carmesí, y en contraposición a su sombrío color aquel blanco, blanquísimo rostro. (Las palabras de Jacopo a Amanda permanecen grabadas a fuego en mi alma, como una imagen inalterable. «¡Qué blanca estás esta noche, Amanda! ¿Acaso te has cortado las venas para dar color a tu vestido?»)[23].

Se retiró; mejor dicho, para expresar exactamente la sensación que tuve: desapareció. Y yo me adentré en el sendero velozmente, sin tener conciencia plena de lo que me impulsaba. Escuchaba resonar mis pasos en mi cerebro. Tan turbado estaba que tuve que detenerme para reconocer el camino. ¿De dónde provenía aquella ciega agitación? De una simple causa física, quizá; de un particular estado de mis nervios. Eso pensaba. Incapaz de hacer un esfuerzo reflexivo, un examen ordenado, un recogimiento, estaba a merced de mis nervios, sobre los cuales las imágenes se reflejaban provocando fenómenos de una extraordinaria intensidad, como en las alucinaciones. Pero algunos pensamientos relampagueaban claramente sobre otros, se distinguían; acrecentaban en mí aquella sensación de perplejidad que ya habían suscitado algunos incidentes imprevistos.

Giuliana no me había parecido aquel día tal como debía hacerlo, siendo la criatura que yo conocía, la «Giuliana» de otro tiempo. No había adoptado hacia mí, en determinadas circunstancias, las actitudes que yo esperaba. Un elemento extraño, algo oscuro, convulso, excesivo, había modificado, deformándola, su personalidad. ¿Debían atribuirse estas alteraciones a un morboso estado de su cuerpo? «Estoy enferma, muy enferma», había repetido

a menudo, como justificándose. Cierto, una enfermedad puede provocar profundos cambios, puede volver irreconocible a un ser humano. ¿Pero cuál era su enfermedad? ¿La antigua, aún no destruida por los instrumentos quirúrgicos, incluso agravada? ¿Incurable? «¡Quién sabe si no moriré… pronto!», había dicho con un acento tan misterioso que hubiera podido ser profético. En más de una ocasión se había referido a la muerte. ¿Sabía, pues, que portaba un germen letal? ¿Estaba dominada por un lúgubre pensamiento? Tal pensamiento quizá había encendido en ella aquellos oscuros ardores, casi desesperados, casi demenciales, lanzándola a mis brazos. La súbita luz de la felicidad había hecho quizá más visible y terrible el fantasma que la hostigaba…

«¿Entonces, podía morir? ¡La muerte podría golpearla incluso entre mis brazos, en medio de aquella felicidad!», pensé, con un horror que me heló todo el cuerpo y que durante unos instantes me impidió proseguir, como si se encontrase ante un peligro inminente, como si Giuliana hubiera presagiado la verdad cuando dijo: «¿Si, por ejemplo, *mañana* apareciera muerta?».

Caía el crepúsculo, húmedo. Un soplo de viento atravesaba los arbustos imitando el sonido que provocaría la trepidante carrera de un animal veloz. Alguna que otra golondrina todavía dispersa lanzaba sus gritos retumbando en el aire como la piedra de una honda. Sobre el horizonte de poniente la luz persistía como la reverberación de una vasta y siniestra fragua.

Llegué al banco, encontré la sombrilla; no me demoré, aunque los recuerdos recientes, aún vivos, aún abrasadores, me traspasaban el alma. Allí se había dejado caer, desfallecida, vencida; allí le había dicho las palabras supremas, le había hecho la embriagadora revelación: «Tú estabas en mi casa mientras yo te buscaba lejos». Allí había recogido de sus labios aquel soplo por el cual mi alma había alcanzado la cima de la felicidad. Allí había bebido sus primeras lágrimas, y había oído sus sollozos, y había

proferido la oscura pregunta: «¿Es *tarde*, quizá? ¿Es *demasiado tarde*?».

Pocas horas habían transcurrido, y en cambio ¡cuán lejano era todo! Pocas horas habían transcurrido y la felicidad ¡parecía ya haberse diluido! Con otro sentido, no menos terrible, se repetía dentro de mí la misma pregunta: «¿Es *tarde*, quizá? ¿Es *demasiado tarde*?». Y crecía mi angustia; y aquella luz incierta, aquel callado descenso de las sombras, y aquellos sospechosos rumores entre los arbustos ya oscurecidos, y todas aquellas apariciones engañosas del crepúsculo tomaron un significado funesto en mi espíritu. «¿Y si ciertamente fuera demasiado tarde? ¿Si ciertamente se supiera condenada, supiera que porta dentro de sí la muerte?». Cansada de vivir, cansada de sufrir, sin esperar nada de mí, sin valor para suicidarse con un arma o un veneno, quizá ha cultivado, ha ayudado a su enfermedad, la ha tenido escondida para que se propagara, para que profundizara, para que se tornara incurable. Quizá ha querido encaminarse, poco a poco, secretamente, hacia la liberación, hacia el fin. Estudiándose, ha adquirido la ciencia de su enfermedad; y ahora *sabe*, está *segura* de sucumbir; quizá sabe incluso que el amor, la lujuria, mis besos precipitarán el desenlace. Yo vuelvo a ella para siempre; una felicidad inesperada se abre ante sus ojos; me ama y se sabe inmensamente amada, en un día, un sueño se ha convertido para ambos en una realidad.

Y he aquí que una palabra se escapa de su boca: «¡Morir!». Confusamente pasaron ante mí las sombrías imágenes que me habían atormentado aquellas dos horas de espera en la mañana de la operación quirúrgica, cuando me pareció tener bajo los ojos —precisa como la figura de un atlas anatómico—, toda la espantosa devastación producida por la enfermedad del útero femenino. Y otro recuerdo, aunque más lejano, regresó portando imágenes nítidas: la estancia sombría, las ventanas abiertas de par en par, las cortinas ondeantes, la pequeña llama inquieta de la vela

contra el pálido espejo, imágenes de malos augurios, y ella, Giuliana, en pie, apoyada en el armario, convulsa, que se retorcía como si hubiera tomado un veneno… Y la voz acusadora, la misma voz, repetía: «Por ti, por ti ha querido morir. Tú, tú la has empujado a la muerte».

Preso de un ciego espanto, de una especie de pánico, casi como si aquellas imágenes fueran una realidad incuestionable, corrí hacia la casa.

Alzando los ojos vi la casa inanimada, las oquedades de ventanas y balcones llenas de sombras.

—¡Giuliana! —grité, con extrema angustia, lanzándome sobre las escaleras, casi temiendo no llegar a tiempo de volver a verla.

¿Pero qué me pasaba? ¿Qué demencia era aquella?

Resollaba, subiendo aquellas oscuras escaleras. Entré en el dormitorio atropelladamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Giuliana, incorporándose.

—Nada, nada… Creía que me habías llamado. Vine corriendo. ¿Cómo estás tú?

—Tengo mucho frío, Tullio; tanto frío. Tócame las manos.

Extendió sus manos. Estaban heladas.

—Estoy congelada…

—¡Dios mío! ¿Cómo estás tan fría? ¿Qué puedo hacer para calentarte?

—No te preocupes, Tullio. No es la primera vez… Puede durarme horas y horas. No puedes hacer nada. Sólo esperar a que pase… ¿Pero por qué tarda tanto Federico? Es casi de noche.

Se recostó de nuevo sobre el respaldo, como si hubiera consumido todas sus fuerzas con aquellas palabras.

—Ahora cierro —dije dirigiéndome al balcón.

—No, no; deja abierto… No es el aire lo que me enfría. Al contrario, necesito respirar… Ven aquí, junto a mí. Acerca ese escabel.

Me arrodillé. Pasó su gélida mano por mi cabeza, con gesto delicado, murmurando:

—¡Pobre Tullio mío!

—Dime, Giuliana, mi amor, mi vida —interrumpí, sin poder razonar—. ¡Dime la verdad! Me escondes algo. Te pasa algo que no quieres confesarme: un pensamiento fijo, aquí, en medio de la frente, una sombra que no te ha dejado nunca desde que llegamos aquí, desde que somos… felices. ¿Pero somos verdaderamente felices? ¿Eres…, puedes ser feliz? Dime la verdad, ¡Giuliana! ¿Por qué querrías engañarme? Sí, es cierto; has estado enferma, estás enferma, es cierto. Pero no es eso, no. *Es otra cosa* que no comprendo, que no conozco… Dime la verdad, aunque ésta me destruya. Esta mañana, cuando sollozabas, te pregunté: «¿Es *demasiado tarde*?». Y tú me respondiste: «No, no…». Y yo te creí. Pero ¿no podría ser demasiado tarde por otra razón? ¿*Hay algo* que te impida gozar de esta enorme felicidad que hoy hemos recuperado? Quiero decir: algo que tú sabes, que tienes en mente… ¡Dime la verdad!

Y la miré fijamente; y como ella permanecía muda, no vi más que sus grandes ojos, extraordinariamente grandes, opacos e inmóviles. Todo alrededor desapareció. Y tuve que cerrar los párpados para disipar la sensación de terror que aquellos ojos despertaron en mí. ¿Cuánto duró la pausa? ¿Una hora? ¿Un segundo?

—Estoy enferma —dijo finalmente, con una lentitud angustiosa.

—Pero ¿cómo enferma? —balbuceé, fuera de mí, creyendo escuchar en el tono de esas dos palabras una confesión que se correspondía con mis sospechas—. ¿Cómo enferma? ¿Vas *a morir*?

No sé de qué modo, no sé con qué voz, no sé con qué acto proferí la pregunta final; ni siquiera sé si llegó a salir totalmente de mis labios, si ella llegó a escucharla por completo.

—Tullio, no; no pretendía decir eso, no, no… Quiero decir que no es culpa mía si me siento así, tan extraña… No es culpa mía. Necesito que seas paciente conmigo, necesito que me quieras así como soy… No hay nada más, créeme; nada te escondo… Puedo curarme, es más, me curaré… ¿Tendrás paciencia, verdad? Serás bueno… Ven aquí, Tullio, mi vida. También tú estás raro, al menos así me lo parece; verás… Te asustas fácilmente; palideces; quién sabe qué te pasa por la mente… Ven aquí, ven conmigo; dame un beso… Uno más, y otro. Así. Bésame; caliéntame… Federico está a punto de llegar.

Hablaba interrumpidamente, con la voz ronca, con aquella indescifrable expresión, cariñosa, tierna, inquieta, que ya me había mostrado horas antes en el banco, para calmarme, para consolarme. Yo la besaba. Como el sofá era amplio y bajo, y ella tan delgada, me hizo un hueco a su lado y me abrazó estremeciéndose, mientras con una mano cogía un extremo de su capa para cubrirme. Estábamos como en un jergón, acurrucados uno contra el otro, pecho a pecho, mezclando nuestros alientos. Y yo pensaba: «¡Si mi aliento, si mi contacto pudiera transmitirle todo mi calor!». Y hacía un esfuerzo de voluntad ilusorio para que dicha transmisión ocurriera.

—Esta noche —susurré—. Esta noche, en tu cama, te abrazaré mejor. No temblarás más…

—Sí, sí.

—Verás cómo te abrazaré. Te adormeceré. Dormirás toda la noche sobre mi corazón…

—Sí.

—Te cuidaré, me beberé todo tu aliento, leeré sobre tu rostro los sueños que soñarás. Quizá me nombres en sueños…

—Sí, sí.

—Algunas noches, por aquel entonces, hablabas en sueños. ¡Cómo me gustaba! ¡Ah, qué voz! No te imaginas… Una voz que no has podido escuchar jamás y que sólo yo conozco, solo yo… la volveré a escuchar. ¡Quién sabe qué dirás! Quizá me nombres. ¡Cuán hermosa aparece tu boca cuando pronuncias la «u» de mi nombre! Se asemeja al gesto de un beso… ¿Lo sabes? Y te susurraré alguna palabra al oído para entrar en tus sueños. ¿Recuerdas cuando ciertas mañanas adivinaba las cosas que soñabas? Oh, verás, mi vida: seré más dulce que entonces. Verás de qué nuevas ternuras seré capaz, para curarte. Necesitas tanta ternura, pobre amor mío…

—Sí, sí —repetía continua y abandonadamente, apoyando mi última ilusión, aumentando aquella especie de torpe ebriedad que procedía de mi propia voz y de la convicción de que la acunaba como en una cantinela voluptuosa.

—¿Has oído? —pregunté, incorporándome un poco para escuchar mejor.

—¿Qué? ¿Ha llegado Federico?

—No. Escucha.

Escuchamos ambos, mirando hacia el jardín. Aparecía envuelto en una masa violácea, rota aún por el destello opaco del estanque. Una zona luminosa persistía en los confines del cielo, una amplia zona tricolor: sangrienta en lo más bajo, anaranjada luego, y verde después, como el verde de una planta moribunda. En el silencio crepuscular resonó una voz clara y fuerte, similar al preludio de una flauta.

Cantaba el ruiseñor.

—Está en el sauce —me susurró Giuliana.

Escuchábamos, mirando hacia la punta que palidecía bajo las cenizas impalpables de la noche. Mi alma estaba embelesada, como si esperara de aquel lenguaje una sublime revelación de

amor. ¿Qué sintió en aquellos minutos, a mi lado, aquella pobre criatura? ¿Qué umbral de dolor alcanzó aquella alma desdichada?

Cantaba el ruiseñor. Al principio fue como un estallido de júbilo melodioso, un manantial de sencillos trinos que cayeron en el aire como un sonido de perlas rebotando sobre los cristales de una armónica[24]. Se produjo una pausa. Un gorjeo se elevó, agilísimo, extraordinariamente prolongado como para dar prueba de su fuerza, por un impulso de vanidad, para desafiar a un rival desconocido. Una segunda pausa. Un tema de tres notas, con un sentimiento interrogativo, pasó por una cadena de variaciones ligeras, repitiendo la pequeña pregunta cinco o seis veces, modulado como por una tenue flauta de caña, por un flautín pastoral. Una tercera pausa. El canto se volvió un lamento, recitado en un tono menor, dulce como un suspiro, débil como un gemido, expresando la tristeza de un amante solitario, un deseo melancólico, una espera vana; lanzó un reclamo final, imprevisto, agudo como un grito de angustia; se apagó. Otra pausa, más grave. Se escuchó entonces un acento nuevo, que no parecía salido de la misma gola, talmente humilde, tímido, débil, que semejaba al canto de un pajarillo recién nacido, al gorjeo de un gorrioncillo; después, con una volubilidad admirable, aquel ingenuo acento mutó en una progresión de notas cada vez más rápidas que brillaron en una carrera de trinos, vibraron en gorjeos nítidos, se plegaron en audaces pasajes, disminuyeron, crecieron, alcanzaron cotas de soprano. El cantor se enardecía con su canto. Con pausas tan breves que las notas casi no terminaban de apagarse, dispersando su embriaguez en una melodía siempre diferente, apasionada y dulce, sumisa y estridente, ligera y grave, e interrumpida ahora por pictóricos gemidos, por imploraciones lastimeras, ahora por improvistos arrebatos líricos, por invocaciones supremas. Parecía que incluso el jardín escuchaba, que el cielo se inclinaba sobre el árbol melancólico en cuya cima, un poeta invi-

sible, vertía tales profusiones de poesía. La selva de flores tenía una respiración profunda pero silenciosa.

Algún dorado resplandor se recreaba en la zona occidental; y aquella última mirada del día era triste, casi lúgubre. Pero una estrella despuntó, viva y chispeante, como una resplandeciente gota de rocío.

—¡Mañana! —murmuré, casi inconsciente, respondiendo a una súplica interior, aquella palabra que encerraba para mí tantas promesas.

Para escuchar mejor nos habíamos incorporado y permanecimos algunos minutos absortos en aquella posición; de pronto sentí caer sobre mi hombro la cabeza de Giuliana, como un peso muerto, como algo inanimado.

—¡Giuliana! —grité aturdido—. ¡Giuliana!

Y, con mi movimiento, su cabeza cayó hacia atrás, inerte.

—¡Giuliana!

Ella no me oía. Viendo la palidez cadavérica de aquel rostro que iluminaban los últimos destellos dorados que se filtraban por el balcón, me asaltó una terrible idea. Fuera de mí, dejando caer sobre el respaldo del sillón el cuerpo inerte de Giuliana, sin cesar de llamarla por su nombre, me dispuse a abrir el vestido por la pechera con dedos temblorosos, ansioso por sentir su corazón…

Y entonces escuché la voz jovial de mi hermano.

—¿Dónde estáis, tortolitos?

# X

Recuperó el conocimiento en breve, y aún sin poder sostenerse, quiso subir inmediatamente al carruaje para regresar a La Badiola.

Ahora, cubierta por unas mantas, estaba reclinada en su asiento, callada. Mi hermano y yo de cuando en cuando nos mirábamos inquietos. El cochero azuzaba los caballos. Y su trote veloz resonaba fuerte sobre el camino, delimitado aquí y allá por arbustos florecidos, en una apacible noche de abril, bajo un cielo claro.

De vez en cuando Federico y yo preguntábamos:

—¿Cómo te encuentras, Giuliana?

Ella respondía:

—Bueno…, un poco mejor…

—¿Tienes frío?

—Sí…, un poco…

Respondía con manifiesto esfuerzo. Casi parecía que le irritaran nuestras preguntas; tanto que, insistiendo Federico en comenzar un diálogo, ella dijo al fin:

—Perdona, Federico… Prefiero no hablar.

Al estar desplegada la capota del carruaje, permanecía en la sombra, oculta, inmóvil bajo las mantas. En más de una ocasión me incliné sobre ella para vislumbrar su rostro, creyendo que estaba adormecida o temiendo que hubiera recaído en el desmayo.

Y en todas tuve el mismo inesperado sentimiento de espanto, al advertir en la penumbra sus ojos desorbitados y su mirada fija.

Siguió un largo intervalo de silencio. También Federico y yo enmudecimos. El trote de los caballos no me parecía lo bastante veloz. Me hubiera gustado ordenar al cochero que los espoleara al galope.

—¡Más deprisa, Giovanni!

Eran casi las diez cuando llegamos a La Badiola.

Mi madre nos esperaba, inquieta por el retraso. Cuando vio a Giuliana en aquel estado, dijo:

—Ya me imaginaba que el cansancio te pasaría factura…

Giuliana intentó tranquilizarla.

—No es nada, mamá… Mañana estaré mejor. Sólo estoy un poco cansada…

Pero al verla a la luz, mi madre exclamó, asustada:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! Tienes una cara que da miedo… Si ni siquiera puedes mantenerte en pie… Edith, Cristina, rápido, subid a calentar la cama. Ven, Tullio, llevémosla arriba…

—No, no —insistía Giuliana, oponiéndose—. No te asustes, mamá, no es nada…

—Voy a Tussi con el coche a buscar al médico —propuso Federico—. Regreso en media hora.

—¡No, Federico, no! —gritó Giuliana; casi con violencia, como exasperada—. No quiero. El médico no puede ayudarme. Yo sé lo que tengo que tomar. Lo tengo todo arriba. Vamos, mamá. ¡Dios mío! ¡Enseguida os alarmáis! Vamos, vamos…

Parecía haber recuperado las fuerzas de repente. Dio algunos pasos, con firmeza. Subiendo las escaleras, mi madre y yo la sujetábamos. En la alcoba, sufrió un vómito convulso que le duró varios minutos. Las mujeres comenzaron a desnudarla.

—Sal, Tullio, sal —me suplicó—. Ya vendrás luego a verme. Mamá se queda conmigo mientras tanto. No te angusties…

Salí. Permanecí en una de aquellas antiguas habitaciones, sentado en un sillón, esperando. Escuchaba el ajetreo de las mujeres de la casa; me consumía la impaciencia. «¿Cuándo me dejarán entrar a verla? ¿Cuándo podremos estar a solas? La velaré; pasaré toda la noche a su cabecera. Quizá se calme en unas horas; se sentirá bien. Acariciándole los cabellos quizá logre adormecerla. ¡Quién sabe! Quizá me diga entre sueños: "Ven"». Tenía una extraña fe en la virtud de mis caricias. Aún esperaba que aquella noche pudiera tener un dulce final. Y como siempre, dentro de la angustia que me provocaba el sufrimiento de Giuliana, se erigía una imagen sensual convertida en una visión lúcida y duradera. «*Pálida como su camisón*, al resplandor de la lámpara que arde tras las cortinas de la alcoba, ella se despierta tras el primer sueño breve, me mira con ojos entreabiertos, lánguida, murmurando: "Ven a dormir tú también…"».

Entró Federico.

—¡Bien! —me dijo, afectuosamente—. Parece que no es grave. Acabo de hablar con la señorita Edith en la escalera. ¿No quieres bajar a comer algo? Han preparado…

—No, ahora no tengo apetito. Quizá más tarde… Estoy esperando a que me avisen para entrar…

—Yo voy, si no me necesitas.

—Vete, Federico. Bajaré más tarde. Gracias.

Lo seguí con la mirada, mientras se alejaba. Y una vez más sentí una gran confianza en mi hermano; una vez más se me ensanchó el corazón.

Transcurrieron alrededor de tres minutos. El reloj de péndulo de la pared que tenía frente a mí los midió con su tictac. Las esferas marcaban las once menos cuarto. Mientras yo me levantaba

impaciente para dirigirme a la habitación de Giuliana, entró mi madre, conmocionada, hablando en susurros:

—Se ha calmado. Ahora necesita reposo. ¡Pobre muchacha!

—¿Puedo verla? —pregunté.

—Sí, vete; pero déjala descansar.

Cuando me disponía a entrar, volvió a llamarme.

—¡Tullio!

—¿Qué quieres, mamá?

Parecía titubeante.

—Dime… ¿Has vuelto a hablar con el doctor después de la operación?

—Ah, sí, alguna vez… ¿Por qué?

—¿Te ha advertido del peligro…?

Dudaba.

—¿… Del peligro que podría correr Giuliana, en el caso de un nuevo parto?

No había hablado con el doctor, no sabía qué responder.

Confuso, repetí:

—¿Por qué?

Seguía titubeando:

—¿No te has dado cuenta de que Giuliana está embarazada?

Sintiendo como si me golpearan con un mazo en el pecho, al principio no comprendí la verdad.

—¡Embarazada! —balbuceé.

Mi madre me tomó las manos.

—¿Y bien, Tullio?

—No sabía…

—Me estás dando miedo. El doctor…

—Ya, el doctor…

—Ven, Tullio, siéntate.

Y me obligó a sentarme en el sofá. Me miraba asombrada, esperando que yo hablara. Durante unos instantes, aun teniéndola ante mis ojos, no podía verla. Una violentísima luz se encendió en mi espíritu, de repente; y se me reveló el drama.

¿Quién me dio la fuerza para resistir? ¿Quién hizo que conservara la razón? Quizá el mismo exceso de dolor y horror desencadenó el sentimiento heroico que me salvó.

Apenas recuperé la sensibilidad física, la percepción de las cosas exteriores, y vi a mi madre observándome angustiada, comprendí que lo primordial era tranquilizarla a ella.

Le dije:

—No lo sabía… Giuliana no me ha dicho nada. No me he dado cuenta de nada… Es una sorpresa… El doctor, sí, me informó de algún peligro… Por ello la noticia me ha impresionado tanto… ¿Sabes?, Giuliana está ahora tan débil… Pero en realidad el doctor no pronosticó nada demasiado grave; porque, habiendo salido con éxito de la operación… En fin, veremos. Le llamaré para que venga; se lo consultaremos…

—Sí, sí; es necesario.

—Pero tú, mamá…, ¿estás segura? ¿Te lo ha confesado Giuliana acaso? O…

—Yo me percaté por los síntomas habituales. Es imposible confundirse. Hasta hace dos o tres días, Giuliana lo negaba o al menos decía que no estaba segura… Sabiéndote tan aprensivo, me rogó que no te lo dijera; pero he querido avisarte… Giuliana, tú la conoces, ¡es muy descuidada con su salud! ¿Ves?: aquí, en vez de mejorar parece empeorar día a día; antes, bastaba una semana de campo para recuperarse. ¿Te acuerdas?

—Sí, es verdad.

—Las precauciones, en estos casos, no son nunca demasiadas. Es preciso que escribas inmediatamente al doctor Vebesti.

—Sí, urgentemente.

Y sintiendo que no podía controlarme más, me levanté añadiendo:

—Voy con Giuliana.

—Vete; pero déjala reposar esta noche, déjala tranquila. Voy abajo, más tarde subo.

—Gracias, mamá.

Y rocé su frente con mis labios.

—¡Bendito seas, hijo mío! —murmuró mientras se alejaba.

Ante el umbral de la puerta de enfrente me detuve y me volví para ver desaparecer aquella dulce figura aún erguida, tan distinguida con su vestido negro.

Tuve una sensación indescriptible, quizá similar a aquella que me hubiera producido el fulminante derrumbamiento de toda la casa. Todo se desmoronó, se desplomó dentro de mí, en torno a mí, irresistiblemente.

# XI

Quién no ha escuchado alguna vez proferir por algún hombre desdichado una frase de este tipo?: «En una hora he vivido diez años». Tal cosa es inconcebible. Pues bien, yo la comprendo. ¿No es cierto que en los pocos minutos transcurridos de aquel diálogo casi cohibido entre mi madre y yo viví más de diez años? La aceleración de la vida humana interior es el más maravilloso y el más espantoso fenómeno del universo.

Ahora, ¿qué debía hacer yo? Me asaltaban alocados impulsos de huir lejos en mitad de la noche, de correr a mis aposentos y encerrarme para considerar mi ruina, para conocerla en su totalidad. Pero supe resistir. La superioridad de mi naturaleza se mostró aquella noche. Supe apartar de aquella torsión atroz alguna de mis facultades más viriles. Y pensé: «Es preciso que ninguno de mis actos parezca extraño e inexplicable; que mi madre, mi hermano o cualquier otra persona de esta casa no adviertan nada».

Ante la puerta de la estancia de Giuliana me detuve, impotente ante la imposibilidad de frenar el temblor físico que me sacudía. Al escuchar un ruido de pasos que provenían del corredor, entré decidido.

La señorita Edith salía de la alcoba de puntillas. Me indicó que no hiciera ruido. Y susurrando me dijo:

—Se está quedando dormida.

Se fue, cerrando la puerta tras de sí, suavemente.

La lámpara ardía suspendida del techo, con una claridad plácida y uniforme. Sobre una silla estaba apoyada su capa carmesí; sobre otra silla, el corpiño de raso negro, el mismo que Giuliana se había quitado en Villalilla durante mi breve ausencia; sobre otra silla, el vestido gris, el mismo que había llevado con tanta elegancia entre las refinadas lilas. La vista de todas aquellas cosas me dio tal impresión que de nuevo me asaltó el impulso de huir. Me volví hacia la alcoba, retiré las cortinas; vi la cama, vi sobre la almohada la mancha oscura de sus cabellos, no el rostro: vi el relieve del cuerpo contraerse bajo la colcha. Se reveló ante mi espíritu la brutal realidad en su más innoble brutalidad. «La ha poseído otro hombre, ha recibido la secreción de otro, porta en su vientre la semilla de otro». Y una serie de imágenes físicas odiosas se desplegó ante los ojos del alma que yo no podía cerrar. Y no sólo las imágenes de aquello que había sucedido, sino también aquello que necesariamente debía suceder. Era necesario que yo viera, con una precisión inexorable, a Giuliana en un futuro (¡mi Sueño, mi Idealidad!) deformada por un vientre enorme, embarazada de un feto adulterino…

¿Quién hubiera imaginado un castigo más feroz? ¡Y todo era verídico, todo era *cierto*!

Cuando el dolor excede las fuerzas, instintivamente el hombre busca en la duda un atenuante momentáneo del sufrimiento insoportable; piensa: «Quizá esté confundido; quizá mi desgracia no es tal cual parece; quizá todo este dolor es irrazonable». Y, para prolongar la tregua, el espíritu perplejo intenta buscar una noción más exacta de la realidad. Pero a mí la duda no se me presentó, ni siquiera durante un instante; no tuve ni un segundo de incertidumbre. Aunque es imposible explicar el fenómeno que se desarrolló en mi conciencia extraordinariamente lúcida. Parecía que por un secreto y espontáneo proceso, consumado en una esfera interior oscura, todos los inadvertidos indicios relativos a la tremenda cuestión se hubieran coordinado entre ellos forman-

do una noción lógica, completa, coherente, definitiva, irrefutable; la cual se manifestaba ahora y de repente alzándose en mi conciencia con la rapidez de un objeto que, sin estar aún desterrado al fondo por ataduras desconocidas, emergió hasta la superficie del agua flotando y permaneciendo insumergible. Todas las pruebas, todos los indicios, estaban allí, ordenados. No debía esforzarme para encontrarlos, para distinguirlos, para reunirlos. Hechos insignificantes, lejanos, se iluminaban con la nueva luz; retazos de vida recientes tomaban una nueva dimensión. Y la aversión insólita de Giuliana por las flores, por los olores, su singular turbación, sus mal disimuladas náuseas, su súbita palidez, aquella especie de nube constante entre ceja y ceja, aquel inmenso cansancio en ciertas actitudes; y las páginas marcadas con la uña en el libro ruso, el reproche del anciano al conde Besoukhow, la pregunta extrema de la pequeña princesa Lisa, y aquel gesto con el que me había arrebatado el libro de las manos; y las escenas de Villalilla, las lágrimas, los sollozos, las frases ambiguas, las sonrisas sibilinas, los casi lúgubres ardores, la volubilidad casi demencial, las evocaciones a la muerte, todos los indicios se agrupaban en torno a las palabras de mi madre grabadas en lo más profundo de mi alma.

Mi madre había dicho: «*Es imposible confundirse*. Hasta hace dos o tres días, Giuliana lo negaba o al menos *decía que no estaba segura*… Sabiéndote tan aprensivo, *me rogó que no te lo dijera*…». La verdad no podía estar más clara. ¡Todo, pues, por desgracia era cierto!

Entré en la alcoba; me acerqué a la cama. Detrás de mí, las cortinas cayeron de nuevo; la luz era más débil. La ansiedad me cortó la respiración, la sangre se paró en mis arterias, cuando llegué a la cabecera y me incliné para contemplar más cerca la cabeza de Giuliana, casi cubierta por la sábana. No sé qué hubiera sucedido si ella hubiera alzado el rostro y me hubiera hablado en aquel momento.

¿Dormía? Sólo la frente, desde las cejas, estaba descubierta.

Permanecí así algunos minutos, en pie, esperando. Pero ¿dormía? No se movía, yacía sobre el costado. La boca, oculta por la sábana, no daba señales de respiración a mis oídos. Sólo la frente, desde las cejas, estaba descubierta.

¿Cómo hubiera podido contenerme si ella hubiera advertido mi presencia? No era aquella hora de interrogatorios, hora de diálogos. Si ella hubiera sospechado que estaba al corriente de todo, ¿a qué extremos podía llegar en aquella noche? Debía disimular una ingenua ternura, debía mostrarme perfectamente ignorante, persistir en la expresión del sentimiento que me había dictado tan dulces palabras cuatro horas antes, en Villalilla. «Esta noche, esta noche, en tu cama… Verás cómo te abrazaré. Te adormeceré. Dormirás toda la noche sobre mi corazón…».

Echando un vistazo alrededor, confuso, descubrí sobre la alfombra los zapatos relucientes y finos, sobre el respaldo de una silla, las largas medias de seda color ceniza, las ligas de moaré, otro objeto de secreta elegancia, todas las cosas con las que mis ojos de amante se habían ya deleitado en la reciente intimidad. Y los celos me remordieron con tanta furia que fue un milagro que pudiera controlarme y no abalanzarme sobre Giuliana para despertarla y gritarle palabras alienadas y crueles que me sugería la cólera súbita que me invadía.

Me retiré vacilando, salí de la alcoba. Pensé con ciego pavor: «¿Cómo acabaremos?».

Me disponía a salir. «Bajaré. Diré a mi madre que Giuliana duerme, que tiene un sueño tranquilo; le diré que yo también necesito reposo. Me retiraré a mis aposentos. Mañana ya veremos…». Pero permanecí allí, perplejo, incapaz de traspasar el umbral, asaltado por miles de miedos. Me volví de nuevo hacia la alcoba, con un movimiento brusco, como si hubiera sentido una mirada fija sobre mí. Daba la impresión de que las cortinas

ondeasen; pero era simplemente una ilusión. Y sin embargo, algo similar a una onda magnética a través de las cortinas me atravesaba; algo a lo que no podía resistirme. Entré en el dormitorio por segunda vez, estremecido.

Giuliana yacía en la misma postura. ¿Dormía? Sólo la frente, desde las cejas, estaba descubierta.

Me senté junto al cabecero; y esperé. Contemplé aquella frente pálida como la sábana, tenue y pura como una partícula, *fraternal*, que tantas veces mis labios habían besado religiosamente, que tantas veces habían besado los labios de mi madre. No había rastro de contaminación; parecía la misma de siempre. ¡Y nada en el mundo podía ya borrar la mancha que veían en aquella palidez los ojos de mi alma!

Ciertas palabras que había pronunciado en mi reciente embriaguez tomaron a mi memoria. «Te cuidaré, leeré sobre tu rostro los sueños que soñarás». Continué pensando: «Ella repetía a cada momento: *Sí, sí*». Me pregunté a mí mismo: «¿De qué vida vive ella, en su interior? ¿Cuáles son sus propósitos? ¿Qué ha decidido?». Y contemplaba su frente. Y no volví a considerar mi dolor; me dediqué a imaginar su dolor, a comprenderlo.

Ciertamente, debía ser una desesperación inhumana la suya; sin tregua, sin límite. Mi castigo era también su castigo y quizá para ella era incluso más terrible. En Villalilla, por el sendero, en el banco, en la casa, sin duda había advertido la sinceridad de mis palabras, sin duda había leído la verdad en mi rostro. Había creído en mi inmenso amor.

—«… *Tú estabas en mi casa mientras yo te buscaba lejos*. Ah, dime: ¿acaso no compensa esta revelación todas tus lágrimas? ¿No querrías haber vertido incluso más, muchas más, para luego obtener semejante prueba de amor?

—*¡Sí, incluso más…!*».

Así había respondido, así había respondido toda la semana, con un soplo que me había parecido verdaderamente divino. «*¡Sí, incluso más…!*».

¡Le hubiera gustado verter otras lágrimas, haber sufrido otro martirio ante aquella revelación! Y, viendo a sus pies, apasionado como nunca, al hombre tantos años perdido y llorado, viendo abrirse ante ella un gran paraíso desconocido, se había sentido impura, había experimentado una sensación material de su impureza, había tenido que sostener mi cabeza en su regazo fecundado por la semilla de otro hombre. ¿Ah, cómo es que sus lágrimas no hirieron mi rostro? ¿Cómo fui capaz de beberlas sin envenenarme?

Reviví en un momento toda nuestra jornada de amor. Reviví todas las expresiones, incluso las más fugaces, reflejadas en el rostro de Giuliana desde el primer momento de nuestra entrada en Villalilla; y las comprendí todas. Se había hecho la luz dentro de mí. «¡Ah, cuando le hablaba del mañana, cuando le hablaba del porvenir…! ¡Qué espantosa palabra debió ser para ella aquel *Mañana* salido de mis labios…!». Y volvió a mi memoria el breve diálogo mantenido en el balcón en presencia del ciprés. Ella había repetido sumisamente, con una sonrisa tenue: «*¡Morir!*». Había hablado de un final próximo. Había preguntado: «¿Qué harías si yo muriera de repente? ¿Si, por ejemplo, *mañana* apareciera muerta?». Más tarde, en nuestro dormitorio había gritado estrechándose a mí: «¡No, no, Tullio; no hablemos del *futuro*…! ¡Piensa en hoy, en la hora presente!». ¿No delataban tales actos, tales palabras un propósito de muerte, una trágica resolución? Era manifiesto que ella había decidido suicidarse, que lo hubiera hecho quizá aquella misma noche, antes del futuro irremediable, al no ver otra vía de escape.

Cuando cesó el horror que sentí ante el peligro inminente, reflexioné: «¿Serían más graves las consecuencias de la muerte de Giuliana o las de su falta? Ya que la ruina es irreparable y el abis-

mo no tiene fondo, una catástrofe inmediata es quizá preferible a la prolongación indefinida del drama monstruoso». Y mi imaginación me hacía asistir a las fases de la nueva maternidad de Giuliana, me hacía ver al nuevo ser procreado, al intruso que llevaría mi nombre, que sería mi heredero, que usurparía las caricias de mi madre, de mis hijitas, de mi hermano. «Cierto, sólo la muerte puede interrumpir el curso fatal de estos eventos. ¿Pero el suicidio permanecería secreto? ¿De qué medio se valdría Giuliana para suicidarse? ¿Qué pensarían mi madre y mi hermano de su muerte voluntaria? ¿Y Maria? ¿Y Natalia? ¿Y qué sería entonces de mi vida?».

No podía, verdaderamente, concebir mi vida sin Giuliana. Amaba a aquella desdichada criatura incluso en su impureza. Excepto por aquel súbito impulso de cólera suscitado por los celos carnales, no había sentido por ella un sentimiento de odio, de rencor, o de desprecio. No se había despertado en mí ningún sentimiento de venganza. Por el contrario, sentía por ella una misericordia profunda. Yo aceptaba, desde el principio, toda la responsabilidad de su *caída*. Un sentimiento de orgullo y generosidad se apoderó de mí, me exaltó. «Ella ha sabido inclinar la cabeza ante mis golpes, ha sabido sufrir, ha sabido callar; me ha dado un ejemplo de coraje viril, de heroica abnegación. Y ahora es mi turno. Debo pagarle con la misma moneda. Debo salvarla a toda costa». Y esta exaltación de mi alma, esta bondad, emanaba de ella.

La miré muy de cerca. Permanecía aún inmóvil, en la misma postura, con la frente descubierta. Pensé: «Pero ¿duerme? ¿Y si estuviera fingiendo dormir para alejar cualquier sospecha, para aparecer tranquila, para que la dejaran sola? Claro, si su propósito fuera no llegar a mañana, aprovechará cualquier ocasión. Ella simula el sueño. Si el sueño fuera real no sería tan sosegado, tan quieto, pues sus nervios la tenían en un gran estado de excitación. Ahora la moveré…». Pero dudé: «¿Y si duerme realmente?

En ciertas ocasiones, tras un gran derroche de fuerza nerviosa, incluso en medio de las más fieras inquietudes morales, el sueño sobreviene como un síncope. ¡Oh, si le durase este sueño hasta mañana y pudiera despertarse fortalecida, lo bastante recuperada para sostener el diálogo inevitable entre los dos!». Miraba, observaba fijamente aquella frente tan pálida como la sábana; e inclinándome un poco más sobre ella, advertí que estaba empapada. Una gota de sudor despuntaba sobre su ceja. Y esa gota suscitó en mí la idea del sudor frío que anuncia la acción de los venenos narcóticos. Inmediatamente me invadió una terrible sospecha. «¡Morfina!», e instintivamente mi mirada se dirigió hacia la mesilla de noche, junto a la cabecera, buscando la botellita con la calavera negra, reconocido símbolo de la muerte.

Sobre aquella mesita había un recipiente con agua, un vaso, un candelero, un pañuelo y algunas horquillas brillantes; nada más. Examiné rápidamente toda la alcoba. Una angustiosa ansiedad me oprimía. «Giuliana tiene morfina. Siempre guarda cierta cantidad líquida para sus inyecciones. Estoy seguro de que ha pensado envenenarse con ella. ¿Dónde tendrá escondida la botella?». Tenía grabada en la retina la imagen del pequeño frasco entre sus manos, fácilmente reconocible por aquella marca siniestra que usan los farmacéuticos para distinguir un tóxico. Mi imaginación me sugirió: «¿Y si lo ha bebido ya…? Aquel sudor…». Temblé en la silla; un rápido debate se originó en mi interior. «¿Pero cuándo? ¿Cómo? No ha estado sola en ningún momento. Pero basta sólo un instante para vaciar la botella. Aunque seguramente habría vomitado… ¿Y aquel acceso de vómitos convulso apenas llegamos aquí? Habiendo premeditado el suicidio, quizá llevaba consigo la morfina. ¿Cabe la posibilidad de que la haya tomado antes de llegar a La Badiola, en el coche, oculta en la sombra? Lo cierto es que ha impedido que Federico llamara al médico…». No conocía bien los síntomas de un envenenamiento por morfina[25]. En la duda, la frente pálida y empapada, la

perfecta inmovilidad de Giuliana, me aterraban. Estaba a punto de zarandearla suavemente. «¿Pero si estoy equivocado? ¿Qué le diré si se despierta?». Estaba convencido de que su primera palabra, la primera mirada que nos intercambiáramos, nuestra primera comunicación directa, me producirían un efecto extraordinario, tendrían una violencia imprevisible, inimaginable. Pensaba que no podría dominarme, disimular, y que ella inmediatamente, con sólo mirarme, adivinaría que era conocedor… ¿Y entonces?

Agudicé el oído, esperando y temiendo que entrara mi madre. Después (ni siquiera al destapar un sudario mortuorio para contemplar el semblante de una persona fallecida hubiera temblado tanto) descubrí poco a poco el rostro de Giuliana.

Ella abrió los ojos.

—¿Ah, Tullio, eres tú?

Hablaba con su voz natural. Sorpresa: yo podía hablar.

—¿Dormías? —le pregunté, evitando mirarla a los ojos.

—Sí, me quedé dormida.

—Y yo te he despertado… Perdóname… Quería destaparte la boca. Temía que no respiraras bien…, que te asfixiaras con las sábanas…

—Sí, es verdad. Ahora tengo calor, mucho calor… Quita alguna de estas mantas; te lo ruego.

Y yo me levanté para aligerarla de alguno de los cobertores. Incluso ahora me resulta imposible definir mi estado de consciencia respecto a las cosas que hacía, a las palabras que pronunciaba y escuchaba, a las cosas que ocurrían naturalmente como si nada hubiera cambiado, como si Giuliana y yo fuéramos ignorantes e inmunes, como si allí dentro no existiera el adulterio, los desengaños, los remordimientos, los celos, los miedos, la muerte, todas las atrocidades humanas, en aquella tranquila alcoba.

Ella me preguntó:

—¿Es muy tarde?

—No, aún no es medianoche.

—¿Tu madre se ha ido a la cama?

—Todavía no.

Tras una pausa:

—¿Y tú… no vas? Debes estar cansado…

No supe qué responder. ¿Debía decir que me quedaba? ¿Rogarle que me permitiera quedarme? ¿Repetirle las tiernas palabras pronunciadas en el sofá, en *nuestra*, alcoba, en Villalilla? Pero, quedándome, ¿cómo pasaría la noche? ¿Aquí en la silla, velándola, o en la cama junto a ella? ¿Cómo actuaría? ¿Podría disimular?

Ella añadió:

—Es mejor que te vayas, Tullio… por esta noche… No necesito nada más; sólo quiero descansar. Si te quedaras… no me haría bien… Es mejor que te vayas, por esta noche, Tullio.

—Pero podrías necesitar…

—No. Y además, en cualquier caso, Cristina duerme en la habitación de al lado.

—Dormiré aquí, en el diván, con una manta…

—¿Por qué quieres sufrir? Estás muy cansado: se te ve en la cara… Y por otro lado, si supiera que estás ahí, no podría dormir. ¡Sé bueno, Tullio! Mañana, temprano, puedes venir a verme. Ahora necesitamos reposar ambos: un reposo completo…

Su voz resultaba tierna y cariñosa, sin acento raro. Excepto por su insistencia en persuadirme de que me fuera, nada la acusaba de su propósito funesto. Parecía postrada de fuerzas pero sosegada. De vez en cuando cerraba los ojos, como si le pesaran los párpados. ¿Qué debía hacer? ¿Dejarla? Pero era precisamente su calma lo que me asustaba. Tal serenidad no podía proceder más

que de la firmeza de su propósito. ¿Qué debía hacer? Considerando todas las opciones, mi presencia durante la noche resultaría vana. Ella podría llevar a cabo su plan, al estar ya preparada, teniendo ya dispuestos los medios. ¿Y este medio era efectivamente la morfina? ¿Y dónde tenía escondida la botella? ¿Bajo la almohada? ¿En el cajón de la mesita de noche? ¿Cómo buscarla? Era necesario desvelarlo todo, decir de pronto: «Sé que quieres suicidarte». ¿Pero qué dramática escena seguiría a mi revelación? Sería imposible ocultar el resto. ¿Y qué noche, entonces, sería aquella? Tantas preocupaciones consumían mi energía, me destrozaban. Mis nervios me abandonaron. El cansancio físico se volvía cada vez más insoportable. Todo mi organismo había entrado en ese estado de agotamiento extremo en el que cada función voluntaria se suspende, en el que las acciones y reacciones ya no se corresponden o no se cumplen. Me sentía incapaz de continuar resistiéndome, de luchar, de actuar de manera útil. El sentimiento de debilidad, la certeza de aquello que sucedía y que estaba a punto de suceder, me paralizaba. Mi ser parecía azotado por una parálisis repentina. Sentía un deseo ciego de huir incluso en aquella última conciencia oscura de mi ser. Y, finalmente, todas mis ansiedades se resolvieron en un pensamiento desesperado: «Suceda lo que suceda, también será la muerte para mí».

—Sí, Giuliana —dije—, te dejo en paz. Duerme. Mañana nos veremos.

—¡Si casi no te tienes en pie!

—Ya, es cierto; no puedo más… Adiós. ¡Buenas noches!

—¿No me das un beso, Tullio?

Un escalofrío de repugnancia instintiva me atravesó. Dudé. En aquel momento entró mi madre.

—¿Cómo? ¿Estás despierta? —exclamó mi madre.

—Sí, pero ahora me duermo de nuevo.

—He ido a ver a las niñas. Natalia estaba despierta. En cuanto me ha visto me ha preguntado: «¿Ha regresado mamá?». Quería venir…

—¿Por qué no le dices a Edith que me la traiga? ¿Se ha acostado ya Edith?

—No.

—Adiós, Giuliana —interrumpí.

Me acerqué a ella y me agaché para besarla en la mejilla que ella me ofrecía incorporándose un poco sobre los codos.

—Adiós, mamá. Voy a acostarme porque tengo mucho sueño.

—¿Y no tomas nada? Federico está abajo, esperándote…

—No, mamá. No me apetece. ¡Buenas noches!

Y la besé también a ella en la mejilla. Y salí de la cámara sin demora, sin dirigir la mirada a Giuliana; reuní las pocas fuerzas que me quedaban y, apenas crucé el umbral, corrí hacia mi dormitorio, por temor a caer antes de alcanzar la puerta.

Me tumbé boca abajo en la cama. Estaba agitado por aquel *orgasmo* que precede a las grandes crisis de llanto, cuando el nudo de la angustia está a punto de disolverse, cuando la tensión está a punto de aflojarse. Pero el *orgasmo* duraba, y el llanto no llegaba. El sufrimiento era horrible. Un peso enorme oprimió todo mi cuerpo, un peso que yo sentía, no sobre mí, sino dentro de mí, como si mis huesos y mis músculos se hubieran vuelto de plomo compacto. ¡Y mi cerebro seguía pensando! ¡Y mi conciencia estaba aún alerta!

«No, no debería haberla dejado, no debería haber consentido en irme. Ciertamente, cuando mi madre se retire, se matará. ¡El sonido de su voz cuando expresó su deseo de ver a Natalia…!». Una alucinación se apoderó de mí, súbitamente. Mi madre salía del dormitorio. Giuliana se incorporaba para sentarse en su cama, agudizaba el oído. Luego, segura de encontrarse finalmente a solas, tomaba del cajón de la mesita de noche la botella de mor-

fina; no dudaba ni un instante; con gesto resuelto la vaciaba de un trago; se acurrucaba bajo las mantas; se colocaba en posición supina, esperando… La visión imaginaria del cadáver alcanzó tal intensidad que yo, como un obseso, me levanté; di tres o cuatro vueltas alrededor de la estancia golpeándome contra los muebles, tropezando en las alfombras, gesticulando pavorosamente. Abrí una ventana.

La noche era tranquila; únicamente se escuchaba el croar de las ranas, monótono y continuo. Las estrellas palpitaban.

La Osa Mayor brillaba en lo alto, lúcida. El tiempo fluía.

Permanecí algunos minutos apoyado en el alféizar, a la espera, observando la gran constelación que aparecía ante mis ojos perturbados, como si se acercara. No sabía, verdaderamente, qué esperaba. Estaba absorto. Me parecía sentir en mi interior la vacuidad de aquel cielo inmenso. De pronto, en aquella pausa dudosa, como si algún influjo oscuro hubiera operado sobre mi ser en la profundidad de la inconsciencia, resurgió espontánea la pregunta aún incompresible: «*¿Qué habéis hecho conmigo?*». Y la visión del cadáver, interrumpida durante breves instantes, reapareció.

El horror fue tal que, sin saber qué quería hacer realmente, me volví, salí decidido y me dirigí hacia la estancia de Giuliana. Encontré a la señorita Edith en el vestíbulo.

—¿De dónde viene, Edith? —le pregunté.

Me percaté de lo mucho que le impresionó mi aspecto.

—He llevado a Natalia con la señora porque quería verla; pero he tenido que dejarla allí. No pude convencerla de que volviera a su cama. Ha llorado tanto que la señora ha consentido que se quedara con ella. Esperemos que ahora no se despierte Maria…

—Ah, entonces…

El corazón me latía con tal vehemencia que no podía hablar sin jadear.

—Ah, entonces, Natalia está en la cama con su madre…

—Sí, señor.

—¿Y Maria…? Vamos a ver a Maria.

La conmoción me sofocaba. ¡Giuliana, al menos por aquella noche, estaba a salvo! ¡Era imposible que intentara matarse aquella noche teniendo a la niña con ella! Por un milagro, el tierno capricho de Natalia había salvado a su madre. «¡Bendita! ¡Bendita!». Antes de mirar a Maria dormida, me fijé en la pequeña cama vacía donde había quedado un pequeño surco. Sentí una extraña necesidad de besar la almohada, de tocar aquella pequeña depresión para comprobar si estaba aún caliente. La presencia de Edith me disgustaba. Me volví hacia Maria, me agaché conteniendo la respiración, la contemplé por largo tiempo, buscando una a una las notables semejanzas que tenía conmigo, casi enumeré las tenues venas que se transparentaban en su sien, en su mejilla, en su cuello. Dormía de lado, con la cabeza abandonada hacia atrás de modo que la garganta quedaba totalmente descubierta bajo el mentón alzado. Sus dientes, diminutos como granos de arroz descascarillados, lucían en su boca entreabierta. Sus pestañas, largas como las de su madre, expandían desde los ojos una sombra que llegaba hasta sus pómulos. Una gracilidad de flores preciosas, una finura extrema distinguían aquella forma infantil en la que *sentía* fluir mi sangre purificada.

Nunca, desde que vivían aquellas dos criaturas, nunca había experimentado por ellas un sentimiento tan profundo, tan dulce y a la vez tan triste.

Me retiré a regañadientes. Me hubiera encantado sentarme entre aquellas pequeñas camas y reposar la cabeza sobre la silueta de aquel vacío, esperando el *mañana*.

—Buenas noches, Edith —dije mientras salía; y mi voz vibró con un temblor diferente.

Cuando llegué a mi dormitorio, me tumbé de nuevo boca abajo en la cama. Y finalmente rompí a llorar, desconsoladamente.

# XII

Cuando desperté de aquel sueño pesado, y casi diría brutal, que a altas horas de la noche cayó sobre mí, a plomo, me costó bastante recuperar la noción exacta de la realidad.

Tras unos confusos instantes, la cruda realidad se presentó fría, desnuda, inmutable a mi espíritu exento de excitaciones nocturnas. ¿Qué eran aquellas angustias recientes en comparación con el desaliento que ahora me invadía?

¡Era preciso vivir! Sucedía como si alguien me presentase una copa profunda, diciéndome: «Si quieres beber, hoy, si quieres vivir, es necesario que exprimas aquí dentro hasta la última gota de sangre de tu corazón». Una repugnancia, un disgusto, una aversión indefinibles surgieron desde lo más hondo de mi ser. Y, mientras tanto, ¡era primordial vivir, había que aceptar —incluso aquella mañana— la vida! ¡Y sobre todo, había que *reaccionar*!

La confrontación que se produjo dentro de mí, entre aquel despertar real y aquel despertar soñado y esperado en Villalilla el día anterior, aumentó mi sufrimiento. Pensé: «Es imposible que yo acepte esta situación; es imposible que me levante, que me vista, que salga de aquí, que vuelva a ver a Giuliana, que le hable, que continúe disimulando ante mi madre, que espere la hora oportuna para un diálogo definitivo y que en ese diálogo pueda establecer las condiciones de nuestra existencia futura. Es imposible. ¿Y entonces? La destrucción absoluta e instantánea de todo aquello que me hace sufrir… Liberarme, huir… "*No hay más re-*

*medio*". Y, considerando la facilidad, imaginando la rápida acción, el disparo del arma, el efecto inmediato del plomo, la oscuridad consiguiente, sentí en todo mi cuerpo una tensión particular, angustiosa y por desgracia mezclada con un sentimiento de alivio, casi de dulzura. "*No hay más remedio*". Y aunque la ansiedad por saber me angustiaba, pensé con alivio que ya no sabría nada de nada, que aquella misma ansiedad cesaría al instante, en definitiva, que todo terminaría».

Escuché abrir la puerta. Y la voz de mi hermano gritó:

—¿Tullio, no te has levantado aún? Son las nueve. ¿Puedo entrar?

—Entra, Federico.

Entró.

—¿Sabías que era tan tarde? Son más de las nueve…

—Me he dormido muy tarde y estaba muy cansado.

—¿Cómo te encuentras?

—Bueno…

—Mamá ya está levantada. Me ha dicho que Giuliana está mucho mejor. ¿Quieres que te abra la ventana? Hace un día estupendo.

Abrió la ventana. Un soplo de aire fresco inundó la estancia; las cortinas se abombaron como dos velas; y se hizo la luz celeste del firmamento.

—¿Ves?

La claridad descubrió tal vez en mi rostro las señales de mi tormento, porque añadió:

—¿Tú también te has sentido mal esta noche?

—Creo que he tenido un poco de fiebre.

Federico me miraba con sus límpidos ojos verdes; en aquel momento me pareció soportar sobre mi alma todo el peso de las mentiras y disimulos futuros. ¡Oh, si él supiera!

Pero como siempre su presencia ahuyentó de mí la vileza que ya me dominaba. Una energía ficticia, como un sorbo cordial, me animó. Pensé: «¿Cómo actuaría él si estuviera en mi lugar?». Mi pasado, mi educación, la esencia misma de mi naturaleza diferían de cualquier probable comparación; pero una cosa al menos era cierta: en caso de catástrofe, similar o no, se comportaría como un hombre fuerte y caritativo, afrontaría el dolor heroicamente, preferiría sacrificarse él antes que sacrificar a los demás.

—Déjame ver… —dijo acercándose a mí.

Y me tocó la frente con la palma de la mano, me tomó el pulso.

—Ahora estás bien, me parece. ¡Pero qué pulso tan irregular!

—Deja que me levante, Federico, es tarde.

—Hoy, después de mediodía, iré al bosque de Assoro. Si quieres venir haré ensillar a *Oriundo*. ¿Te acuerdas del bosque? ¡Lástima que Giuliana no se encuentre bien! La llevaríamos con nosotros… Podría ver las carboneras encendidas.

Cuando nombraba a Giuliana su voz se tornaba más afectuosa, más dulce, casi diría más fraternal. ¡Oh, si él supiera!

—Adiós, Tullio. Voy a trabajar. ¿Cuándo empezarás a ayudarme?

—Hoy mismo, mañana, cuando quieras.

Se echó a reír.

—¡Qué ardor! Bueno. ¡Veremos si es cierto! Adiós, Tullio.

Y salió con paso ligero y franco, pues siempre secundaba la exhortación inscrita en el cuadrante solar: *Hora est benefacendi*.

# XIII

Eran las diez cuando salí. La gran claridad de aquella mañana de abril, que inundaba La Badiola a través de los ventanales y balcones abiertos, me intimidaba. ¿Cómo mantener la máscara bajo aquella luz?

Fui en busca de mi madre antes de entrar en el cuarto de Giuliana.

—Te has levantado tarde —dijo ella al verme—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Estás muy pálido.

—Creo que he tenido fiebre esta noche, pero ahora me encuentro bien.

—¿Has visto a Giuliana?

—Aún no.

—Ha querido levantarse, ¡bendita muchacha! Dice que se encuentra mejor, pero su rostro…

—Voy a verla.

—No te olvides de escribir al doctor. No te dejes convencer por Giuliana. Escríbele hoy mismo.

—¿Le has dicho… que ya sé…?

—Sí, se lo he dicho.

—Voy, mamá.

La dejé ante sus grandes armarios de nogal, perfumados de lirios, donde dos mujeres acumulaban la hermosa ropa de cama,

revelando la opulencia de la Casa Hermil. Maria, en la sala del piano, tomaba sus lecciones con Edith; y las escalas cromáticas se sucedían rápidas y armoniosas. Pasaba Pietro, el más fiel de los sirvientes, canoso, un poco encorvado, llevando una bandeja con la cristalería que no cesaba de tintinear pues sus brazos temblaban a consecuencia de su vejez. Toda La Badiola, inundada de aire y claridad, mostraba un aspecto de tranquila felicidad. Había un sentimiento de bondad difundido por doquier: algo como la tenue e inextinguible sonrisa de los Lares.

Pero aquel sentimiento, aquella sonrisa, habían penetrado hasta lo más profundo de mi alma. Había tanta paz y bondad circundando el infame secreto, que Giuliana y yo debíamos custodiarlo por encima de todo.

«¿Y ahora?», pensé, en el colmo de la angustia, dando vueltas por el vestíbulo como un extraño perturbado, sin poder dirigir mis pasos hacia el temido lugar, como si mi cuerpo rehusase obedecer al impulso de la voluntad. «¿Y ahora? Ella sabe que conozco la verdad. No caben mascaradas entre nosotros. Y es preciso que nos miremos cara a cara, que hablemos de esta dramática situación. Pero no es posible que este *duelo* tenga lugar esta misma mañana. Las consecuencias son impredecibles. Y es preciso, ahora más que nunca, es preciso que ninguno de nuestros actos parezca singular, inexplicable para mi madre, mi hermano o cualquier persona de esta casa. Mi turbación de anoche, mis inquietudes, mis tristezas se pueden camuflar bajo la preocupación del peligro al que se enfrenta Giuliana con su embarazo; pero lógicamente, a los ojos de los demás, dicha preocupación debe hacer que me comporte con ella de un modo más tierno, más solícito y primoroso que nunca. Hoy mi prudencia debe ser extrema. Debo evitar a toda costa una escena entre Giuliana y yo, hoy. Debo evitar cualquier ocasión de permanecer a solas con ella, hoy. Pero también necesito encontrar inmediatamente el modo de hacerle comprender el sentimiento que determinará mis actitudes

hacia ella, el propósito que regulará mi conducta. ¿Y si ella persistiera en su voluntad de matarse? ¿Si únicamente hubiera postergado la hora de la ejecución? ¿Si estuviera esperando la oportunidad?». Este temor truncó mi indecisión y me empujó a actuar. Parecía uno de aquellos soldados orientales que son obligados a luchar a golpe de látigo.

Me dirigí hacia la sala de piano. Al verme Maria interrumpió sus ejercicios y corrió a mi encuentro veloz y alegre, como hacia un libertador.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó—. Estoy cansada. Hace una hora que la señorita Edith me tiene aquí… No puedo más. ¡Llévame fuera contigo! *Let us take a walk before breakfast*.[26]

—¿Dónde?

—*Where you please, it is the same to me*.[27]

—Pero vayamos primero a ver a mamá.

—Eh, ayer os fuisteis a Villalilla y nos dejasteis aquí en La Badiola. Fuiste tú, sólo tú, quien no quiso llevamos; porque mamá sí quería. ¡Malo! *We should like to go there. Tell me how you amused yourselves…*[28]

Ella cantaba como un pájaro, en aquel idioma que no era el suyo, deliciosamente. Aquel gorjeo ininterrumpido acompañaba a mi ansiedad, mientras nos dirigíamos a los aposentos de Giuliana. Como yo vacilaba, Maria llamó a la puerta, gritando:

—¡Mamá!

Giuliana abrió, ella misma, sin sospechar de mi presencia. Me vio. Se llevó un gran sobresalto como si hubiera visto un fantasma, un espectro, algo terrorífico.

—¿Eres tú? —balbuceó con voz tan baja que apenas la escuché, mientras sus labios al moverse palidecían; pero al instante, después del sobresalto, se puso rígida como una estatua.

Nos miramos, allí, en el umbral; nos observamos fijamente el uno a la otra directamente al alma. Todo desapareció a nuestro alrededor; todo lo dijimos, todo comprendimos, todo se resolvió, en un instante.

¿Qué sucedió luego? No lo sé muy bien, no puedo recordarlo con claridad. Recuerdo que durante algún tiempo tuve conciencia de aquello que sucedía casi diría intermitente, como una sucesión de breves eclipses. Era, creo, un fenómeno en parte similar a aquel producido por el debilitamiento de la atención voluntaria en ciertos enfermos. Perdía la facultad de la atención: no veía, no oía, no conseguía atrapar el sentido de las palabras, no comprendía nada. Después, poco a poco, recuperé aquella voluntad, examiné todas las cosas y personas de mi entorno, me volví atento y consciente.

Giuliana estaba sentada; tenía a Natalia sobre sus rodillas. También yo estaba sentado. Y Maria iba de ella a mí y de mí a ella, con una movilidad continua, hablando sin tregua, incitando a su hermana, haciéndonos innumerables preguntas a las cuales no respondíamos más que con algún movimiento de cabeza. Aquel parloteo vivaz llenaba nuestro silencio. En uno de los fragmentos que escuché, Maria le decía a su hermana:

—Ah, ¿dormiste con mamá esta noche, verdad?

Y Natalia:

—Sí, porque soy pequeña.

—Ah, pero ya sabes que esta noche me toca a mí. ¿Verdad, mamá? ¿Puedo dormir contigo esta noche?

Giuliana callaba, no sonreía, permanecía absorta. Como Natalia estaba de espaldas a ella sobre sus rodillas, la tenía rodeada con sus brazos por la cintura; y sus manos reposaban sobre el regazo de la niña, más blancas que el vestido sobre el que yacían, entrelazadas y afiladas y dolientes, tan dolientes que revelaban por sí mismas una inmensa tristeza. Apoyando su barbilla en la cabeza

de Natalia,[29] parecía hundir su boca en aquellos rizos; de tal modo que cuando dirigía hacia ella la mirada no podía ver la parte inferior de su rostro, no podía ver la expresión de su boca. Tampoco encontraba sus ojos. Pero de vez en cuando veía sus párpados entrecerrados, un poco enrojecidos, que cada vez me turbaban más y más, como si dejaran traslucir la fijeza de las pupilas que cubrían.

¿Esperaba acaso que yo dijera algo? ¿Afloraban a su boca oculta palabras impronunciables?

Cuando finalmente, con gran esfuerzo, conseguí sustraerme de aquel estado de inactividad en el que se alternaba la luz con la oscuridad asombrosamente, le dije (con el mismo tono —creo— que hubiera empleado al continuar un diálogo ya iniciado, agregando nuevas palabras a las ya dichas) suavemente:

—Mi madre quiere que avise al doctor Vebesti. Le he prometido escribirle. Le escribiré.

Ella no alzó los párpados; permaneció muda. Maria, en su profundo desconocimiento, la miró atónita; después me miró a mí.

Yo me levanté para salir.

—A mediodía iré al bosque de Assoro con Federico. ¿Nos veremos esta noche cuando regrese?

Como no hacía ademán de responder, repetí con una voz que indicaba todo cuanto no podía decir:

—¿Nos veremos esta noche cuando regrese?

Sus labios exhalaron un suspiro entre los rizos de Natalia:

—Sí.

# XIV

En la violencia de mis distintas y opuestas agitaciones, en el primer tumulto de dolor, bajo la amenaza de los peligros inminentes, no me había parado aún a considerar al Otro. Pero, desde el principio, no había sentido siquiera una sombra de duda sobre la veracidad de mi antigua sospecha. Súbitamente, en mi espíritu, el Otro había tomado la imagen de Filippo Arborio; y, ante el primer impulso de celos carnales que me había asaltado en mi alcoba, la imagen abominable se había emparejado con la de Giuliana en una serie de visiones horrendas.

Ahora, mientras Federico y yo cabalgábamos hacia el bosque, a lo largo de aquel río tortuoso que había contemplado en aquella turbia tarde del Sábado Santo, el Otro venía con nosotros. Entre mi hermano y yo se interponía la figura de Filippo Arborio, vivificada por mi propio odio, y debido a mi propio odio tan intensamente viva que sentía, mirándola, una *sensación real*, un *orgasmo* físico, algo similar al estremecimiento salvaje que había sentido en alguna ocasión sobre el terreno, frente al adversario, despojado de su camisa, en posición de ataque.

La proximidad de mi hermano acrecentaba extraordinariamente mi mal. En comparación con Federico, la figura de aquel hombre, tan fina, tan nerviosa, tan afeminada, se empequeñecía, se empobrecía, volviéndose despreciable e innoble. Bajo el influjo del nuevo ideal de fuerza y de simplicidad viril, inspirándome en el ejemplo fraterno, no solamente odiaba sino que despreciaba a aquel ser complicado y ambiguo que sin embargo pertenecía a mi misma raza y tenía en común conmigo algunas particularida-

des de naturaleza cerebral, como bien demostraban sus obras de arte. Me lo imaginaba, a semejanza de uno de sus personajes literarios, aquejado de las más tristes enfermedades del espíritu, oblicuo, falso, despiadadamente entrometido, amargado por su hábito del análisis y de la ironía reflexiva, continuamente empeñado en convertir los más cálidos y espontáneos impulsos del alma en nociones claras y gélidas, avezado en considerar a cualquier criatura humana como un sujeto de pura especulación psicológica, incapaz de amar, incapaz de un acto generoso, de una renuncia, de un sacrificio, experto en mentiras, insensible a las penas, lascivo, cínico, vil.

Por semejante hombre Giuliana se había dejado seducir, había sido poseída: ciertamente, no amada. ¿Acaso no demostraba *sus maneras* en aquella dedicatoria escrita sobre el frontispicio de *Il Segreto*, en aquella dedicatoria enfática que era el único documento prueba de la relación pasada entre el novelista y mi esposa? Por supuesto, había sido para él únicamente un instrumento de lujuria, nada más. Expugnar la Torre de marfil, corromper a una mujer públicamente declarada incorruptible, experimentar un modo de seducción en un sujeto tan excepcional: empresa ardua pero llena de atractivos, digna de un refinado artista, del controvertido psicólogo que había escrito *La Cattolicissima* y *Angelica Doni*.

Cuanto más reflexionaba, se me aparecían los hechos en su más tosca crueldad. Ciertamente, Filippo Arborio había conocido a Giuliana en uno de aquellos períodos en los que la llamada mujer «espiritual» —que ha sufrido una larga abstinencia— se conmueve con inspiraciones poéticas, por deseos indefinidos, por vagas languideces, que no suponen más que las larvas donde se esconden los más bajos instintos del apetito sexual. Filippo Arborio, experimentado, habiendo adivinado la especial condición física de la mujer que quería poseer, se había servido del medio más conveniente y seguro, que es el siguiente: hablar de

idealidad, de zonas superiores, de alianzas místicas, y al mismo tiempo dedicarse con sus manos al descubrimiento de otros misterios; en definitiva, unir un torrente de pura elocuencia con una delicada manumisión. Y Giuliana, la *TVRRIS EBVRNEA*, la gran taciturna, la criatura mezcla de oro dúctil y acero, la Única, se había prestado a aquel juego, se había dejado engatusar por aquel viejo engaño, también ella había obedecido a la antigua ley de la fragilidad femenina. Y el dueto sentimental había terminado con una cópula desgraciadamente fecunda…

Un horrible sarcasmo envenenaba mi alma. Me daba la sensación de tener, no en la boca, sino dentro de mí, la convulsión provocada por esa hierba que mata con una sonrisa[30].

Espoleé al caballo y lo puse al galope, a lo largo del margen del río.

La ribera resultaba peligrosa, con recodos angostos en forma de luna, amenazada con grandes desprendimientos en algunos puntos, obstaculizada en otros por las ramas de algún que otro árbol escorado, y en otros, atravesada por gruesas y enormes raíces a flor de tierra. Yo tenía plena conciencia del peligro al que me exponía; y, en vez de dominarme, espoleaba con más furia al caballo, no con la intención de encontrar la muerte sino intentando hallar en el riesgo una tregua a aquella angustia insoportable. Ya conocía la eficacia de semejante locura. Diez años atrás, en plena juventud, mientras era agregado en la embajada en Constantinopla, para huir de ciertos accesos de tristeza provocados por los recuerdos recientes de pasión, en las noches de luna entraba a caballo en uno de aquellos cementerios musulmanes repletos de tumbas, galopando sobre las piedras lisas en pendiente, corriendo mil veces el riesgo de matarme en una caída. Yendo a mi grupa, la muerte perseguía otras preocupaciones.

—¡Tullio, Tullio! ¡Detente! —gritaba Federico desde la distancia—. ¡Detente!

Yo no le escuchaba. Más de una vez, de milagro, evité golpear mi frente contra alguna rama desprendida. Más de una vez, de milagro, impedí que el caballo tropezara con algún tronco. Más de una vez, en aquellos pasos angustiosos, di por cierta mi caída en el río que resplandecía bajo mis pies. Pero cuando escuché a mi espalda otro galope y comprendí que Federico me seguía a la carrera, temiendo por él, paré en seco al pobre animal, que se encabritó, permaneciendo durante unos segundos a dos patas como si fuera a precipitarse al agua; luego se calmó. Yo estaba incólume.

—¿Te has vuelto loco? —me gritó Federico, acercándose palidísimo.

—¿Te he asustado? Perdóname. Creía que no había peligro. Quería probar al caballo… Luego no podía pararlo… Es un poco duro de boca.

—¡Duro de boca *Orlando*!

—¿No estás de acuerdo?

Me miró fijamente, con expresión inquieta. Intenté sonreír. Su insólita palidez me causaba a un tiempo dolor y ternura.

—No sé cómo no te has roto la cabeza contra uno de estos árboles; no sé cómo no te has precipitado…

—¿Y tú?

Por seguirme había corrido el mismo peligro que yo, quizá mayor porque su caballo era más pesado y tuvo que ponerlo a la carrera para alcanzarme. Ambos contemplamos el camino que dejamos atrás.

—Es un milagro —dijo—. Salvarse del Assoro es casi imposible. ¿No lo ves?

Ambos contemplamos bajo nuestros pies el río mortífero. Profundo, resplandeciente, rápido, lleno de remolinos y con fuertes corrientes, el Assoro corría entre sus cretáceas riberas con un silencio que lo volvía más aterrador. El paisaje respondía a

aquel aspecto de perfidia y amenaza. El cielo vespertino estaba impregnado de vapores y blanqueaba cansinamente, con una reverberación difusa, sobre una gran extensión de bosques rojizos que la primavera aún no había conquistado. Las hojas muertas se mezclaban con las vivas, las ramas áridas con los retoños, las hojas muertas con las plantas recién brotadas, en un denso laberinto alegórico. Sobre la turbulencia del río, sobre el contraste del bosque, blanqueaba el cielo fatigosamente, disolviéndose.

«Un salto repentino; y no pensaría más, no sufriría más, no soportaría por más tiempo el peso de mi miserable carne. Pero quizá arrastraría al precipicio a mi hermano: una forma noble de vida, un Hombre. Estoy sano y salvo de milagro, al igual que él. Mi locura lo ha expuesto a un riesgo extremo. Un mundo de cosas bellas y buenas habría desaparecido con él. ¿Por qué fatalidad del destino resulto tan nocivo para las personas que me aman?».

Miraba a Federico. Tenía un aspecto pensativo y grave. No me atreví a preguntarle. Pero sentí un agudo remordimiento por haberle entristecido. ¿Qué pensaba? ¿Qué pensamientos alimentaban su turbación? ¿Había adivinado, quizá, que yo enmascaraba un sufrimiento inconfesable y que únicamente el aguijón de una obsesión me había empujado a la carrera mortal?

Continuamos a lo largo del margen del río, uno detrás de otro, al paso. Luego giramos por un sendero que se adentraba en el bosque; y como era bastante amplio, cabalgamos de nuevo uno junto al flanco del otro, mientras los caballos relinchaban acercando sus hocicos como si hablaran en secreto, y mezclaban la espuma de sus bridas.

Pensaba, echando de cuando en cuando una ojeada a Federico y viéndolo aún serio: «Claro, si le revelase la verdad, no me creería. No daría crédito a la falta de Giuliana, a la contaminación de la hermana. Sinceramente, no sabría decidir, entre él y mi madre, quién siente un afecto más profundo por Giuliana. ¿No ha

tenido siempre sobre su mesa el retrato de nuestra pobre Costanza y el de Giuliana, juntos como un díptico, como símbolo de su adoración por ambas? Incluso esta mañana, ¡cómo se dulcificaba su voz al nombrarla!». Súbitamente, en contraposición, la ignominia se me presentó aún más sucia. Era el cuerpo que pude entrever en el vestuario de la sala de armas el que se exhibía en mis visiones. Y mi odio, por desgracia, operaba sobre aquella imagen como el ácido nítrico sobre una placa de cobre. La incisión se volvía cada vez más nítida.

Entonces, mientras aún permanecía en mi sangre la excitación de la carrera, por aquella exuberancia del valor físico, por ese instinto de combatividad hereditario que tan a menudo se despertaba en mí ante el rudo contacto con otros hombres, sentí que no podría renunciar a desafiar a Filippo Arborio. «Iré a Roma, lo buscaré, le provocaré de algún modo, le obligaré a batirse, haré todo cuanto esté en mi mano por matarlo o lisiarlo». Me lo imaginaba pusilánime. Volvió a mi memoria un movimiento, un tanto ridículo, que se le había escapado en la sala de armas al recibir en el pecho un golpe del maestro. Volvió a mi memoria su curiosidad al pedirme noticias sobre mi duelo: esa curiosidad pueril que sobrecoge a quien no se ha encontrado jamás ante el peligro. Recordé que durante mi asalto había mantenido su mirada fija en mí. La conciencia de mi superioridad, la certeza de poder aplastarle, me aliviaba. En mi imaginación, un reguero de sangre corría sobre su pálida carne repugnante. Algunos fragmentos de sensaciones reales, vividas en otros tiempos frente a otros hombres, contribuyeron a particularizar aquel espectáculo imaginario en el que me recreaba. Y vi a aquel ser sangrante e inerte sobre un camastro, en un caserón lejano, mientras dos adustos médicos se inclinaban sobre él.

¡Cuántas veces yo, ideólogo, analista y sofista en decadencia, me había congratulado de ser el descendiente de aquel Raimondo Hermil de Penedo que en La Goleta operó prodigios de valor

y ferocidad bajo la mirada de Carlos V![31] El desarrollo excesivo de mi inteligencia y mi personalidad *multánime*[32] no habían podido modificar el fondo de mi naturaleza, el substrato oculto en que estaban inscritos todos los caracteres hereditarios de mi raza. En mi hermano, organismo equilibrado, el pensamiento se acompañaba siempre de la acción; en mí, el pensamiento predominaba pero sin destruir mi facultad de acción que, por el contrario, no pocas veces se desarrollaba con una extraordinaria fuerza. En definitiva, yo era un violento y apasionado consciente, en quien la hipertrofia de algunos centros neuronales hacía imposible la coordinación necesaria para la vida normal del espíritu. Lúcido observador de mí mismo, tenía todos los impulsos de mi naturaleza primitiva, indisciplinados. En más de una ocasión me vi tentado por imprevistas sugestiones criminales. En más de una ocasión me vi sorprendido por la insurrección espontánea de un cruel instinto.

—Ahí están las carboneras —dijo mi hermano, incitando al caballo al trote.

Se oían los golpes de hacha en el bosque y se veían las espirales de humo elevarse entre los árboles. La colonia de carboneros nos saludó. Federico interrogaba a los trabajadores sobre el curso de las obras, les aconsejaba, les amonestaba, observando con ojo experto los hornillos. Todos estaban ante él en actitud reverencial y le escuchaban con atención. El trabajo en la zona parecía más ferviente, más fácil, más divertido, como el crepitar de un fuego eficaz. Los hombres corrían aquí y allá echando tierra donde el humo salía con demasiada energía, tapando con hierbas los huecos abiertos por las explosiones; corrían y vociferaban. Los gritos guturales de los leñadores se mezclaban con aquellas rudas voces. Retumbaba a nuestro alrededor, de cuando en cuando, el estruendo de algún árbol caído. Silbaban, en alguna pausa, los mirlos. Y la gran foresta inmóvil contemplaba las hogueras alimentadas con su vida.

Mientras mi hermano concluía el examen de las obras me alejé dejando al caballo la elección de los senderos que se ramificaban en la espesura. Los rumores se debilitaban a mi espalda, los ecos morían. Un grave silencio descendía de las cimas. Pensaba: «¿Cómo haré para recuperar el ánimo? ¿Cómo será mi vida de mañana en adelante? ¿Podré continuar viviendo en la casa de mi madre con mi secreto? ¿Podré acomunar mi existencia con la de Federico? ¿Qué o quién podrá resucitar en mi alma una chispa de fe?». El estruendo de las obras se apagaba tras de mí; la soledad se tornó perfecta. «Trabajar, practicar el bien, vivir por y para los demás… ¿Podría *ahora* encontrar en estas cosas el verdadero sentido de la vida? ¿Y verdaderamente el sentido de la vida no se encuentra pleno en la felicidad personal sino únicamente en estas cosas? El otro día, mientras hablaba mi hermano, creía comprender sus palabras; creía que la *doctrina de la verdad* se me revelaba por su boca. La doctrina de la verdad, según mi hermano, no radica en las leyes, no radica en los preceptos, sino simple y únicamente en el sentido que el hombre da a la vida. Creía haber comprendido. Ahora, de repente, se ha hecho de nuevo la oscuridad; me he vuelto ciego. Ya no comprendo nada. ¿Qué o quién me podrá consolar por lo que he perdido?». Y el futuro se presentaba espantoso, sin esperanza. La imagen indeterminada del *nacido* creció, se expandió, como aquellas horribles cosas sin forma que vemos de vez en cuando en las pesadillas, y ocupó todo el campo. No se trataba de remordimientos, de arrepentimientos, de un recuerdo indestructible sino de un ser viviente. Mi futuro estaba ahora ligado a un ser vivo con una vida tenaz y maléfica; estaba ligado a un extraño, a un intruso, a una criatura abominable hacia la cual no sólo mi alma sino mi carne, toda mi sangre y todas mis fibras sentían una aversión demencial, feroz, implacable hasta la muerte, más allá de la muerte. Pensaba: «¿Quién hubiera imaginado jamás un suplicio semejante, capaz de torturar por igual mi carne y mi alma? El más ingenioso y fe-

roz de los tiranos no hubiera podido concebir ciertas crueldades irónicas que son únicamente fruto del Destino. Era presumible que la enfermedad dejaría estéril a Giuliana. Así pues, ella se entrega a un hombre, comete su primera falta, y queda embarazada, indignamente, con la facilidad de esas mujeres ardientes que los villanos violentan detrás de los matorrales, sobre la hierba, en tiempos de celo. Y precisamente, mientras ella está asediada por las náuseas, yo me alimento de sueños, me empapo de ideales, me reencuentro con la ingenuidad de mi adolescencia, recoger flores es mi única ocupación… (¡Oh, aquellas flores, aquellas repugnantes flores, ofrecidas con tanta timidez!). Y, tras una inmensa embriaguez tanto sentimental como sensual, recibo la dulce noticia —¿de quién?— ¡de mi madre! ¡Y después de la noticia me invade una exaltación generosa; de buena fe demuestro un noble proceder, me sacrifico en silencio como un héroe de Octave Feuillet[33]! ¡Qué héroe! ¡Qué héroe!». El sarcasmo me consumía el alma y contraía todas y cada una de mis fibras. Y entonces, de nuevo, se apoderó de mí el deseo alienado de huir.

Contemplé el panorama que se abría ante mí. En las proximidades, entre los troncos, irreales como un espejismo, brillaba el Assoro. «¡Qué extraño!», pensé, sintiendo un escalofrío. Hasta entonces no me había percatado de que el caballo, sin guía, se había adentrado en un sendero que conducía al río. Diríase que el Assoro me había atraído.

Dudé un instante si proseguir hasta la orilla o regresar sobre mis pasos. Rechacé la tentación del agua y aquel funesto pensamiento. Y giré la grupa del caballo.

Un grave abatimiento sucedió a la convulsión interna. De repente sentí que mi alma se empequeñecía, se marchitaba, se amilanaba, transformándose en algo miserable. Me relajé; sentí compasión de mí mismo, sentí compasión por Giuliana, sentí compasión por todas las criaturas en las cuales el dolor imprime sus estigmas, por todas las criaturas que tiemblan aferradas a la vida

como tiembla un vencido bajo el puño del vencedor piadoso. «¿Quiénes somos? ¿Qué sabemos? ¿Qué queremos? Jamás nadie ha obtenido aquello que ha amado; jamás nadie obtendrá aquello que amará. Buscamos la bondad, la virtud, el entusiasmo, la pasión que colmará nuestras almas, la fe que calmará nuestras inquietudes, la idea que defenderemos con todo nuestro arrojo, la obra a la cual nos consagraremos, la causa por la cual daríamos la vida. Y el final de todos nuestros esfuerzos es simplemente un vacuo cansancio, el sentimiento de la fuerza que se disipa y del tiempo que se derrocha…». Y la vida, me parecía en aquella hora, una visión lejana, confusa y vagamente monstruosa. La demencia, la estupidez, la pobreza, la ceguera, todas las enfermedades, todas las desgracias; la oscura agitación continua de fuerzas inconscientes, atávicas y bestiales en lo más íntimo de nuestra esencia; las más altas manifestaciones del espíritu, inestables, fugaces, siempre subordinadas a un estado físico, ligadas a las funciones de un órgano; las transfiguraciones espontáneas surgidas por una causa imperceptible, de la nada; la parte inevitable de egoísmo que existe incluso en los más nobles actos; la inutilidad, la futilidad de los amores supuestamente eternos, la fragilidad de las virtudes supuestamente inquebrantables, la debilidad de las más sanas voluntades, todas las vergüenzas, todas las miserias se me aparecieron en aquella hora. «¿Cómo se puede vivir? ¿Cómo se puede amar?».

Resonaban las hachas en el bosque: un grito breve y salvaje acompañaba cada golpe. Aquí y allá, a lo largo de aquella gran extensión, las enormes pilas en forma de conos tronchados o de pirámides cuadrangulares humeaban. Las columnas de humo se alzaban densas y erguidas como troncos arbóreos, en aquel aire sin viento. Para mí todo era simbólico en aquella hora.

Dirigí mi caballo hasta una hoguera cercana, pues había reconocido a Federico.

Él se había apeado del caballo y hablaba con un anciano de elevada estatura y rostro arrugado.

—¡Oh, por fin! —gritó al verme—. Temía que te hubieras perdido.

—No, no me he ido muy lejos.

—Te presento a Giovanni di Scòrdio, un gran Hombre —dijo poniendo una mano sobre el hombro del anciano.

Le miré. Una sonrisa particularmente dulce asomó a la boca marchita del anciano. Jamás había visto bajo una frente humana unos ojos tan tristes.

—Adiós, Giovanni. ¡Ánimo! —añadió mi hermano con esa voz que parecía tener, a veces, como ciertos licores, la capacidad de estimular el tono vital—. Vamos, Tullio, debemos retomar el camino de La Badiola. Es tarde. Nos esperan.

Montó su caballo. Saludó de nuevo al viejo. Mientras pasábamos junto a los hornillos, dio algunas instrucciones a los trabajadores para las obras de la próxima noche en la cual debía aparecer el *gran fuego*. Nos alejamos, cabalgando uno junto al otro.

El cielo se abría sobre nuestras cabezas, lentamente. Los velos de los vapores fluctuaban, se dispersaban, se recomponían, de tal modo que el azul celeste aparecía incesantemente pálido como si en su fluidez un lácteo se difundiera y dispersase continuamente. Se acercaba la misma hora en la que el día anterior, en Villalilla, Giuliana y yo habíamos contemplado el jardín flotando en una luz ideal. La espesura en torno a nosotros comenzaba a dorarse. Los pájaros cantaban, invisibles.

—¿Te fijaste bien en Giovanni di Scòrdio, el anciano? —me preguntó Federico.

—Sí —respondí—. Creo que no olvidaré nunca su sonrisa y sus ojos.

—Ese anciano es un santo —agregó Federico—. Ningún hombre ha trabajado y sufrido tanto como él. Tiene catorce hi-

jos y todos, uno a uno, se han alejado de él como los frutos maduros caen de los árboles. La esposa, una especie de verdugo, ha muerto. Se ha quedado solo. Los hijos le han despojado de todo y luego han renegado de él. Toda la ingratitud humana se ha ensañado en su persona. No ha padecido la perversidad de gente extraña sino de sus propias criaturas. ¿Entiendes? Su propia sangre se ha corrompido en otros seres que él siempre ha amado y ayudado, que sigue amando, que no puede maldecir, y que ciertamente bendecirá en la hora de su muerte, aunque le dejen morir solo. ¿No es extraordinaria, casi increíble esta persistencia de un hombre en la bondad? ¡Después de todo lo que ha sufrido, ha sabido conservar la sonrisa que tú has visto! *Harás bien, Tullio, en no olvidar esa sonrisa…*

# XV

La hora de la verdad, la hora tan temida y anhelada al mismo tiempo, se aproximaba. Giuliana estaba lista. Se había mantenido firme ante el capricho de Maria, y quiso esperarme a solas en su dormitorio. «¿Qué le diré? ¿Qué me dirá? ¿Cuál será mi primera reacción hacia ella?». Todas las resoluciones, todos los propósitos se dispersaban. No quedaba más que una ansiedad insoportable. ¿Quién podía prever las consecuencias de nuestra conversación? No me sentía dueño de mí mismo, de mis palabras, de mis actos. Sólo sentía en mi interior una maraña de cosas oscuras y contrarias que, al más leve choque, debían sublevarse. Nunca, como en ese momento, tuve tan clara y desesperada conciencia de las discordias internas que me desgarraban, la percepción de los elementos irreconciliables que se agitaban en mi ser y se soliviantaban y destruían recíprocamente en un perpetuo conflicto, rebeldes a todo dominio. A la conmoción de mi espíritu se añadía una particular turbación de los sentidos, excitado por las imágenes que en aquel día me habían torturado sin tregua. Conocía bien, demasiado bien, aquella aflicción que remueve —como ninguna otra cosa puede hacerlo— el fango íntimo de un hombre; conocía perfectamente aquella baja especie de concupiscencia de la que nadie puede defenderse, aquella tremenda fiebre sexual que durante algunos meses me había subyugado a una mujer odiosa y despreciable, Teresa Raffo. Y ahora los sentimientos de bondad, de piedad y de fuerza que necesitaba para sostener mi confrontación con Giuliana y para insistir en el propósito primitivo se removían en mí como

vagos vapores sobre un fondo cenagoso, repleto de gorgoteos sordos, traicioneros.

Estaba próxima la medianoche cuando salí de mi dormitorio para dirigirme al de Giuliana. Todos los ruidos habían cesado. La Badiola reposaba en un silencio profundo. Permanecí a la escucha y casi me pareció oír, en el silencio, la tranquila respiración de mi madre, de mi hermano, de mis hijitas, de aquellos seres ignorantes y puros. Se me apareció de nuevo el rostro de Maria, durmiente, tal cual lo había visto la noche anterior. Se me aparecieron también los otros rostros; y en cada uno de ellos había una expresión de reposo, de paz y de bondad. Me invadió una súbita ternura. La felicidad, que el día anterior había vislumbrado para luego desaparecer, reapareció en mi espíritu en toda su inmensidad. Si nada hubiera sucedido, si hubiera perdurado aquella plena ilusión… ¡Qué noche habríamos pasado! Habría ido hacia Giuliana como hacia una persona divina. ¿Y qué otra cosa hubiera podido desear más dulce que aquel silencio en torno a la ansiedad de mi amor?

Pasé ante la cámara donde la noche anterior había recibido por boca de mi madre la inesperada revelación. Escuché de nuevo el reloj de péndulo que había marcado la hora; y no sé por qué aquel tictac constante aumentó mi angustia. No sé por qué, me pareció escuchar la angustia de Giuliana responder a la mía, a través del espacio que aún nos separaba, con una aceleración de latidos armónicos. Caminé sin vacilar, sin volver a detenerme, sin evitar el ruido de mis pisadas. No llamé a la puerta, simplemente abrí de golpe; entré. Giuliana estaba allí, delante de mí, en pie, con la mano apoyada en la esquina de una mesa, inmóvil, más rígida que una estatua.

Aún puedo recordarlo todo. Nada se me escapó entonces; nada se me escapa ahora. El mundo real se había desvanecido completamente. No quedaba más que un mundo ficticio en el que respiraba ansioso, con el corazón encogido, incapaz de pronun-

ciar una sílaba, y sin embargo, particularmente lúcido, como si me encontrara ante una escena de teatro. Una vela ardía sobre la mesa, ayudando a evidenciar aquel aspecto de ficción escénica, ya que la llama parecía agitar en torno a ella aquel vago horror que dejan en el aire, con un gran gesto desesperado o amenazante, los actores de un drama.

La extraña sensación se disipó cuando, al fin, sin poder soportar más aquel silencio y la inmovilidad marmórea de Giuliana, pronuncié las primeras palabras. El sonido de mi voz fue distinto al que esperaba en el momento de abrir los labios. Involuntariamente, mi voz resultó dulce, trémula, casi tímida.

—¿Me esperabas?

Tenía los párpados caídos. Sin alzarlos, respondió:

—Sí.

Yo miraba su brazo, aquel brazo inmóvil como un puntal que parecía agarrotarse cada vez más sobre la mano apoyada en la esquina de la mesa. Temía que aquel frágil sostén, al cual estaba confiada toda su persona, de un momento a otro cediese, y ella se desplomara de pronto.

—Ya sabes por qué he venido —añadí, con extrema lentitud, arrancándome del corazón las palabras una a una.

Ella callaba.

—¿Es cierto —continué—, es cierto… lo que me ha dicho mi madre?

Seguía callada. Parecía estar reuniendo todas sus fuerzas. Cosa extraña: en aquel intervalo no creí del todo imposible que respondiera «no».

Respondió (más que escuchar sus palabras, las vi dibujarse en sus labios exangües):

—Es verdad.

Recibí un golpe en el pecho que quizá fue más brutal que el que ya me habían provocado las palabras de mi madre. Ya lo sabía todo; había vivido ya veinticuatro horas en la certeza; y sin embargo, aquella confirmación tan clara y precisa me aterró, como si por vez primera se me revelara la verdad inconmutable.

—¡Es verdad! —repetí instintivamente, hablando conmigo mismo, con una sensación quizá similar a la que habría sentido si me hubiera encontrado vivo y consciente en el fondo de una vorágine.

Entonces Giuliana levantó los párpados y fijó sus pupilas en las mías con una especie de espasmódica violencia.

—Tullio —dijo—, escúchame.

Pero la sofocación apagó su voz en la garganta.

—Escúchame. Sé lo que tengo que hacer. Estaba decidida a hacer cualquier cosa para ahorrarte este momento; pero el destino ha querido mantenerme viva hasta ahora, para sufrir la cosa más horrible, la cosa por la que sentía un pavor demencial (ah, tú me entiendes) mil veces mayor que la muerte: Tullio, Tullio, tu mirada…

Otra sofocación la detuvo en el punto en que su voz se estaba volviendo tan desgarradora que me provocó la impresión de una laceración de mis fibras más secretas. Me dejé caer sobre una silla, junto a la mesa; y me sujeté la cabeza entre las manos, esperando que ella continuara.

—Tenía que estar muerta, antes de que llegara este momento. ¡Hace tanto tiempo que debería estar muerta! Hubiera sido mejor, ciertamente, que no hubiera venido aquí. ¡Hubiera sido mejor que al volver de Venecia no me hubieras encontrado! Yo estaría muerta y tú no hubieras soportado esta vergüenza; me habrías llorado, quizá me habrías adorado eternamente. Y hubiera sido para siempre tu gran amor, tu *único* amor, como decías ayer… No tenía miedo a la muerte, ¿sabes? No tengo miedo. Pe-

ro el pensamiento de nuestras niñas, de nuestra madre, me hizo postergar día tras día la ejecución. Y ha sido una agonía inhumana, donde no he consumado una vida sino mil. ¡Y aún estoy viva!

Continuó después de una pausa:

—¿Cómo es posible que con una salud tan miserable tenga tanta resistencia al sufrimiento? Soy desgraciada incluso en esto. Pensaba, al consentir en venir contigo: «Ciertamente enfermaré; cuando llegue allí, tendré que estar en cama y no me levantaré más. Parecerá que mi muerte será por causas naturales. Tullio no sabrá nunca nada, no sospechará nada. Todo habrá acabado». Y por el contrario, aún estoy en pie; y tú lo sabes todo; y todo está perdido, sin remedio.

Su voz era sumisa, debilísima, y sin embargo lacerante como un grito agudo y reincidente. Me apretaba las sienes y sentía el latido tan fuerte que temía que las arterias reventaran y se salieran de la piel y se adhirieran desnudas a las palmas de mis manos con su túnica densa y caliente.

—Mi única preocupación era ocultarte la verdad, no por mí sino por ti, por tu salvación. No sabrás nunca qué terrores me han acongojado, qué angustias me han oprimido. Tú, desde el día que llegamos, hasta ayer, has esperado, has soñado, has sido casi feliz. Pero imagina mi vida aquí, ¡con mi secreto, con tu madre a mi lado, en esta bendita casa! Me dijiste ayer en Villalilla, mientras estábamos sentados a la mesa, expresándome esas cosas tan dulces que me desgarraban, me dijiste: «Tú no sabías nada, no te dabas cuenta de nada». ¡Ah, no es verdad! Lo sabía todo, lo adivinaba todo. Y, cuando sorprendía en tus ojos aquella ternura, sentía desplomarse mi alma. Escúchame, Tullio. Tengo la verdad en mi boca, la pura verdad. Estoy aquí, ante ti, como una moribunda. No podría mentir. Créeme. No pretendo disculparme, no pretendo defenderme. Desgraciadamente todo ha termi-

nado. Sabes bien cómo te he amado desde el día en que nos conocimos. Durante años y años, he sido tu fiel devota, ciegamente, y no en nuestros años de felicidad, también en aquellos de desdicha, cuando en ti se había estancado el amor. Lo sabes, Tullio. Siempre has podido hacer de mí lo que has querido. Has encontrado siempre en mí a la amiga, a la hermana, a la mujer, a la amante, pronta a cualquier sacrificio por tu deleite. No creas, Tullio, no creas que te recuerdo mi larga devoción para acusarte; no, no. No guardo siquiera una gota de amargura en el alma; ¿entiendes? Ni siquiera una gota. Pero deja, en esta hora, que te recuerde la devoción y la ternura que te profesé durante años y deja que te hable de amor; de mi amor *no interrumpido, nunca acabado*, ¿entiendes?, *nunca acabado*. Creo que mi pasión por ti no ha sido jamás tan intensa como en estas últimas semanas. Me contabas ayer todas aquellas cosas… ¡Ah, si yo pudiera contarte mi vida de estos últimos días! Todo sabía de ti, todo adivinaba; y me veía obligada a huir. Más de una vez he estado a punto de caer en tus brazos, de cerrar los ojos y dejar que me tomaras, en los momentos de debilidad y fatiga extrema. La otra mañana, la mañana del sábado, cuando viniste con aquellas flores, te miré y vi en ti al *hombre de otras veces*, tan ardiente como eras, sonriente, gentil, con ojos lúcidos. ¡Y me mostraste los rasguños que tenías en tus manos! Me asaltó el impulso de tomártelas y besarlas… ¿Quién me dio la fuerza para contenerme? *No me sentía digna*. Y vi, como en un relámpago, toda la felicidad que me ofrecías con aquellas flores, toda la felicidad a la que debía renunciar para siempre. Ah, Tullio, mi corazón está fuerte si ha podido resistir a aquella congoja. Tengo una vida tenaz.

Pronunció esta última frase con una voz más apagada, con un acento indefinible, casi de ironía y de ira. Yo no me atrevía a levantar el rostro y mirarla. Sus palabras me provocaban un sufrimiento atroz; y sin embargo temblaba cuando ella hacía alguna pausa. Temía que de pronto le fallaran las fuerzas y que no pu-

diera continuar. Esperaba de su boca otras confesiones, otros pedazos de alma.

—Gran error —prosiguió—, gran error no estar muerta antes de que regresaras de Venecia. Pero la pobre Maria, la pobre Natalia, ¿cómo iba a dejarlas?

Dudó un instante.

—Incluso a ti, quizás, te habría hecho sufrir… Te habría provocado algún remordimiento. La gente te habría acusado. No habríamos podido esconder a nuestra madre… Te haría preguntas: «¿Por qué ha querido morir?». Conocería la vida que le habíamos ocultado hasta ahora… ¡Pobre santa!

Tenía un nudo en la garganta, quizá, porque su voz se marchitaba, sentía en ella un temblor de llanto reprimido. El mismo nudo cerraba mi garganta.

—Pensé en ello. Pensé también, cuando quisiste venir aquí, que era indigna de ella, indigna de sus besos en mi frente, de que me llamara su hija. Pero sabes cuán débiles somos, cuán fácilmente nos abandonamos a la fuerza de las cosas. No esperaba ya nada; sabía bien que, excepto la muerte, no había salida para mí; sabía bien que cada día se estrechaba más el cerco. Y sin embargo, dejaba pasar los días, uno a uno, sin decidirme. ¡Y tenía un método infalible para morir!

Ella se detuvo. Obedeciendo a un impulso repentino, le levanté el rostro y la miré fijamente. Un gran estremecimiento la sacudió. Y fue tan manifiesto el daño que le provocaba mi mirada, que bajé de nuevo la frente. Retomé mi actitud.

Ella estaba aún en pie. Se sentó.

Siguió una pausa de silencio.

—¿Tú crees —me preguntó, con una timidez lacerante—, tú crees que la culpa es grave *cuando el alma no consiente*?

Bastó aquella alusión a la culpa para remover en mí, de pronto, el turbio fondo que se había aquietado; y sentí una especie de

amargo regusto en la boca. Involuntariamente salió de mis labios el sarcasmo. Dije, haciendo ademán de sonreír:

—¡Pobrecita!

Apareció en el rostro de Giuliana una expresión de dolor tan intensa que inmediatamente sentí una aguda punzada de arrepentimiento. Me di cuenta de que no habría podido hacerle una herida más profunda y que la ironía en esa hora, contra aquella criatura sumisa, era la peor de las vilezas.

—Perdóname —dijo ella con el aspecto de una mujer herida de muerte (y me pareció que tenía la mirada dulce, triste, casi infantil que había visto alguna vez en los heridos postrados en sus camillas)—. Perdóname. También tú hablaste ayer del alma… Ahora piensas: «Son estas las cosas que dicen las mujeres, para hacerse perdonar». Pero yo no busco que me perdones. Sé que el perdón es imposible, que el olvido es imposible. Sé que no hay salida. ¿Entiendes? Únicamente quería que perdonaras los besos que he recibido de tu madre…

Su voz sonaba aún sumisa, debilísima, y sin embargo, lacerante como un grito agudo y reincidente.

—Sentía sobre mi frente un peso de dolor tan grande que, no por mí, Tullio, sino por aquel dolor, sólo por aquel dolor aceptaba sobre mi frente los besos de tu madre. Y si yo era indigna, aquel dolor era digno. Tú puedes perdonarme.

Tuve un momento de bondad, de piedad, pero no cedí. No la miraba a los ojos. Dirigía mi mirada involuntariamente al regazo, como para intentar descubrir las señales de aquella cosa horrible; y hacía enormes esfuerzos para no retorcerme en convulsiones agónicas, para no dejarme llevar por actos insensatos.

—Algunos días difería de hora en hora la ejecución de mi propósito; el pensamiento de esta casa, de lo que ocurriría después en esta casa, me arrebataba el valor. Y así, se desvaneció también la esperanza de poder ocultarte la verdad, de poder sal-

varte; porque desde primera hora mamá adivinó mi estado. ¿Te acuerdas de aquel día que en la ventana, al oler el perfume de los lirios, me sentí indispuesta? Desde entonces, mamá se percató. ¡Imagina mis miedos! Pensaba: «Si me suicido, Tullio lo sabrá por su madre. ¡Quién sabe cuáles serán las consecuencias del mal que he cometido!». Y me consumía el alma, día y noche, para encontrar el modo de salvarte. Cuando el domingo me preguntaste: «¿Quieres que vayamos el martes a Villalilla?», consentí sin reflexionar, me abandoné al destino, me confié a la fuerza de la providencia, al azar. Estaba segura de que aquel sería mi último día. Esta certeza me exaltaba, me provocaba una especie de demencia. Ah, Tullio, piensa de nuevo en tus palabras de ayer y dime si comprendes ahora mi martirio… ¿Lo comprendes?

Se agachó, se acercó a mí, como para incrustar en mi alma su angustiosa pregunta; y con los dedos entrelazados, retorcía sus manos.

—Nunca me habías hablado así; nunca habías empleado aquella voz. Cuando allí, en el banco, me preguntaste: «*¿Es demasiado tarde, quizá?*», te miré y tu rostro me dio miedo. ¿Podía responderte: «Sí, es demasiado tarde»? ¿Podía desgarrarte el corazón? ¿Qué habría sido de nosotros? Y entonces decidí concederme una última embriaguez, me volví loca, no vi más que mi muerte y mi pasión.

Se había vuelto extrañamente brusca. Yo la miraba y no la reconocía, tanto había cambiado. Una convulsión contraía todas las líneas de su rostro; el labio inferior le temblaba fuertemente; los ojos le brillaban con un ardor febril.

—¿Me condenas? —preguntó brusca y áspera—. ¿Me desprecias por lo que hice ayer?

Se cubrió el rostro con las manos. Luego, tras una pausa, con un tono de indescriptible tormento, de voluptuosidad y horror,

con un tono surgido de quién sabe qué abismo de su ser, ella añadió:

—Ayer por la noche, *para no destruir aquello que de ti me había quedado en la sangre*, retrasé el momento de tomar el veneno.

Las manos le flaquearon. Se sacudió la debilidad con un acto resoluto. Su voz se volvió más firme.

—El destino ha querido que yo viviera hasta esta hora. El destino ha querido que supieras por tu madre la verdad: ¡por tu madre! Ayer por la noche, cuando volviste ya lo sabías todo. Y callaste, y delante de tu madre me besaste la mejilla que yo te ofrecí. ¿Dejarás que antes de morir te bese las manos? No te pido más. Te he esperado para obedecerte. Estoy preparada para cualquier cosa. Habla.

Yo dije:

—Debes vivir.

—Imposible, Tullio; imposible —exclamó—. ¿Has pensado en *las consecuencias si yo viviera*?

—He pensado. Debes vivir.

—¡Horror!

Y sufrió un violento estremecimiento, un movimiento instintivo de pánico, quizá porque sintió en sus vísceras aquella otra vida, el embrión.

—Escúchame, Tullio. Ahora ya lo sabes todo; ahora ya no es necesario que muera para ocultarte la vergüenza, para evitar encontrarnos cara a cara. Sabes todo; ¡y estamos aquí, y aún podemos mirarnos, podemos aún hablar! Se trata de otra cosa. No pienso eludir tu vigilancia para darme muerte. Es más, quiero que me ayudes a desaparecer del modo más natural posible para no levantar sospechas en la casa. Tengo dos venenos: la morfina y el corrosivo sublimado[34]. Quizá no sirvan. Quizá sea difícil mantener en secreto un envenenamiento. Y es necesario que mi muerte parezca involuntaria, un desgraciado accidente. ¿Com-

prendes? De ese modo lograremos nuestro objetivo. El secreto quedará entre nosotros…

Hablaba ahora velozmente, con una expresión de firme seriedad, como si razonara para persuadirme a aceptar un acuerdo útil, no un pacto de muerte, no una parte de cómplice en la ejecución de un insensato propósito. Yo dejaba que ella hablara. Una especie de extraña fascinación me obligaba a permanecer allí mirándola, escuchando a aquella criatura tan frágil, tan pálida, tan enferma, en la que penetraban oleadas de vehemente energía moral.

—Escúchame, Tullio. Tengo una idea. Federico me ha contado la locura que has hecho hoy, el peligro que has corrido en la orilla del Assoro, me lo ha contado todo. Yo pensaba, temblando: «¡Quién sabe por qué ímpetu doloroso se ha lanzado a aquel riesgo!». Y habiendo reflexionado sobre ello creo haber comprendido. He tenido un presentimiento. Y todos tus sufrimientos futuros se han asomado a mi alma: sufrimientos de los cuales nadie podrá defenderte, sufrimientos que crecerán día a día, inconsolables, insoportables. Ah, Tullio, ciertamente los has presentido ya, y sabes que no podrás sobrellevarlos. Existe sólo un modo de salvarte a ti, a mí, a nuestras almas, a nuestro amor; sí, déjame decir: *nuestro amor*. Déjame creer aún en las palabras que pronunciaste ayer y déjame repetir que ahora te amo como jamás lo he hecho. Precisamente porque nos amamos es necesario que desaparezca de este mundo, es necesario que no me veas más.

Fue extraordinaria la exaltación moral que realzó su voz, toda su persona, en aquel instante. Un gran escalofrío recorrió mi cuerpo; una fugaz ilusión se apoderó de mi espíritu. Ciertamente creí que en aquel momento mi amor y el amor de aquella mujer se encontraban en su cúspide más alta, en una desmesurada alteza ideal, exento de miseria humana, sin mancha de culpa, intacto. Viví de nuevo, durante breves instantes, la misma sensación experimentada en un principio, cuando el mundo real pa-

reció desvanecerse por completo. Después, como siempre, el inevitable fenómeno se consumó. Aquel estado de conciencia ya no me pertenecía, se hizo objetivo, se volvió *extraño*.

—Escúchame —continuó bajando la voz, como si temiera que alguien pudiera oírla—. Le he manifestado a Federico mi gran deseo de visitar de nuevo el bosque, las carboneras, todos aquellos lugares. Mañana por la mañana Federico no podrá acompañarme porque debe regresar a Casal-Caldore. Iremos sólo nosotros dos. Federico me ha dicho que puedo montar a *Favilla*. Cuando lleguemos a la ribera… actuaré del mismo modo que has hecho tú esta mañana. Sucederá una desgracia. Federico me ha dicho que es imposible salvarse del Assoro… ¿Quieres?

Si bien pronunciaba palabras coherentes, parecía presa del delirio. Un rubor insólito encendía sus mejillas y sus ojos brillaban con esplendor.

Una fugaz imagen del río siniestro pasó por mi mente.

Ella repitió, acercándose a mí:

—¿Quieres?

Me levanté, tomé sus manos. Quería calmar su fiebre. Una pena y una piedad inmensas me oprimían. Mi voz fue dulce, buena; tembló de ternura.

—¡Pobre Giuliana! No te agites así. Sufres demasiado; el dolor te vuelve insensata, ¡pobre alma mía! Tienes que ser muy valiente; no debes pensar más en lo que has dicho… Piensa en Maria, en Natalia… Yo he aceptado este castigo. Por todo el daño que he causado quizá merecía este castigo. Lo he aceptado; lo soportaré. Pero es preciso que vivas. ¿Me prometes, Giuliana, por Maria, por Natalia, por el amor que le profesas a mi madre, por las palabras que te dije ayer, me prometes que no buscarás tu muerte?

Tenía la cabeza agachada. De repente, liberando sus manos aferró las mías y comenzó a besarlas furiosamente; y sentí sobre

mi piel el ardor de su boca, el ardor de sus lágrimas. Y al intentar apartarme ella cayó de la silla de rodillas, sin soltarme las manos, sollozando, mostrándome su cara descompuesta, en la que el llanto fluía inconteniblemente, y la contracción de su boca revelaba el indescriptible espasmo por el cual todo su ser se convulsionaba. Y sin poder levantarla, sin poder hablar más, sofocado por un violento ataque de angustia, subyugado por la fuerza del espasmo que contraía aquella boca mortecina, libre de cualquier rencor, de cualquier orgullo, no sintiendo más que el ciego terror de la vida, no sintiendo en aquella mujer postrada y en mí mismo más que el sufrimiento humano, la eterna miseria humana, el daño de las transgresiones inevitables, el peso de nuestra carne cruel, el horror de las fatalidades inscritas en las mismas raíces de nuestro ser e indestructibles, toda la corporal tristeza de nuestro amor, también yo caí de rodillas frente a ella por una instintiva necesidad de postrarme, igualarme hasta en su actitud a la criatura que sufría y me hacía sufrir. Y también yo rompí en llanto. Y una vez más, después de tanto tiempo, mezclamos nuestras lágrimas, ¡ay de mí!, que eran tan amargas y no podían cambiar nuestro destino.

# XVI

Quién puede expresar con palabras aquella sensación de aridez desolada y de estupor que perdura en el hombre tras un derramamiento inútil de llanto, tras un paroxismo de inútil desesperación? El llanto es un fenómeno pasajero, cada crisis debe resolverse, cada ataque es breve. Pero el hombre se encuentra exhausto, casi diría desecado, más que nunca convencido de su propia impotencia, corporalmente ridículo y triste, ante la impasible realidad.

Fui el primero en cesar de llorar, fui el primero en recibir en los ojos la luz; fui el primero en advertir la situación de mi persona, la de Giuliana, la de las cosas circundantes. Permanecíamos arrodillados el uno frente a la otra sobre el tapiz; de cuando en cuando algún suspiro estremecía a Giuliana. La vela ardía sobre la mesa, y la pequeña llama se movía de tanto en tanto como zarandeada por un soplo. En aquel silencio, mi oído percibió un pequeño rumor de un reloj que debía estar en la habitación, posado en algún lugar. La vida transcurría, el tiempo se esfumaba. Mi alma estaba vacía y sola.

Pasada la vehemencia del sentimiento, pasada aquella ebriedad de dolor, nuestras actitudes ya no tenían sentido, no tenían razón de ser. Era preciso que me levantara, que levantara a Giuliana, que dijera algo, que aquella escena tuviera un final definitivo; pero sentía por todo lo sucedido una extraña repugnancia. No me creía capaz del más mínimo esfuerzo material y moral. Lamentaba encontrarme allí, en aquella penuria, en aquella dificul-

tad, obligado a continuar. Y una especie de sordo rencor comenzó a moverse vagamente en mi interior, contra Giuliana.

Me incorporé. La ayudé a levantarse. Algún sollozo, que de vez en cuando la sacudía, acrecentaba en mí aquel rencor inexplicable.

Cierto es que algún resquicio de odio se oculta en el fondo de todo sentimiento que une a dos criaturas humanas, esto es, que une dos egoísmos. Cierto es que este odio indefectible deshonra siempre nuestras más tiernas entregas, nuestros mejores impulsos. Todas las bellas cosas del alma llevan consigo una semilla de corrupción latente, y deben corromperse.

Dije (temiendo que la voz, muy a mi pesar, no sonara lo bastante dulce):

—Cálmate, Giuliana. Tienes que ser fuerte. Ven, siéntate aquí. Cálmate. ¿Quieres un poco de agua? ¿Quieres oler algo? Dime…

—Sí, un poco de agua. Está allí, en la alcoba, sobre la mesilla de noche.

Su voz temblaba aún por el llanto y se enjugaba la cara con un pañuelo, sentada en un diván bajo, de frente al gran espejo de un armario. Los sollozos continuaban.

Entré en la alcoba para buscar el vaso. En la penumbra vislumbré el lecho. Estaba ya preparado: el extremo de la colcha estaba doblado y retirado, un largo camisón blanco reposaba sobre la almohada. Súbitamente, mi sentido agudizado y alerta percibió el suave aroma de la batista, una fragancia casi imperceptible de lirios y violetas que conocía bien. La imagen de la cama y aquel aroma me provocaron una profunda turbación. Rápidamente vertí el agua y salí para llevarle el vaso a Giuliana, que me esperaba.

Bebió dando pequeños sorbos, mientras yo, de pie frente a ella, la miraba contemplando el movimiento de su boca. Dijo:

—Gracias, Tullio.

Me entregó el vaso del que había bebido tan sólo la mitad. Como tenía sed, bebí el resto. Bastó aquel pequeño gesto irreflexivo para aumentar mi turbación. Me senté también en el diván. Y callamos, absortos ambos en nuestros pensamientos, separados por una corta distancia.

El diván con nuestras figuras se reflejaba en el espejo del armario. Sin mirarnos podíamos ver nuestros rostros aunque no nítidamente ya que la luz era pobre y temblorosa. Examiné fijamente en el fondo vago del espejo la silueta de Giuliana que, poco a poco, en su inmovilidad, tomaba un aspecto misterioso, la inquietante fascinación de algunos retratos femeninos oscurecidos por el tiempo, la intensa vida ficticia de los seres creados por una alucinación. Y sucedió que poco a poco, en aquella imagen, vi a la mujer de las caricias, la mujer de la voluptuosidad, la amante, la infiel.

Cerré los ojos. El Otro compareció. Una de las antiguas visiones reapareció.

Pensaba: «Hasta ahora, no ha aludido directamente a su *caída*, al modo en que ésta se produjo. Sólo ha proferido una única frase significativa: "¿Crees que la culpa es grave, *cuando el alma no consiente*? ¡Una única frase! ¿Y qué ha querido decir? ¿Se trata de una de las habituales distinciones sutiles que sirven para excusar y atenuar todas las traiciones y todas las infamias? Pero, en definitiva, ¿qué relación ha existido entre ella y Filippo Arborio, más allá de la innegable relación carnal? ¿Bajo qué circunstancias se ha entregado a él?". Una curiosidad atroz me laceraba. Las sugestiones provenían de mi propia experiencia. Acudían a mi memoria, precisas, ciertas particulares maneras de entregarse, empleadas por alguna de mis antiguas amantes. Las imágenes se formaban, se transformaban, se sucedían lúcidas y rápidas. Veía a Giuliana tal cual la había visto en días lejanos, sola en el vano de

la ventana, con un libro sobre las rodillas, lánguida, palidísima, con la actitud de quien está a punto de desmayarse, mientras una alteración indefinible —como una pasión de cosas sofocadas— pasaba por sus ojos increíblemente negros. ¿Se vio sorprendida por él, en una de aquellas languideces, en mi propia casa; y padeciendo su apasionamiento en una especie de inconsciencia, se despertó sintiendo un horror y un disgusto ante aquel acto irreparable, y le había rechazado negándose a volver a verlo? ¿O por el contrario había consentido en encontrarse en algún lugar secreto, en un pequeño apartamento remoto, quizá en una de aquellas habitaciones amuebladas donde tiene lugar la impudicia de cientos de adulterios, y había recibido y prodigado sobre la misma almohada todas las caricias, no una única vez, sino varias, durante días y días, a horas establecidas, con la seguridad que le proporcionaba mi total indiferencia?».

—Y vi de nuevo a Giuliana ante el espejo aquel día de noviembre, su actitud al ajustar el velo al sombrero, el color de su vestido, y luego, su paso ligero «sobre la acera bañada por el sol». ¿Acaso aquella mañana se dirigía a una cita?

Yo sufría una tortura sin nombre. El afán por saber me retorcía el alma; las imágenes físicas me exasperaban. El rencor hacia Giuliana se volvía cada vez más amargo; y el recuerdo de la reciente voluptuosidad, el recuerdo del lecho nupcial de Villalilla, lo que aún me quedaba de ella en la sangre, alimentaban una tétrica llama. Por la sensación que me producía la proximidad del cuerpo de Giuliana, por un especial estremecimiento, supe que había caído preso de la notoria fiebre de los celos sexuales y que para no ceder a un odioso ímpetu necesitaba huir. Pero mi voluntad parecía paralizada; no era dueño de mí. Permanecía allí, rehén de dos fuerzas contrarias, de una repulsión y atracción totalmente físicas, de una lujuria mezclada con aversión, de un oscuro contraste que no podía calmar porque se desarrollaba en lo más ínfimo de mi esencia animal.

El Otro, desde el instante en que había hecho acto de presencia, no me había abandonado. ¿Era Filippo Arborio? ¿Lo había adivinado? ¿No me engañaba?

De repente me volví hacia Giuliana. Ella me miró. La pregunta espontánea se quedó atragantada en mi garganta. Bajé los ojos, agaché la cabeza: y, con la misma tensión espasmódica que habría sentido al arrancarme un pedazo de carne viva, me atreví a preguntar:

—¿El nombre de *ese hombre*?

Mi voz era temblorosa y ronca y me hacía daño a mí mismo.

Ante aquella pregunta inesperada, Giuliana se sobresaltó; pero calló.

—¿No respondes? —la apremié, esforzándome por reprimir la cólera que estaba a punto de invadirme, aquella cólera ciega que ya la noche anterior, en la alcoba, atravesó mi espíritu como una ráfaga.

—¡Oh, Dios mío! —gimió ella angustiosamente, abatiéndose hacia un lado y escondiendo su rostro en un almohadón—. ¡Dios mío, Dios mío!

Pero yo necesitaba saber; quería arrancarle la confesión a cualquier precio.

—¿Recuerdas —continué—, recuerdas aquella mañana que entré en tu habitación repentinamente, a principios de noviembre? ¿Te acuerdas? No sé por qué lo hice: quizá porque cantabas. Cantabas el aria de *Orfeo*. Estabas preparada para salir. ¿Te acuerdas? Vi un libro sobre tu escritorio, lo abrí, leí en el frontispicio una dedicatoria… Era una novela: *Il Segreto*… ¿Lo recuerdas?

Ella permanecía abatida sobre el almohadón, sin responder. Me incliné hacia ella. Temblaba, sentía escalofríos similares a los que preceden al frío de la fiebre. Añadí:

—¿Es *él*, quizá?

No respondió, pero se incorporó guiada por un impulso desesperado. Parecía demente. Hizo ademán de lanzarse a mí, pero se contuvo.

—¡Ten piedad! ¡Ten piedad! —exclamó—. ¡Déjame morir! Este sufrimiento que me estás provocando es peor que cualquier muerte. Todo lo he soportado, todo lo podría soportar; pero con esto no puedo, no puedo… Si viviera, sería para mí un martirio a cada hora, y cada día más terrible. Y tú me odiarás: volcarás todo tu odio en mí. Lo sé, lo sé. Ya he sentido el odio en tu voz. ¡Ten piedad! ¡Déjame antes morir!

Parecía haberse vuelto loca. Sentía la necesidad obsesiva de abrazarse a mí; y al no atreverse, retorcía sus manos para controlarse, con un *orgasmo* que sacudía toda su persona. Pero yo la aferré por el brazo y la atraje hacia mí:

—¿No sabré, pues, nada? —le dije casi sobre su boca, volviéndome loco yo también, excitado por un instinto cruel que daba rudeza a mis manos.

—Te amo, te he amado siempre, he sido siempre tuya, exceptuando ese infernal minuto de debilidad, ¿comprendes? *Un minuto de debilidad*… Es la verdad. ¿No sientes que es la verdad?

Aún un instante lúcido; y después, el efecto de un impulso ciego, salvaje, irrefrenable.

Cayó boca arriba sobre el almohadón. Mis labios sofocaron su grito.

# XVII

Aquel violento abrazo sofocó muchas cosas. «¡Salvaje! ¡Salvaje!». Volví a ver aquellas lágrimas mudas que colmaban los ojos de Giuliana; volví a escuchar el suspiro que había emitido en aquella angustia suprema, un lamento agonizante. Y volví a sentir en mi alma una oleada de aquella tristeza, que no se asemejaba a ninguna otra, que tras el acto se había desplomado sobre mí. «¡Ah, verdaderamente salvaje!». La primera sugestión del delito ¿no había aflorado en mí justo entonces? ¿No se había asomado a mi conciencia, durante la furia, una intención mortífera?

Y volví a pensar en las amargas palabras de Giuliana: «Tengo una vida tenaz». La tenacidad de su vida no me parecía extraordinaria, sino la de aquella *otra vida* que ella portaba dentro; y por aquella yo me exasperaba, contra aquella comencé a maquinar.

No se habían manifestado aún, en la persona de Giuliana, los signos externos: el ensanchamiento de las caderas, el aumento del volumen del vientre. Se encontraba aún en los primeros meses de embarazo: quizá en el tercero, quizá al principio del cuarto. Los lazos que unían el feto a la matriz serían débiles. El aborto debía resultar facilísimo. ¿Cómo era posible que las violentas emociones de la jornada en Villalilla y de la noche también, los esfuerzos, los espasmos, las contracturas, no lo hubieran provocado? Todo me era adverso, todo se confabulaba contra mí. Y mi hostilidad se volvía cada vez más intensa.

Impedir que el hijo naciera era mi secreto propósito. Todo el horror de nuestra condición provenía de la previsión de aquel nacimiento, de la amenaza de aquel intruso. ¿Cómo era posible que Giuliana, ante las primeras sospechas, no hubiera intentado por todos los medios destruir aquella concepción infame? ¿Se lo habían impedido los prejuicios, los miedos, una instintiva repugnancia de madre? ¿Poseía instinto maternal incluso con aquel feto adulterino?

Y yo reflexionaba sobre la vida futura, que adivinaba por una especie de clarividencia: «Giuliana daba a luz un varón, único heredero de nuestro ancestral nombre. El hijito, no mío, crecía incólume; usurpaba el amor de mi madre, de mi hermano; era acariciado, adorado incluso más que Maria y Natalia, mis criaturas. La fuerza de la costumbre aquietaba los remordimientos de Giuliana, y ella se abandonaba a su sentimiento maternal, sin reservas. Y el hijito, no mío, crecía bajo su protección, bajo sus constantes cuidados; se hacía robusto y bello; se volvía caprichoso como un pequeño déspota; se adueñaba de mi casa». Estas visiones poco a poco se particularizaban. Ciertas representaciones fantásticas asumían el relieve y el movimiento de una escena real; y algún pedazo de tal vida ficticia se imprimía tan fuerte en mi consciencia que permanecía cierto tiempo con todos los caracteres de una realidad. La figura del chiquillo era infinitamente variable; sus actos, sus gestos eran muy diferentes. Ahora me lo imaginaba delgado, pálido, taciturno, con una gran cabeza inclinada sobre el pecho; ahora todo sonrosado, rechoncho, jovial, locuaz, colmado de mimos y halagos, especialmente cariñoso conmigo, bueno. Ahora, por el contrario, todo nervios, bilioso, un poco felino, muy inteligente y con instintos malvados, duro con sus hermanas, cruel con los animales, incapaz de prodigar afecto, indisciplinado. Poco a poco, esta última figuración triunfó ante el resto, las eliminó, se reafirmó en un tipo preciso, se vivificó de una intensa vida ficticia, tomó incluso un nombre: el

nombre ya desde hacía tiempo establecido para el heredero varón, el nombre de mi padre: Raimondo.

El pequeño fantasma perverso era una emanación directa de mi odio; sentía contra mí mismo la misma animosidad que sentía contra él; era un enemigo, un adversario contra el cual estaba a punto de comenzar la lucha. Era mi víctima y yo la suya. Y yo no podía huir, él no podía huir. Estábamos ambos encerrados en un círculo de acero.

Sus ojos eran grises como los de Filippo Arborio. Entre las varias expresiones de su mirada, una me golpeaba con más frecuencia, en una escena imaginaria que de vez en cuando se repetía. La escena era ésta: «Yo entraba sin sospecha alguna en una estancia inmersa en la sombra, colmada de un silencio especial. Creía estar solo allí dentro. De pronto, al darme la vuelta, me percataba de la presencia de Raimondo, que me miraba fijamente con sus ojos grises y pérfidos. Me asaltaba súbitamente la intención del delito, tan fuerte que para no abalanzarme sobre aquel pequeño ser maléfico, huía».

# XVIII

Así pues, el pacto entre Giuliana y yo parecía sellado. Vivía; ambos seguíamos viviendo, simulando, disimulando. Teníamos, como dos dipsomaníacos[35], dos vidas alternas: una tranquila, compuesta de dulces apariencias, de ternuras filiales, de afectos puros, de actos benignos; otra agitada, febril, turbia, incierta, sin esperanza, dominada por una idea fija, hostigada siempre por una amenaza, precipitada hacia una catástrofe desconocida.

Vivía algunos momentos raros en los que el alma, escapando del asedio de tantas miserias, liberándose del mal que la envolvía con miles de tentáculos, se lanzaba con un gran anhelo hacia el supremo ideal de bondad ya vislumbrado en alguna ocasión. Volvían a mi memoria las singulares palabras de mi hermano pronunciadas en el límite del bosque de Assoro, referidas a Giovanni di Scòrdio: *Harás bien, Tullio, en no olvidar aquella sonrisa*. Y aquella sonrisa dibujada en la boca arrugada del anciano tomaba un significado profundo, se volvía extraordinariamente luminosa, me exaltaba como la revelación de una suprema verdad.

Casi siempre, en aquellos raros momentos, otra sonrisa reaparecía: la de Giuliana aún enferma recostada sobre los almohadones, la sonrisa impredecible que «se atenuaba, se atenuaba sin llegar a extinguirse». Y el recuerdo de aquella tranquila y lejana tarde en la que había embriagado de una ebriedad engañosa a la pobre convaleciente de manos blancas, el recuerdo de aquella mañana en que se había levantado por vez primera y en el centro de la cámara había caído entre mis brazos riendo y jadeando; el

recuerdo de aquel gesto ciertamente divino con el que me había ofrecido su amor, la indulgencia, la paz, el sueño, el olvido, todas la cosas bellas y todas las cosas buenas, me provocaban un remordimiento y un arrepentimiento desesperados, sin fin. La dulce y terrible pregunta que Andréi Bolkonski había leído sobre el rostro extinto de la princesa Lisa podía leerla yo constantemente en el rostro aún viviente de Giuliana: «¿Qué habéis hecho conmigo?». Ningún reproche salió de su boca; para amortiguar la gravedad de su culpa, no había sabido echarme en cara ninguna de mis infamias, había sido humilde ante su verdugo, ni una gota de amargura había agravado sus palabras; y sin embargo sus ojos me repetían: «¿Qué has hecho conmigo?».

Un extraño ardor de sacrificio me inflamó súbitamente, empujándome a abrazar mi cruz. La grandeza de la expiación me parecía digna de mi valor. Sentía una sobreabundancia de fuerzas, el alma heroica y el intelecto iluminado. Yendo hacia la *hermana* dolorosa, pensaba: «Encontraré una buena palabra para consolarla, encontraré un tono fraternal para mitigar su dolor, para alzar su frente». Pero cuando me encontraba en su presencia, no podía hablar. Mis labios parecían sellados con un sello indestructible. Todo mi ser parecía estar bajo el efecto de un maleficio. La luz interior se apagaba de pronto, como por un soplo gélido de origen desconocido. Y en la oscuridad comenzaba a moverse, vagamente, aquel sordo rencor que tan bien conocía y que no podía reprimir.

Era el indicio de una crisis. Balbuceaba turbado alguna palabra, evitando mirar a los ojos de Giuliana; y me iba, huía.

Más de una vez me quedé. Perdidamente, cuando el *orgasmo* se hacía insoportable, buscaba la boca de Giuliana; eran besos prolongados hasta la sofocación; abrazos casi rabiosos que nos dejaban más abatidos, más tristes, divididos por un abismo más profundo, envilecidos por una nueva mancha.

«¡Salvaje! ¡Salvaje!». Una intención homicida subyacía en el fondo de aquellos ímpetus, una intención que no osaba confesarme a mí mismo. ¡Si por fin las contracturas del espasmo en uno de nuestros encuentros despegaran de la matriz aquel germen tenaz! No consideraba el peligro mortal al cual exponía a Giuliana. Era evidente que si sucedía tal cosa, la vida de la madre correría un gran peligro. La verdad es que al principio, en mi demencia, no pensaba más que en la posibilidad de destruir al hijo. Solamente más tarde consideré que una vida era esclava de la otra y que con mis demenciales intentos amenazaba la una y la otra a un tiempo.

Giuliana, en efecto, que quizá sospechaba de qué elementos innobles se conformaba mi deseo, no se resistía. Las silenciosas lágrimas de su alma atropellada no colmaban ya sus ojos. Ella respondía a mi ardor con un ardor casi lúgubre. Ciertamente, tenía de vez en cuando «sudores de agonizante y un aspecto cadavérico» que me aterraban. Y en una ocasión me gritó, fuera de sí, con voz sofocada:

—¡Sí, sí, mátame!

Comprendí. Esperaba la muerte, la esperaba de mi mano.

# XIX

Era extraordinaria su capacidad para disimular en presencia de los que ignoraban el drama. ¡Conseguía incluso sonreír! Los notorios temores por su salud me ofrecían una justificación para ciertas tristezas que no podía ocultar. Tales temores, compartidos por mi madre y mi hermano, hacían que la nueva concepción no fuera festejada como las otras, y que se evitaran los habituales augurios y cualquier discurso alusivo. Y fue una suerte.

Finalmente llegó a La Badiola el doctor Vebesti.

Su visita fue reconfortante. Encontró a Giuliana muy débil, observó en ella algún desorden nervioso, un empobrecimiento de la sangre, un trastorno nutritivo general del organismo; pero afirmó que el embarazo no presentaba anomalías notables y que, mejorando las condiciones generales, incluso el parto podría cumplirse regularmente. Además, manifestó su confianza en la excepcional templanza de Giuliana, de la cual había recibido muestras de extraordinaria resistencia en el pasado. Ordenó una cura higiénica y dietética dirigida a fortalecerla, aprobó la estancia en La Badiola, recomendando régimen, ejercicio moderado y tranquilidad de espíritu.

—Cuento especialmente con usted —me dijo con gran seriedad.

Quedé desilusionado. Había depositado en él una esperanza de salvación y con su diagnóstico la perdí. Antes de su llegada había confiado: «¡Si declarase necesario, para garantizar la vida

de la madre, sacrificar al hijo aún informe e inviable! ¡Si declarase necesario provocar el aborto para evitar la catástrofe segura durante el parto…! Giuliana estaría a salvo, sanaría; y yo también me salvaría, me sentiría renacer. Creo que podría casi olvidar, o al menos, resignarme. ¡El tiempo cierra tantas heridas y el trabajo consuela tantas tristezas! Creo que podría conquistar la paz, poco a poco, y enmendarme, seguir el ejemplo de mi hermano, ser una persona mejor, convertirme en un Hombre, vivir para los otros, abrazar la nueva religión. Creo que podría reencontrar, en el mismo dolor, mi propia dignidad. —El hombre que ha sufrido más que otros es *digno* de sufrir más que otros—. ¿No es un versículo del evangelio de mi hermano? Existe, pues, una elección de dolor. Giovanni di Scòrdio, por ejemplo, es un elegido. Quien posee aquella sonrisa, posee un don divino. Creo que podría merecer ese don…». Tenía esperanza. ¡Contradiciendo mi fervor expiatorio, tenía la esperanza de una disminución de la pena!

De hecho, incluso queriendo regenerarme en el sufrimiento, tenía miedo de sufrir: un miedo atroz de afrontar el verdadero dolor. Mi alma ya estaba extinguida y, aun habiendo vislumbrado el camino y viéndose agitada por aspiraciones cristianas, se adentraba en un oblicuo sendero al fondo del cual el abismo era inevitable.

Hablando con el doctor, mostrando un poco de incredulidad por sus halagüeñas previsiones, mostrando cierta inquietud, encontré el modo de exponerle mi pensamiento. Le hice entender que deseaba alejar a Giuliana del peligro a toda costa; si fuera necesario renunciaría al tercer vástago sin pensarlo. Le rogué que no me ocultara nada.

Él se reafirmó. Me declaró que, incluso en un caso desesperado, no recurriría al aborto porque en las condiciones en que se encontraba Giuliana una hemorragia sería gravemente perniciosa. Repitió que era necesario, por encima de todo, promover y

sostener la regeneración de la sangre, reconstruir el organismo debilitado, buscar por todos los medios posibles que la embarazada llegara al momento del parto con sus fuerzas renovadas, confiada, tranquila. Añadió:

—Creo que la señora requiere especialmente de consuelos morales. Soy un viejo amigo. Sé que ha sufrido mucho. Usted podría consolarla.

# XX

Mi madre, reanimada, multiplicó su cariño por Giuliana. Manifestó su preciado sueño y su presentimiento. Esperaba al nieto, al pequeño Raimondo. Estaba *segura*, esta vez.

También mi hermano esperaba a Raimondo.

Maria y Natalia a menudo me hacían a mí, a su madre, a su abuela, preguntas ingenuas y graciosas sobre su futuro compañero.

Y así, con presagios, con augurios, con esperanzas, el amor familiar comenzaba a envolver al fruto invisible, al ser aún sin forma.

Las caderas de Giuliana comenzaban a ensancharse.

Un día nos hallábamos Giuliana y yo sentados bajo los olmos. Mi madre nos había dejado un momento antes. En sus afectuosos discursos había nombrado a Raimondo; es más, le había llamado por su diminutivo: Mondino, evocando lejanos recuerdos de mi padre muerto. Giuliana y yo habíamos sonreído. Ella creía que su sueño era nuestro sueño. Nos había dejado allí para que continuáramos soñando.

Era la hora que sigue a la puesta de sol, una hora lúcida y tranquila. El follaje permanecía inamovible sobre nuestras cabezas. De cuando en cuando, una bandada de golondrinas vehementes rasgaba el aire con un estruendo de alas, con un estallido de gritos, igual que en Villalilla.

Seguimos con la mirada a aquella santa que se alejaba hasta que su figura desapareció. Entonces nos miramos en silencio, consternados. Permanecimos en silencio durante algunos minutos, oprimidos por la inmensidad de nuestra tristeza. Y yo, con una terrible exaltación de todo mi ser, abstrayéndome de Giuliana, sentí vivir a mi lado a la criatura como si nada más en aquel momento viviera junto a mí, nada más. Y no fue una sensación ilusoria sino real y profunda; un horrible sentimiento que invadió todas mis fibras. Tuve un fuerte sobresalto. Levanté de nuevo la mirada hacia el rostro de mi compañera, intentando disipar aquella horrorosa impresión. Nos miramos, perdidos, sin saber qué decir, qué hacer ante aquel exceso de ansiedad. Yo veía reflejada mi angustia en el rostro de ella, podía adivinar mi aspecto. Mis ojos se dirigieron instintivamente al regazo, y al alzarlos de nuevo, vi en su rostro aquella expresión de pánico que tienen las personas que sufren alguna enfermedad monstruosa, cuando alguien observa la parte deformada del mal incurable.

Dijo en voz baja, tras una pausa en la que ambos intentamos mesurar nuestra pena y no lográbamos encontrar las palabras; ella dijo:

—¿Has pensado que esto puede durar toda la vida?

No moví los labios, pero la respuesta resonó resolutiva en mi interior: «No, esto no durará».

Ella añadió:

—Recuerda que con una sola palabra puedes acabar con este tormento, liberarte. Yo estoy preparada. Recuérdalo.

Callé de nuevo, pero pensé: «No debes morir».

Continuó con una voz que temblaba de desolada ternura:

—¡No puedo consolarte! No existe consuelo ni para ti ni para mí; no lo habrá nunca… ¿Has pensado que siempre habrá *alguien* que se interpondrá entre nosotros dos? Si el deseo de tu madre se realizara… ¡Piensa! ¡Piensa!

Pero mi alma se estremecía bajo la siniestra luz de un solo pensamiento. Le dije:

—Todos le quieren ya.

Dudé. Miré a Giuliana fugazmente. Bajando de nuevo los párpados, agachando la cabeza, le pregunté con una voz que se apagó en mis labios:

—¿Le quieres tú?

—¡Ah, qué pregunta!

No podía dejar de insistir, aunque me provocaba tal sufrimiento físico, como si me clavara las uñas en una viva laceración.

—¿Le quieres?

—No, no. Estoy horrorizada.

Experimenté una instintiva sensación de alegría, como si con aquella confesión hubiera obtenido el beneplácito a mi secreto pensamiento y prácticamente su complicidad. Pero ¿había sido sincera en su respuesta? ¿O había mentido por misericordia hacia mí?

Me asaltó un cruel afán por seguir insistiendo, obligándola a realizar una confesión extensa y completa, de penetrar hasta el fondo. Pero su aspecto me contuvo. Renuncié. Ahora me sentía indulgente con ella a pesar de llevar en su interior la vida de la cual pendía mi condena. Ahora sentía hacia ella un sentimiento de gratitud. Me parecía que aquel horror, confesado por ella con un escalofrío, la desligaba de la criatura que nutría, y la acercaba a mí. Y sentía la necesidad de hacérselo comprender, de acrecentar en ella la aversión hacia *el ser no nacido* como si se tratara de un inconciliable enemigo común.

Tomé su mano. Le dije:

—Me das consuelo. Te lo agradezco. Me comprendes…

Continué, enmascarando de esperanza cristiana mis intenciones homicidas:

—Es una Providencia. ¡Quién sabe! Puede ser una liberación para nosotros… Ya sabes cuál… ¡Quién sabe! Ruega a Dios.

Era un augurio de muerte al no nacido; era un voto. E, induciendo a Giuliana a rogar a Dios para que lo concediera, la preparaba para el acontecimiento fúnebre, obtenía de ella una especie de complicidad espiritual. Incluso pensé: «¡Si con mis palabras inculcara en ella la sugestión del delito y poco a poco cobrara la fuerza suficiente para arrastrarla…! Ciertamente ella podría convencerse de la terrible necesidad, exaltarse ante el pensamiento de mi liberación, tener un ímpetu de energía salvaje, cumplir el sacrificio extremo. ¿No ha repetido incluso hace un momento que está dispuesta a morir? Su muerte implica la muerte del niño. Por tanto no se siente coartada por prejuicios religiosos, por el miedo al pecado; porque estando dispuesta a morir, está dispuesta a cometer un doble delito, contra sí misma y contra el fruto de su vientre. Pero ella está convencida de que su existencia es útil sobre la tierra, es más, necesaria, para las personas que la quieren y que ella quiere. Está convencida de que la existencia del hijo "no mío" hará de nuestra vida un suplicio insostenible. También sabe que nosotros podríamos reconciliarnos, que quizá podríamos, en el perdón y el olvido, reencontrar alguna dulzura, que podríamos esperar del tiempo la curación de nuestras heridas, siempre y cuando no se interpusiera entre nosotros el "intruso". Bastaría pues que ella considerara estas cosas para que un voto inútil, una plegaria ineficaz mutara de pronto en un propósito, en una acción». Yo pensaba; ella pensaba y callaba, con la cabeza agachada, teniendo aún su mano en la mía, mientras caía sobre nosotros la sombra de los grandes olmos inmóviles.

¿Qué pensaba ella? Su frente se mostraba tenue y pálida como una hostia. ¿Caía, quizá, sobre ella otra sombra, más allá de aquella de la noche?

Yo veía a Raimondo: no ya con la forma de un chiquillo perverso y fiero de ojos grises, sino con la forma de un cuerpecito rosado y blando, apenas respirando, al que una leve presión podía hacerle morir.

La campana de La Badiola dio el primer toque del ángelus. Giuliana retiró su mano de la mía y se persignó.

# XXI

Pasado el cuarto mes, pasado el quinto, el embarazo prosperaba rápidamente. La figura de Giuliana, alta, esbelta y flexible, engordaba, se deformaba como la de una insaciable. Ella se mostraba humillada ante mí, como si padeciera una enfermedad vergonzante. Un agudo sufrimiento se reflejaba en su rostro cuando sorprendía mis ojos fijos sobre su abultado vientre.

Me sentía agotado, incapaz de cargar por más tiempo con el peso de aquella existencia miserable. Cada mañana, realmente, cuando abría los ojos tras un sueño agitado, me encontraba como si alguien me presentara una copa profunda diciéndome: «Si quieres beber, hoy, si quieres beber, debes exprimir aquí dentro, hasta la última gota, la sangre de tu corazón». Una repugnancia, un disgusto, una aversión indefinible emergían desde lo más íntimo de mi ser con cada despertar. Y, entre tanto, ¡era preciso vivir!

Los días transcurrían con cruel lentitud. El tiempo no fluía sino que destilaba, vago, pesado. Y aún tenía ante mí el verano y parte del otoño, una eternidad. Me esforzaba por seguir a mi hermano, ayudarle en la gran obra agraria que había emprendido, por contagiarme de su fe. Permanecía a caballo jornadas enteras como el guardián de un rebaño; me recreaba en trabajos manuales, en cualquier faena fácil y monótona; intentaba descargar la intensidad de mi conciencia tomando contacto con la gente de la gleba, con hombres sencillos y rectos, con aquellos que necesitaban pocas normas morales para cumplir sus funciones de

forma natural, como los órganos del cuerpo. En más de una ocasión visité a Giovanni di Scòrdio, el santo solitario; quería escuchar su voz, quería interrogarle sobre su desgracia, quería ver aquellos tristes ojos y aquella dulce sonrisa. Pero se mostraba taciturno y tímido conmigo; apenas respondía con alguna vaga palabra, no le gustaba hablar de sí mismo, no le gustaba lamentarse, no interrumpía el trabajo que le ocupaba. Sus huesudas manos, ajadas, morenas, que parecían fundidas en un bronce animado, no se detenían nunca, no conocían quizá el cansancio. Un día exclamé:

—¿Pero cuándo reposarán tus manos?

El honrado anciano se las miró sonriendo; observó el dorso y la palma, dirigiéndolas dóciles y supinas hacia el sol. Aquella mirada, aquella sonrisa, aquel sol, aquel gesto, conferían a aquellas grandes manos encallecidas una soberana nobleza. Encallecidas por los aperos de labranza, santificadas por el bien que habían sembrado, por el trabajo cumplido, ahora aquellas manos eran dignas de *portar la palma*[36].

El anciano las cruzó sobre el pecho, según el uso mortuorio cristiano y respondió siempre sonriente:

—En poco tiempo, señor, si Dios quiere. Cuando me las coloquen así, en la caja. Así sea.

# XXII

Todos los remedios resultaban vanos. El trabajo no me servía, no me consolaba; porque era excesivo, diferente, desordenado, febril, interrumpido con frecuencia por períodos de inercia invencible, de abatimiento, de aridez.

Mi hermano me reprendía:

—No es ése el *Decálogo*. Consumes en una semana la energía de seis meses; luego te dejas caer en la indolencia, para volver a lanzarte a la fatiga, sin reparos. No es ése el *Decálogo*. Es preciso que nuestra obra sea reposada, acorde, armónica, para ser eficaz. ¿Comprendes? Necesitamos establecer un método. Pero ya te has contagiado del defecto de todos los novatos: un exceso de ardor. Pronto te calmarás.

Mi hermano decía:

—Aún no has encontrado el equilibrio. No sientes aún bajo tus pies *la tierra firme*. No temas. Antes o después encontrarás tu ley. Te ocurrirá de pronto, inesperadamente, a su debido tiempo.

También decía:

—Giuliana esta vez, con certeza, te dará un heredero: Raimondo. Ya he pensado en el padrino. Tu hijo será guiado al bautismo por Giovanni di Scòrdio. No podría tener un padrino más digno. Giovanni le infundirá la bondad y la fuerza. Cuando Raimondo comprenda, le hablaremos de este gran anciano. Y tu hijo será aquello que nosotros no hemos podido o no hemos sabido ser.

Él recurría con frecuencia a este argumento; nombraba a menudo a Raimondo: auguraba que el no nacido encarnara el ideal humano por él meditado, el Ejemplar. No sabía que cada una de sus palabras suponía para mí una punzada y volvía más acre mi odio y más violenta mi desesperación.

Sin ser conscientes, todos conjuraban contra mí, todos competían por herirme. Cuando me acercaba a uno de los míos, me sentía ansioso y temeroso como si me viera obligado a permanecer al lado de una persona que, teniendo entre sus manos armas terribles, no conociera su uso ni su terror. Estaba en continua espera de un «golpe». Necesitaba buscar la soledad, huir lejos de todos, para gozar de un poco de tregua; pero en la soledad me reencontraba cara a cara con mi peor enemigo: conmigo mismo.

Me sentía perecer secretamente; parecía que mi vida se escapaba por todos los poros. Se me presentaban, algunas veces, sufrimientos relativos al período más oscuro de mi pasado, ahora remotísimo. No conservaba más que de cuando en cuando el sentimiento de mi existencia solitaria entre los fantasmas inertes de todas las cosas. Durante largas horas no sentía más que la sujeción grave, aplastante, de la vida y el débil latido de una arteria en mi cabeza.

Luego sobrevenían las ironías, los sarcasmos contra mí mismo, súbitos deseos de demoler y destruir, burlas despiadadas, malignidades feroces, un fermento acre de la más baja estofa. Me parecía no saber ya lo que era la indulgencia, la misericordia, la ternura, la bondad. Todos los manantiales del bien se cerraban, se secaban, como fuentes golpeadas por una maldición. Entonces no veía en Giuliana más que aquel hecho brutal, el vientre hinchado, el efecto de la secreción de otro hombre; no veía en mí sino el ridículo, el marido estafado, el estúpido héroe sentimental de una mala novela. El sarcasmo interior no omitía ninguno de mis actos, ningún acto de Giuliana. El drama mutaba para mí en una comedia amarga y burlona. Nada más me reprimía; todos

los lazos se rompían; se produjo un violento desapego. Y yo pensaba: «¿Por qué permanecer aquí interpretando esta pieza odiosa? Me iré, volveré al mundo, a mi vida anterior, a la licencia. Me embriagaré, me perderé. ¿Qué importa? No quiero ser sino lo que soy: ¡Fango en el fango! ¡Puaj!».

# XXIII

En uno de tales accesos resolví abandonar La Badiola, partir para Roma, ir a la aventura. Tenía un pretexto. Al no prever una ausencia tan prolongada habíamos dejado la casa en condiciones provisionales. Era preciso arreglar ciertos asuntos; era preciso disponer las cosas de modo que nuestra ausencia pudiera dilatarse indefinidamente.

Anuncié mi partida. Persuadí de dicha necesidad a mi madre, a mi hermano y a Giuliana. Prometí volver en pocos días. Me preparé.

En la vigilia, por la noche, ya muy tarde, mientras cerraba una maleta oí que llamaban a la puerta de mi cámara. Grité:

—¡Adelante!

Sorprendido, vi entrar a Giuliana.

—Oh, ¿eres tú?

Fui a su encuentro. Ella jadeaba un poco, quizá fatigada por las escaleras. Le pedí que tomara asiento. Le ofrecí una taza de té frío con una fina rodaja de limón, una bebida que le agradaba tiempo atrás, y que habían preparado para mí. Apenas bañó los labios, y me la entregó. Sus ojos revelaban cierta inquietud. Al fin dijo tímidamente:

—¿Entonces, partes?

—Sí —respondí—, mañana por la mañana. Ya lo sabes.

Siguió una pausa de silencio, larga. Por las ventanas abiertas entraba un frescor delicioso; sobre el alféizar batía la luna llena.

Llegaba el canto coral de los grillos, similar al sonido de una flauta un poco ronca e indefinidamente lejana.

Me preguntó con voz alterada:

—¿Cuándo piensas regresar? Dime la verdad.

—No lo sé —respondí.

Siguió otra pausa. Una brisa ligera entraba de cuando en cuando abombando las cortinas. Cada hálito de viento desencadenaba en la habitación, y en nosotros mismos, la voluptuosidad de las noches estivales.

—¿Me abandonas?

Su voz reflejaba un desaliento tan profundo que los nudos de odio creados en mi interior se deshicieron de pronto; y la pena y la piedad invadieron mi alma.

—No —respondí—, no temas, Giuliana. Pero necesito una tregua. No puedo más. Necesito un respiro.

Contestó:

—Tienes razón.

—Creo que volveré pronto, como prometí. Te escribiré. También tú, al no verme sufrir, sentirás un gran consuelo.

Ella dijo:

—Ningún consuelo, jamás.

Un llanto sofocado temblaba en sus palabras. Ella añadió de repente, con un tono de lacerante angustia:

—¡Tullio, Tullio, dime la verdad! ¿Me odias? Dime la verdad.

Me interrogaba con los ojos, mucho más angustiados que sus propias palabras. Parecía mirarme, por un instante, con su misma alma. Y aquellos pobres ojos dilatados, aquella frente tan pura, aquella boca convulsa, aquella delicada barbilla, todo su tenue rostro doliente en contraste con la deformidad inferior ignominiosa, y aquellas manos, aquellas finas manos abatidas que se tendían hacia mí con gesto suplicante, me provocaron una gran

compasión, como nunca antes, y me conmovieron, me enternecieron.

—Créeme, Giuliana, créeme siempre. No siento rencor hacia ti, no lo sentiré nunca. No olvidaré que te debo una compensación; no olvido nada. ¿No tienes ya la prueba? Tranquilízate. Piensa ahora en *liberarte*… Y después… ¡Quién sabe! Pero, en cualquier caso, no te fallaré, Giuliana. Ahora deja que me vaya. Quizá algunos días de distanciamiento me harán bien. Volveré sereno. Necesitaremos mucha calma. Necesitarás toda mi ayuda…

Ella dijo:

—Gracias. Haré lo que me digas.

Un canto humano se escuchaba ahora en la noche, envolviendo el sonido ronco de la flauta silvestre: quizás un coro de trilladores, desde cualquier campo remoto, bajo la luna.

—¿Escuchas? —pregunté.

Escuchamos. El viento soplaba ligeramente. Toda la voluptuosidad de las noches estivales henchía mi corazón.

—¿Quieres que nos sentemos allí, en la terraza? —pregunté a Giuliana, dulcemente.

Ella consintió, se irguió. Pasamos a la estancia contigua donde no había más luz que la del plenilunio. Una grande y cándida oleada, similar a un lácteo inmaterial, inundaba el pavimento. En aquel flujo caminó delante de mí, dirigiéndose a la terraza; y pude ver su sombra deforme dibujarse tenebrosa en la claridad.

«¡Ah! ¿Dónde estaba aquella criatura delicada y flexible que hubiese estrechado entre mis brazos? ¿Dónde estaba la amante que había vuelto a mí bajo las lilas en una mañana de abril?».

Sentí en el corazón, en un instante, todas las añoranzas, todos los deseos, todas las desesperaciones.

Giuliana se sentó y apoyó la cabeza en la barandilla. Su rostro totalmente iluminado se veía más blanco que cualquier cosa del entorno, más blanca que las paredes. Tenía los ojos entreabiertos. Las pestañas expandían en la cima de sus mejillas una sombra que me turbaba más que una mirada.

¿Cómo hubiera podido hablar?

Me volví hacia el valle, descansé sobre la barandilla aferrando el hierro frío entre mis dedos. Vi a mis pies una inmensa masa de apariencias confusas, donde no se distinguía más que el centelleo del Assoro. El canto llegaba ahora sí, ahora no, según el hálito de la frescura; y en la pausa, se escuchaba el sonido de aquella flauta un poco ronco e indefinidamente lejano. Ninguna otra noche me había parecido tan llena de dulzura y de anhelos. En lo más hondo de mi alma irrumpió un aullido, altísimo, si bien inaudible, por la felicidad perdida.

# XXIV

Apenas llegué a Roma me arrepentí de haber partido. Encontré la ciudad ardiente, llameante, casi desierta; y me descorazoné. Encontré la casa muda como un sepulcro, donde las mismas cosas, las cosas que tan bien conocía, tenían un aspecto diferente, extraño; y me descorazoné. Me sentí solo, en una soledad espantosa; pero no fui en busca de amistades, no quería recordar ni encontrarme con los amigos. Únicamente me puse a la caza de un hombre hacia el cual me empujaba un odio implacable: a la caza de Filippo Arborio.

Esperaba encontrarlo pronto en algún lugar público. Fui al restaurante que frecuentaba. Le esperé toda una tarde premeditando la afrenta. Los pasos de cada nuevo asistente me encendían la sangre. Pero él no apareció. Interrogué a los camareros. No le habían visto en mucho tiempo.

Hice una visita a la sala de armas. Estaba vacía, inmersa en una sombra verdosa ocasionada por las persianas cerradas, imbuida de aquel particular olor que la humedad desprende en un suelo de madera. El maestro, abandonado por sus alumnos, me acogió con gran efusividad. Escuché atentamente la narración detallada de los triunfos obtenidos en los asaltos de las últimas competiciones. Después me interesé por algunos amigos habituales de la sala; finalmente le pedí noticias sobre Filippo Arborio.

—No se encuentra en Roma desde hace cuatro o cinco meses —me respondió el maestro—. He escuchado que está enfermo,

una enfermedad nerviosa muy grave, y que difícilmente sanará. Lo oí decir al conde Galiffa. Pero no sé más.

Añadió:

—Estaba muy desmejorado, en efecto. Tomó muy pocas lecciones. Temía una estocada; no podía soportar la punta del acero ante sus ojos…

—¿Sigue en Roma Galiffa? —le pregunté.

—No, está en Rímini.

Transcurridos algunos minutos me despedí.

La inesperada noticia me había desorientado. Pensé: «¡Ojalá sea cierto!». Y confié en que fuera una de esas terribles enfermedades de la médula espinal o del cerebro que conducen a un hombre a la ínfima degradación, al idiotismo, a las más tristes formas de locura y finalmente a la muerte. Las nociones adquiridas en los libros de ciencia, los recuerdos de una visita a un psiquiátrico, las imágenes, aún más precisas, impresas en mi memoria del caso especial de un amigo, el pobre Spinelli, volvieron a mi mente velozmente. Y veía una y otra vez al desgraciado Spinelli sentado en un gran sillón de cuero rojo, pálido, con térrea lividez, con todas las líneas de su rostro rígidas, y la boca dilatada y abierta, llena de saliva y de un balbuceo incomprensible. Veía una y otra vez el gesto que repetía continuamente para recoger en el pañuelo aquella saliva constante que se escapaba por la comisura de sus labios. Y acudía de nuevo a mi mente la figura rubia y delgada de su hermana que colocaba al enfermo un babero, como a un bebé, y con la sonda gástrica le introducía en el estómago los alimentos que él no hubiera podido engullir.

Pensaba: «Salgo ganando. Si me hubiera batido en duelo con un adversario tan célebre, si le hubiera herido gravemente, si le matara, el hecho inevitablemente no hubiera permanecido en secreto; correría de boca en boca, sería divulgado, comentado en todas las gacetas. ¡Y podría incluso salir a la luz la verdadera cau-

sa del duelo! Por el contrario, esta providencial enfermedad me libra de cualquier peligro, de cualquier escándalo, de cualquier rumor. Bien puedo renunciar a un disfrute sanguinario, a un castigo infligido con mis propias manos (y ¿estoy seguro de mi éxito?), sabiendo paralizado por la enfermedad, reducido a la impotencia, al hombre que detesto. Pero ¿será cierta la noticia? ¿Y si simplemente fuera un mal transitorio?». Tuve una buena idea. Subí a un carruaje y di orden de conducirme hasta la librería del editor. Por el camino consideré mentalmente (con un anhelo sincero) las dos enfermedades cerebrales más terribles para un hombre de letras, para un artífice de la palabra, para un estilista: la afasia y la agrafía[37]. Y me recreaba en la fantástica visión de los síntomas.

Entré en la librería. Al principio no distinguí nada, con los ojos cegados por la luz exterior. Escuché una voz nasal, de acento extranjero, que me preguntaba:

—¿Qué desea el señor…?

Descubrí tras el mostrador a un hombre de edad indefinible, rubio, enjuto, pálido, una especie de albino; y me dirigí hacia él, indicándole los títulos de algunos libros. Compré varios de ellos. Luego pregunté por la última novela de Filippo Arborio. El albino me entregó *Il Segreto*. Entonces fingí ser un gran admirador del novelista.

—¿Es la última?

—Sí, señor. Nuestra casa anunció el próximo hace pocos meses: *Turris Eburnea*.

—*¡Ah, Turris Eburnea!*

Me dio un vuelco al corazón.

—Pero creo que no podremos publicarlo.

—¿Por qué?

—El autor está muy enfermo.

—¡Enfermo! ¿Qué enfermedad?

—Una parálisis bulbar progresiva[38] —respondió el albino separando las tres palabras terribles una de la otra, con cierta afectación de pedantería.

«¡Ah, el mal de Giulio Spinelli!».

—Así pues, se trata de un caso grave.

—Gravísimo —sentenció el albino—. Ya sabrá que la parálisis no se detiene.

—Pero ahora está en sus inicios.

—Sí, pero sobre la naturaleza del mal no hay dudas. La última vez que estuvo aquí le oí hablar. Ya entonces pronunciaba con dificultad algunas palabras…

—Ah, ¿usted le oyó?

—Sí, sí, señor. Tenía una pronunciación indecisa, un poco temblorosa en algunas palabras…

Yo incitaba al albino con la extrema atención, casi admiración, que prestaba a sus respuestas. Creo que gustosamente me habría señalado las consonantes en las cuales se había trabado la lengua del ilustre novelista[39].

—¿Y dónde está ahora?

—En Nápoles. Los médicos le han sometido a una cura eléctrica.

—¡Ah, una cura eléctrica! —repetí con un ingenuo estupor, como un ignorante, pretendiendo excitar la vanidad del albino y prolongar la conversación.

En la librería estrecha y larga como un corredor soplaba casualmente un hilo de frescura. La luz era suave. Un empleado dormía en paz sobre una silla, con el mentón sobre el pecho, a la sombra de un globo terráqueo. Nadie entraba. El librero tenía un aire ridículo que me divertía, blancuzco como era, con aquella boca de roedor, y aquella voz nasal. Y en aquella quietud de bi-

blioteca fue para mí muy agradable oír declarar, con tanta seguridad, la enfermedad incurable del hombre detestado.

—Los médicos tienen, entonces, esperanzas de salvarle —dije incitando al albino.

—Imposible.

—Debemos esperar que sea posible para gloria de las letras…

—Imposible.

—Pero creo que en la parálisis progresiva se han dado casos de curación.

—No, señor, no. Él podrá vivir aún dos, tres, cuatro años; pero no curará.

—Sin embargo, creo…

No sé de dónde surgía mi ligereza de ánimo para burlarme de mi informador y aquella curiosa complacencia al saborear un sentimiento cruel. Ciertamente, gozaba. Y el albino, molesto por mis discrepancias, sin objetar más, subió a una escalera de madera apoyada en una elevada estantería.

Grácil como era, parecía uno de aquellos gatos vagabundos, pobre de carne y pelo, que se cuelgan de los techos. Subiendo, golpeó con la cabeza una tira extendida de un ángulo al otro de la librería para atrapar a las moscas. Una nube de aquellas se arremolinó a su alrededor lanzando fieros zumbidos. Bajó portando un volumen: la autoridad para argumentar en favor de la muerte. Y las implacables moscas bajaron con él.

Me mostró el frontispicio. Era un tratado de patología médica.

—Ahora verá usted.

Buscó en las páginas. Como el volumen estaba intonso despegó con los dedos dos hojas que estaban pegadas; y agudizando sus ojos blanquecinos leyó: «La prognosis de la parálisis bulbar progresiva es desfavorable…». Añadió:

—¿Se ha convencido ahora?

—Sí. Pero ¡qué lástima! ¡Una inteligencia tan inusual!

Las moscas no se aquietaban. Su zumbido era irritante. Me asaltaban a mí, al albino, al empleado adormecido bajo el globo terráqueo.

—¿Cuántos años *tenía*? —pregunté, equivocándome voluntariamente en el tiempo verbal, como si hablara de un difunto.

—¿Quién, señor?

—Filippo Arborio.

—Treinta y cinco, creo.

—¡Tan joven!

Sentía un extraño deseo de reír, un deseo pueril de reír en las narices del albino y dejarlo allí estupefacto. Era una excitación singularísima, un tanto convulsa, que no había experimentado jamás, indefinible. Me agitaba el espíritu algo similar a aquella bizarra e irrefrenable hilaridad que nos asalta alguna vez ante la sorpresa de un sueño incoherente. El tratado había quedado abierto sobre el mostrador; me incliné para mirar en una página una ilustración: un rostro humano contraído por una mueca atroz y grotesca. «Hemiatrofía en hemicara izquierda». Y las moscas implacables zumbaban y zumbaban sin descanso.

Volvió a asaltarme una preocupación:

—¿El editor no ha recibido aún el manuscrito de *Turris Eburnea*?

—No, señor. El anuncio se produjo, pero no existe sino el título.

—¿Sólo el título?

—Sí, señor. En efecto, el anuncio se ha suprimido.

—Gracias. Ruego me mande estos libros a casa, hoy mismo.

Di mi dirección y me fui.

En la acera tuve una particular sensación de flaqueza. Me parecía haber dejado tras de mí un pedazo de vida artificial, ficticia, falsa. Lo que había hecho, lo que había dicho, lo que había sentido y la figura del albino, y su voz y sus gestos: todo me parecía artificial, como si fuera un sueño, una visión provocada por una lectura reciente, pero no surgida del contacto con la realidad.

Subí al carruaje; regresé a casa. Aquella vaga sensación se disipó. Reflexioné. Me aseguré de que todo era real, indudable. Dentro de mí se formaron fácilmente visiones del enfermo a imagen y semejanza del recuerdo que conservaba del pobre Spinelli. Me surgió una nueva curiosidad: «¿Y si iba a Nápoles a verlo?». Y me imaginé el espectáculo miserable de aquel hombre intelectual degradado por la enfermedad, balbuceante como un mentecato. No sentía ya ninguna alegría. Toda excitación de odio se había extinguido. Una profunda tristeza se desplomó sobre mí. La ruina de aquel hombre no influía sobre mi estado, no reparaba mi ruina. Nada había cambiado en mí, en mi existencia, en la previsión de mi futuro.

Y volví a pensar en el título del anunciado libro de Filippo Arborio: *Turris Eburnea*. Las dudas se agolparon en mi espíritu. «¿Se trataba de un hecho puramente casual aquella coincidencia con el apelativo de la célebre dedicatoria? ¿O el escritor pretendía crear un personaje literario inspirado en Giuliana Hermil, narrando su reciente aventura?». Y de nuevo la torturadora interrogación se presentó. «¿De qué modo se había desarrollado aquella aventura, de principio a fin?».

Y escuché de nuevo las palabras gritadas por Giuliana en aquella noche inolvidable: «Te amo, te he amado siempre, he sido siempre tuya, exceptuando ese infernal minuto de debilidad, ¿comprendes? *Un minuto de debilidad*… Es la verdad. ¿No sientes que es la verdad?».

¡Ay de mí! ¡Cuántas veces creemos escuchar la verdad de una voz que miente! Nada ni nadie puede defenderse del engaño. Pero si aquella que había oído en la voz de Giuliana era la verdad pura, ¿entonces verdaderamente se había visto sorprendida por él en un momento de languidez de los sentidos, en mi propia casa, y había padecido su violencia en una especie de inconsciencia, y despertándose había sentido el horror y el disgusto del acto irreparable, y le había rechazado y no le había vuelto a ver?

Esta fantasía, en efecto, no tenía en su contra ninguna de las apariencias; por el contrario, éstas hacían suponer, sin duda, que toda relación entre Giuliana y *él* se había roto mucho tiempo atrás.

«¡En mi propia casa!», pensaba una y otra vez. Y en aquella casa muda como un sepulcro, en aquellas estancias desiertas y llenas de bochorno, me sentía perseguido por aquella inevitable imagen.

# XXV

Qué hacer? ¿Permanecer en Roma y esperar una explosión de locura en mi cerebro, bajo aquel sol de fuego, bajo aquel espantoso bochorno? ¿Ir al mar, a la montaña, buscar el olvido entre la gente, acudir a los elegantes puntos de recreo estivales? ¿Despertar en mí al antiguo hombre superficial, a la búsqueda de otra Teresa Raffo, de cualquier efímera amante?

Dos o tres veces me recreé en el recuerdo de la Rubísima, que sin embargo había salido completamente de mi corazón, e incluso, durante largo tiempo, de mi memoria. «¿Dónde estará? ¿Seguirá con Eugenio Egano? ¿Qué sentiría si la viera de nuevo?». Era una vaga curiosidad. Me percaté de que mi deseo único, profundo e invencible era regresar, volver a la tristeza de mi casa, al suplicio.

Tomé con la máxima prontitud las medidas necesarias; visité al doctor Vebesti, telegrafié a La Badiola informando de mi regreso y partí.

La impaciencia me devoraba; un ansia aguda me punzaba, como si fuera al encuentro de extraordinarias novedades. El viaje me pareció interminable. Recostado sobre los almohadones, agobiado por el calor, sofocado por el polvo que entraba por los intersticios, mientras el monótono sonido del tren armonizaba con el canto monótono de las cigarras sin apaciguar mi fastidio, pensaba en los futuros acontecimientos, intentaba escrutar la in-

mensa sombra. El *padre* estaba mortalmente herido. ¿Qué suerte le esperaba al hijo?

# XXVI

Ninguna novedad en La Badiola. Mi ausencia había sido muy breve. Mi regreso fue festejado. La primera mirada de Giuliana me expresó una infinita gratitud.

—Has hecho bien en volver pronto —dijo mi madre sonriendo—. Giuliana no se daba respiro. Ahora no te moverás más, esperemos.

Continuó, señalando al vientre de la embarazada:

—¿No ves progresos? Oh, a propósito, ¿te has acordado del encaje? ¿No? ¡Despistado!

Súbitamente, desde el primer momento, comenzaba de nuevo el suplicio.

Apenas Giuliana y yo quedamos a solas me dijo:

—No esperaba que volvieras tan pronto. ¡Cuánto te lo agradezco!

En la actitud, en la voz, se mostraba tímida, humilde, tierna. Me pareció incluso más vivo el contraste entre su rostro y el resto de su persona. Se evidenciaba en su rostro una constante expresión de tristeza que revelaba en ella el continuo sufrimiento de la desfigurada y deshonrosa gestación que afligía su cuerpo. Aquella expresión no la abandonaba jamás; era evidente incluso a través de otras manifestaciones transitorias que, por muy fuertes que fueran, no conseguían borrarla; era inherente y perenne; y me conmovía, derretía mis rencores, y dulcificaba mi brutalidad —en ocasiones demasiado manifiesta— en los momentos de irónica perspicacia.

—¿Qué has hecho estos días? —le pregunté.

—Esperarte. ¿Y tú?

—Nada. Deseaba volver.

—¿Por mí? —preguntó tímida y humilde.

—Por ti.

Entrecerró los ojos, y una especie de sonrisa tembló en su rostro. Sentí que no había sido jamás amado como en aquella hora.

Tras una pausa, dijo, mirándome con los ojos humedecidos:

—Gracias.

El tono, el sentimiento expresado me recordaron a otro «gracias»: aquel pronunciado por ella en una lejana mañana durante la convalecencia, en la mañana de mi primer *delito*.

# XXVII

Así recomenzó mi fatigosa vida en La Badiola y continuó tristemente, sin episodios notables, mientras las horas se marcaban en el cuadrante solar agravadas por la monotonía de las cigarras que cantaban bajo los olmos. *¡Hora est benefacendi!*

Y en mi espíritu se sucedieron los habituales tormentos, las habituales inercias, los habituales sarcasmos, las habituales vanas aspiraciones, las habituales crisis contradictorias: la abundancia y la aridez. Y más de una vez, considerando ese anodino fluido gris, neutral y omnipotente que es la vida, pensé: «¡Quién sabe! El hombre es, sobre todo, un animal acomodaticio. No existe infamia o dolor al cual no pueda adaptarse. Tal vez incluso yo acabe acomodándome. ¡Quién sabe!».

Y me esterilizaba a base de ironías. «Quién sabe si el hijo de Filippo Arborio no será, como se suele decir, *mi vivo retrato*. El acomodamiento será entonces incluso más fácil». Y pensaba una y otra vez en las ganas de reír que sentí al escuchar decir de un niño (que sabía a ciencia cierta que era adulterino) en presencia de sus padres: «¡Igualito que su padre!». Y el parecido era extraordinario, por aquella misteriosa ley que los fisiólogos llaman *la influencia de la herencia*.

Por dicha ley un hijo en ocasiones no se parece ni a su padre ni a su madre, sino al hombre que ha tenido con la madre un contacto anterior a la fecundación. Una mujer casada en segundas nupcias, tres años después de la muerte de su primer marido,

concibe hijos que tienen todos los rasgos del marido difunto y no se parecen en nada a aquel que los ha procreado.

«Por tanto, puede suceder que Raimondo porte mi impronta y parezca un auténtico Hermil», pensaba. «¡Quizá reciba especiales congratulaciones por haber impreso con tanto vigor en el Heredero el sello del linaje!».

«¿Y si las expectativas de mi madre, de mi hermano se vieran frustradas? ¿Y si Giuliana diera a luz a una tercera niña?». Esta probabilidad me aquietaba. Pensaba que sentiría una repulsión menor hacia la recién nacida y que incluso podría tolerarla. Con el tiempo se alejaría de mi casa, tomaría otro apellido, viviría con otra familia.

Entre tanto, cuanto más se aproximaba el desenlace, más fiera se volvía la impaciencia. Estaba cansado de tener ante mis ojos aquel vientre enorme que ahora crecía sin mesura. Estaba cansado de debatirme siempre en la misma estéril agitación, entre los mismos temores y la misma perplejidad. Me hubiera gustado que finalmente se produjera alguna catástrofe. Cualquier catástrofe era preferible a aquella horrible agonía.

Un día mi hermano preguntó a Giuliana:

—¿Y bien? ¿Cuánto falta todavía?

Ella respondió:

—¡Un mes aún!

Yo pensé: «Si la historia del minuto de debilidad es cierta, debe conocer el día exacto de la concepción».

Estábamos en septiembre. El verano estaba agonizando. Estaba próximo el equinoccio de otoño, el tiempo más dulce del año, aquel tiempo que parece portar consigo una especie de ebriedad volátil difundida por las uvas maduras. El encanto penetraba en mí poco a poco, me relajaba el alma; de vez en cuando me provocaba una obsesiva necesidad de cariño, de expansiones delicadas. Maria y Natalia pasaban largas horas conmigo, sólo conmi-

go, en mis aposentos o fuera en el campo. Jamás las había amado con un amor tan profundo y bondadoso. Desde aquellos ojos impregnados de pensamiento apenas consciente descendía alguna vez hasta lo más íntimo de mi espíritu un rayo de paz.

# XXVIII

Un día buscaba a Giuliana por La Badiola. Eran las primeras horas de la tarde. Al no encontrarla en su alcoba, al no encontrarla en ninguna parte, entré en los aposentos de mi madre. Las puertas estaban abiertas; no se oían voces ni sonidos; las ligeras cortinas de las ventanas ondeaban; se vislumbraba por los vanos el verde de los olmos; una delicada brisa fresca soplaba entre las blancas paredes.

Avancé hacia el santuario, con cautela. Ante la posibilidad de que mi madre durmiera, caminaba despacio para no molestarla. Abrí las portezuelas, me asomé al umbral. En efecto, escuché la respiración de la durmiente. Vi a mi madre dormida en una poltrona junto a la ventana; vi sobresalir del respaldo de otro sillón los cabellos de Giuliana. Entré.

Estaban la una frente a la otra, y en medio de ambas una mesilla baja sobre la cual reposaba una canasta repleta de minúsculas cofias. Mi madre tenía aún entre los dedos una de aquellas cofias en la que relucía una aguja. El sueño había vencido su cabeza mientras trabajaba. Dormía con la barbilla sobre el pecho; soñaba, quizá. La hebra blanca había quedado a la mitad, pero ella hilaba quizá en el sueño, un hilo más precioso.

Giuliana dormía también, pero con la cabeza abandonada sobre el respaldo, con las manos apoyadas en los reposabrazos. Las líneas de su rostro parecían distendidas en la dulzura del sueño; pero su boca conservaba un cariz triste, una sombra de aflicción; entreabierta, mostraba un poco de las encías exangües; pero en la

raíz de la nariz, entre las cejas, permanecía impreso el pequeño surco ahondado por un profundo dolor. La frente estaba sudorosa; una gota regaba lenta una de sus sienes. Y las manos, más blancas que la muselina de la cual sobresalían, parecían expresar, con su pose, solo ellas, un inmenso cansancio. En ninguno de estos detalles me fijé tanto como en su vientre, que albergaba al nuevo ser, ahora ya formado. Y una vez más, abstrayéndome de las apariencias, abstrayéndome de Giuliana, sentí vivir a mi lado a la criatura aislada, como si nada más en aquel momento viviera junto a mí, nada más. Y una vez más, no fue una sensación ilusoria sino real y profunda. Fue una espantosa sensación que recorrió todas mis fibras.

Volví los ojos y vi de nuevo la cofia en la que relucía la aguja; vi de nuevo en la canasta todos aquellos encajes ligeros y aquellas cintas rosadas y celestes que temblaban al soplo del viento. Se me encogió tan fuerte el corazón que creí desfallecer. ¡Cuánta ternura revelaban los dedos de mi madre soñadora posados sobre aquella linda prenda que debía cubrir la cabeza del hijo «no mío»!

Quedé allí algunos minutos. Aquel lugar era verdaderamente el santuario de la casa, el *sancta sanctorum*. Sobre una pared pendía el retrato de mi padre, que asemejaba tanto a Federico; sobre la otra, el retrato de Costanza, que se parecía un poco a Maria. Las dos figuras, vivas en la existencia superior que otorga la memoria de los seres queridos a los queridos desaparecidos, tenían la mirada magnética y atrayente, con una especie de omnisciencia. Otras reliquias de los dos desaparecidos santificaban aquel lugar. En una esquina, sobre un plinto, reposaba encerrada entre cristales, cubierta con un velo negro, la máscara impresa sobre el cadáver del hombre que mi madre amaba con un amor más fuerte que la muerte. Y sin embargo nada había de lúgubre allí. Una soberana paz reinaba y parecía difundirse por toda la casa como desde un corazón se difunde la vida, armónicamente.

# XXIX

Recuerdo la excursión a Villalilla con Maria, Natalia y la señorita Edith, en una mañana un poco nublada. Es un recuerdo velado, en efecto, vacilante, confuso, como el de un largo sueño desgarrador y dulce.

El jardín no conservaba ya sus miríadas de racimos turquesa, no conservaba su delicada selva de flores, ni el triple perfume armonioso como una música, ni su franca algarabía, ni el clamor continuo de las golondrinas. No existía allí más alegría que las voces y carreras de las dos inocentes niñas. Muchas golondrinas habían partido, otras partían. Había llegado el momento de saludar a la última bandada.

Todos los nidos estaban abandonados, vacuos, exánimes. Alguno estaba destruido, y sobre los desechos de la creta temblaba alguna pluma ligera. La última bandada se había congregado en el tejado a lo largo de los aleros esperando a alguna compañera desperdigada. Las migratorias estaban en fila sobre el borde de los canalones, algunas con el pico dirigido hacia ellos, otras con el dorso, de modo que las pequeñas colas bífidas y los pequeños pechos cándidos se alternaban. Y así, esperando, lanzaban al aire sereno sus reclamos. Y de tanto en tanto, de dos en dos, de tres en tres, llegaban sus compañeras retrasadas. Y se aproximaba la hora de la partida. Los reclamos cesaban. Una lánguida mirada del sol descendía sobre la casa cerrada, sobre los nidos desiertos. No había nada más triste que aquellas etéreas plumas muertas, aquí y allá, que, depositadas en la creta, se estremecían.

Como levantada por un golpe de viento repentino, por una ráfaga, la bandada alzó el vuelo con un gran batir de alas, suspendida en el aire a modo de vórtice, y permaneció un instante perpendicular a la casa; después, sin vacilaciones, casi como si ante sus ojos se les hubiera dibujado un rastro, se compactó en el viaje, se alejó, se disipó, desapareció.

Maria y Natalia, subidas a una silla para contemplar en lontananza a las fugitivas, extendían los brazos y gritaban:

—¡Adiós, adiós, adiós, pequeñas golondrinas!

Tengo del resto un recuerdo vago, como de un sueño. Maria quiso entrar en la casa. Yo mismo abrí la puerta. Allí mismo, sobre aquellos tres escalones, Giuliana me había seguido ligera como una sombra y me había abrazado mientras me susurraba: «Entra, entra». En el vestíbulo pendía aún el nido entre las imágenes grotescas del artesonado de la bóveda. «¡Ahora soy tuya, tuya, tuya!», había susurrado, sin despegarse de mi cuello pero girándose flexible hacia mi pecho para encontrarse con mi boca. El vestíbulo estaba mudo, las escaleras estaban mudas; el silencio ocupaba toda la casa. Había escuchado allí aquel estruendo sordo y remoto, similar al que se puede oír al fondo de algunas caracolas. Pero ahora el silencio era similar a aquel de las tumbas. Allí estaba sepultada mi felicidad.

Maria y Natalia charlaban sin descanso, no cesaban de interrogarme, se mostraban curiosas de todo, abrían los cajones de las cómodas, los armarios. La señorita Edith las seguía, tratando de calmarlas.

—¡Mira, mira lo que he encontrado! —gritó Maria corriendo a mi encuentro.

Había encontrado en el fondo de un cajón un manojo de espliego y un guante. Era un guante de Giuliana; estaba manchado de negro en la punta de los dedos; en el forro, junto a la costura, llevaba una inscripción aún legible: «*Le more: 27 agosto 1880.*

*¡Memento!*». Volvió claramente a mi memoria, como un relámpago, el episodio de las moras, uno de los más adorables episodios de nuestra primitiva felicidad, un fragmento de idilio.

—¿No es un guante de mamá? —me preguntó Maria—. Devuélvemelo, devuélvemelo. Quiero llevárselo yo a mamá… Tengo del resto un recuerdo indistinto, como de un sueño.

Calisto, el viejo guardián, me habló de muchas cosas. Yo no entendía casi nada. Muchas veces me repitió un augurio:

—¡Será un varón, un hermoso varón, y que Dios lo bendiga! ¡Un hermoso varón!

Cuando salimos Calisto cerró la casa.

—¿Y estos benditos nidos? —dijo, sacudiendo su cabeza encanecida.

—No los toques, Calisto.

Todos los nidos estaban abandonados, vacuos, exánimes. Los últimos huéspedes habían partido. Una lánguida mirada del sol descendía sobre la casa cerrada, sobre los nidos desiertos. No había nada más triste que aquellas ligeras plumas muertas, aquí y allá, que, posadas sobre los nidos de blanca piedra caliza, oscilaban.

# XXX

El desenlace se aproximaba. La primera mitad de octubre había expirado. El doctor Vebesti había sido advertido. De un día a otro podían aparecer los angustiosos dolores de parto.

Mi ansiedad crecía de hora en hora, se volvía insoportable. A menudo me asaltaba algún ímpetu de locura similar a aquel que un día me había sobrevenido en la orilla del Assoro. Huía lejos de La Badiola, cabalgaba durante horas, obligaba a *Orlando* a saltar los matorrales y los fosos, le empujaba al galope por senderos peligrosos. Volvíamos, el pobre animal y yo, sudorosos, agotados, pero siempre ilesos.

El doctor Vebesti llegó. Todos en La Badiola se dieron un respiro, recuperaron la confianza, tenían esperanzas. Únicamente Giuliana no se reanimaba. En más de una ocasión sorprendí en sus ojos el paso de un pensamiento siniestro, la oscura luz de una idea fija, el horror de un presentimiento lúgubre.

Los dolores de parto comenzaron, duraron un día entero, con algún intervalo de reposo, ahora más débiles, ahora soportables, ahora lacerantes. Ella estaba en pie apoyada sobre una mesa, junto a un armario, apretando los dientes para no gritar; o se sentaba en un sillón y permanecía allí casi inmóvil, con la cara entre las manos, emitiendo de tanto en tanto un débil gemido; o cambiaba continuamente de lugar, iba de una esquina a otra, se detenía aquí y allá para aferrar con fuerza algún objeto entre sus dedos convulsos. El espectáculo de su sufrimiento me destrozaba.

Cuando no podía soportarlo, salía de la estancia, me alejaba algunos instantes; luego volvía, casi involuntariamente, atraído; y permanecía allí viendo cómo sufría, sin poder ayudarla, sin poder transmitirle una palabra de consuelo.

—¡Tullio, Tullio, es horrible! ¡Ah, es horrible! ¡Nunca he sufrido tanto, nunca, nunca!

Anochecía. Mi madre, la señorita Edith y el doctor habían bajado al comedor. Giuliana y yo estábamos a solas. Aún no habían traído las velas. Entraba el crepúsculo violáceo de octubre; el viento azotaba de tanto en tanto los cristales.

—¡Ayúdame, Tullio! ¡Ayúdame! —gritó fuera de sí por el espasmo, tendiendo sus brazos hacia mí, mirándome con ojos dilatados en los que el blanco era extraordinariamente blanco bajo aquella penumbra que hacía más lívido su rostro.

—¡Dime! ¡Dime! ¿Cómo puedo ayudarte? —balbuceé, aturdido, sin saber qué hacer, acariciando los cabellos sobre sus sienes con un gesto con el que hubiera querido inyectarle un poder sobrenatural—. ¡Dime! ¡Dime! ¿Qué puedo hacer?

Ella dejó de lamentarse; me miraba, me escuchaba como olvidando su dolor, casi atónita, impresionada quizá por el sonido de mi voz, por mi aturdimiento y mi angustia, por el temblor de mis dedos sobre sus cabellos, por la desolada ternura de aquel gesto inútil.

—¿Me amas, verdad? —dijo sin dejar de mirarme como para no perder ningún signo de mi emoción—. ¿Me lo perdonas todo?

Prorrumpió, exaltándose de nuevo:

—Es preciso que me ames, es preciso que me ames mucho ahora porque mañana ya no estaré, porque esta noche moriré; y te arrepentirás de no haberme amado, de no haberme perdonado, oh, ciertamente, te arrepentirás…

Parecía tan segura de su muerte que un súbito terror me heló la sangre.

—Es preciso que me ames. Mira: es posible que no hayas creído lo que te dije una noche, es posible que no me creas ahora; pero seguro que me creerás cuando ya no esté. Entonces se hará la luz, entonces conocerás la verdad; y te arrepentirás de no haberme amado lo suficiente, de no haberme perdonado…

Un nudo de llanto la sofocó.

—¿Sabes por qué me pesa morir? Porque muero sin que tú sepas cuánto te he amado…, cuánto te he amado *después*, especialmente… ¡Ah, qué castigo! ¿Merezco este final?

Escondió el rostro entre sus manos. Pero inmediatamente se descubrió. Me miró, palidísima. Parecía que una idea aún más terrible la había fulminado.

—Y si yo muriera —balbuceó—, si yo muriera *dejando vivo*…

—¡Calla!

—Comprendes…

—¡Calla, Giuliana!

Yo era más débil que ella. El terror me había sobrepasado y no me dejaba ni siquiera la fuerza de pronunciar una palabra de consuelo, de oponer a aquellas fantasías de muerte una palabra de vida. También yo estaba seguro del final atroz. Contemplaba en la sombra violácea a Giuliana, que me miraba; y me pareció advertir en aquel desdichado rostro extenuado las señales de la agonía, las señales de una destrucción ya avanzada e irremediable. Y ella no pudo sofocar una especie de aullido que nada tenía de humano; y se aferró a mi brazo.

—¡Ayúdame, Tullio! ¡Ayúdame!

Apretaba fuerte, muy fuerte, pero no lo bastante, pues hubiera querido sentir sus uñas clavarse en mi brazo, deseoso de padecer un espasmo físico que me transmitiera el espasmo de ella. Y

con su frente apoyada en mi hombro, emitió un gemido continuo. Era aquel sonido que vuelve irreconocible nuestra voz ante un exceso de sufrimiento corpóreo, aquel sonido que iguala al hombre que sufre con la bestia que sufre: el lamento instintivo de cualquier carne dolorosa, humana o bestial.

De vez en cuando recuperaba la voz para repetir:

—¡Ayúdame!

Y me informaba de las violencias vibraciones de su tormento. Y sentía el contacto de su vientre donde el pequeño ser maléfico se agitaba contra la vida de la madre, implacable, sin darle tregua. Una oleada de odio surgió desde mis raíces más profundas, y pareció desembocar en mis manos con un impulso homicida. Era un impulso intempestivo; pero la visión del delito ya consumado se me apareció. «Tú no vivirás».

—¡Oh, Tullio, Tullio, ahógame, mátame! No puedo, no puedo, ¿comprendes? No puedo más, no quiero sufrir más.

Gritaba exasperada, mirando en derredor con ojos enloquecidos, como buscando algo o a alguien que le prestara la ayuda que yo no podía ofrecerle.

—Cálmate, cálmate, Giuliana… Puede que haya llegado el momento. ¡Sé valiente! Siéntate aquí. ¡Sé valiente, alma mía! ¡Un poco más! Estoy aquí contigo. No tengas miedo.

Y corrí a tocar la campanilla.

—¡El doctor! ¡Que venga el doctor inmediatamente!

Giuliana no se lamentaba ya. Parecía haber dejado de sufrir de repente o al menos haberse olvidado de su mal, sacudida por un nuevo pensamiento. Era evidente que estaba meditando algo para sus adentros, absorta. Apenas tuve tiempo de notar aquella mutación instantánea.

—¡Escucha, Tullio! Si me sobreviniera el delirio…

—¿Qué dices?

—Si después, durante la fiebre, me sobreviniera el delirio y yo muriera delirando…

—¿Y bien?

Ella tenía tal tono de terror y sus reticencias eran tan vehementes que yo temblaba de pies a cabeza, presa del pánico, sin comprender todavía a dónde quería llegar.

—¿Y bien?

—Todos estarán allí, en torno a mí… Si en el delirio hablara, revelase… ¿Comprendes? ¿Comprendes? Bastaría una sola palabra. Y en el delirio no se es consciente de aquello que se dice. Deberías…

Mi madre, el doctor y la comadrona aparecieron en ese momento.

—Ah, doctor —suspiró Giuliana—, creí morir.

—¡Valor, valor! —dijo el doctor con voz cordial—. Sin miedo. Todo irá bien.

Y me miró.

—Creo —añadió sonriendo— que su marido está peor que usted.

Y me indicó la puerta.

—Fuera, fuera. No es preciso que esté aquí.

Me encontré con los ojos inquietos, aturdidos y piadosos de mi madre.

—Sí, Tullio; es mejor que salgas —dijo ella—. Federico te espera.

Miré a Giuliana. Me miraba fijamente sin prestar atención al resto, con ojos lúcidos, llenos de un resplandor extraordinario; reflejando, en aquella mirada, toda la intensidad de un alma desesperada.

—No me moveré de la estancia contigua —declaré con firmeza, mientras mantenía la mirada fija en Giuliana.

Cuando salía reparé en la comadrona, que disponía los almohadones sobre el lecho de martirio, sobre el lecho de miseria; y sentí un escalofrío, como un soplo mortal.

# XXXI

Sucedió entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Las contracciones se habían prolongado hasta aquella hora con algún intervalo de descanso. Hacia las tres el sueño me había vencido, de pronto, sobre el sofá donde estaba sentado, en la estancia contigua. Cristina me despertó; me dijo que Giuliana quería verme.

En la confusión del despertar, me levanté de un salto aún cegado por el sueño.

—¿Me he quedado dormido? ¿Qué sucede? Giuliana…

—No se asuste. No pasa nada. Los dolores han cesado. Venga, puede comprobarlo usted mismo.

Entré. Vi inmediatamente a Giuliana.

Estaba recostada sobre los almohadones, pálida como su camisón, casi exánime. Encontré sus ojos súbitamente porque estaban dirigidos hacia la puerta, esperándome; me parecieron más grandes, más profundos, más hundidos, circundados por un mayor círculo de sombra.

—Mira —dijo ella con voz agonizante—, aún estoy así.

Y no dejaba de mirarme. Sus ojos, como aquellos de la princesa Lisa, decían: «¡Esperaba tu auxilio, y no me has ayudado, ni siquiera tú!».

—¿El doctor? —pregunté a mi madre, que estaba allí con aire abatido.

Me indicó una puerta. Me dirigí hacia ella. Entré. Vi al doctor junto a una mesa sobre la cual había varias medicinas, una bolsa negra, un termómetro, vendas, pastillas, frascos, algunos tubos con formas peculiares. El doctor tenía entre las manos un tubo elástico al cual estaba acoplando un catéter; y daba instrucciones a Cristina en voz baja.

—¿Entonces? —pregunté bruscamente—. ¿Qué ocurre?

—Nada alarmante, por ahora.

—¿Y todos estos preparativos?

—Precauciones.

—¿Pero cuánto durará aún esta agonía?

—Casi ha terminado.

—Sea franco, se lo ruego. ¿Prevé una desgracia? Hable con franqueza.

—No existe por ahora ningún peligro grave. Pero temo una hemorragia y tomo mis precauciones. La pararé. Confíe en mí, tranquilícese. He notado que su presencia agita mucho a Giuliana. En este último breve período necesitará de todas las fuerzas que aún conserve. Es preciso que se aleje. Prométame que obedecerá. Entrará cuando le llame.

Se escuchó un grito.

—Comienzan de nuevo los dolores —dijo—. ¡Listos! ¡Calma, pues!

Y se dirigió hacia la puerta. Le seguí. Nos acercamos ambos a Giuliana. Ella me aferró el brazo y me lo apretó con gran ímpetu. Así pues, ¿aún le quedaban fuerzas?

—¡Valor! ¡Valor! ¡Vamos! Todo saldrá bien. ¿Verdad, doctor? —balbuceé.

—Sí, sí. No hay tiempo que perder. Giuliana, deje que salga su marido.

Ella miró al doctor y luego a mí, con ojos desorbitados. Dejó mi brazo.

—¡Valor! —repetí sofocado.

La besé en la frente sudorosa, me volví para irme.

—¡Ah, Tullio! —gritó tras de mí con un grito lacerante que significaba: «No volveré a verte».

Hice ademán de volver hacia ella.

—Fuera, fuera —ordenó el doctor con gesto impetuoso.

Quise obedecer. Alguien cerró la puerta detrás de mí. Permanecí allí algunos minutos, de pie, escuchando; pero las rodillas me flaqueaban, y el latido de mi corazón ahogaba cualquier otro ruido. Fui a sentarme en el sofá; me puse el pañuelo entre los dientes, hundí la cara en un cojín. También yo sufría una tortura física similar a aquella de una amputación mal practicada y lentísima. Los alaridos de la parturienta me llegaban a través de la puerta. Y con cada uno de aquellos gritos yo pensaba: «¡Éste es el último!». A cada pausa escuchaba un murmullo de voces femeninas: quizá eran las palabras de consuelo de mi madre y de la comadrona. «¡Éste es el último!». Me puse en pie de un salto, aterrorizado.

No podía dar un paso. Transcurrieron algunos minutos; transcurrió un tiempo incalculable. Como relámpagos veloces, me atravesaron el cerebro pensamientos, imágenes. «¿Habrá nacido ya? ¿Habrá muerto ella? ¿Habrán muerto ambos?, ¿madre e hijo? No, no. Ella seguramente está muerta y él vivo. ¿Pero por qué no se escucha ningún llanto? La hemorragia, la sangre…». Vi el lago rojo, y en medio, a Giuliana jadeante. Vencí el terror que me petrificaba y me abalancé hacia la puerta. La abrí. Entré.

Inmediatamente escuché la voz áspera del doctor que me gritaba:

—¡No se acerque! ¡No la mueva! ¿Quiere matarla? Giuliana parecía muerta, más pálida que su almohada, inmóvil. Mi madre

estaba agachada sobre ella sujetando un apósito. Grandes manchas de sangre teñían de rojo la cama, teñían el suelo. El cirujano preparaba un «irrigador» con calma y exacta prontitud: sus manos no temblaban, si bien tenía el ceño fruncido. Un cuenco de agua hirviendo humeaba en una esquina. Cristina añadía agua con una jarra en otro cuenco, mientras mantenía inmerso el termómetro. Otra mujer llevaba a la habitación contigua un paquete de algodón. Había en el aire un olor a amoníaco y a ácido acético.

Los más nimios detalles de la escena, abarcada con una sola mirada, quedaron impresos en mi memoria, indeleblemente.

—A cincuenta grados —dijo el doctor dirigiéndose a Cristina—. ¡Atenta!

Yo buscaba a mi alrededor, sin escuchar el llanto. Alguien faltaba allí dentro.

—¿Y el niño? —pregunté temblando.

—Está allí, en la otra habitación. Vaya a verlo —me respondió el doctor—. Quédese allí.

Le señalé a Giuliana con gesto desesperado.

—No tema. Venga el agua, Cristina.

Entré en la otra estancia. Llegó a mis oídos un sollozo muy débil, apenas audible. Vi sobre un paño de algodón un cuerpecito rojizo, violáceo aquí y allá, bajo las manos huesudas de la comadrona, que le restregaba el dorso y la planta de los pies[40].

—¡Venga, venga, señor. Venga a ver! —dijo la comadrona, que continuaba masajeando—. Venga a ver qué hermoso varón. No respiraba; pero ahora ya no corre peligro. ¡Mire qué bebé tan hermoso!

Lo giró, dejándolo boca arriba, me mostró el sexo.

—¡Mire! Aferró al niño y lo agitó en el aire. Los llantos se volvieron más fuertes.

Pero yo tenía en los ojos un destello extraño que me impedía ver con claridad; sentía una torpeza extraña en todo mi ser que me impedía tener una percepción exacta de todas aquellas violentas realidades.

—¡Mire! —repitió la comadrona acomodando de nuevo sobre el algodón al bebé que lloraba.

Ahora lo hacía con más fuerza. ¡Respiraba, vivía! Me incliné sobre aquel cuerpecito palpitante que olía a licopodio[41]; me agaché para observarlo, para examinarlo, para reconocer el detestado parecido. Pero la carita turgente, aún un poco amoratada, con los globos oculares prominentes, con la boca hinchada, con el mentón oblicuo, deforme, casi no tenía aspecto humano; sólo me inspiró repugnancia.

—Apenas nacido —balbuceé—, apenas nacido, no respiraba…

—No, señor. Un conato de apoplejía.

—¿A consecuencia de qué?

—Venía con una vuelta del cordón umbilical en el cuello.

Y además aquella sangre negra…

Hablaba mientras atendía al recién nacido; y yo contemplaba aquellas huesudas manos que lo habían salvado y que ahora envolvían delicadamente el cordón umbilical en un paño untado en mantequilla[42].

—Giulia dame la venda.

Y fajando el vientre del niño, añadió:

—Ahora ya está a salvo. ¡Dios le bendiga!

Y sus manos expertas tomaron aquella blanda cabecita como para amoldarla. El bebé lloraba cada vez más fuerte; lloraba con una especie de rabia, agitando todo su cuerpo, conservando aquella apariencia apoplética, aquella rojez cárdena, aquel aspecto de cosa repugnante. Lloraba cada vez más fuerte como para

darme prueba de su vitalidad, como para provocarme, para exasperarme.

¡Vivía, vivía! ¿Y la madre?

Regresé a la alcoba, de repente, demente.

—¡Tullio! Era la voz de Giuliana, débil como la de una agonizante.

# XXXII

La corriente continua de agua a alta temperatura había detenido la hemorragia en menos de diez minutos. Ahora la parturienta reposaba sobre la cama, en el interior de la alcoba. La claridad reinaba ese día.

Yo estaba sentado en la cabecera; y la observaba en silencio, dolorosamente. No dormía, quizá. Pero la extrema debilidad le impedía cualquier movimiento, cualquier signo de vida; la hacía parecer exánime. Considerando su lúgubre palidez, me parecía ver aún aquellas manchas de sangre, toda aquella pobre sangre derramada que había empapado las sábanas, atravesado el colchón, teñido de rojo las manos del cirujano. «¿Quién le devolverá toda aquella sangre?». Instintivamente hacía un gesto para tocarla porque me parecía que estaba muy fría, helada. Pero me reprimía el temor de perturbarla. Más de una vez, en mi continua contemplación, asaltado por un miedo repentino, hice acto de levantarme para llamar al doctor. Perdido en mis pensamientos, tomaba un copo de algodón entre mis dedos, lo deshilachaba minuciosamente, y de vez en cuando, fruto de una invencible inquietud, lo acercaba con infinita cautela a los labios de Giuliana y, por el balanceo de aquellos ligeros hilos, medía la fuerza de su respiración.

Yacía tendida boca arriba, con la cabeza sobre una almohada baja. Los cabellos castaños un poco despeinados le circundaban el rostro, hacían más tenues y céreos sus rasgos. Vestía un camisón cerrado en torno al cuello, cerrado en las muñecas; y sus manos descansaban sobre la sábana, postradas, tan pálidas que única-

mente las venas azules las distinguían del lino. Una bondad sobrenatural emanaba de aquella desdichada criatura desangrada e inmóvil; una bondad que penetraba todo mi ser, me colmaba el corazón. Y ella parecía repetir: «¿Qué has hecho conmigo?». Su boca ajada —con las comisuras de los labios caídas, reveladoras de un cansancio mortal— y árida, desfigurada por innumerables espasmos, que había proferido tantos gritos, parecía repetir sin descanso: «¿Qué has hecho conmigo?».

Yo estudiaba la delgadez de aquel pobre cuerpo, que apenas formaba un relieve sobre la cama. Una vez el acontecimiento se había cumplido, ya estando ella finalmente liberada del peso horrible, ya que al fin la otra vida se había despegado de su vida para siempre, aquellos movimientos instintivos de repulsión, aquellas repentinas sombras de rencor ya no resurgían para turbar mi cariño y mi piedad. Ahora no sentía por ella más que un sentimiento de ternura inmensa, de piedad inmensa, como por la mujer más buena y desventurada de las criaturas humanas. Ahora toda mi alma estaba consagrada a aquellos pobres labios que de un momento a otro podían exhalar su último suspiro. Con profunda sinceridad pensaba, contemplando aquella palidez: «¡Cuán feliz sería si pudiera transfundir mi sangre a sus venas!».

Pensaba, escuchando el leve tictac de un reloj apoyado sobre la mesita de noche, sintiendo el tiempo transcurrir en aquella fuga acompasada de minutos: «Pero *él* vive». Y la fuga del tiempo me provocaba una singular ansiedad, muy distinta de cualquier otra experimentada con anterioridad, indefinible.

Pensaba: «*Él* vive, y su vida es tenaz. Apenas nacido, no respiraba. Conservaba aún en el cuerpo, cuando le vi, todos los síntomas de la asfixia. Si los cuidados de la comadrona no le hubieran salvado, ahora no sería más que un pequeño cadáver lívido, una cosa inocua, desdeñable, quizá olvidada con el tiempo. Sólo debo ocuparme de la recuperación de Giuliana. No me moveré de aquí, seré el más solícito y dulce de los enfermeros, lograré con-

sumar la transfusión vital, consumar el milagro, a fuerza de amor. Es imposible que no se cure. Resurgirá poco a poco, regenerada, con sangre renovada. Parecerá una criatura nueva, exenta de cualquier impureza. Nos sentiremos ambos purificados, dignos el uno de la otra, tras una expiación tan larga y dolorosa. La enfermedad, la convalecencia, darán al triste recuerdo una lejanía indefinida. Quiero borrar de su alma la más mínima sombra del recuerdo; quiero procurarle el perfecto olvido, a fuerza de amor. Cualquier otro amor humano parecerá fútil comparado con el nuestro, después de esta grandiosa prueba». Yo me exaltaba a la luz casi mística de aquel porvenir imaginado, mientras bajo mi fija mirada el rostro de Giuliana asumía una especie de inmaterialidad, una expresión de bondad sobrenatural, casi como si ella estuviera fuera de este mundo, casi como si con aquel flujo de sangre hubiera expulsado cuanto de agrio e impuro hubiera en ella y se hubiera visto reducida a una mera esencia espiritual en presencia de la muerte. La muda pregunta ya no me hería, ya no me parecía terrible: «¿Qué has hecho conmigo?». Yo respondía: «¿No te has convertido, gracias a mí, en *la hermana del Dolor*? ¿No se ha ensalzado tu alma, en el sufrimiento, a una altura vertiginosa desde la cual has podido contemplar el mundo bajo una insólita luz? ¿No has recibido de mí la revelación de la verdad suprema? ¿Qué importan nuestros errores, nuestras caídas, nuestras culpas, si hemos logrado arrancar de nuestros ojos cualquier velo, si hemos logrado despojarnos de lo más vil de nuestra sustancia miserable? Se nos concederá el más alto gozo al que pueden aspirar sobre la tierra los elegidos: renacer conscientemente».

Me exaltaba. La alcoba permanecía silenciosa; en la sombra misteriosa, el rostro de Giuliana me parecía transfigurado; y mi contemplación me parecía solemne, porque notaba en el aire la presencia de la muerte invisible. Toda mi alma estaba consagrada a aquellos pálidos labios que de un momento a otro podían

exhalar su último suspiro. Y aquellos labios se contrajeron emitiendo un gemido. La dolorosa contracción alteró las líneas de su rostro, se prolongó unos instantes. Las arrugas de la frente se profundizaron, la piel de los párpados sufrió un ligero temblor, dejando al descubierto un poco del blanco de los ojos entre las pestañas.

Me incliné sobre la parturienta, que abrió los ojos para cerrarlos inmediatamente. Pareció que no me había visto. Los ojos no habían mirado, como aquejados de una ceguera. ¿Acaso le había sobrevenido la amaurosis fruto de la anemia[43]? ¿Se había vuelto ciega de repente?

Me percaté de que había entrado alguien en la estancia: «¡Quizá fuera el doctor!». Salí de la alcoba. En efecto, allí estaban el doctor, mi madre y la comadrona que entraban silenciosamente. Les seguía Cristina.

—¿Descansa? —me preguntó el doctor entre susurros.

—Sí, entre lamentos. ¡Quién sabe cuánto sufre!

—¿Ha hablado?

—No.

—No conviene excitarla de ningún modo. Recuérdelo.

—Hace un momento abrió los ojos, un instante. Parecía no ver.

El doctor entró en la alcoba, indicándonos que nos quedáramos atrás. Mi madre me dijo:

—Ven. Ahora tienen que renovar la medicación. Ven. Vamos a ver a Mondino. Federico está con él.

Tomó mi mano. Me dejé guiar.

—Se ha dormido —añadió—. Duerme plácidamente. Hoy, después del mediodía, llegará la nodriza.

Aunque estaba triste e inquieta por el estado de Giuliana, sus ojos sonreían cuando hablaba del niño; su rostro se iluminaba de

ternura.

Por orden del doctor se había elegido una estancia alejada de la parturienta: una estancia grande y aireada que custodiaba muchos recuerdos de nuestra infancia. Al entrar, vi junto a la cuna a Federico, Maria y Natalia que, inclinados, contemplaban al pequeño durmiente. Federico se volvió hacia mí y me preguntó, antes de nada:

—¿Cómo está Giuliana?

—Mal.

—¿No descansa?

—Sufre.

Respondí casi duramente, a mi pesar. Una especie de aspereza había invadido de repente mi alma. No sentía más que una aversión indomable y manifiesta hacia el intruso, y amargura e impaciencia por la tortura que aquellas personas, sin saberlo, me infligían. Por mucho que me esforzaba, no conseguía disimular. Ahí estábamos mi madre, Federico, Maria, Natalia y yo junto a la cuna, observando el sueño de Raimondo.

Estaba envuelto en pañales y tenía la cabeza cubierta con una gorrita adornada con puntillas y lacitos. Su carita parecía menos hinchada pero aún amoratada, resplandeciente en los mofletes como la cutícula de las llagas recientemente cicatrizadas. Un poco de baba salía de las comisuras de la boca cerrada; los párpados sin pestañas, hinchados en los extremos, cubrían los glóbulos oculares casi desorbitados; una lividez señalaba la raíz de la nariz aún deforme.

—¿A quién se parece? —preguntó mi madre—. Aún no le encuentro parecido con nadie…

—Es demasiado pronto —dijo Federico—. Habrá que esperar aún unos días.

Mi madre miró dos o tres veces al bebé, como para examinar mejor las facciones.

—No —dijo—. Quizá se parece más a Giuliana.

—Ahora no se parece a nadie —interrumpí—. Es horrible, ¿no lo ves?

—¡Horrible! ¡Es guapísimo! ¡Mira cuánto pelo! Y levantó el gorrito con los dedos, muy despacio, y descubrió el cráneo blanduzco en el que se veían unos pocos cabellos pegajosos de color dorado.

—¡Déjame tocar, abuela! —rogó Maria, extendiendo la mano hacia el gorrito del hermano.

—No, no. ¿Quieres despertarlo?

Aquel cráneo parecía compuesto de una cera un poco ablandada por el calor, untoso, más bien oscuro. Daba la sensación de que el más leve roce le habría dejado una marca. Mi madre volvió a cubrirlo. Luego se inclinó para besar su frente, con infinita delicadeza.

—Yo también quiero, abuela —rogó Maria.

—¡Pero suavemente, por caridad!

La cuna era demasiado alta.

—¡Aúpame! —dijo Maria a Federico.

Federico la cogió en brazos; vi la hermosa boca sonrosada de mi hija prepararse para dar aquel beso antes de llegar a rozar aquella frente, y vi sus largos rizos llover sobre los blancos pañales.

También Federico depositó su beso. Después me miró. No sonreí.

—¿Y yo? ¿Y yo?

Era Natalia, que se agarraba a la barra de la cuna.

—¡Despacio, por caridad!

Federico también la levantó. Y de nuevo vi los largos rizos llover sobre los blancos pañales, en aquella última dulce inclinación. Yo permanecía rígido: mi mirada, ciertamente, debía ex-

presar el oscuro sentimiento que me poseía. Aquellos besos de aquellos labios para mí tan amados no habían despojado al intruso de aquel aspecto de cosa repugnante sino que le habían vuelto más odioso. Sentía que me resultaría imposible tocar aquella carne extraña, plegarme a cualquier acto aparente de amor paterno. Mi madre me miraba, inquieta.

—¿No le besas? —me preguntó.

—No, mamá, no. Le ha hecho mucho daño a Giuliana. No puedo perdonarle…

Y me retiré, con un movimiento instintivo, con un movimiento de manifiesta repulsa. Mi madre quedó un momento atónita, sin palabras.

—¿Pero qué estás diciendo, Tullio? ¿Qué culpa tiene este pobrecito bebé? ¡Sé justo!

Mi madre había notado la sinceridad de mi aversión. No lograba dominarme. Todos mis nervios se rebelaban.

—No puedo ahora, no puedo… Déjame tranquilo, mamá. Me pasará.

Mi voz áspera y resoluta. Yo estaba convulso. Un nudo me cerraba la garganta, los músculos de la cara se contraían. Después de tantas horas de violento *orgasmo*, todo mi ser tenía la necesidad de una distensión. Creo que una gran explosión de llanto me habría beneficiado: pero el nudo era durísimo.

—Me das mucha pena, Tullio —dijo mi madre.

—¿Quieres que lo bese? —proferí fuera de mí.

Y me aproximé a la cuna, me incliné sobre el niño, lo besé.

El bebé se despertó; comenzó a llorar, al principio débilmente, luego con una especie de furor creciente. Observé que la piel de su cara se volvía más encarnada, y se arrugaba por el esfuerzo, mientras su lengua blanquecina temblaba en su boca dilatada. Aunque me hallaba en el colmo de la desesperación, me di cuen-

ta del error cometido. Sentí las miradas de Federico, Maria y Natalia sobre mí, intolerables.

—Perdóname, mamá —balbuceé—. No sé lo que hago. No soy capaz de razonar. Perdóname.

Ella había sacado de la cuna al niño y lo tenía entre sus brazos, sin lograr calmarlo. Sus lloros me herían agudamente, me laceraban.

—Vamos, Federico.

Salí apresuradamente. Federico me siguió.

—Giuliana está muy mal. No comprendo cómo se puede pensar en algo que no sea ella, en estos momentos —dije intentando justificarme—. Tú no la has visto. Parece que se está muriendo.

# XXXIII

Durante algunos días Giuliana se debatió entre la vida y la muerte. Su debilidad era tal que cualquier leve esfuerzo le provocaba un desmayo. Debía permanecer constantemente en posición supina, en una perfecta inmovilidad. Cualquier intento de incorporarse provocaba síntomas de anemia cerebral. Ningún remedio resultaba eficiente para vencer las náuseas que la asaltaban, para liberar su pecho de aquella pesadilla, para alejar el estruendo que escuchaba continuamente.

Permanecía día y noche junto a su cabecera, siempre alerta, siempre en pie con una energía inagotable de la cual yo mismo me asombraba. Sostenía, con todas mis fuerzas, aquella vida que estaba a punto de apagarse. Me parecía que al otro extremo de la cabecera se hallaba la Muerte, al acecho, pronta a cazar al vuelo la oportunidad para alcanzar la presa. Tenía de vez en cuando la sensación de transfundirme en el frágil cuerpo de la enferma, de comunicarle un poco de mi fuerza, de dar un impulso a su corazón exhausto. Las miserias de la enfermedad no me inspiraron jamás repugnancia ni aversión alguna. Ninguna materialidad ofendió nunca la delicadeza de mis sentidos. Mis agudos sentidos no ambicionaban más que percibir la más minúscula de las mutaciones en el estado de la enferma. Antes de que ella pronunciara una palabra, antes de que gesticulara, adivinaba yo su deseo, su necesidad, el grado de su sufrimiento. Por fuerza divina, más allá de cualquier sugerencia del médico, era capaz de encontrar nuevos e ingeniosos modos de aliviarle un dolor, de calmarle un espasmo. Sólo yo sabía persuadirla para que comiera, para que dur-

miera. Recurría al arte de la súplica y la sutileza para hacer que diera un sorbo a algún brebaje. Tanto la asediaba que ella, sin fuerzas para rechazarme, terminaba cediendo a aquel esfuerzo saludable venciendo las náuseas. Nada me resultaba más dulce que aquella tenue sonrisa con la que ella se doblegaba a mi voluntad. Cada pequeño acto de obediencia confería una profunda emoción a mi corazón. Cuando ella decía con voz exánime: «¿Así está bien? ¿Estoy siendo buena?», la garganta se me cerraba, los ojos se me velaban.

Con frecuencia se lamentaba de un dolor pulsátil en las sienes que no le daba tregua. Yo pasaba mis dedos a lo largo de sus sienes para magnetizar su dolor. Le acariciaba suavemente sus cabellos para adormecerla. Cuando me percataba de que dormía, por su respiración, tenía una sensación ilusoria de descanso como si el beneficio del sueño se expandiera también sobre mí. Ante aquel sueño me volvía religioso, me invadía un fervor indefinido, sentía la necesidad de creer en algún Ser superior, omnisciente, omnipotente, al cual dirigía mis votos. Surgían espontáneos desde lo más profundo de mi alma preludios de oraciones, en forma cristiana. De vez en cuando la elocuencia interior me exaltaba hasta la sublimación de la verdadera Fe. Se despertaban en mí todas las tendencias místicas transmitidas de modo ordenado y desde tiempos remotos por mis antepasados.

Mientras fluía mi oración interna contemplaba a la durmiente. Ella continuaba pálida como su camisón. Por la transparencia de la piel habría podido enumerar las venas de sus mejillas, de su barbilla, de su cuello. La contemplaba esperando casi reconocer los efectos beneficiosos del reposo, la difusión lenta de la sangre nueva generada por los alimentos, los primeros indicios de la recuperación. Hubiera querido, gracias a una facultad sobrenatural, asistir al misterioso trabajo reparador que se producía en aquel cuerpo abatido. Y confiaba siempre: «Cuando despierte se sentirá más fuerte».

Parecía sentirse aliviada cuando tenía entre sus frías manos la mía. De tanto en tanto la tomaba y la apoyaba en la almohada y sobre ella apoyaba su mejilla, con gesto infantil. Y así, poco a poco, se adormecía. Era capaz de soportar durante largo tiempo la inmovilidad del brazo entumecido para no despertarla.

A veces decía:

—¿Por qué no duermes aquí tú también, conmigo? ¡No duermes nunca!

Y quería que yo apoyara la cabeza sobre la almohada.

—Durmamos, pues.

Yo fingía dormir para darle buen ejemplo. Cuando abría los ojos encontraba los suyos desorbitados que me miraban.

—¿Y bien? —exclamaba—. ¿Qué haces?

—¿Y tú? —respondía ella.

En sus ojos se reflejaba una expresión de ternura tan bondadosa que me derretía por dentro. Alargaba los labios y la besaba en los párpados. Ella quería imitarme.

Luego repetía:

—Ahora durmamos.

Y, de vez en cuando, un velo de olvido descendía sobre nuestra desventura.

A menudo sus pobres pies se quedaban helados. Los tocaba bajo las sábanas y me parecían de mármol. En efecto, ella decía:

—Están muertos.

Eran escuálidos, sutiles, tan diminutos que casi me cabían en el puño. Sentía por ellos una gran piedad. Yo mismo calentaba para ellos sobre el brasero el paño de lana, no me cansaba nunca de prestarle mis cuidados. Me hubiera gustado templarlos con mi aliento, cubrirlos de besos. Se entremezclaban en mi nueva piedad recuerdos de amor lejanos, recuerdos de tiempos felices cuando siempre los calzaba por la mañana y los desnudaba de

noche con mis propias manos por una costumbre casi jurada, estando de rodillas.

Un día, tras largas vigilias, me sentía tan cansado que un sueño irresistible me venció mientras tenía las manos bajo las sábanas y envolvía en el caliente paño los diminutos pies muertos. Recliné la cabeza y me quedé allí dormido al instante.

Cuando desperté vi en la alcoba a mi madre, a mi hermano y al doctor, que me miraban sonriendo. Me sentía desconcertado.

—¡Pobre hijito mío! No puede más —dijo mi madre atusándome el cabello con uno de sus gestos más afectuosos.

Y Giuliana:

—Mamá, llévatelo de aquí. Federico, hazlo tú.

—No, no, no estoy cansado —repetía—. No estoy cansado.

El doctor anunció su partida. Declaró a la parturienta fuera de peligro, en proceso de una cierta mejoría. Precisaba seguir promoviendo por todos los medios la regeneración de la sangre. Su colega, Jemma di Tussi —con el cual se había reunido y estaba de acuerdo—, seguiría con el tratamiento que, por otro lado, era sencillísimo. Más que en las medicinas confiaba en la observación rigurosa de las diferentes normas higiénicas y dietéticas dispuestas.

—En verdad —añadió señalándome—, no podría desear un enfermero más inteligente, más celoso, más devoto. Ha hecho verdaderos milagros y aún vendrán más. Me marcho tranquilo.

Me dio la impresión de que el corazón se me salía del pecho y me ahogaba. El elogio inesperado de aquel hombre severo, en presencia de mi madre y de mi hermano, me provocó una profunda emoción. Fue una recompensa extraordinaria. Miré a Giuliana y vi que sus ojos se habían colmado de lágrimas. Y, bajo mi mirada, rompió en llanto repentinamente. Hice un esfuerzo sobrehumano para frenarme, pero no lo conseguí. Parecía que

mi alma se desgarraba. Todas las bondades del mundo se hacinaban en mi pecho, almacenadas, en aquella hora inolvidable.

# XXXIV

Giuliana recuperaba fuerzas día tras día, con lentitud. Mi perseverancia no menguaba. Me valía de los cumplidos del doctor Vebesti para multiplicar mi vigilancia, para no dejar que otros ocuparan mi puesto, para resistir a mi madre y a mi hermano, que me aconsejaban reposo. Mi cuerpo se había acostumbrado a la dura disciplina y ya casi no se cansaba. Mi vida entera discurría entre las cuatro paredes de la estancia, en la intimidad de la alcoba, en el círculo que respiraba mi querida enferma.

Teniendo ella necesidad de una calma absoluta, debiendo hablar poco para no fatigarse, me las ingeniaba para alejar de su lecho incluso a las personas de la familia. Aquella alcoba, pues, permanecía segregada del resto de la casa. Durante horas y horas Giuliana y yo estábamos a solas. Y como ella estaba sumida en su mal y yo concentrado en mi labor piadosa, de vez en cuando llegábamos a olvidar nuestra desgracia, a perder la noción de la realidad y a no tener más conciencia que la de nuestro inmenso amor.

A veces parecía que nada existía más allá de las cortinas, tal era la intensidad de todo mi ser hacia la enferma. Nada me hacía recordar la *cosa tremenda*. Sólo veía ante mí a una hermana que sufría y no tenía más empeño que aligerar su pena.

En alguna ocasión esos velos de olvido fueron lacerados con violencia. Mi madre hablaba de Raimondo, y las cortinas se abrían para dejar pasar al intruso.

Mi madre lo llevaba entre sus brazos. Y yo estaba allí. Me sentí palidecer, pues toda la sangre me fluyó al corazón. ¿Qué sintió Giuliana?

Yo miraba aquel rostro enrojecido, gordo como el puño de un hombre, medio oculto por la cofia bordada; y con una feroz aversión que anulaba en mi alma cualquier otro sentimiento, pensaba: «¿Cómo puedo librarme de ti? ¿Por qué no moriste ahogado?». Sentía un odio sin reservas; era instintivo, ciego, indomable, casi diría carnal; en efecto, parecía que tuviera su sede en mi carne, que surgiera de todas y cada una de mis fibras, de todos y cada uno de mis nervios, de todas y cada una de mis venas. Nada podía reprimirlo, nada podía destruirlo. Bastaba la presencia del intruso, a cualquier hora, en cualquier situación, para que provocara en mi interior una especie de anulación instantánea y me sintiera poseído por un único sentimiento: mi odio hacia él.

Mi madre le dijo a Giuliana:

—¡Mira cómo ha cambiado en pocos días! Se parece más a ti que a Tullio; pero no tiene mucho parecido con ninguno de los dos. Aún es muy pequeño. Habrá que esperar… ¿Quieres darle un beso?

Ella aproximó la frente del bebé a los labios de Giuliana. ¿Qué sintió Giuliana?

Pero el niño empezó a llorar. Tuve la fuerza de decirle a mi madre sin acritud:

—Llévatelo, te lo ruego. Giuliana necesita tranquilidad. Tantas emociones la perjudican.

Mi madre salió de la alcoba. Los lloros crecían y me producían siempre la misma sensación de laceración dolorosa y el deseo de correr a sofocarlos para no escucharlos más. Seguimos escuchándolo algunos instantes mientras se alejaban. Cuando finalmente cesaron, el silencio me pareció enorme; cayó sobre mí como una

roca, oprimiéndome. Pero no me recreé en aquella pena porque inmediatamente pensé que Giuliana necesitaba ayuda.

—Ah, Tullio, Tullio, no es posible…

—Calla, calla, si me amas, Giuliana. Calla, te lo ruego.

Le suplicaba con la voz, con el gesto. Todo mi *orgasmo* hostil había desaparecido; y no me afligía más que el dolor de ella, no temía sino el daño ocasionado a la enferma, el duro golpe recibido por aquella vida tan frágil.

—Si me amas no debes pensar en otra cosa que en tu curación. ¿Ves? Yo sólo pienso en ti, sólo sufro por ti. Es preciso que no te atormentes; es preciso que te abandones a mi cariño, para recuperarte…

Ella dijo con un hilo de voz temblorosa:

—¡Pero quién sabe lo que tú sientes por dentro! ¡Pobre alma mía!

—¡No, no, Giuliana, no te atormentes! Sólo sufro por ti, por verte sufrir. Todo lo olvido si tú sonríes. Si tú estás bien, soy feliz. Así pues, si me amas, debes sanar, debes estar tranquila, obediente, paciente. Cuando estés curada, cuando estés más fuerte, entonces… *¡Quién sabe!* Dios es bueno.

Ella murmuró:

—Dios, ten misericordia de nosotros.

«¿De qué modo?», pensé: «Haciendo morir al intruso». Elevábamos ambos, pues, un deseo de muerte, incluso ella no veía más escapatoria que la destrucción del hijo. No había otra salida. Y volvió a mi memoria el breve diálogo que habíamos tenido durante aquella lejana puesta de sol, bajo los olmos. Y volvió a mi memoria aquella dolorosa confesión. «Pero ¿ahora que *él* ha nacido, le aborrece todavía? ¿Puede sentir una sincera aversión contra la carne de su carne? ¿Ruega sinceramente a Dios que *recoja* a su criatura?». Y sentí de nuevo la demencial esperanza que me había sobrevenido aquella trágica noche: «¡Si irrumpiera en

ella la sugestión del delito y poco a poco cobrara la fuerza suficiente para arrastrarla…!». ¿Acaso no había pensado, por un instante, en una malograda tentativa delictiva, al ver a la comadrona masajear el dorso y las plantas de los pies del cuerpecito amoratado del recién nacido moribundo? Había sido también aquel un pensamiento demencial. Ciertamente, Giuliana no se atrevería jamás…

Y contemplé sus manos apoyadas en la sábana, postradas, tan pálidas que únicamente las venas azules las distinguían del lino.

# XXXV

Una extraña inquietud me punzaba, ahora que la enferma mejoraba día a día. Se removía en lo más profundo de mi corazón una vaga añoranza de los tristes días grises pasados dentro de la alcoba mientras nos envolvía, proveniente de los campos otoñales, la densa monotonía de la lluvia. Aquellas mañanas, aquellas noches, aunque penosas, desprendían una grave dulzura. Mi obra de caridad me parecía cada día más hermosa. Una abundancia de amor me inundaba el alma y sumergía de vez en cuando los pensamientos oscuros; me ofrecía de vez en cuando el olvido de la *cosa tremenda*, me suscitaba alguna ilusión consoladora, algún sueño indefinido. Sentía de cuando en cuando, allá dentro, un sentimiento similar al que se siente en la sombra de las capillas secretas: me sentía a salvo de las violencias de la vida, de las oportunidades del pecado. Me parecía, de vez en cuando, que las ligeras cortinas me separaban de un abismo. Me asaltaban repentinos miedos ante lo desconocido. Escuchaba en la noche el silencio de toda la casa en torno a mí; y veía, con los ojos del alma, al fondo de una estancia remota, a la luz de una lámpara, la cuna donde dormía el intruso, el predilecto de mi madre, mi heredero. Me sacudía un gran escalofrío de terror; y permanecía por largo tiempo absorto bajo el siniestro fulgor de un único pensamiento. Las cortinas me separaban de un abismo.

Pero ahora que Giuliana mejoraba día a día, comenzaban a faltar razones para aquel aislamiento; y poco a poco la ordinaria vida doméstica invadía la tranquila estancia. Mi madre, mi herma-

no, Maria, Natalia y la señorita Edith entraban con mayor frecuencia, se quedaban más tiempo. Raimondo se imponía a la ternura materna. Nos resultaba imposible tanto a Giuliana como a mí evitarlo. Había que prodigar besos, sonrisas. Había que simular y disimular con arte, padecer la más refinada crueldad del destino, perecer lentamente.

Nutrido de una leche sana y sustancial, circundado de infinitas atenciones, Raimondo perdía poco a poco aquel aspecto de cosa repugnante, comenzaba a engordar, a blanquearse, a tomar formas más claras, a tener bien abiertos sus ojos grises. Pero todos sus movimientos me resultaban odiosos, desde la visión de los labios en torno a las mamas a la agitación confusa de sus pequeñas manos. Jamás le hacía una gracia, un mimo; jamás tuve hacia él un pensamiento que no fuera hostil. Cuando me veía obligado a tocarlo, cuando mi madre me lo entregaba para que lo besara, sentía en mi piel la misma repulsión que me habría provocado el contacto de un animal inmundo. Todas mis fibras se rebelaban; y mis esfuerzos eran desesperados.

Cada día me esperaba un nuevo suplicio; y mi madre era el gran verdugo. Una vez, al entrar en la estancia de pronto y abriendo las cortinas de la alcoba, descubrí sobre la cama al bebé reposando al lado de Giuliana. No había nadie presente; sólo nosotros tres. El niño, envuelto en los blancos pañales, dormía tranquilo.

—Lo ha dejado aquí mamá —balbuceó Giuliana.

Huí como un loco.

En otra ocasión Cristina vino a llamarme. La seguí hasta la cámara de la cuna. Mi madre estaba allí, sentada con el bebé en sus rodillas, desnudo.

—Quería que lo vieras antes de fajarlo —me dijo—. ¡Mira!

El bebé, sintiéndose libre, agitaba las piernas y los brazos, movía los ojos de un lado para otro, se metía los dedos en la boca,

babeando. En las muñecas, en los tobillos, detrás de las rodillas, en las ingles, la carne se redondeaba formando anillos, cubierta de polvos; sobre su vientre hinchado el ombligo aún sobresalía, deforme, blanquecino por efecto de los polvos. Las manos de mi madre palpaban con delicia los diminutos miembros, me mostraban una a una todas las particularidades, se recreaban sobre aquella piel nítida y lisa gracias al baño reciente. Y parecía que el bebé gozaba.

—¡Mira, mira qué firme está ya! —dijo ella invitándome a palparlo.

Me vi obligado a tocarlo.

—¡Mira cuánto pesa!

Me vi obligado a levantarlo, a sentir palpitar aquel cuerpecito tibio y blando entre mis manos presas de un temblor que no era de ternura.

—¡Mira!

Y mi madre, sonriendo, apretó entre el índice y el pulgar las diminutas mamas de aquel pecho delicado que encerraba la vida tenaz de los seres maléficos.

—¡Amor, amor, amor de la abuela! —repetía ella, haciendo cosquillas con el dedo sobre la barbilla del bebé, que aún no sonreía.

Aquella cabeza gris, tan querida para mí, que ya se había reclinado con el mismo amor sobre dos cunas benditas, ahora un poco más encanecida, se reclinaba ignorante sobre el hijito de otro hombre, sobre un intruso. Me parecía que no se había mostrado tan tierna con Maria, ni con Natalia, las verdaderas criaturas de mi sangre.

Ella misma quiso fajarlo. Le hizo sobre el vientre la señal de la cruz.

—¡Aún no eres cristiano!

Y volviéndose hacia mí:

—Es preciso que fijemos el día del bautizo.

# XXXVI

El doctor Jemma, caballero del Sacro Sepulcro de Jerusalén, un anciano jovial, le entregó a Giuliana en ofrenda matutina un ramo de crisantemos blancos.

—¡Oh, mis flores preferidas! —dijo Giuliana—. Gracias. Tomó el ramo, y lo contempló un rato mientras lo tocaba con sus afilados dedos: había un triste paralelismo entre su palidez y la palidez de las flores otoñales. Eran crisantemos grandes como rosas abiertas, espesos, graves; tenían el color de la carne enfermiza, exangüe, casi deprimente, la lívida palidez que cubre las mejillas de los pequeños mendigos ateridos por el frío. Algunos tenían levísimas vetas violáceas, otros de un amarillo suave.

—Ten —me dijo ella—. Mételas en agua.

Era de mañana; era noviembre; poco tiempo había pasado desde el aniversario de un día nefasto que aquellas flores rememoraban.

*¿Qué haré sin Eurídice…?*

Resonó en mi memoria el aria de *Orfeo*, mientras ponía en un jarrón los crisantemos blancos. Retumbaron en mi espíritu algunos fragmentos de la singular escena acaecida un año atrás; y vi de nuevo a Giuliana bajo aquella dorada y tibia luz, envuelta en aquel perfume tan suave, en medio de todos aquellos objetos impregnados de gracia femenina, donde el fantasma de la melodía antigua parecía infundir el latido de una vida secreta, expandir la sombra de un no sé qué misterioso. ¿También habían suscitado en ella algún recuerdo aquellas flores?

Una tristeza mortal pesaba sobre mi alma, una tristeza de amante inconsolable. El *Otro* reapareció. Sus ojos eran grises como los del intruso.

El doctor dijo desde la alcoba:

—Pueden abrir la ventana. Conviene airear la habitación, que entre el sol.

—¡Oh, sí, sí, abre! —exclamó la enferma.

Abrí. En aquel instante entro mi madre con la nodriza, que llevaba a Raimondo en sus brazos. Me quedé allí entre las cortinas, me incliné sobre el alféizar, contemplé los campos. Escuchaba detrás de mí aquellas voces familiares.

Estaba a punto de terminar el mes de noviembre, ya había pasado el verano de los muertos. Una grande y vacua claridad se expandía sobre los campos húmedos, sobre la silueta noble y suave de las colinas. Parecía que sobre las cimas de los indefinidos olivares vagaba un vapor argénteo. Algún hilo de humo aquí y allá blanqueaba al sol. Ahora sí, ahora no, el viento portaba un crepitar de hojas delicadas. El resto era silencio y paz.

Pensaba: «¿Por qué cantaba aquella mañana? ¿Por qué al escucharla sentí aquella turbación, aquella ansiedad? Parecía *otra mujer*. ¿Amaba, pues, al *Otro*? ¿A qué estado de ánimo respondía aquella insólita efusión? Ella cantaba porque amaba. Tal vez me engaño. ¡Nunca sabré la verdad!». Ya no sentía aquellos turbios celos sino una pena muy grande que nacía del fondo de mi alma. Pensaba: «¿Qué recuerdo tiene de él? ¿Cuántas veces le ha herido su recuerdo? El hijo es un vínculo viviente. Reconoce en Raimondo algo del hombre que la ha poseído: encontrará parecidos más ciertos. No es posible que se olvide del padre de Raimondo. Quizá lo tiene siempre presente. ¿Qué sentiría si lo supiera condenado?».

Y me recreé imaginando los progresos de la parálisis, formando imágenes en mi mente similares a las que me producía el re-

cuerdo del pobre Spinelli. Me lo imaginaba sentado en un gran sillón de cuero rojo, pálido con térrea lividez, con todas las líneas de su rostro rígidas, con la boca dilatada y abierta, llena de saliva y de un balbuceo incomprensible. Veía una y otra vez el gesto que repetía continuamente para recoger en el pañuelo aquella saliva constante que se escapaba por la comisura de sus labios.

—¡Tullio!

Era la voz de mi madre. Me volví, me dirigí hacia la alcoba.

Giuliana estaba en posición supina, muy abatida, silenciosa. El doctor examinaba sobre la cabeza del bebé un principio de costra láctea.

—Celebraremos el bautizo pasado mañana —dijo mi madre—. El doctor cree que Giuliana deberá permanecer en cama durante algún tiempo.

—¿Cómo la encuentra, doctor? —pregunté al viejo señalando a la enferma.

—Me parece que su recuperación se ha estancado —respondió sacudiendo su canosa cabeza—. La encuentro débil, muy débil. Es necesario insistir en la nutrición, hacer algún esfuerzo…

Giuliana interrumpió, mirándome con exhausta sonrisa:

—Me ha auscultado el corazón.

—¿Y bien? —pregunté, volviéndome súbitamente al anciano.

Me pareció ver pasar una sombra por su frente.

—Es un corazón sanísimo —se apresuró a responder—. No precisa más que sangre… y tranquilidad. ¡Vamos, vamos, ánimo! ¿Cómo va ese apetito esta mañana?

La anémica movió los labios con un gesto casi de disgusto. Observaba la ventana abierta, aquel pedazo de cielo delicado.

—¿Hace frío hoy? —preguntó con una especie de timidez, metiendo las manos bajo las mantas.

Y se estremeció visiblemente.

# XXXVII

Al día siguiente, Federico y yo fuimos a visitar a Giovanni di Scòrdio. Era la última tarde de noviembre.

Fuimos a pie, atravesando los campos arados.

Caminábamos en silencio, pensativos. El sol se ponía en el horizonte, lento. Un polvo de oro impalpable oscilaba en el aire quieto sobre nuestras cabezas. La tierra húmeda tenía un color bruno vivaz, un aspecto de tranquila supremacía, casi diría una serena consciencia de su virtud. De la gleba subía un aliento visible, similar a aquel exhalado por las narices de un buey. Las cosas blancas bajo aquella mansa luz asumían un extraordinario blancor, un candor de nieve. Una vaca en la lejanía, la camisa de un agricultor, un paño extendido, las paredes de una granja resplandecían como en un plenilunio.

—Estás triste —me dijo Federico, dulcemente.

—Sí, amigo mío: muy triste. Desespero.

Siguió entonces un largo silencio. De la espesura, bandadas de aves se alzaban batiendo sus alas. Llegaba débil el cencerreo de un rebaño lejano.

—¿Por qué desesperas? —me preguntó mi hermano con la misma benignidad.

—Por la salvación de Giuliana, por mi salvación.

Él callaba. No pronunció ni una sola palabra de consuelo. Quizá el dolor le oprimía por dentro.

—Tengo un presentimiento —añadí—. Giuliana no se recuperará.

Callaba. Cruzábamos por un sendero arbolado; y las hojas caídas crujían bajo nuestros pies. Y donde no había hojas, el suelo resonaba como si camináramos por cavernas subterráneas, profundo.

—Cuando esté muerta —añadí—, ¿qué será de mí?

Me asaltó un pavor repentino, una especie de pánico; y miré a mi hermano, que callaba con el ceño fruncido; miré a mi entorno en la muda desolación de aquella hora diurna; y nunca como en aquella hora sentí el vacío espantoso de la vida.

—No, no, Tullio —dijo mi hermano—. Giuliana *no puede morir*.

Afirmaba una cosa vana, sin valor alguno ante la condena del Destino. Y sin embargo, había pronunciado aquellas palabras con una simpleza que me conmovió, tan extraordinaria me pareció. Así, de vez en cuando, los chiquillos pueden pronunciar de repente palabras inesperadas y graves que llegan al fondo del alma; y parece que una fatídica voz hable por sus labios inocentes.

—¿Lees el futuro? —le pregunté, sin sombra de ironía.

—No. Pero éste es mi presentimiento; y yo creo en él.

Una vez más recibí de mi buen hermano un rayo de confianza; una vez más, gracias a él, se amplió el férreo círculo que cerraba mi corazón. El respiro fue breve. El resto del camino se dedicó a hablar de Raimondo.

Cuando alcanzamos las proximidades del lugar donde habitaba Giovanni di Scòrdio, descubrió en el campo la larga figura del anciano.

—¡Mira! Ahí está, sembrando. Le traemos la invitación en una hora solemne.

Nos acercamos. Yo temblaba interiormente, como si estuviera a punto de cometer una profanación. En efecto, me disponía a profanar una grande y excelsa cosa: pedir la paternidad espiritual de aquel venerable anciano para un hijo ilegítimo.

—¡Mira qué figura! —exclamó Federico deteniéndose y señalando al labrador—. Tiene la altura de un hombre, y sin embargo parece un gigante.

Nos detuvimos detrás de un árbol, sobre las lindes del campo, para observarlo. Enfrascado en su trabajo, Giovanni no se había percatado aún de nuestra presencia.

Avanzaba erguido por el campo, con mesurada lentitud. Le cubría la cabeza un gorro de lana verde y negra con dos alas que descendían cubriendo las orejas asemejando un gorro frigio. Un saco blanco le colgaba del cuello sujeto por una cinta de cuero que le bajaba hasta la cintura, lleno de grano. Con la mano izquierda mantenía abierto el saco, con la derecha tomaba la simiente y la esparcía. Su gesto era pausado, gallardo y sabio, moderado con un ritmo acompasado. Las semillas, al liberarse del puño, brillaban de vez en cuando en el aire como relámpagos de oro, cayendo sobre los surcos húmedos igualmente repartidos. El labrador avanzaba con lentitud, hundiendo los pies desnudos en la tierra dúctil, alzando la cabeza en la santidad de la luz. Su gesto era pausado, gallardo y sabio; toda su persona era sencilla, sagrada y grandiosa.

Entramos en el campo.

—¡Hola, Giovanni! —exclamó Federico yendo al encuentro del anciano—. ¡Dios bendiga tu siembra! ¡Dios bendiga tu pan futuro!

—¡Hola! —repetí.

El anciano interrumpió su faena; se descubrió la cabeza.

—Cúbrete, Giovanni, si no quieres que nos descubramos nosotros —dijo Federico.

El anciano se cubrió, confundido, casi tímido, sonriendo. Preguntó humildemente:

—¿A qué debo este honor?

Esforzándome en hablar con voz firme le dije:

—He venido para rogarte que seas el padrino en el bautizo de mi hijo.

El anciano me miró atónito, luego miró a mi hermano. Su confusión aumentaba. Murmuró:

—¿A mí tanto honor?

—¿Qué contestas?

—Soy tu siervo. Dios te recompense por el honor que hoy me haces y alabado sea Dios por la alegría que me concede en mi vejez. ¡Que todas las bendiciones del cielo recaigan sobre tu hijo!

—Gracias, Giovanni.

Y le tendí la mano. Y vi cómo aquellos tristes y profundos ojos se humedecieron de ternura. Una desmesurada angustia inundó mi corazón.

El anciano me preguntó:

—¿Cómo lo llamas?

—Raimondo.

—Como tu padre, Dios lo tenga en su gloria. ¡Qué gran hombre! Y vosotros os parecéis tanto a él.

Mi hermano dijo:

—Estás tú solo sembrando.

—Sí. Siembro el grano y luego lo cubro.

Y señaló el roturador y la horquilla que relucían sobre la tierra bruna. A su alrededor se podían ver las semillas aún sin recubrir, los buenos gérmenes de las futuras espigas.

Dijo mi hermano:

—Continúa, pues. Te dejamos con tu trabajo. Te esperamos mañana por la mañana en La Badiola. Adiós, Giovanni. ¡Qué dios bendiga tu siembra!

Estrechamos ambos aquellas manos infatigables, santificadas por la simiente que esparcían, por el bien que habían esparcido. El anciano hizo ademán de acompañarnos hasta la cerca. Pero se detuvo, vacilante. Dijo:

—Quisiera pediros un favor.

—Habla, Giovanni.

Abrió el saco que le colgaba del cuello.

—Tomad unas pocas semillas y arrojadlas en mi campo.

Fui el primero en hundir mi mano en el trigo y coger un puñado; lo esparcí. Mi hermano me imitó.

—Ahora os digo esto —añadió Giovanni di Scòrdio con gran emoción en su voz, mirando a la tierra sembrada—. Dios quiera que mi ahijado sea bueno como el pan que nacerá de esta simiente. Así sea.

# XXXVIII

A la mañana siguiente, la ceremonia del bautizo se celebró sin fiesta, sin pompa, debido al estado de Giuliana. El bebé fue llevado a la capilla por el acceso interno. Mi madre, mi hermano, Maria, Natalia, la señorita Edith, la comadrona, la nodriza y el caballero Jemma asistieron al acto. Yo permanecí junto a la cabecera de la enferma.

Estaba sumida en una profunda somnolencia. Su boca entreabierta —que exhalaba una respiración ahogada— se veía pálida como la más pálida de las rosas florecidas a la sombra; la sombra que invadía la alcoba. Mirándola, pensaba: «¿Finalmente no la salvaré? Había alejado a la muerte; y he aquí que la muerte ha regresado. Si no se produce un cambio repentino ella morirá.

Antes, cuando lograba mantener alejado a Raimondo, cuando conseguía darle alguna ilusión y algún olvido con mi cariño, parecía que ella quisiera sanar. Pero desde que ve a su hijo, desde que ha vuelto a comenzar el suplicio, se va perdiendo día tras día, desangrándose incluso más que si continuara la hemorragia. Yo asistía a su agonía. Ella ya no me escucha, ya no me obedece, como antes. ¿De quién le vendrá la muerte? De *él*. Él, él la matará…».

Una oleada de odio surgió desde mis raíces más profundas, parecía afluir a mis manos con un impulso homicida. Veía al pequeño ser maléfico hincharse de leche, prosperar en paz, sin peligro alguno, rodeado de infinitas atenciones. «¡Mi madre le quiere más que a Giuliana! ¡Mi madre se ocupa más de él que de esta

pobre moribunda! Ah, es necesario que lo quite del medio a cualquier precio». Y la visión del delito ya consumado se me apareció: la visión del bebé muerto envuelto en pañales, del pequeño cadáver inocente en su ataúd. «El bautismo será su viático[44]. Y Giovanni lo sostiene entre sus brazos…».

Una súbita curiosidad me punzó. El doloroso espectáculo me atraía. Giuliana seguía dormida. Salí de la alcoba muy despacio; salí de la estancia; llamé a Cristina, la puse en guardia; después me dirigí hacia el trascoro, con paso veloz, con una ansiedad que me asfixiaba. La portezuela estaba abierta. Descubrí a un hombre arrodillado ante la celosía. Reconocí a Pietro, el anciano y fiel sirviente, aquel que me había visto nacer y había asistido a mi bautizo. Se levantó con cierta pena.

—Quédate, quédate, Pietro —le susurré, poniéndole una mano sobre el hombro para obligarle a arrodillarse de nuevo.

Y me arrodillé a su lado, apoyé la frente en la celosía, miré hacia abajo para otear la capilla. Podía verlo todo, con perfecta nitidez; escuchaba las fórmulas rituales.

La celebración ya había comenzado. Supe por Pietro que el bebé ya había recibido la sal. Oficiaba la ceremonia el párroco de Tussi, don Gregorio Artese. Éste y el padrino recitaban ahora el Credo: uno en voz alta, el otro susurrando a continuación. Giovanni sostenía al bebé en su brazo derecho, con la mano que el día anterior había sembrado la simiente. La izquierda reposaba sobre unos cándidos lazos y encajes. Y aquellas manos huesudas, ajadas, morenas, parecían fundidas en un bronce animado, aquellas manos encallecidas por los aperos de labranza, santificadas por el bien que habían esparcido, por el vasto trabajo que habían realizado, ahora, al sostener a aquel infante mostraban una delicadeza y casi una timidez tan bondadosa que no podía dejar de mirarlas. Raimondo no lloraba; movía constantemente su boca

llena de una baba líquida que le corría por la barbilla y caía sobre el babero bordado.

Tras el exorcismo[45], el párroco mojó el dedo en saliva y tocó las diminutas orejas sonrojadas pronunciando la palabra milagrosa:

—*Ephpheta*.[46]

Luego tocó su nariz diciendo:

—*In odorem suavitatis*...[47]

Entonces bañó el pulgar en el óleo de los catecúmenos, y mientras Giovanni sostenía en sus brazos y en posición supina al infante, ungió a éste haciendo la señal de la cruz en lo alto del pecho, y, cuando Giovanni lo giró dulcemente, le ungió en lo alto de la espalda entre las escápulas, haciendo la señal de la cruz y diciendo:

—*Ego te linio oleo salutis in Christo Jesu Domino nostro*...[48]

Y con un copo de algodón limpió la zona que había ungido.

Entonces dejó su estola morada, el color del dolor y la tristeza, y tomó la estola blanca color de alegría para anunciar que la mancha original estaba a punto de ser eliminada. Y llamó a Raimondo por su nombre y le dirigió tres preguntas solemnes[49]. Y el padrino respondió:

—Creo, creo, creo.

La capilla era singularmente sonora. Por una de las altas ventanas ovales se filtraban los rayos de sol que laceraban una lápida marmórea del pavimento bajo el cual yacían los profundos sepulcros en los cuales muchos de mis antepasados dormían en paz. Mi madre y mi hermano estaban uno al lado del otro, detrás de Giovanni; Maria y Natalia se ponían de puntillas para alcanzar a ver al pequeño, curiosas, sonriendo de vez en cuando y murmurando entre ellas. Giovanni se volvía alguna que otra vez, ante aquellos murmullos, en un acto sumiso que mostraba toda

su inefable ternura senil hacia los jóvenes, desbordante de aquel gran corazón de abuelo abandonado.

—*¿Raymunde, vis baptizari?* —preguntó el ministro.

—*Voló* —respondió el padrino, repitiendo la palabra sugerida.

El clérigo presentó la pila de plata donde resplandecía el agua bautismal. Mi madre despojó de la cofia al bautizado, mientras el padrino lo ofrecía dócil a la ablución. La cabeza redonda en la cual se podían distinguir las erupciones blanquecinas de la costra láctea osciló hacia la pila. Y el párroco, recogiendo el agua con un pequeño recipiente, la vertió tres veces sobre aquella cabeza, haciendo a cada una la señal de la cruz.

—*Ego te baptizo in nomine Patris, et Filii et Spiritus Sancti*.

Raimondo comenzó a llorar fuertemente; aún con más fuerza mientras le secaban la cabeza. Y cuando Giovanni lo alzó pude apreciar aquella cara enrojecida por el flujo de la sangre y el esfuerzo, arrugado por los movimientos de su boca, manchado de blanco también en la frente. Y sus llantos me provocaron la misma sensación de laceración dolorosa, la misma iracunda exasperación. Nada me irritaba más en él que su voz, aquel maullido obstinado que me había herido cruelmente aquella primera vez durante el alba lúgubre de aquel mes de octubre. Suponía para mis nervios un golpe insoportable.

El padre mojó el pulgar en el sacro Crisma y ungió la frente del bautizado, recitando la fórmula ritual, ensordecido por sus lloros. Entonces le impuso la túnica blanca, símbolo de la Inocencia.

—*Accipe vestem candidam…*

Entregó entonces al padrino la cera bendita.

—*Accipe lampadem ardentem…*

El inocente se calmó. Sus ojos miraron fijamente la pequeña llama que temblaba en la cima del largo cirio decorado. Giovanni di Scòrdio sostenía en su brazo derecho al nuevo cristiano y

en la mano izquierda el símbolo del fuego divino, con actitud humilde y grave, observando al sacerdote que recitaba la fórmula. Destacaba su cabeza entre todos los asistentes. Nada a su alrededor resultaba tan blanco como su canicie, ni siquiera la túnica del Inocente.

—*Vade in pace, et Dominus sit tecum*.

—*Amen*.

Mi madre tomó del brazo del anciano al Inocente, lo acurrucó en su pecho, le besó. También mi hermano le besó. Todos los asistentes, uno detrás de otro, le besaron.

Pietro, a mi lado, aún arrodillado, lloraba. Aturdido, fuera de mí, me puse en pie, salí, atravesé corriendo las galerías, entré de improviso en la habitación de Giuliana. Cristina me preguntó asombrada, entre susurros:

—¿Qué ocurre, señor?

—Nada, nada. ¿Está despierta?

—No, señor. Parece que duerme.

Abrí las cortinas, entré sin hacer ruido en la alcoba. Al principio, en la penumbra, no vislumbré más que el blancor de la almohada. Me aproximé, me incliné. Giuliana tenía los ojos abiertos y me miraba fijamente. Quizá había adivinado por mi aspecto todas mis angustias; pero no habló. Cerró los ojos, como para no volver a abrirlos nunca más.

# XXXIX

Desde aquel día comenzó el último e irreflexivo período de aquella lúcida demencia que había de conducirme al delito. Desde aquel día comenzó la premeditación del medio más fácil y seguro para hacer morir al Inocente.

Fue una premeditación fría, sutil y constante que absorbía todas mis facultades interiores. Aquella obsesión me poseía por completo, con una fuerza y una tenacidad increíbles. Mientras todo mi ser se agitaba en un *orgasmo* supremo, aquella idea fija lo dirigía hacia el objetivo como una hoja de acero clara, rígida, sin fallos. Mi perspicacia parecía triplicada. Nada se me escapaba, tanto dentro como fuera de mí. Mi prudencia no se relajaba ni siquiera un instante. Nada dije, nada hice que pudiera resultar sospechoso, provocar estupor. Simulé, disimulé sin tregua, no sólo con mi madre y mi hermano, sino con el resto, incluso con Giuliana.

Me mostré resignado ante Giuliana, pacificado, alguna vez desmemoriado. Evité premeditadamente cualquier alusión al intruso. Intenté por todos los medios reanimarla, inspirarle confianza, inducirla a la observación de las normas que debían hacerle recobrar la salud. Multipliqué mis cuidados. Quise mostrarle un cariño profundo y olvidadizo gracias al cual pudiera volver a degustar los más frescos y sinceros sabores de la vida. Una vez más tuve la sensación de transfundirme en el cuerpo frágil de la enferma, de transmitirle un poco de mi fuerza, de dar un impulso a su débil corazón. Parecía como si la empujara a vivir día a día, casi insuflándole un vigor ficticio, a la espera de la

hora trágica y liberadora. Repetía para mis adentros: «¡Mañana!». Y el mañana llegaba, transcurría, se diluía sin que esa hora sonara. Repetía: «¡Mañana!».

Estaba convencido de que la salvación de la madre radicaba en la muerte del hijo. Estaba convencido de que la desaparición del hijo supondría su curación. Pensaba: «No podría no curarse. Resurgiría poco a poco, regenerada, con sangre nueva. Parecería una criatura nueva, exenta de cualquier impureza. Nos sentiríamos ambos purificados, dignos el uno de la otra, tras una expiación tan larga y dolorosa. La enfermedad, la convalecencia conferirían al triste recuerdo una lejanía indefinida. Pretendía borrar de su alma hasta la sombra del recuerdo; pretendía ofrecerle el perfecto olvido, con el amor. Cualquier otro amor humano parecerá fútil comparado con el nuestro, después de esta grandiosa prueba». La visión del futuro me encendía de impaciencia. La incertidumbre se volvía insoportable. El delito se me presentaba exento de horror. Me reprochaba agriamente la perplejidad en la que me adentraba con demasiada prudencia. Pero ninguna luz iluminaba mi cerebro, no era capaz de encontrar un *medio* seguro.

Era preciso que la muerte de Raimondo pareciera natural. Era preciso no despertar sospechas en el médico. De los diferentes métodos estudiados ninguno me parecía infalible, factible. Y en tanto, mientras esperaba una inspiración reveladora, una brillante idea, me sentía atraído por una extraña fascinación hacia la víctima.

A menudo entraba de improviso en la estancia de la nodriza, palpitando mi corazón tan fuerte que temía que pudiera ella escuchar los latidos. Se llamaba Anna; originaria de Montegorgo Pausula, provenía de una raza de mujeres de ánimo y robusteza viril originaria de los Alpes. En ocasiones tenía el aspecto de una Cibeles de cobre, a la que le faltara la corona torreada. Vestía el traje típico de su pueblo: una falda escarlata con mil pliegues

rectos y simétricos, un jubón negro bordado en oro, del que pendían dos largas mangas donde ella raramente introducía los brazos. Su cabeza oscura se elevaba por encima de un blanquísimo blusón; pero el blanco de sus ojos y de sus dientes vencía en intensidad al candor del lino. Los ojos parecían de esmalte, permanecían casi siempre inmóviles, sin mirada, sin sueño, sin pensamiento. La boca era grande, entreabierta, taciturna, ilustrada por un rosario de dientes compactos y homogéneos. Los cabellos, tan negros que tenían reflejos de color violeta y que nacían en la parte baja de la frente, terminaban en dos trenzas enroscadas detrás de las orejas como los cuernos de un camero. Estaba casi siempre sentada, sosteniendo al lactante, rígida como una estatua, ni triste ni alegre.

Yo entraba. La estancia estaba casi en penumbra. Veía blanquear los pañales de Raimondo sobre los brazos de la sombría mujer imponente que me observaba con aquellos ojos de ídolo inanimado sin hablar ni sonreír.

Me quedaba allí, de vez en cuando, contemplando al lactante enganchado a su seno redondeado, singularmente claro en comparación al rostro, surcado por venas azuladas. Mamaba ahora suave, ahora fuerte; ahora apático, ahora presa de una avidez subitánea. Su tierna mejilla secundaba el movimiento de los labios, la garganta palpitaba con cada sorbo, la nariz casi desaparecía apretujada por la mama desbordante. Parecía evidente el bienestar esparcido por aquel tierno cuerpecito provocado por la leche fresca, sana y sustancial. Parecía que a cada nuevo sorbo la vitalidad del intruso se volvía más tenaz, más resistente, más maléfica. Experimentaba una sorda indignación al comprobar cómo crecía, cómo florecía, sin manifestar síntoma alguno de enfermedad excepto aquellas leves costras blanquecinas e inocuas. Pensaba: «¿Cómo es posible que todas las agitaciones, todos los sufrimientos de la madre mientras aún estaba en su vientre no le hayan perjudicado? ¿O habrá en él, ciertamente, algún vicio orgánico

aún no manifiesto que pueda desarrollarse con el tiempo y acabar con su vida?».

Un día, venciendo la repugnancia, habiéndole encontrado en la cuna sin pañales, lo toqué, lo examiné de pies a cabeza, puse mi oído sobre su pecho para escuchar su corazón. Él doblaba sus pequeñas piernas y luego las alargaba con fuerza; agitaba las manos llenas de hoyuelos y pliegues; se metía en la boca los dedos terminados en minúsculas uñas que sobresalían con una pequeña y clara redondez. Los anillos formados por la carne se desparramaban en torno a sus muñecas, a sus tobillos, a sus corvas, a sus muslos, a sus ingles, a su pubis.

Muchas veces lo contemplaba mientras dormía, durante largo rato, pensando y repensando en el *medio*, recreándome en la visión del pequeño cadáver envuelto en pañales sobre el ataúd y rodeado de coronas de crisantemos blancos, y cuatro cirios encendidos. Tenía un sueño muy calmo. Yacía supino, con el pulgar dentro de los puños cerrados. De vez en cuando sus labios húmedos se movían como si mamaran. Si la inocencia de aquel sueño me llegaba al corazón, si el acto inconsciente de aquellos labios me apiadaba, me repetía a mí mismo, como para reafirmar mi propósito: «Debe morir». Y acudía a mi memoria el sufrimiento ya padecido por su culpa, el sufrimiento reciente, inminente, el afecto que él usurpaba a mis criaturas y la agonía de Giuliana y todos los dolores y amenazas que encerraba una nube inquietante sobre nuestras cabezas. Y así se reavivaba la llama de mi voluntad homicida, así renovaba la condena del durmiente. En una esquina, a la sombra, permanecía sentada la custodia de Montegorgo, taciturna, inmóvil como un ídolo; y el blanco de sus ojos y sus dientes no relucía menos que los hilos de oro.

# XL

Una tarde (corría el catorce de diciembre) mientras Federico y yo regresábamos a La Badiola reconocimos a un hombre caminando por la calzada, era Giovanni di Scòrdio.

—¡Giovanni! —gritó mi hermano.

El anciano de detuvo. Nos acercamos.

—Buenas tardes, Giovanni. ¿Alguna novedad?

El anciano sonreía tímidamente, cohibido, casi como si le hubiéramos pillado en alguna falta.

—Venía —balbuceó—, venía… por mi ahijado.

Estaba muy azorado, parecía que quisiera pedir perdón por semejante atrevimiento.

—¿Quieres verlo? —le preguntó Federico en voz baja, como si le hiciera una proposición confidencial, pues había advertido el sentimiento dulce y triste que movía el corazón de aquel abuelo abandonado.

—No, no… Venía simplemente para interesarme…

—Así que no deseas verlo.

—No…, sí…, demasiada molestia quizá… a esta hora…

—Vamos —concluyó Federico, tomándole de la mano como a un chiquillo—. Ven a verlo.

Entramos. Subimos hasta la estancia de la nodriza.

Mi madre estaba allí. Sonrió con generosidad a Giovanni. Nos indicó que no hiciéramos ruido.

—Duerme —dijo.

Volviéndose hacia mí, añadió con inquietud:

—Esta tarde ha tosido un poco.

La noticia me turbó; y mi turbación fue tan evidente que mi madre, en la creencia de que me tranquilizaba, me dijo:

—Pero sólo un poco, ¿sabes? Nada por lo que preocuparse.

Federico y el anciano se habían acercado a la cuna y contemplaban al pequeño durmiente, a la luz de la lámpara. El anciano estaba inclinado. Y nada a su alrededor era tan candoroso como su canicie.

—Bésalo —le susurró Federico.

Él se incorporó, nos miró a mi madre y a mí, confuso. Se pasó una mano por la boca y luego por la barbilla donde la barba estaba mal rasurada.

Dijo en voz baja a mi hermano, con el que tenía más confianza:

—Si le doy un beso le pincharé. Seguro que se despierta.

Mi hermano, viendo que el pobre anciano desamparado ardía en deseos de besar al bebé, le animó con un gesto. Y entonces, aquella cabeza canosa se inclinó sobre la cuna muy despacio, muy despacio.

# XLI

Cuando quedamos a solas mi madre y yo en la estancia, ante la cuna donde Raimondo aún dormía con el beso en la frente, dijo, piadosa:

—¡Pobre anciano! ¿Sabías que viene casi cada tarde? Pero a escondidas. Me ha dicho Pietro que lo ha visto rondar la casa. El día del bautizo quiso que le indicaran la ventana de esta habitación, quizá para mirarla desde fuera… ¡Pobre anciano! ¡Qué pena me da!

Yo escuchaba la respiración de Raimondo. No advertí ningún cambio. El sonido era tranquilo. Dije:

—Así que hoy ha tosido…

—Sí, Tullio, un poco. Pero no te preocupes.

—Se habrá enfriado…

—No creo que se haya resfriado. ¡Con tantos cuidados!

Un relámpago me atravesó el cerebro. Un escalofrío me asaltó de improviso. La cercanía de mi madre me resultó insoportable de repente. Me aturdí, me confundí, tuve miedo de traicionarme. Aquel pensamiento se encendió en mi interior con tanta lucidez, con tanta intensidad que temí: «La expresión de mi cara me habrá delatado». Era un temor vano, pero no lograba dominarme. Di un paso adelante, y me incliné sobre la cuna.

Mi madre se percató de algo pero a mi favor, porque añadió:

—¡Qué aprensivo eres! ¿No ves que su respiración es normal? ¿No ves qué tranquilo duerme?

Pero incluso diciéndome esto advertí cierta inquietud en su voz; no supo ocultarme su aprensión.

—Sí, es verdad; no será nada —respondí reprimiéndome—. ¿Te quedas aquí?

—Hasta que vuelva Anna.

—Yo me voy.

Y salí. Fui a ver a Giuliana. Me esperaba. Todo estaba preparado para su cena de la que solía participar a fin de que la pequeña mesita de enferma le pareciera menos aburrida y mi ejemplo y mis cuidados la incitaran a comer. Me mostré con mis actos y mis palabras, excesivo, casi alegre, diferente. Me sentía preso de una particular sobreexcitación de la cual tenía exacta conciencia, y podía guardarme, pero no moderarme. Bebí, contra mi costumbre, dos o tres vasos de vino de Borgoña prescrito a Giuliana. Quería que también ella bebiera algún sorbo más.

—¿Verdad que te sientes un poco mejor?

—Sí, sí.

—Si eres obediente, te prometo que para Navidad te podrás levantar. Aún faltan diez días. Si tú quieres, en estos diez días, te sentirás fuerte. ¡Bebe otro sorbo, Giuliana!

Ella me miraba atónita, un poco curiosa, haciendo esfuerzos para prestarme toda su atención. Estaba ya fatigada, quizá; los párpados comenzaban a pesarle, tal vez. Aquella posición, incorporada, después de cierto tiempo, le provocaba de vez en cuando síntomas de anemia cerebral.

Mojó los labios en el vaso que le ofrecí.

—Dime —continué—. ¿Dónde te gustaría pasar la convalecencia?

Ella sonrió débilmente.

—¿En la Riviera? ¿Quieres que escriba a Augusto Arici para que nos busque una villa? ¡Si Villa Ginosa estuviera disponible!

¿Te acuerdas?

Ella sonrió aún más débilmente.

—¿Estás cansada? Te importuna, quizá, mi voz…

Me di cuenta de que estaba a punto de desmayarse. La sujeté, retiré los almohadones que la erguían, la acomodé con delicadeza colocándole la cabeza más baja, la socorrí como solía hacerlo. Después de un rato, recuperó el sentido.

Murmuró como entre sueños:

—Sí, sí, vamos…

# XLII

Una extraña inquietud me dominaba. A veces era como un gozo, como un ataque de alegría continua. Otras veces como una impaciencia muy aguda, un desasosiego insufrible. Otras como una necesidad de ver a alguien, de ir en busca de alguien, de hablar, de explayarme. Otras como una necesidad de soledad, de correr a encerrarme en un lugar seguro para encontrarme a solas conmigo mismo, para ahondar en mi interior, para perfeccionar mi plan, para considerar y estudiar todos los detalles del futuro acontecimiento, para prepararme. Estos distintos y contrarios movimientos, y otros tantos innumerables, indefinibles, inexplicables, se alternaban en mi espíritu velozmente, con una extraordinaria aceleración de mi vida interior.

La luz que atravesó mi cerebro, aquel parpadeo de luz siniestra, parecía haber iluminado de repente un estado de consciencia preexistente si bien inmerso en la oscuridad; parecía haberse despertado un estrato profundo de mi memoria. Creía *recordarlo*, pero a pesar de mis esfuerzos no lograba rastrear el origen del recuerdo ni descubrir su naturaleza. Ciertamente, *recordaba*. ¿Era el recuerdo de una lectura lejana? ¿Había visto descrito en algún libro un caso análogo? ¿O alguien, tiempo atrás, me había narrado aquel caso como si hubiera ocurrido en la vida real? ¿O por el contrario aquel *recuerdo* era ilusorio, no era más que el efecto de una asociación de ideas misteriosa? Ciertamente, me parecía que el *medio* me había sido sugerido por algún extraño. Me parecía que alguien de repente me hubiera liberado de cualquier preocu-

pación diciéndome: «*Tienes que hacerlo así, como hizo aquel otro en tu mismo caso*». Pero ¿quién era *aquel otro*? De cualquier modo, con certeza, debía haberle conocido. Pero, a pesar de mis esfuerzos, no conseguía distinguirle, hacerlo real. Me resulta imposible definir con exactitud el particular estado de conciencia en que me encontraba. Tenía una noción exacta del hecho en todos los puntos de su desarrollo, tenía una noción exacta de la serie de acciones por las que había pasado un hombre para hacer efectivo un determinado propósito. Pero aquel hombre, el predecesor, era desconocido para mí; y no podía asociar a aquella noción las imágenes correspondientes sin ponerme yo mismo en su lugar. Así pues, podía verme cumpliendo aquellas especiales acciones ya ejecutadas en su momento por algún otro, imitando la conducta adoptada por algún otro en un caso similar al mío. Me faltaba el sentimiento de la naturalidad original.

Cuando salí de la estancia de Giuliana, tuve algunos minutos de incertidumbre, me dediqué a dar vueltas a la aventura por toda la casa. No me encontré con nadie. Me dirigí a la alcoba de la nodriza. Escuché furtivamente desde la puerta; escuché la voz sumisa de mi madre; me alejé.

¿No se había movido de allí? ¿El bebé había sufrido quizá un acceso de tos más grave? Conocía bien el catarro bronquial de los recién nacidos, la terrible enfermedad de apariencia engañosa. Recordé el peligro que había corrido Maria en su tercer mes de vida, recordé todos los síntomas. También Maria desde el principio había estornudado y tosido ligeramente en alguna ocasión: había mostrado tendencia al sueño. Pensé: «¡Quién sabe! Si espero, si no me precipito, puede que el *buen Dios* intervenga a tiempo, estoy salvado».

Volví sobre mis pasos. Volví a escuchar; escuché de nuevo la voz de mi madre; entré.

—¿Cómo está Raimondo? —pregunté sin ocultar mi estremecimiento.

—Bien. Está tranquilo; ha dejado de toser: tiene una respiración regular y una temperatura normal. Mira, está mamando.

En efecto, mi madre se mostraba segura y tranquila.

Anna, sentada en la cama, daba su leche al bebé que la bebía con avidez, emitiendo de vez en cuando, al mamar, un imperceptible ruido con los labios. Anna tenía el rostro inclinado, los ojos fijos en el suelo, una inmovilidad broncínea. La pequeña lumbre oscilante de la lámpara le procuraba luces y sombras sobre la falda roja.

—¿No hace mucho calor aquí dentro? —dije sintiéndome ahogar.

En efecto, en la cámara hacía mucho calor. En una esquina, sobre un brasero se calentaban algunos pañuelos y un pañal. Se escuchaba el borboteo del agua hirviendo. También se oía de cuando en cuando un tintineo de cristales provocado por las ráfagas del viento que soplaba y rugía.

—¡Escucha qué tramontana se ha levantado! —murmuró mi madre.

Ya no advertí otros ruidos. Escuché el viento con ansiosa atención. Un escalofrío recorrió todos mis huesos, como si me hubiera penetrado un hilo de aquel frío. Me dirigí a la ventana. Mis dedos temblaban mientras abría uno de los postigos de la ventana. Apoyé la frente contra el gélido cristal y miré hacia fuera, pero inmediatamente se empañó con mi hálito, impidiéndome la visión del paisaje. Levanté los ojos y pude ver, a través del cristal más alto, resplandecer el cielo estrellado.

—Está despejado —dije alejándome de la ventana.

Tenía impresa la imagen de aquella noche diáfana y homicida, mientras mis ojos se precipitaron hacia Raimondo, que continuaba mamando.

—¿Ha cenado algo Giuliana? —me preguntó mi madre con tono afectuoso.

—Sí —respondí sin dulzura; y pensé: «¡En toda la tarde no has encontrado un minuto para ir a verla! ¡No es la primera vez que la ignoras! Has entregado tu corazón a Raimondo».

# XLIII

A la mañana siguiente el doctor Jemma examinó al bebé y lo encontró perfectamente sano. No dio importancia alguna a la tos aducida por mi madre. Únicamente, sonriendo por las atenciones y aprensiones excesivas, recomendó cautela en aquellos días de crudo invierno y también recomendó la misma prudencia para el aseo y el baño.

Estaba presente mientras hablaba de estas cosas ante Giuliana. En dos o tres ocasiones mis ojos se encontraron con los suyos, lanzándonos miradas furtivas.

Así pues, no se podía contar con la ayuda de la *Providencia*. Había que actuar, aprovechar el momento oportuno, precipitar el acontecimiento. Esperé a la noche, decidido a cometer el delito.

Hice acopio de cuanta energía me quedaba aún, agucé mi perspicacia, estudié cada una de mis palabras, cada uno de mis actos. Nada dije, nada hice que pudiera despertar sospechas, provocar estupor. Mi prudencia no se relajó un instante. No tuve un instante de debilidad sentimental. Mi sensibilidad interior estaba oprimida, sofocada. Mi espíritu concentraba todas sus facultades útiles en los preparativos para alcanzar el desenlace de un problema material. Era necesario que aquella noche, durante algunos minutos, me encontrara a solas con el intruso y en determinadas condiciones de seguridad.

Durante el día entré en varias ocasiones en la estancia de la nodriza. Anna estaba siempre en su puesto, como una custodia

impasible. Si le hacía alguna pregunta me respondía con monosílabos. Tenía una voz ronca, con un timbre singular. Su silencio, su inercia, me irritaban. No se alejaba de la cuna más que a la hora de las comidas. Además, era sustituida por mi madre, por la señorita Edith, por Cristina o por cualquier otra mujer del servicio. En este último caso hubiera podido fácilmente librarme de la testigo, dándole cualquier orden. Pero corría el peligro de que mientras tanto apareciera alguien de repente. Por otro lado, estaba a merced de la fortuna al no poder elegir a la persona que la sustituiría. Era probable que tanto aquella noche como las sucesivas esa persona fuera mi madre. Por otra parte, me parecía imposible prolongar indefinidamente mi vigilancia y mi ansiedad, permanecer al acecho por tiempo indeterminado, a la expectativa de la hora funesta.

Mientras estaba allí perplejo entró la señorita Edith con Maria y Natalia. Las dos pequeñas Gracias, animadas por la carrera al aire libre, envueltas en sus capas de marta cibelina, con sus sombreros rematados por la misma piel, con las manos enguantadas y sus mejillas sonrojadas por el frío, se abalanzaron sobre mí alegres y joviales. Y durante algunos minutos la estancia se llenó de sus canturreos.

—¿Sabes? Han llegado los montañeros —me anunció Maria—. Esta tarde comienza la Novena de Navidad en la capilla. ¡Si vieras el pesebre que ha hecho Pietro! ¿Sabes que la abuela nos ha prometido el Árbol? ¿No es verdad, señorita Edith? Hay que ponerlo en la alcoba de mamá… ¿Mamá se habrá curado para Navidad, verdad? ¡Oh, haz que se cure!

Natalia se había parado a mirar a Raimondo, y de vez en cuando reía con las muecas que hacía mientras agitaba las piernas sin descanso como si quisiera liberarse de los pañales. De pronto tuvo un capricho.

—¡Quiero cogerlo en brazos!

Y pataleó para conseguirlo. Reunió todas sus fuerzas para aguantar su peso, y su rostro se volvió serio, como cuando jugaba a las mamás con su muñeca.

—¡Ahora yo! —gritó Maria.

Y el hermano pasó de una a la otra sin llorar. Pero en un determinado momento, mientras Maria paseaba con él vigilada de cerca por la señorita Edith, corrió un grave peligro pues se le escapó de las manos. Edith logró sujetarlo y se lo entregó a la nodriza, que parecía profundamente absorta, muy lejos de las personas y cosas que la rodeaban.

Siguiendo mi pensamiento secreto, dije:

—Entonces esta tarde comienza la Novena…

—Sí, sí, esta tarde.

Yo miraba a Anna, que parecía haber vuelto en sí y prestaba una insólita atención a la conversación.

—¿Cuántos montañeros son?

—Cinco —respondió Maria, que parecía minuciosamente informada de todo—. Dos gaiteros, dos flautistas y un flautín.

Y comenzó a reír repitiendo una y otra vez la última palabra incitando a su hermana a imitarla[50].

—Vienen de tu montaña —dije dirigiéndome a Anna—. Quizá alguno sea de Montegorgo…

Sus ojos habían perdido toda la dureza de esmalte, estaban animados, relucían húmedos y tristes. Todo su rostro parecía alterado por una expresión de extraordinario sentimiento. Y entonces comprendí que sufría y que la nostalgia era su mal.

# XLIV

Se aproximaba la noche. Bajé a la capilla, vi los preparativos de la Novena; el pesebre, las flores, los cirios vírgenes. Salí afuera sin saber muy bien por qué; observé la ventana de la estancia de Raimondo. Caminé con paso ligero arriba y abajo, con la esperanza de poder dominar el temblor convulsivo, el intenso frío que me penetraba los huesos, las contracciones que encogían mi estómago vacuo.

Era un crepúsculo glaciar, sereno, casi diría cortante. Una lividez verdosa se dilataba sobre el lejano horizonte, al fondo del valle plúmbeo donde se internaba el Assoro tortuoso. El río resplandecía, solitario.

Me asaltó un espanto repentino. Pensé: «¿Tengo miedo?». Me parecía que alguien, invisible, escrutara mi alma. Sentía el mismo malestar que provocan de vez en cuando las miradas demasiado fijas, magnéticas. Pensé; «¿Tengo miedo? ¿De qué? ¿De ejecutar el acto o de ser descubierto?». Me aterraban las sombras de los grandes árboles, la inmensidad del cielo, los destellos del Assoro, todas aquellas vagas voces provenientes de los campos. Sonó el ángelus. Entré de nuevo, casi furtivamente, como si me persiguieran.

Encontré a mi madre en el vestíbulo, aún sin iluminar.

—¿De dónde vienes, Tullio?

—De fuera. He estado paseando.

—Giuliana te espera.

—¿A qué hora comienza la Novena?

—A las seis.

Eran las cinco y cuarto. Faltaban tres cuartos de hora. Debía vigilar.

—Voy, mamá.

Tras avanzar algunos pasos, le pregunté.

—¿Ha vuelto Federico?

—No.

Subí a los aposentos de Giuliana. Ella me esperaba. Cristina estaba preparando la pequeña mesa.

—¿Dónde has estado hasta ahora? —me preguntó la desdichada enferma, con un leve tono de reproche.

—Estaba con Maria y Natalia… Fui a ver la capilla.

—Ya. Esta tarde comienza la Novena —murmuró tristemente, apesadumbrada.

—Desde aquí podrás oír la música perfectamente.

Se quedó pensativa durante algunos instantes. Me pareció que la invadía la tristeza, una de aquellas tristezas sutiles que revelan un corazón henchido de llanto, una necesidad de lágrimas.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

—Me estoy acordando de la primera Navidad en La Badiola. ¿Te acuerdas?

Se mostraba dulce y conmovida y reclamaba mi afecto, se abandonaba a mí para que la mimara, para que la meciera, para que abrazara su corazón y bebiera sus lágrimas. Conocía bien sus dolientes languideces, sus anhelos indefinidos. Pero pensaba ansioso: «No puedo dejarme arrastrar. No me puedo ablandar. Si lo hago, no podré separarme de ella. Si llora no podré alejarme. Debo contenerme. El tiempo se precipita. ¿Quién se quedará velando a Raimondo? Mi madre no, seguro. Probablemente la nodriza. El resto se recogerán en la capilla. Enviaré aquí a Cristina.

Así será seguro. Las circunstancias no podían ser más favorables. Necesito estar libre en veinte minutos».

Evité excitar a la enferma, fingí no entenderla, no correspondí a sus efusiones, intenté distraerla con objetos materiales, me las arreglé para que Cristina no nos dejara solos como en nuestras otras noches de intimidad, me ocupé de la cena con desmedido primor.

—¿Por qué no cenas conmigo? —me preguntó.

—No puedo comer nada ahora; no me encuentro bien. ¡Come tú algo, te lo ruego!

A pesar de mis esfuerzos no lograba disimular por entero la ansiedad que me devoraba. Muchas veces ella me miró con la intención manifiesta de descifrar mis pensamientos. Luego, de repente, frunció el ceño y se volvió taciturna. Apenas tocó la cena; apenas bañó los labios en el vaso. Entonces reuní todo mi valor para marcharme. Fingí haber escuchado el ruido de un carruaje. Agucé el oído, dije:

—Me parece que ha vuelto Federico. Tengo que verle inmediatamente… Permite que baje un momento. Quédate con ella, Cristina.

Vi su rostro alterado, como quien está a punto de romper en llanto. No esperé su consentimiento. Salí apresuradamente, pero no me olvidé de volver a recordarle a Cristina que se quedara allí hasta que yo volviera.

Nada más salir me vi obligado a detenerme para resistir la sofocación angustiosa que sentía. Pensé: «Si no consigo dominar mis nervios, lo echaré todo a perder». Agucé el oído pero no escuché sino el fragor de mis arterias. Avancé por el corredor hasta las escaleras. No me encontré con nadie. La casa estaba silenciosa. Pensé: «Ya están todos en la capilla, también los sirvientes. No hay nada que temer». Esperé aún dos o tres minutos para serenarme. En ese tiempo la intensidad de mi espíritu decayó.

Me asaltó un extraño desconcierto. Por mi cerebro pasaron pensamientos vagos, insignificantes, ajenos a la acción que estaba a punto de ejecutar. Conté instintivamente los balaustres que conformaban la barandilla de las escaleras.

«Por supuesto, Anna se ha quedado. La habitación de Raimondo no está muy lejos de la capilla. La música anunciará el comienzo de la Novena». Me dirigí hacia la puerta. Antes de llegar a ella, escuché el preludio de la gaita. Entré sin vacilar. No me había equivocado.

Anna estaba de pie, junto a su silla; tenía una actitud tan briosa que comprendí al instante que se había puesto en pie impulsada por el sonido de la gaita de su montaña, el preludio del antiguo canto pastoral.

—¿Duerme? —pregunté.

Me indicó que sí con la cabeza.

Los acordes continuaban, velados por la distancia, dulces como un sueño, algo roncos, largos, lentos. Los claros sonidos de las flautas modulaban la melodía ingenua e inolvidable siguiendo el compás de las gaitas.

—Vete tú también a la Novena —le dije—. Yo me quedaré con Raimondo. ¿Hace mucho que se ha dormido?

—Ahora.

—Vete, vete, pues, a la Novena.

Sus ojos brillaron.

—¿Voy?

—Sí. Yo me quedo aquí.

Abrí la puerta yo mismo; la cerré tras ella. Corrí hacia la cuna de puntillas; observé de cerca. El inocente dormía envuelto en pañales; yacía supino, con el pulgar dentro de los pequeños puños cerrados. A través de la piel de los párpados aparecían ante mí sus pupilas grises. Pero no se reveló en lo más profundo de mi

ser ningún ímpetu ciego de odio o ira. Mi aversión hacia él resultó menos fuerte que en el pasado. Me faltó aquel impulso instintivo que más de una vez había sentido correr hasta la extremidad de mis dedos, prontos a cualquier violencia criminal. No obedecí más que al impulso de una voluntad fría y lúcida, con una perfecta consciencia.

Regresé a la puerta, volví a abrirla; me cercioré de que el corredor estaba desierto. Corrí entonces a la ventana. Acudieron a mi memoria ciertas palabras de mi madre; me asaltó la duda de que Giovanni di Scòrdio pudiera encontrarse allá afuera en la explanada. Abrí con infinitas precauciones. Una bocanada de aire gélido me golpeó. Me asomé al alféizar, explorando. No vi ninguna forma sospechosa, no escuché más que los acordes difusos de la Novena. Me retiré, me acerqué a la cuna, vencí no sin esfuerzo la extrema repugnancia; cogí despacio, muy despacio al bebé, conteniendo mi ansia; manteniéndolo alejado de mi corazón que latía demasiado fuerte, lo llevé a la ventana; lo expuse al aire que debía matarlo.

No perdí la serenidad; ni uno solo de mis sentidos se oscureció. Vi las estrellas en el cielo que oscilaban como si un viento eterno las agitara: vi los movimientos ilusorios pero terroríficos que la luz móvil de la lámpara reflejaba en el cortinaje; escuché nítidamente la progresión de la pastoral, los ladridos de un perro en la lejanía. El parpadeo del bebé me sobresaltó. Se estaba despertando.

Pensé: «Ahora llorará. ¿Cuánto tiempo ha pasado? Un minuto, tal vez; ni siquiera un minuto. ¿Bastará esta breve exposición para que muera? ¿Estará malherido?». El bebé agitó los brazos, torció la boca, la abrió; tardó un poco en emitir el primer llanto que me pareció distinto, más débil, más trémulo, pero quizá simplemente porque sonaba en un aire distinto, mientras que yo siempre lo había escuchado llorar en lugares cerrados. Aquel vagido débil, trémulo, me llenó de repente de desaliento, de un lo-

co terror. Corrí hacia la cuna, posé al bebé. Volví a la ventana para cerrarla; pero antes de hacerlo, me asomé al alféizar, lancé una mirada en la sombra, no vi más que las estrellas. Cerré. Aunque acosado por el pánico, evité hacer ruido. A mis espaldas el niño lloraba cada vez con más fuerza. «¿Estoy a salvo?». Corrí hacia la puerta, miré en el corredor, agucé el oído. Estaba desierto; sólo se oía la lenta ondulación de los acordes.

«Así pues, estoy a salvo. ¿Quién puede haberme visto?». Pensé otra vez en Giovanni di Scòrdio, mirando la ventana; me invadió de nuevo la inquietud. «Pero no, fuera no había nadie. He mirado dos veces». Volví a acercarme a la cuna, enderecé el cuerpo del bebé, lo cubrí con cuidado, me aseguré de que todo estaba en su sitio. Pero ahora sentía una repugnancia invencible a su contacto. Lloraba, y lloraba. ¿Qué podía hacer para calmarlo? Esperé.

Pero aquel llanto constante en aquella enorme estancia solitaria, aquel lamento inarticulado de la víctima inocente me atormentaba tan atrozmente que, no pudiendo resistir más, me levanté para sustraerme de algún modo a aquella tortura. Salí al corredor dejando la puerta entreabierta tras de mí; permanecí allí vigilando. La voz del niño llegaba apenas, se confundía con la onda lenta de la melodía. Los acordes continuaban, velados por la distancia, dulces como un sueño, algo roncos, largos, lentos. Los claros sonidos de las flautas modulaban la melodía ingenua e inolvidable acompañando el compás de las gaitas. La pastoral se expandía por la grandiosa casa apacible, llegaba quizá hasta las estancias más remotas. ¿Podía escucharla Giuliana? ¿Qué pensaba, qué sentía Giuliana? ¿Lloraba?

No sé por qué penetró en mi corazón esa certeza: «Está llorando». Y de aquella certeza nació una visión intensa que me dio una sensación real y profunda. Los pensamientos e imágenes que pasaban por mi cabeza eran incoherentes, fragmentados, absurdos, compuestos de elementos que no correspondían unos con

otros, incomprensibles, de dudosa naturaleza. Me asaltó el miedo de la locura. Me pregunté: «¿Cuánto tiempo ha pasado?». Y me di cuenta de que había perdido totalmente la noción del tiempo.

La música cesó. Pensé: «¡La ceremonia ha terminado! Anna estará a punto de venir. Tal vez venga mi madre. ¡Raimondo ha dejado de llorar!». Volví a entrar en la alcoba y lancé una mirada a mi alrededor para asegurarme una vez más de que no quedaba rastro alguno del atentado. Me acerqué a la cuna, no sin un vago temor de encontrar al niño exánime. Dormía; yacía supino, con el pulgar dentro de los pequeños puños cerrados. «¡Duerme! Es increíble. Parece como si nada hubiera pasado». Lo que había hecho me parecía un sueño. Mientras esperaba sufrí un repentino vacío de pensamientos, un intervalo como de inconsciencia.

Apenas reconocí por el corredor el paso firme de la nodriza fui a su encuentro. Mi madre no la seguía. Sin mirarla a la cara, le dije:

—Sigue dormido.

Y me alejé rápidamente. ¡Salvado!

# XLV

Desde aquel momento se apoderó de mi espíritu una especie de inercia casi estúpida, quizá porque estaba exhausto, agotado, incapaz de un nuevo esfuerzo. Mi conciencia perdió su lucidez, mi atención se debilitó, mi curiosidad no era pareja a la importancia de los acontecimientos que se desarrollaban. Mis recuerdos, en efecto, son confusos, pobres, compuestos de imágenes más bien vagas.

Aquella noche regresé a la alcoba, vi de nuevo a Giuliana, me quedé junto a la cabecera de su cama algunos minutos. Me resultaba muy difícil hablar. Le pregunté, mirándola a los ojos:

—¿Has llorado?

Respondió:

—No.

Pero estaba más triste que antes. Estaba pálida como su camisón. Le pregunté:

—¿Qué tienes?

Ella respondió:

—Nada. ¿Y tú?

—No me encuentro bien. Me duele tanto la cabeza…

Un inmenso cansancio me postraba; me pesaban todos mis miembros. Recliné la cabeza sobre la orilla de la almohada; permanecí algunos minutos en aquella postura, oprimido por una pena indefinida. Me sobresalté al escuchar la voz de Giuliana, que me decía:

—Me ocultas algo.

—No, no. ¿Por qué?

—No sé. *Siento* que me ocultas algo.

—No, no. Te equivocas.

—Me equivoco.

Calló. Apoyé de nuevo la cabeza sobre la orilla. Después de algunos minutos ella dijo de repente:

—*Lo ves* a menudo.

Me incorporé para mirarla, asombrado.

—Voluntariamente vas a verlo, lo buscas —añadió—. Lo sé, también hoy…

—¿Y bien?

—Tengo miedo; tengo miedo por ti. Te conozco. Te atormentas, vas a atormentarte, vas a devorarte el corazón… Te conozco bien. Tengo miedo. No te has resignado, no, no. Tú no puedes haberte resignado. No me engañes, Tullio. Incluso esta noche, antes, estuviste allí…

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé, lo *siento*.

Se me heló la sangre.

—¿Te gustaría que mi madre sospechase? ¿Te gustaría que se percatara de mi aversión?

Hablábamos entre susurros. También ella se mostraba asombrada. Y yo pensaba: «Eso es, ahora entrará mi madre enloquecida gritando: "¡Raimondo se muere!"».

Entraron Maria y Natalia con la señorita Edith. Y la alcoba se alegró con su alborozo. Hablaron de la capilla, del pesebre, de los cirios, de las gaitas, detalladamente.

Dejé a Giuliana para retirarme a mi cámara, pretextando un dolor de cabeza. Cuando me tumbé sobre la cama el cansancio

me venció casi de inmediato. Dormí profundamente durante horas.

La luz del día me encontró sereno, sumido en una extraña indiferencia, en una inexplicable indolencia. Nadie había interrumpido mi sueño, por tanto nada extraordinario había sucedido. Los acontecimientos de la vigilia se me antojaban irreales y lejanísimos. Sentía una inmensa distancia entre mi yo y mi ser anterior, entre aquel que era y aquel que había sido. Había una discontinuidad entre el período pasado y el presente de mi vida psíquica. Y no hacía esfuerzo alguno por analizarme, por comprender aquel singular fenómeno. Sentía una enorme repugnancia por cualquier actividad; intentaba mantenerme en aquella especie de apatía ficticia bajo la cual yacía la oscura vorágine de todas las agitaciones vividas; evitaba explorarme para no despertar aquellas cosas que parecían muertas, que parecían no pertenecer ya a mi existencia real. Semejaba uno de aquellos enfermos que, habiendo perdido la sensibilidad de la mitad de su cuerpo, se figuran tener a su lado, en su cama, un cadáver.

Federico llamó a mi puerta. Entró. ¿Qué noticias traía? Su presencia me perturbó.

—Anoche no nos vimos —dijo—. Volví tarde. ¿Cómo estás?

—Ni bien ni mal.

—Anoche te dolía la cabeza. ¿Es cierto?

—Sí; por eso me acosté pronto.

—Estás un poco pálido esta mañana. ¡Oh, Dios mío!, ¿cuándo terminarán las desgracias? ¡Tú no estás bien, Giuliana está en cama, acabo de encontrarme a mamá muy angustiada porque Raimondo ha tosido esta noche!

—¿Ha tosido?

—Sí. Será sólo un resfriado, pero mamá, como de costumbre, exagera…

—¿Ha venido el médico?

—Aún no. Eres peor que mamá.

—¿Sabes? Cualquier aprensión, cuando se trata de un niño, es justificable. Una menudencia basta…

Me miraba con sus límpidos ojos glaucos, y yo no sentía ni miedo ni vergüenza.

Cuando se fue, me levanté de la cama de un salto. Pensaba: «Así que comienzan los síntomas; ya no hay duda. Pero ¿cuánto tiempo vivirá todavía? Es posible incluso que no muera… Ah, no; es imposible que no muera. Corría un aire gélido que cortaba la respiración». Y vi de nuevo al niño respirando aquel aire, su pequeña boca entreabierta, el agujero de su garganta.

# XLVI

El doctor decía:

—No hay motivo para preocuparse. Se trata de un ligero resfriado. Los bronquios están libres.

Y se inclinó de nuevo sobre el pecho desnudo de Raimondo para auscultarle.

—No se oye absolutamente ningún soplo. Puede comprobarlo usted mismo, con su oído —añadió dirigiéndose a mí.

También yo apoyé el oído sobre el frágil pecho, y sentí su suave calor.

—En efecto…

Miré a mi madre, que estaba muy angustiada al otro lado de la cuna.

No había rastro de los habituales síntomas de la bronquitis. El niño estaba tranquilo, tenía algún ligero acceso de tos a largos intervalos, tomaba la leche con la frecuencia habitual, dormía un sueño pesado y natural. Yo mismo, engañado por las apariencias, dudaba: «Así que mi intento ha sido en vano. Parece que no morirá. ¡Qué vida tenaz!». Y resurgió el rencor primitivo contra él, aún más acre. Su aspecto tranquilo y sonrosado me exasperaba. Así pues, había padecido todas aquellas angustias, ¡me había expuesto a aquel peligro para nada! Se vertía en mi sorda cólera una especie de estupor supersticioso ante la extraordinaria tenacidad de aquella vida: «Creo que no tendré valor para comenzar de nuevo. ¿Y entonces? Seré yo su víctima; y no podré escapar de él». El pequeño fantasma perverso, el chiquillo bilioso y salva-

je, dotado de gran inteligencia y de instintos malvados, reapareció; de nuevo me observó con sus duros ojos grises, desafiándome. Y las terribles escenas en la sombra de las estancias desiertas, las escenas que tiempo atrás había creado mi imaginación hostil, se personificaron; de nuevo asumieron relieve, movimiento, todos los caracteres de la realidad.

Era una jornada invernal, con amenaza de nieve. La alcoba de Giuliana me parecía aún un refugio. El intruso no debía salir de su estancia, no podía perseguirme hasta allí. Y me abandoné a mi tristeza sin ocultarla.

Pensaba, contemplando a la pobre enferma: «No se recuperará, no se levantará». Las extrañas palabras de la noche anterior tomaban a mi memoria, me turbaban. Sin duda, el intruso era su verdugo, como era el mío. Sin duda ella no podía pensar en otra cosa que no fuera *él*, muriendo por ello poco a poco. ¡Todo aquel peso sobre aquel débil corazón!

Con la discontinuidad de las imágenes que se sucedían en el sueño, se alzaban en mi espíritu algunos fragmentos de la vida pasada: recuerdos de otra enfermedad, de una lejana convalecencia. Me recreé recomponiendo aquellos fragmentos, reconstruyendo aquel período tan dulce y doloroso en el que había germinado el semen de mi desventura. La difusa claridad de la luz me hizo recordar aquella lánguida tarde que Giuliana y yo habíamos pasado leyendo un libro de poesía, inclinándonos ambos sobre la misma página, siguiendo con los ojos la misma línea. Y volví a ver su índice afilado sobre el margen y la marca de su uña.

*Accueillez la voix qui persiste*
*Dans son naïf epithalamc.*
*Allez, rien n'est meilleur à l'âme*
*Que de faire una âme moins triste!*[51].

Tomé su muñeca y, agachando la cabeza lentamente, hasta posar mis labios en la palma de su mano, susurré:

—Tú… ¿podrás olvidar?

Ella selló mi boca, y pronunció su gran palabra:

—Silencio.

Recordé aquel pedazo de vida con una sensación real y profunda: y continué, continué reviviendo, hasta llegar a la mañana en la que se levantó por primera vez, aquella terrible mañana. Volví a escuchar su voz risueña y contenida; vi de nuevo el gesto de la ofrenda, y la vi a ella recostada en el sillón después del golpe imprevisto y la prosecución de los hechos. ¿Por qué mi alma no podía desprenderse de aquellas imágenes? Era vano; era vano el arrepentimiento. «¡Demasiado tarde!».

—¿En qué piensas? —me preguntó Giuliana, que tal vez hasta ese momento, durante mi silencio, sufría tan sólo por mi tristeza.

No le oculté mis pensamientos. Ella dijo con una voz que le surgía desde lo más profundo del corazón, débil, pero más penetrante que un grito:

—¡Ah, yo tenía el paraíso para ti en mi alma!

Añadió tras una larga pausa en la que quizá había absorbido en su corazón las lágrimas que no aparecían:

—¡Ahora no puedo consolarte! ¡No existe consolación ni para ti ni para mí! No la habrá jamás… Todo está perdido.

Dije:

—¡Quién sabe!

Y nos miramos; era evidente que ambos pensábamos en lo mismo: la muerte de Raimondo.

Dudé un instante; después le pregunté de nuevo, aludiendo a la conversación que mantuvimos una tarde bajo los olmos:

—¿Has rogado a Dios?

La voz me temblaba fuertemente.

Ella respondió (apenas pude oírla):

—Sí.

Y cerró los ojos, y se giró, hundió la cabeza en la almohada, se acurrucó bajo las mantas, como presa de un frío intenso.

# XLVII

A media tarde volví a ver a Raimondo. Lo encontré en brazos de mi madre. Parecía un poco más pálido, pero aún estaba tranquilo, respiraba normalmente, no tenía ningún síntoma sospechoso.

—¡Ha dormido hasta ahora! —dijo mi madre.

—¿Y eso te preocupa?

—Sí, porque nunca había dormido tanto.

Yo miraba al niño fijamente. Sus ojos grises carecían de vivacidad bajo aquella frente llena de costras blanquecinas. Movía los labios constantemente como si masticara. De repente regurgitó un poco de leche grumosa sobre el babero.

—¡Ah, no, no; este niño no está bien! —exclamó mi madre meneando la cabeza.

—¿Pero ha tosido?

Como respondiéndome, Raimondo se puso a toser.

—¿Ves?

Era una tos breve y ligera, a la que no acompañaba ningún sonido de los órganos internos. Duró poquísimo.

Pensé: «Hay que esperar». Pero cuando resurgía dentro de mí el funesto presagio, mi aversión hacia el intruso disminuía, se aplacaba mi acritud. Me percataba de que mi corazón se quedaba encogido y mísero, incapaz de exultaciones.

Recuerdo aquella noche como la más triste de cuantas he pasado en el curso de mi desventura.

Ante la duda de que Giovanni di Scòrdio estuviera por los alrededores, salí de la casa, me adentré por el camino donde lo habíamos encontrado mi hermano y yo aquella vez. La claridad del crepúsculo anunciaba las primeras nieves. A lo largo de la hilera de árboles se extendía una alfombra de hojas. Las desnudas ramas filiformes cercenaban la inmensidad del firmamento.

Miraba hacia adelante esperando descubrir la figura del anciano. Pensaba en la ternura que mostraba por su ahijado, en aquel desolado amor senil, en aquellas grandes manos callosas y rugosas que había visto suavizarse y temblar bajo los blancos pañales. Pensaba: «¡Cuánto llorará!». Veía al pequeño cadáver envuelto en pañales sobre el ataúd y rodeado de coronas de crisantemos blancos, y cuatro cirios encendidos; y a Giovanni arrodillado llorando. «Mi madre llorará, se desesperará. Toda la casa se cubrirá de luto. La Navidad será fúnebre. ¿Qué hará Giuliana cuando me presente en su alcoba, me sitúe a los pies de su cama y le anuncie: "Está muerto"?».

Había llegado al final del camino. Miré; no vi a nadie. El campo se sumergía en la sombra, silencioso; un fuego flameaba sobre la colina, en lontananza. Volví sobre mis pasos, solo. De repente algo blanco tembló ante mis ojos, se desvaneció. Eran las primeras nieves.

Y más tarde, mientras me encontraba junto al cabecero de la cama de Giuliana, escuché de nuevo las gaitas que proseguían la Novena, *a la misma hora*.

# XLVIII

Pasó la tarde, pasó la noche, pasó la mañana siguiente. Nada extraordinario sucedió. Pero el médico, en su exploración al niño, no ocultó que padecía un fuerte catarro nasal y bronquial: una afección leve, sin importancia. Pero advertí que intentaba disimular cierta inquietud. Dio algunas instrucciones, recomendó máxima cautela y prometió regresar ese mismo día. Mi madre no tenía paz.

Entrando en la alcoba le dije a Giuliana en voz baja y sin mirarla a la cara:

—Está peor.

Callamos durante largo tiempo. De vez en cuando me levantaba y me dirigía a la ventana para contemplar la nieve. Daba vueltas por la estancia presa de una ansiedad insoportable. Giuliana tenía la cabeza hundida en la almohada, y casi completamente oculta bajo las mantas. Si me acercaba abría los ojos y me lanzaba una mirada fugaz que no era capaz de interpretar.

—¿Tienes frío?

—Sí.

Pero la estancia estaba caldeada. Volvía una y otra vez a la ventana para contemplar la nieve y la campiña blanquecina sobre la cual continuaban cayendo copos de nieve, lentamente. Eran las dos de la tarde. ¿Qué estaba ocurriendo en la habitación del niño? Nada extraordinario, claro, porque nadie venía a avisarme. Pero mi ansiedad crecía y decidí ir a averiguarlo. Abrí la puerta.

—¿Dónde vas? —gritó Giuliana, incorporándose sobre los codos.

—Voy *allí* un momento. Vuelvo enseguida.

Ella permanecía incorporada, muy pálida.

—¿No quieres que vaya? —le pregunté.

—No; quédate conmigo.

No quería recostarse nuevamente sobre la almohada. Un extraño desconcierto alteraba su rostro; sus ojos vagaban inquietos, como en pos de alguna sombra móvil. Me acerqué, yo mismo la acomodé en posición supina, le toqué la frente, le pregunté dulcemente:

—¿Qué tienes, Giuliana?

—No sé; tengo miedo…

—¿De qué?

—No lo sé. No es mi culpa; estoy enferma; soy así.

Pero sus ojos vagaban en vez de mirarme.

—¿Qué buscas? ¿Ves algo?

—No, nada.

Le toqué de nuevo la frente. Tenía una temperatura normal. Pero mi imaginación comenzaba a turbarse.

—Mira, no te dejo; me quedo contigo.

Me senté, esperé. Mi ánimo se encontraba en un estado de pausa angustiosa en espera del próximo acontecimiento. Estaba seguro de que alguien vendría a llamarme. Aguzaba el oído ante cualquier leve rumor. Se oía de tanto en tanto el timbre de la casa. Oí el sordo rumor de un carruaje sobre la nieve. Dije:

—Tal vez sea el médico.

Giuliana no dijo una palabra. Esperé. Pasó un tiempo indefinido. De repente escuché el ruido de puertas que se abrían, unos

pasos que se aproximaban. Me puse en pie de un salto. Giuliana se incorporó al mismo tiempo.

—¿Qué estará pasando?

Pero yo sabía perfectamente lo que sucedía; sabía incluso las palabras exactas que me diría la persona que entrara en la estancia.

Cristina entró. Parecía trastornada, pero intentaba disimular su agitación. Balbuceó, sin avanzar hacia nosotros, dirigiéndose a mí con la mirada.

—Tengo que hablar con usted, señor.

Salí de la alcoba.

—¿Qué ocurre?

En voz baja, añadió:

—El bebé está mal. Corra.

—Giuliana, voy allí un momento. Cristina se queda contigo. Vuelvo enseguida.

Salí. Llegué corriendo a la estancia de Raimondo.

—¡Ah, Tullio, el niño se muere! —gritó mi madre desesperada, inclinada sobre la cuna—. ¡Míralo! ¡Míralo!

Me agaché también sobre la cuna. Se había producido un cambio repentino, inesperado, inexplicable en apariencia, espantoso. La pequeña carita tenía un color cinéreo, los labios se veían lívidos, los ojos marchitos, empañados, apagados. La desdichada criatura parecía estar bajo los efectos de un violento veneno.

Mi madre me hablaba con la voz entrecortada:

—Hace una hora estaba casi perfectamente. Tosía, sí, pero nada más. Me ausenté; Anna se quedó con él. Creí que lo encontraría dormido. Parecía que le había invadido el sueño… Y cuando regresé lo vi en este estado. ¡Tócalo; está muy frío!

Le toqué la frente, una mejilla. En efecto, la temperatura había disminuido.

—¿Y el médico?

—¡Todavía no ha venido! He enviado a avisarle.

—Habría que mandar a un hombre a caballo.

—Sí, ha ido Ciriaco.

—¿A caballo? ¿Estás segura? No hay tiempo que perder.

No era una simulación la mía. Hablaba sinceramente. No podía dejar morir así a aquel inocente, sin socorrerlo, sin hacer cualquier tentativa para salvarlo. Ante aquel aspecto casi cadavérico, mientras que mi delito estaba a punto de cumplirse, la piedad, el remordimiento, el dolor, aferraron mi alma. No estaba menos angustiado que mi madre, esperando al médico. Sonó la campana. Se presentó un criado.

—¿Ha partido ya Ciriaco?

—Sí, señor.

—¿A pie?

—No, señor, en la calesa.

Federico apareció, jadeante.

—¿Qué ha sucedido?

Mi madre gritó, siempre inclinada sobre la cuna.

—¡El niño se está muriendo!

Federico se acercó, miró.

—Se asfixia —dijo—. ¿No lo veis? No respira.

Y aferró al bebé, lo alzó, lo zarandeó.

—¡No, no! ¿Qué haces? Lo vas a matar —gritó mi madre.

En ese momento se abrió la puerta y una voz anunció:

—¡El médico!

Entró el doctor Jemma.

—Estaba viniendo cuando me encontré con la calesa. ¿Qué ocurre?

Sin esperar respuesta, se acercó a mi hermano, que tenía aún en brazos a Raimondo; se lo quitó, lo examinó, su rostro se ensombreció. Dijo:

—¡Calma! ¡Calma! ¡Hay que quitarle los pañales!

Y lo colocó sobre la cama de la nodriza y ayudó a mi madre a despojarlo de los pañales.

Y apareció su cuerpecito desnudo. Tenía el mismo cinéreo color de la cara. Las extremidades pendían relajadas, inertes. La recia mano del médico palpó la piel aquí y allá.

—¡Haga algo, doctor! —suplicaba mi madre—. ¡Sálvelo!

Pero el médico parecía irresoluto. Tomó el pulso, apoyó el oído sobre el pecho, murmuró:

—Una alteración cardíaca… Imposible.

Preguntó:

—Pero ¿cómo ha sobrevenido este cambio? ¿De repente?

Mi madre intentó explicarle cómo, pero antes de terminar rompió en llanto. El médico probó varias tentativas. Intentó sacudir el sopor en que se hallaba inmerso el niño, intentó provocar el llanto, el vómito, un enérgico movimiento respiratorio. Mi madre lo miraba con los ojos desorbitados derramando abundantes lágrimas.

—¿Giuliana lo sabe? —preguntó mi hermano.

—No, no creo…, tal vez lo ha adivinado…, quizá Cristina… Quédate aquí. Voy a ver, luego vuelvo.

Miré al niño en manos del médico, miré a mi madre; salí de la habitación; corrí hacia Giuliana. Ante la puerta me detuve: «¿Qué le diré? ¿La verdad?». Entré, vi a Cristina apoyada sobre el alféizar de la ventana; me presenté en la alcoba, que ahora se ocultaba tras las cortinas. Ella estaba acurrucada bajo las mantas. Al acercarme advertí que temblaba como en un acceso de fiebre.

—Mira, Giuliana: estoy aquí.

Se destapó y volvió su rostro hacia mí. Me preguntó entre susurros:

—¿Vienes de *allí*?

—Sí.

—Dímelo todo.

Me había inclinado sobre ella, hablábamos muy de cerca, casi en silencio.

—Está mal.

—¿Mucho?

—Sí, mucho.

—¿Se muere?

—¡Quién sabe! Tal vez.

Ella, con un movimiento impulsivo, me rodeó el cuello con sus brazos. Mi mejilla oprimía la suya; y la sentía temblar, sentía la gracilidad de aquel pobre pecho enfermo; y en mi mente, mientras nos abrazábamos estrechamente, relampagueaban las imágenes de la estancia lejana; veía los ojos del bebé marchitos, empañados, opacos; los labios lívidos; veía correr las lágrimas de mi madre. No había alegría en aquel abrazo. Mi corazón estaba sellado; mi alma estaba desesperada y sola, al borde del abismo oscuro de aquella otra alma.

# XLIX

Cuando cayó la noche, Raimondo ya no vivía. Todos los síntomas de una intoxicación aguda de ácido carbónico se manifestaban en aquel cuerpecito cadavérico. La pequeña carita estaba lívida, casi plomiza; la nariz afilada, los labios tenían un profundo tinte azulado; un poco de blanco opaco se entreveía bajo los párpados aún entreabiertos; sobre un muslo, cerca de la ingle, aparecía una mancha rojiza. Parecía que hubiera comenzado ya la descomposición, tan miserable era el aspecto de aquella carne infantil, sonrosada y suave que pocas horas antes habían acariciado los dedos de mi madre.

Resonaban en mis oídos los gritos, los sollozos, las palabras insensatas que mi madre profería mientras Federico y las mujeres la obligaban a salir.

—¡Que nadie lo toque! ¡Que nadie lo toque! Quiero lavarlo, quiero amortajarlo… yo…

Nada más. Los gritos cesaron. Llegaba de cuando en cuando un abrir y cerrar de puertas. Estaba allí, solo. También el médico se encontraba allí, pero yo estaba solo. Algo extraordinario se había producido en mí; pero yo no lo advertía aún.

—Salga —me dijo el médico dulcemente, tocándome el hombro—. Salga de aquí. Salga.

Me mostré dócil; obedecí. Me estaba alejando por el corredor con lentitud, cuando sentí que me tocaban de nuevo. Era Federico; me abrazó, pero no lloré, no sentí una gran conmoción; no

comprendí las palabras que pronunciaba. Pero oí que nombraba a Giuliana.

—Llévame hasta Giuliana —le dije.

Puse mi brazo bajo el suyo, me dejé guiar como un ciego.

Cuando llegamos ante la puerta, le dije:

—Déjame.

Él me apretó fuerte el brazo; después me dejó. Entré solo.

## L

En la noche el silencio de la casa era sepulcral. Una llama ardía en el corredor. Yo caminaba hacia aquella luz como un sonámbulo. Algo extraordinario se había producido en mí; pero yo no lo advertía aún.

Me detuve, casi advertido por el instinto. Una puerta estaba abierta: una claridad se filtraba por la cortina entreabierta. Crucé el umbral; retiré la cortina; avancé.

La cuna estaba en el centro de la estancia, rodeada por cuatro cirios encendidos, tapizada en blanco. Mi hermano sentado a un lado, Giovanni di Scòrdio del otro, lo velaban. La presencia del anciano no me causó estupor. Me pareció natural que estuviera allí; no le pregunté nada; no dije nada. Creo que casi les sonreí cuando me miraron. No sé verdaderamente si mis labios sonrieron, pero ésa era mi intención como para evidenciar: «No sintáis pena por mí, no intentéis consolarme. ¿Veis?; estoy tranquilo. Podemos estar en silencio». Di algunos pasos; me situé a los pies de la cuna, entre dos cirios; llevé hasta los pies de la cuna mi alma temerosa, humilde y débil, totalmente despojada de su primitiva agudeza. Mi hermano y el anciano se encontraban allí, pero yo estaba solo.

El pequeño cadáver estaba vestido de blanco: con el mismo vestido del bautizo, o eso me parecía. Sólo la carita y las manos estaban descubiertas. La pequeña boca, que con su llanto había incitado tantas veces mi odio, estaba inmóvil bajo el sello miste-

rioso. El mismo silencio que había en aquella pequeña boca estaba dentro de mí, en torno a mí. Y yo miraba, miraba.

Entonces, en medio de aquel silencio, una gran luz se encendió dentro de mí, en el fondo de mi alma. Y *comprendí*. La palabra de mi hermano, la sonrisa del anciano no habían podido revelarme lo que en un instante me reveló la pequeña boca muda del Inocente. *Comprendí*. Y entonces me asaltó una terrible necesidad de confesar mi delito, de desvelar mi secreto, de declarar en presencia de aquellos dos hombres: «Yo lo he matado».

Me miraban y advertí que ambos estaban ansiosos por mí, por mi actitud ante el cadáver, que ambos esperaban angustiados el fin de mi inmovilidad. Entonces dije:

—¿Sabéis quién ha matado a este inocente?

Mi voz, en aquel silencio, tuvo un timbre extraño que la volvió irreconocible incluso para mí; me pareció que no era mía. Y un terror repentino me heló la sangre, me agarrotó la lengua, me nubló la vista. Y comencé a temblar. Y sentí que mi hermano me sostenía, me tocaba la frente. Tenía en los oídos un estruendo tan fuerte que sus palabras me llegaban incomprensibles, interrumpidas. Comprendí que me creía perturbado por un paroxismo febril y que intentaba alejarme de allí.

Me condujo a mis aposentos, sujetándome. El terror me dominaba. Al ver una vela que ardía sobre una mesa, me sobresalté. No recordaba haberla dejado encendida.

—Desvístete, métete en la cama —me dijo Federico con ternura, llevándome de la mano.

Me ayudó a sentarme en la cama, me tocó de nuevo la frente.

—¿Ves? Te está subiendo la fiebre. Empieza a desvestirte. ¡Vamos, venga!

Con una ternura que me recordó a la de mi madre me ayudó a desvestirme. Me ayudó a acostarme. Sentado a mi cabecera, me

tocaba de vez en cuando la frente para ver si aumentaba la fiebre; me preguntó, advirtiendo que aún temblaba:

—¿Tienes mucho frío? ¡No cesan los escalofríos! ¿Quieres que te cubra mejor? ¿Tienes sed?

Yo reflexionaba, estremeciéndome: «¡Si hubiera hablado! ¡Si hubiera podido continuar! ¿Fui yo, con mis labios, el que pronunció aquellas palabras? ¿Fui yo mismo? ¿Y si Federico, pensando en ello, reflexionando, comenzara a sospechar? Mis palabras fueron: "¿Sabéis quién ha matado a este inocente?".

Y nada más. Pero ¿no tenía yo acaso el aspecto de un asesino confeso? Cavilando, Federico seguramente se preguntará: "¿Qué ha querido decir? ¿A quién pretendía acusar?". Y mi exaltación le resultará extraña. ¡El médico!... Necesito que crea: "Estaba aludiendo al médico, quizá". Debo desviar las causas de mi exaltación, que continúe pensando que estaba trastornado por la fiebre, en un estado de delirio intermitente». Mientras razonaba así, rápidas y lúcidas imágenes atravesaban mi espíritu con evidencia de realidad, tangibles: «Tengo fiebre, fiebre alta. ¡Y si me sobreviniera el verdadero delirio e inconsciente revelara mi secreto!». Trataba de dominarme con pavorosa ansiedad. Dije:

—El médico, el médico... no ha sabido...

Mi hermano se inclinó sobre mí, me tocó de nuevo inquieto, suspirando.

—No te atormentes, Tullio. Cálmate.

Y corrió a mojar un paño en agua fría; lo puso sobre mi frente, que ardía.

El continuo pasaje de imágenes rápidas y lúcidas continuaba. Veía, una y otra vez, con terrible intensidad, la agonía del bebé.

«Estaba allí, agonizando en la cuna. Tenía la carita cinérea, tan extinta que sobre sus cejas las costras lácteas parecían amarillentas. Su labio inferior, hundido, ya no se veía. De cuando en

cuando alzaba sus párpados amoratados y sus pupilas parecían adherirse a ellos porque los seguían mientras se alzaban y se perdían bajo ellos en tanto aparecía el blanco opaco. El débil estertor cesaba de vez en cuando. En algún momento el médico decía, como última tentativa:

—Rápido, rápido, llevemos la cuna junto a la ventana, a la luz. ¡Vamos, vamos! El niño necesita aire. ¡Vamos!

Mi hermano y yo movimos la cuna, que parecía un féretro. Pero a la luz el espectáculo resultó más atroz: aquella fría luz cándida de la nieve difusa. Y mi madre:

—¡Se muere! ¿Lo veis, lo veis? ¡Se está muriendo! ¡Tocadlo, no tiene pulso!

Y el médico:

—No, no. Respira. Mientras haya aliento hay esperanza. ¡Valor!

E introducía, entre los lívidos labios del moribundo, una cucharada de éter. Pasados unos instantes el moribundo abría los ojos, movía en alto las pupilas, emitía un débil llanto. Se producía un ligero cambio en el color de su rostro. Su nariz palpitaba.

Y el médico:

—¿Lo ven? Respira. Jamás hay que perder la esperanza.

Y agitaba un abanico sobre la cuna: luego, con un dedo apretaba la barbilla del bebé para separar sus labios y abrirle la boca. La lengua, que estaba adherida al paladar, bajaba como una pequeña espoleta; y yo podía entrever los hilos de mucosidad que se extendían entre el paladar y la lengua, la materia blancuzca acumulada en el fondo. Un movimiento convulso alzaba hacia su carita aquellas diminutas manos, ahora violáceas especialmente en la palma, en los pliegues de las falanges, en las uñas; aquellas manos ya cadavéricas que mi madre acariciaba continuamente. En la derecha, el meñique, despegado del resto, tenía un leve temblor debido al aire; y no había nada más desgarrador.

Federico intentaba convencer a mi madre para que saliera de la estancia. Pero ella se inclinaba sobre la carita de Raimondo, hasta casi tocarlo; observaba cada señal. Una de sus lágrimas caía sobre su adorada cabeza. Inmediatamente la secaba con un pañuelo, y se percataba de que en el cráneo la fontanela se había hundido, era cóncava.

—¡Mire, doctor! —gritaba aterrorizada.

Mis ojos se clavaron sobre aquel cráneo blando, repleto de costra láctea, amarillento, similar a un pedazo de cera marcada en el centro por un surco. Eran visibles todas las suturas del cráneo. La vena temporal, celeste, se perdía bajo la costra.

—¡Mirad, mirad!

La leve reanimación ficticia provocada por el éter se apagaba. El estertor tenía ahora un extraño sonido. Las manitas caían a lo largo del cuerpo, inertes; la barbilla se hundía aún más; la fontanela se veía más profunda, sin latido alguno. Y de repente el moribundo daba signos de algún esfuerzo; el doctor inmediatamente le levantaba la cabeza. Y salía de su boquita amoratada un poco de líquido blanquecino. Pero con el esfuerzo del vómito, al tensarse la piel de la frente, aparecían las manchas oscuras de la estasis[52]. Mi madre profirió un grito.

—Vamos, vamos. Ven conmigo —le repetía mi hermano, intentando llevársela.

—No, no, no.

Y el médico le daba otra cucharadita de éter. Y la agonía se prolongaba, y el tormento se prolongaba. Las manitas se movían aún, los dedos se movían vagamente; entre los párpados entreabiertos las pupilas aparecían y desaparecían retrayéndose como dos florecillas marchitas, como dos pequeños y lánguidos pétalos que se repliegan arrugándose.

Moría la noche ante la agonía del Inocente. Por los cristales de la ventana se filtraba el claror del alba; y era el alba que surgía de

la nieve para encontrarse con las sombras.

—¿Ha muerto? ¿Ha muerto? —gritaba mi madre al no escuchar más el estertor, al ver aparecer alrededor de la nariz una evidente lividez.

—No, no; respira.

Habían encendido una vela; y la sostenía una de las mujeres; y la llama rojiza oscilaba a los pies de la cuna. Mi madre, de repente, descubría el cuerpecito para palparlo.

—¡Está frío, completamente frío!

Las piernas aparecían laxas, los piececitos, amoratados. Nada resultaba más miserable que aquel pedacito de carne muerta, al pie de la ventana oscurecida por la sombra, bajo la luz de aquella vela.

Pero aún un sonido indescriptible, que no era ni un llanto, ni un grito, ni un estertor, salía de la boquita casi azulada, junto a un poco de baba blanquecina. Y mi madre, enloquecida, se abalanzaba sobre el cuerpecito sin vida».

Así lo volvía a ver, una y otra vez, con los ojos cerrados; y cuando los abría, lo volvía a ver de nuevo, con una increíble intensidad.

—¡Esa vela! ¡Deshazte de esa vela! —grité a Federico, incorporándome sobre la cama, aterrorizado por el movimiento oscilante de la llama rojiza—. ¡Deshazte de esa vela!

Federico corrió a situarla detrás de un biombo. Luego volvió junto a mi cabecera; me ayudó a acostarme de nuevo; cambió el paño frío de mi frente.

Y de tanto en tanto, en el silencio, escuchaba sus suspiros.

# LI

Al día siguiente, si bien me encontraba en un estado de extrema debilidad y estupor, quise asistir a la bendición del párroco, al traslado del féretro, a todo el ritual.

El pequeño cadáver yacía en una pequeña caja blanca cubierta por un cristal. Tenía sobre la frente una corona de crisantemos blancos, un crisantemo blanco entre sus manos unidas, pero nada igualaba la cérea blancura de aquellas diminutas manos en las que únicamente las uñas permanecían violáceas.

Estábamos presentes Federico, Giovanni di Scòrdio, algunos familiares y yo. Los cuatro cirios ardían lagrimeando. Entró el padre con la estola blanca, seguido por los monaguillos que portaban el hisopo y la cruz sin asta. Todos nos arrodillamos. El padre roció el féretro con el agua bendita, diciendo:

—*Sit nomen Domini*…[53]

Acto seguido recitó el salmo:

—*Laudate puerí Dominum*…[54]

Federico y Giovanni di Scòrdio se levantaron, cargaron el ataúd. Pietro, delante de ellos, abría las puertas. Yo les seguía. Detrás de mí, el padre, los monaguillos y cuatro familiares con los cirios encendidos. Pasando por los silenciosos corredores llegamos a la capilla, mientras el padre recitaba el salmo:

—*Beati immaculati*…[55] Cuando el féretro se encontraba en la capilla, el padre dijo:

—*Hic accipiet benedictionem a Domino*…[56]

Federico y el anciano depositaron el féretro sobre el pequeño catafalco, en el centro de la capilla. Todos nos arrodillamos. El padre recitó varios salmos. Igualmente rogó para que el alma del Inocente fuera llamada al Cielo. Después roció de nuevo el ataúd con agua bendita. Salió, seguido por los monaguillos.

Entonces nos levantamos. Todo estaba preparado para el entierro. Giovanni di Scòrdio aferró la ligera caja entre sus brazos, y sus ojos se clavaron en el cristal. Federico fue el primero en bajar al subterráneo, tras él, el anciano portando la caja; yo le seguí acompañado de un familiar. Nadie hablaba.

La cámara sepulcral era amplia, de piedra gris. En sus paredes se distinguían los nichos, algunos ya cerrados con lápidas, otros abiertos, profundos, ocupados por la sombra, a la espera. De un arco pendían tres lámparas, alimentadas con aceite de oliva; y ardían quietas en aquel aire húmedo y grave, con pequeñas llamas tenues e inextinguibles.

Mi hermano dijo:

—Aquí.

E indicó un nicho que se abría debajo de otro ya sellado por una lápida, sobre la cual estaba grabado el nombre de Costanza; y las letras relucían vagamente.

Entonces Giovanni di Scòrdio extendió los brazos que cargaban la caja para que contempláramos por última vez al pequeño difunto. Y miramos. A través del cristal aquella carita lívida, aquellas diminutas manos unidas, aquel vestido blanco, aquellos crisantemos y todas aquellas cosas blancas parecían indefinidamente lejanas, intangibles, casi como si la cubierta diáfana de aquella caja en brazos de aquel gran hombre dejase entrever, a través de una rendija, los retazos de un misterio sobrenatural tremendo y dulce.

Nadie hablaba. Parecía incluso que nadie respiraba.

El anciano se volvió hacia el nicho mortuorio, se inclinó, depositó la caja, la empujó suavemente hacia el fondo. Se arrodilló y permaneció inmóvil algunos minutos.

La caja blanqueaba vagamente al fondo. Bajo las lámparas, la canicie del anciano resplandecía, reclinada en el umbral de la Sombra.

*Convento de Santa Maria Maggiore:*
*Francavilla al Mare*[57]*: abril-julio 1891*

# POSFACIO

En el momento en que comienza a escribir *El inocente* (en el Convento de Santa Maria Maggiore, en Francavilla al Mare, entre abril y julio de 1891), Gabriele D'Annunzio pasaba por un momento personal especialmente delicado, abrumado por problemas de índole familiar y acuciado por los acreedores. El año que había dejado atrás había sido especialmente duro, debido en gran parte a la separación de su esposa a finales de 1890. Tras un periodo de llamativa esterilidad artística, en el que incluso suspendió la redacción de la novela que estaba escribiendo, *El invencible*, el autor buscó la serenidad del convento para colmar su vacío creativo con una nueva y dramática historia en la que se vuelca por entero: *El inocente*.

Este nuevo renacer se ve reflejado un año después en una carta dirigida por D'Annunzio a Georges Hérelle (traductor al francés de *El inocente* y al que le unía una gran amistad), datada en el Palazzo dei Medici, Ottajano, en Nápoles, el 14 de noviembre de 1892; en ella, se sincera así a su amigo:

«*El Dolor*, finalmente, me dio una nueva luz. De *El Dolor* surgieron todas las revelaciones. Como era justo, comencé a expiar mis errores y desórdenes y mis excesos de vida; comencé a sufrir con la misma intensidad que había gozado. *El Dolor* hizo de mí un hombre nuevo —*rursus homo est!*—. Los libros de Lev Tolstói y Fiódor Dostoievski hicieron aflorar en mí un nuevo sentimiento. Y, como mi arte ya había madurado, pude manifestar de pronto un nuevo concepto de la vida en un libro pleno y orgánico. Este libro es *El inocente*. *El inocente* está escrito por un hombre que ha sufrido muchísimo y que ha mirado en su interior con lágrimas en los ojos, muy atentamente. Y sin embargo, ¡*El inocente* ya le parece a este hombre un libro escrito en tiempos inmemoriales!».

Volviendo atrás, al momento en que D'Annunzio comienza a preparar *El inocente*, el 5 de febrero de 1891, le escribe una carta a

su amante Barbara Leoni en la que le anuncia, con gran vehemencia, que está preparando una nueva novela. Días después, le escribe a su editor para explicarle que ha dejado temporalmente la redacción de la obra que había estado escribiendo desde meses antes sin demasiado entusiasmo, *El invencible*, para comenzar una nueva titulada *Los asesinos*. En ese momento D'Annunzio sólo tenía en mente el esbozo de una novela con el trasfondo de un delito, pero aún no había desarrollado el argumento.

El 19 de marzo vuelve a escribir a su amante, cuando ya el esquema de la novela estaba en una fase más avanzada, y le explica que la trama será un infanticidio. Echando la vista atrás, y una vez leída la novela, del plural del título inicialmente previsto, *Los asesinos*, se puede deducir que tanto el papel de Tullio (el marido infiel y a su vez traicionado) como especialmente el de Giuliana (la esposa sumisa que se ve empujada a los brazos de otro hombre) se habían proyectado en el momento inicial de una manera bien distinta, con la activa participación de ambos en el asesinato del «intruso». Finalmente, D'Annunzio centra la acción en el personaje de Tullio y relega a Giuliana a la figura de «cómplice silenciosa». En ese momento decide cambiar el título de la obra por *Tullio Hermil*, aunque finalmente se publicará como *El inocente*.

Por lo que se refiere a los personajes principales, en el de Giuliana, D'Annunzio mezcla las imágenes de las dos mujeres entre las cuales, desde 1887, había dividido su vida: Maria Hardouin, duquesa de Gallese, su fascinante y refinada esposa que tras la maternidad padece el progresivo desamor y las traiciones de su marido con noble dignidad, y Barbara Leoni, la amante que enciende sus sentidos con la irresistible atracción de su «largo cuerpo flexible», instrumento de placer dócil y refinadísimo.

Si tenemos en cuenta que en los primeros meses de 1891 D'Annunzio se acababa de separar de su esposa, es comprensible que la acumulación de culpas y agravios hacia ella le hicieran

sentir remordimientos que le afectaron significativamente. De esta forma, de la infelicidad de Maria, de su singular abnegación y desolación, de una historia tan amarga como para suscitar en ella impulsos suicidas, es comprensible también que veamos similitudes en aquellos mismos impulsos suicidas temidos por Tullio con respecto a Giuliana.

La pasión por Barbara, por otro lado, le suministraba material para la tórrida aventura sensual vivida por Tullio con Teresa Raffo. Barbara, además, era anémica y estaba sujeta a recurrentes episodios de hemorragias. En una carta datada el 18 de abril de 1891 D'Annunzio tuvo el «buen gusto» de pedir a la Leoni un detallado informe de las medicinas utilizadas durante su convalecencia, que como hemos podido observar es utilizado por el autor para describir las dolencias «femeninas» de Giuliana al principio de la novela.

Hermil, por su parte, es un enfermo de la voluntad, un individuo «multánime» que padece un trastorno de personalidad múltiple o trastorno disociativo, en el que el sujeto adopta dos o más personalidades distintas (cada una con su propio e independiente patrón de percibir y actuar), que toman el control del comportamiento del individuo y suelen estar asociadas con un grado de pérdida de memoria o amnesia. La transición de una personalidad a otra es repentina, de ahí que en algunos momentos de la novela Tullio se sienta confundido, perdido, no recuerde con claridad, *no comprenda*, no distinga bien entre realidad y fantasía, entre el bien y el mal, y pase de un estado de odio profundo e irrefrenable al más sincero remordimiento. Él mismo, en sus accesos de crueldad, incluso la ejecuta contra sí mismo, como en los episodios narrados en los que se lanza al galope con su caballo sufriendo de instintos suicidas, para más tarde asombrarse de regresar «ileso» a casa.

Demostrando su profesionalidad y perfeccionismo, y para efectuar una correcta exposición de los trastornos mentales de

disociación y multipersonalidad del protagonista, D'Annunzio se enfrasca con avidez en el estudio de célebres obras que los describen detalladamente, tales como las mencionadas en la introducción: *Las enfermedades de la voluntad* (1883) y *Las enfermedades de la personalidad* (1885), de Théodule Ribot, y la asociación entre genio, delito y locura tan detallada en los estudios de Cesare Lombroso *Genio y locura* (1864) y *El hombre delincuente* (1876).

Además, en la segunda mitad del siglo XIX, el tema del crimen representaba uno de los más estimulantes terrenos por explorar en la literatura, como demuestra Zola en *La tierra* (1887) y *La bestia humana* (1890). Y por supuesto, con las muestras más sublimes de psicología criminal encontradas en los escritores rusos (y más aún del «crimen familiar»), especialmente en la obra de Dostoievski (de gran influencia para la construcción de la figura delictiva de Tullio Hermil), con *Crimen y castigo* (1866) y *Los hermanos Karamazov* (1880), sin olvidamos de *Sonata a Kreutzer* (1889) de Tolstói.

Pero, por encima del resto, existe una clara inspiración en un cuento breve de apenas un par de páginas, *La Confesión* (1884) de Guy de Maupassant, que narra la historia de un juez que considerado por todos intachable, deja a sus familiares la incómoda herencia de la confesión de un delito perpetrado sobre el hijo de su amante antes de contraer matrimonio.

*[…] ¡Ah, mi querido amigo, cuántas páginas he escrito casi sin darme cuenta! ¡Qué verdaderamente dulce resulta hablar de uno mismo con un hermano!*

*Perdóneme. Pero me ha vencido también la melancolía profunda y sosegada de esta tarde otoñal en la que vagan las sombras invisibles de los días que «ya no son».*

*Adiós. Un abrazo.*

*Ave.*

*Gabriele D'Annunzio*[58].

GABRIELE D'ANNUNZIO (Italia, Pescara, 1863 - Gardone, 1938). Escritor y aventurero político italiano. Tras una brillante carrera como poeta, novelista y dramaturgo, se interesó por la política hacia finales de siglo. En 1897-1900 fue diputado en el Parlamento italiano; su carácter aventurero, radical y extremista le llevó en tan breve periodo a alinearse con la extrema derecha primero y con la extrema izquierda después.

Era un esteta obsesionado por vivir su vida como una obra de arte: así, entre 1898 y 1910 vivió una de las historias de amor más conocidas de la época con la actriz Eleonora Duse en la lujosa finca toscana de La Capponcina (lo que le obligó a huir del país en 1910, acosado por sus deudores); luego descubrió el sentimiento «patriótico» y lo exacerbó cantando al imperialismo ita-

liano y al uso de la fuerza en la época de la conquista de Libia (1912).

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial (1914) clamó para que Italia interviniera abandonando su neutralidad (1915); él mismo quiso transformarse en un héroe de novela, se alistó en el ejército, y se distinguió en varias acciones arriesgadas contra los austriacos (como el raid naval de Buccari o el vuelo sobre Viena, ambos en 1918).

Su espíritu aventurero llegó al extremo cuando, acabada la guerra, los tratados de paz privaron a Italia de algunos frutos que había esperado de la victoria, como la ciudad croata de Fiume; animado por la exaltación patriótica que recorría Italia clamando por los «territorios irredentos», D'Annunzio tomó Fiume con un millar de voluntarios y lo mantuvo en sus manos durante todo un año (1919-20), lo cual provocó enormes dificultades políticas a los gobiernos sucesivos de Nitti y Giolitti; finalmente se retiró para evitar un enfrentamiento entre sus «legionarios» y el ejército italiano.

Su liderazgo sobre los nacionalistas de extrema derecha fue dejando paso paulatinamente a la figura de Mussolini, un político más realista y ambicioso, que tomó para su movimiento —el fascismo— toda la simbología creada por D'Annunzio. En 1921 se retiró a una villa cerca del Lago de Garda, donde vivió hasta su muerte como el intelectual más respetado del régimen fascista (que le hizo príncipe de Montenevoso y presidente de la Academia de Italia).

Es conocido a nivel internacional gracias a la adaptación que Luchino Visconti realizó de su novela *El inocente*. De entre su obra literaria habría que destacar títulos como *El placer, El triunfo de la muerte* y su guión para la película *Cabiria*.

# Notas

[1] La inspiración de la enfermedad de Giuliana tiene su origen en una análoga afección sufrida por Barbara Leoni (la amante y musa de D'Annunzio). <<

[2] *La tentación de San Antonio* de Gustave Flaubert. Con estas palabras Apolonio invitaba a Menipo a desconfiar de una bella Lamia (figura terrorífica de la mitología, con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón): «¡Era un vampiro que saciaba los deseos de los jóvenes hermosos para comer su carne, porque no hay nada mejor que la sangre de los enamorados para esta clase de fantasmas!». Esta evocación la efectúa Damis, discípulo de Apolonio. <<

[3] Cita de Paul Verlaine (1844-1896), compuesta de dos fragmentos hábilmente seccionados y combinados, extraídos de la obra de 1871 *La buena canción*; del poema IV: «Quiero, guiado por vos, bellos ojos de llamas dulces, / por ti conducido, oh mano donde temblará mi mano, / marchar recto, ya sea por senderos de musgos / o entre rocas y guijarros entorpeciendo el camino. // Sí, quiero marchar derecho y calmo en la Vida»; y del poema XVIII: «Tú la bondad, tú la sonrisa, / no eres acaso también el consejo. / el buen consejo leal y valiente». <<

[4] Se trata de *Sabiduría* (1881), de Paul Verlaine, una colección de poemas religiosos de gran originalidad y belleza: «La voz os era familiar (¿y cara?). / Pero ahora está encubierta / como una viuda desolada… // Ella dijo, la voz reconocida, / que la bondad es nuestra vida… // Ella habla también de la gloria / de ser sim-

ple sin más demora, / y de bodas de oro y de la tierna / felicidad de una paz sin victoria. // Bienvenida la voz que persiste / en su epitalamio ingenuo. / ¡Vamos, nada sienta mejor al alma / que hacer sentir menos triste a un alma!». <<

[5] El *amaretto* o *apricot* es un licor de almendras amargas y albaricoque originario de Saronno, una pequeña localidad cercana a Milán. <<

[6] Hace referencia a las distintas manifestaciones de la personalidad de Tullio y a las continuas variaciones de su espíritu. Consiste en un trastorno de personalidad múltiple o trastorno disociativo en el que el individuo adopta dos o más personalidades distintas (cada una con su propio patrón de percibir y actuar), que toman el control del comportamiento del individuo, y suelen estar asociadas con un grado de pérdida de memoria o amnesia. La transición de una personalidad a otra es repentina. <<

[7] La técnica de repetición distanciada de frases completas o amplios sintagmas que D'Annunzio utiliza, y que precisamente tiene su origen en *El inocente*, responde a una rebuscada mimesis del lenguaje musical, que el autor repite a lo largo de toda esta novela. <<

[8] El aria pertenece a *Orfeo y Eurídice* (1762), de Christoph Willibald Gluck (1714-1787), sobre el libreto de Ranieri de Calzabigi (1714-1795). <<

[9] Se trata de unos polvos compactos de textura ultrafina formulados con oligoelementos minerales para una acción calmante y regeneradora. <<

[10] Manzana silvestre. <<

[11] TVRRIS EBVRNEA: la locución «torre de marfil» (o *torre ebúrnea*, fruto del latinismo *turris eburnea*) se encuentra por vez primera en el *Cántico de Salomón* o *Cantar de los Cantares*. En el siglo XIX se empleaba para indicar un mundo o un ambiente don-

de los intelectuales se reunían. Tiene normalmente la connotación peyorativa de una desconexión voluntaria del mundo real: un elitismo académico, cerrado y selecto. <<

[12] Filippo Arborio representa el *alter ego* de Hermil, una proyección del propio D'Annunzio, es decir, un extraordinario artista y un gran seductor. La trama autobiográfica emana de los mismos títulos de las novelas de Arborio. *Un'agonia* fue el primer título que en el verano de 1889 D'Annunzio eligió para aquel que posteriormente llamó *Il Trionfo della morte*, cuyo protagonista, Giorgio Aurispa, hace referencia a *Giorgio Aliora*. <<

[13] Con esta frase se retoma el tema inicial de la narración, enunciado al principio del capítulo anterior: «Era abril. Hacía algunos días que estábamos en provincias [...] en casa de mi madre, en un antiguo y gran caserón de campo llamado La Badiola». <<

[14] Cuando Lev Tolstói contaba 18 años de edad escribió un decálogo para conseguir la felicidad: «1. Levántate temprano (a las cinco en punto a. m.). 2. Acuéstate pronto (de 9 a 10 de la noche). 3. Come poco y evita los dulces. 4. Trata de hacer todo por ti mismo. 5. Ten un objetivo para toda tu vida, una meta para una parte de tu vida, un objetivo para un período más corto y una meta para cada año, un objetivo para cada mes, una meta para cada semana, una meta para todos los días, un objetivo por cada hora y minuto, y sacrifica el objetivo menos importante por el mayor. 6. Mantente alejado de las mujeres. 7. Mata el deseo trabajando. 8. Sé bueno, pero trata de que nadie lo sepa. 9. Gasta menos de lo que debes. 10. No cambies nada de tu vida aunque te hagas más rico». <<

[15] El insólito apelativo de Jesús de la Gleba no es más que otro reflejo del *evangelismo campesino* de Tolstói. <<

[16] Corresponde a una de las 48 Canciones sin palabras (Lieder ohne Worte), de Mendelssohn (1809-1847). <<

[17] El interés de Tolstói por el *mujik* —término empleado para referirse a los campesinos que no poseían propiedades, generalmente antes del año 1917— Timoteo Bondareff se hizo notorio en Occidente gracias a las páginas del gran escritor ruso que acompañaban la primera traducción francesa de las teorías del *mujik* (Lev Tolstói y T. Bondareff, *El trabajo*). <<

[18] Mientras D'Annunzio escribía *El inocente*, se tradujo al italiano por vez primera *Guerra y paz* (1891). La primera traducción europea había sido la francesa, en 1879, y la primera versión en español data de 1889. <<

[19] El príncipe Andréi, inmediatamente después de su matrimonio, descubre que no ama a Lisa y se precipita a la guerra austro-rusa, dejando a su mujer en avanzado estado de gestación en la residencia de Lisia-Gori, en compañía del padre y de la hermana, María. Una vez regresa de Austerlitz, donde es gravemente herido, Andréi llega a la casa paterna cuando el parto de Lisa es inminente, preso de oscuros temores por la salud de su mujer, agravados por el remordimiento de su abandono. Lisa morirá dando a luz al pequeño Nikolái. <<

[20] Tercer movimiento de la *Sonata para piano, op. 26*, de Ludwig van Beethoven (1770-1827). <<

[21] Es hora de hacer el bien. <<

[22] Tullio alude al incumplimiento de las expectativas alimentadas por Giuliana cuando, aún convaleciente, la había abandonado para reunirse en Florencia con su amante Teresa Raffo. <<

[23] Es probable que se trate de una invención de D'Annunzio, más aún cuando en el soneto *Ancóra sopra l'«Erotik»*, el poeta dirige estas palabras a Erinni: «Pero qué blanca estás esta noche, Erinni. ¡Oh, qué blanca! ¿Acaso te has cortado las venas para dar color a tu vestido?». <<

[24] La armónica de cristal fue inventada por Benjamín Franklin en 1761, inspirado por el sonido que emiten las arpas de cris-

tal (copas de cristal que, dependiendo de la cantidad de agua que contengan, emiten determinada nota al ser su borde rozado con las yemas de los dedos húmedas). <<

[25] Si se toma en pequeñas dosis, la morfina procura un estado de agradable bienestar (euforia morfínica) o de insensibilidad al dolor, mientras que en grandes dosis, como sospechaba Tullio, determina la muerte del sujeto por parada cardíaca. Los síntomas del envenenamiento se suceden alrededor de veinte o treinta minutos tras su ingesta, con una alteración del sistema circulatorio, sudoración profunda, taquicardia, náuseas, contracción de la pupila… <<

[26] Demos un paseo antes de desayunar. <<

[27] Donde quieras, me da igual. <<

[28] Nos gustaría mucho ir. Cuéntame cómo os habéis divertido… <<

[29] En el original aparece «Apoyando su cabeza en la barbilla de Natalia». Frase que no tiene lógica (*N. del E.*) <<

[30] Se refiere a la planta *Ranunculus sceleratus* (apio sardónico o sardonia), que crece en Europa en lugares húmedos y arenosos. Esta planta posee una facultad característica: tradicionalmente se ha considerado que su jugo aplicado en los músculos de la cara los contrae, provocando una mueca que imita la risa, «risa sardonia» o «risa sardónica», de donde deriva el adjetivo «sardónico». <<

[31] El episodio de La Goleta hace referencia a la expedición contra Túnez promovida por Carlos V en 1535. <<

[32] Hace referencia a las distintas manifestaciones de la personalidad de Tullio y a las continuas variaciones de su espíritu. Consiste en un trastorno de personalidad múltiple o trastorno disociativo en el que el individuo adopta dos o más personalidades distintas (cada una con su propio patrón de percibir y actuar), que toman el control del comportamiento del individuo, y

suelen estar asociadas con un grado de pérdida de memoria o amnesia. La transición de una personalidad a otra es repentina… <<

[33] Octave Feuillet (1821-1890), novelista y dramaturgo francés. <<

[34] Cloruro de mercurio. Sustancia muy tóxica utilizada en medicina como desinfectante. <<

[35] La dipsomanía es el impulso irresistible y morboso por el consumo de bebidas alcohólicas, que se manifiesta de forma periódica y discontinua. Las crisis de dipsomanía suelen suceder después de un período depresivo, de abatimiento e insomnio, y se caracterizan porque el sujeto bebe desmesuradamente y después le sobreviene un sentimiento de culpabilidad. Los dipsómanos no son borrachos ordinarios, aunque en estos últimos también pueden aparecer crisis de dipsomanía de forma más o menos habitual. <<

[36] Símbolo cristiano de la victoria sobre el mal y la salvación eterna obtenida a través del martirio. San Juan, Apocalipsis, 7, 9-10. <<

[37] La afasia consiste en la pérdida o trastorno de la capacidad del habla debida a una lesión en las áreas del lenguaje de la corteza cerebral. La agrafía supone la incapacidad total o parcial para expresar las ideas por escrito a causa de lesión o desorden cerebral. <<

[38] La parálisis bulbar progresiva consiste en una degeneración de los centros motores que aparece en los adultos y se caracteriza por la parálisis de los últimos pares craneales con trastornos fonatorios, deglutorios, respiratorios y la muerte alrededor de dos años más tarde. <<

[39] Uno de los primeros síntomas de la parálisis bulbar consiste en la incapacidad de articular las consonantes en las que es nece-

sario el uso de la lengua: t, d, n, l, r, s, z. Con la progresión de la enfermedad se verán comprometidos el resto de sonidos. <<

[40] El bebé nace con «asfixia del recién nacido», un trastorno del mecanismo de la respiración, con detención o irregularidad de los movimientos respiratorios, acompañados frecuentemente de cianosis (asfixia azul) o gran palidez (asfixia pálida). Se observa en los partos dificultosos, sobre todo en los que tienen lugar por los pies, las rodillas o las nalgas. También en el parto por la cabeza, cuando va precedido de la salida del cordón umbilical. La comadrona intenta estimular los receptores cutáneo; para transmitir ese estímulo a los centros impulsores de la respiración. <<

[41] Planta de la clase de las licopodíneas, de hojas simples y gruesas, que sirve para cicatrizar el ombligo de un recién nacido. <<

[42] Remedio popular para hacer cicatrizar heridas. <<

[43] Privación total de la vista, ocasionada por lesión en la retina, en el nervio óptico o en el encéfalo, sin más señal exterior en los ojos que una inmovilidad constante del iris. <<

[44] Sacramento de la eucaristía, que se administra a los enfermos que están en peligro de muerte. <<

[45] Para liberar al bautizado de la presencia diabólica, se seguía un ritual: el sacerdote soplaba tres veces sobre el rostro del bebé y pronunciaba una compleja fórmula para «atrapar» al Maligno. <<

[46] El sacerdote, con el dedo mojado en su propia saliva, toca la oreja derecha y luego la izquierda del bebé, para después pronunciar «Ábrete» (a la palabra de Dios). <<

[47] Tocando la nariz del niño, el sacerdote se dirige nuevamente al Maligno exhortándolo a abandonar la sede del olfato. <<

[48] La fórmula continúa con «… *ut habeas vitam aeternam*», y entera significa: «Yo te unjo con el óleo de la Salvación en nom-

bre de Jesucristo Nuestro Señor, para que recibas la salvación eterna». <<

[49] Las tres preguntas son: «¿Crees en Dios Padre Omnipotente? ¿Crees en Jesucristo, su único hijo? ¿Crees en el Espíritu Santo?». <<

[50] La palabra original, *piffero*, tiene dos acepciones: una se refiere al instrumento musical similar a una pequeña flauta; la otra significa estúpido, ingenuo. <<

[51] Se trata de *Sabiduría* (1881), de Paul Verlaine, una colección de poemas religiosos de gran originalidad y belleza: «La voz os era familiar (¿y cara?). / Pero ahora está encubierta / como una viuda desolada… // Ella dijo, la voz reconocida, / que la bondad es nuestra vida… // Ella habla también de la gloria / de ser simple sin más demora, / y de bodas de oro y de la tierna / felicidad de una paz sin victoria. // Bienvenida la voz que persiste / en su epitalamio ingenuo. / ¡Vamos, nada sienta mejor al alma / que hacer sentir menos triste a un alma!». <<

[52] Estancamiento de sangre o de otro líquido en alguna parte del cuerpo. <<

[53] «En el nombre del Padre…». <<

[54] «Alabado sea el Señor…». <<

[55] Inicio del Salmo 119 (118): «Dichosos los de conducta intachable…». Recuerde el lector que también con el inicio de este salmo —*Beati immaculati*— comienza la presente novela. El salmo continúa: «… los que siguen la ley del Señor, / dichosos los que cumplen sus prescripciones y lo buscan de todo corazón, / los que van por sus caminos, sin hacer ningún mal». <<

[56] «Recibe la bendición del Señor…». <<

[57] Francavilla al Mare es un municipio de la provincia de Chieti. La ciudad está frente al mar Adriático, al sur de Pescara. <<

[58] Extracto final de despedida de la carta dirigida por D'Annunzio a Georges Hérelle, traductor al francés de *El inocente*, fechada el 14 de noviembre de 1892 en Nápoles, en el Palazzo dei Medici. <<

# ÍNDICE

El inocente 2
Introducción 6
Beati Immaculati… 16
Mis primeros recuerdos son estos 17
I 67
II 71
III 76
IV 83
V 94
VI 97
VII 100
VIII 118
IX 125
X 138
XI 144
XII 159
XIII 162
XIV 167
XV 179
XVI 192
XVII 198
XVIII 201
XIX 204
XX 207
XXI 212

XXII 214
XXIII 217
XXIV 221
XXV 229
XXVI 231
XXVII 233
XXVIII 236
XXIX 238
XXX 241
XXXI 247
XXXII 253
XXXIII 261
XXXIV 266
XXXV 270
XXXVI 274
XXXVII 278
XXXVIII 283
XXXIX 288
XL 292
XLI 294
XLII 297
XLIII 301
XLIV 304
XLV 311
XLVI 315
XLVII 319
XLVIII 321
XLIX 327

L 329
LI 335
Posfacio 338
Autor 344
Notas 346